Karlheinz Deschner

HISTORIA CRIMINAL DEL CRISTIANISMO

Volumen 7

Alta Edad Media:
El auge de la dinsatía carolingia

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

Tomo VII
Alta Edad Media: El auge de la dinastía carolingia

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo
Ediciones Martínez Roca, S. A.
Traducción de Claudio Gancho

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums: Frühmittelalter*
©1994, Rowohit Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg
© 1995, Ediciones Martínez Roca, S. A. Enrié Granados, 84, 08008 Barcelona
ISBN 84-270-1920-3

Depósito legal B. 287-1995
Fotocomposición de Pacmer, S. A., Miquel Ángel, 70-72,08028 Barcelona
Impreso por Libergraf, S. L., Constitució, 19,08014 Barcelona
Impreso en España — Printed in Spain

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háuler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

ÍNDICE

6 **CAPITULO 1. LA ASCENSIÓN DE LOS CAROLINGIOS**
7 Preparativos sangrientos bajo el obispo Kuniberto, Grimoaldo, hijo de Pipino el Viejo, y san Sigiberto
10 ... y muchas obras piadosas
11 Santa Balthilde mata a nueve obispos
13 Ebroín y Leodegar, anticristo y seguidor de Cristo
17 Pipino II, «el que siempre arremetía de inmediato contra sus enemigos...»
19 Misión armada entre los frisónos
21 Carlos Martell « con mucho derramamiento de sangre» y «con la ayuda de Dios»
23 La irrupción del islam

29 **CAPITULO 2. SAN BONIFACIO, «APÓSTOL DE LOS ALEMANES» Y DE ROMA**
30 Liberación de «toda inmundicia» en las gentes de Hesse, Turingia y Sajonia y algún derramamiento de sangre
34 Corceles que relinchan, monjas santas y un «negocio tan lucrativo»
36 Aparece el «rincón beato»
37 El comienzo del fin de los agilolfingios, o Baviera queda prendida en la red romana
40 «Continúa la lucha, hijo queridísimo...»
45 La guerra sangrienta por Baviera y los subterfugios papales

50 **CAPITULO 3. INSURRECCIÓN DEL PAPADO Y LUCHA ICONOCLASTA**
51 La Iglesia condena a un papa
55 Roma se rebela contra Bizancio
60 Quemas de libros y batallas. La conversión de los longobardos al catolicismo
62 Empieza la disputa de las imágenes
65 Fracasa una revolución papal

71 **CAPITULO 4. LA FORMACIÓN DEL ESTADO DE LA IGLESIA MEDIANTE GUERRAS Y PILLAJE**
72 Las negociaciones papales entre Bizancio, longobardos y francos
75 El elocuente Zacarías engatusa a los longobardos
77 La matanza de suabios por Carlomán y el obispado de Constanza
78 Pipino III: «un buen cristiano» y «un gran soldado
80 El «hecho más trascendente de la Edad Media»
83 Flagrante violación jurídica y separación de Bizancio
86 El culto y la baza de san Pedro
88 El usurpador del trono, ungido por el papa y rey «por la gracia de Dios», lleva a cabo dos guerras en favor del papa

93 **CAPITULO 5. LA «DONACIÓN CONSTANTINIANA»**
94 La Edad Media católica, un Eldorado de falsificación clerical
97 Algunos ejemplos de falsificaciones eclesiásticas sobre actas conciliares, reliquias y vidas de santos
99 Ejemplos de falsificaciones episcopales sobre todo por motivos de política de poder y posesiones
104 Origen y alcance de la «Donación constantiniana»
107 El descubrimiento de la falsificación

110 **CAPITULO 6. CARLOS I, LLAMADO EL GRANDE O CARLOMAGNO, Y LOS PAPAS**
112 Excesos criminales en la corte pontificia con el cambio de poder en el reino franco
116 El papa Esteban III impulsa otra guerra contra los longobardos
120 Soberanía exclusiva y antijurídica de Carlos y el comienzo de la guerra pro papa
125 La avaricia de Adriano y el expolio del reino longobardo por Carlos
131 Lo suficiente no basta
133 «... enviad en seguida un cuerpo de ejército», solicita el papa Adriano contra Benevento
136 Un martirio (falso) y una coronación imperial (casi auténtica)

141 **CAPITULO 7. CARLOMAGNO Y SUS GUERRAS**
142 1. LA «MISIÓN» SANGRIENTA DE LOS SAJONES
143 Saquear y cristianizar, «una baza de la política gubernamental franca»
146 El comienzo de la cultura carolingia entre «los más paganos», o «las banderas cristianas entran en Sajonia»
149 Una misión según «las líneas de choque militares...»
150 Descalabro en España, o «aquí empiezan las cruzadas»
152 El carnicero de los sajones, «un par de ceros de más» y «la tranquilidad serena de un alma grande...»
156 «Como entonces hubiese paz por doquier...»
158 Últimas sublevaciones, guerra de aniquilación y «la serena altura del báculo»
160 Las leyes sangrientas de Carlos
162 2. EL EXPOLIO Y EXTINCIÓN DE LOS AVAROS
162 (791-803)
163 El breve proceso de Carlos con Tassilo
166 Evidentemente una guerra santa
171 Una vez más la Iglesia beneficiaria de la guerra
172 3. EMPIZA LA OFENSIVA SISTEMÁTICA CONTRA LOS ESLAVOS
175 De acuerdo con el crimen, de acuerdo con la santidad
183 NOTAS

6

CAPITULO 1. LA ASCENSIÓN DE LOS CAROLINGIOS

«... con la ayuda de Cristo, Rey de reyes y Señor de señores...»

FREDEGARII CONTINUATIONES[1]

«Pronto atacaron los francos con barcos y dardos, los acribillaron en las aguas y los mataron. Así acabaron triunfando los francos sobre sus enemigos y conquistaron mucho botín de guerra al haber hecho muchos prisioneros; y con su caudillo victorioso los francos asolaron la tierra de los godos. Las famosísimas ciudades de Nímes, Agde y Béziers las hizo arrasar con los muros de las casas y de la ciudad, les pegó fuego y las incendió; también destruyó los arrabales y fortificaciones de aquel territorio. Cuando él, que en todas sus decisiones era guiado por Cristo, en quien exclusivamente está el bien de la victoria, hubo vencido al ejército de sus enemigos, regresó sano y salvo a su territorio...»

FREDEGARI CONTINUATIONES[2]

«La profesión de los carolingios fue la guerra. No aprendieron otra cosa, para ninguna otra cosa fueron educados, y mediante ninguna otra cosa pudieron acreditarse.»

WOLFGANG BRAUNFFELS [3]

7

En el curso del siglo VII los tres territorios del reino, Austrasia, Neustria y Burgundia, fueron independizándose cada vez más. Una señal de ese desarrollo fue la aparición de los tres nombres de territorios, característicos de los siglo s VII y VIII. Cada porción del reino tuvo leyes propias y la nobleza forzó al rey a que no nombrase funcionarios superiores de las otras partes del reino.[4]

En algunos momentos hasta pareció inminente su disolución en anarquías nobiliarias. Ninguno de los numerosos gobernantes alcanzó la edad madura del varón. Pero en los enfrentamientos asesinos entre los reinos parciales, los mayordomos y la nobleza, fue la mayordomía austrasia la que se encaramó siempre más y más. Y mientras el cargo de mayordomo no se hizo hereditario ni en Neustria ni en Burgundia, esa tendencia fue imponiéndose poco a poco en la región oriental.

Preparativos sangrientos bajo el obispo Kuniberto, Grimoaldo, hijo de Pipino el Viejo, y san Sigiberto

Desde el 622 Pipino tuvo realmente el poder de Austrasia. Cierto que cuando Dagoberto I se convirtió en el único soberano y en el 631 trasladó su residencia de Metz fue degradado a la condición de educador del hijo del rey, siendo instituido rey de Austrasia Sigiberto III, que entonces tenía tres años y que también fue santo de la

[1] Cont.Fredeg. 15.
[2] Ibíd. 20.
[3] Braunfeis, Kari der Grosse (1991) 32.
[4] Lasko 214. Ewig, Die fránkischen Teilungen 693.

Iglesia católica. Pero el, verdadero regente lo fue ya, a una con el duque Ansegisel, hijo de san Arnulfo, obispo de Metz, Kuniberto, obispo de Colonia (623— 663). Siendo archidiácono de la iglesia de Tréveris, Kuniberto fue elegido obispo «por el Espíritu Santo, el sínodo y el mandato del rey», y naturalmente contra su voluntad. Y como muchos otros colegas suyos, se convirtió en un *«political saint»* (Wallace-Hadrill), ejerciendo una gran influencia en el tardío reino merovingio. Hizo la guerra contra los vendos. Recibió de Dagoberto en propiedad el conquistado castillo Trajectum (Utrecht) con el encargo de convertir desde allí a los frisones. Y cuando Dagoberto murió en el 639, el obispo Kuniberto promovió el ascenso de los carolingios.

En efecto, bajo Sigiberto III pronto volvió a ser Pipino el mayordomo austrasio. Y el obispo Kuniberto, criado entre Tréveris y Metz, donde Pipino tenía sus fincas y al que conocía por lo mismo desde tiempos antiguos, estableció con él un «pacto de amistad eterna». Al tratar con habilidad y «dulzura» a todos los «leudes» ambos se aseguraron su lealtad duradera. Ambos participaron en el reparto del tesoro real y ambos gobernaron conjuntamente. Y a la muerte de Pipino (640), su hijo Grimoaldo I (el Viejo), cual protegido del obispo Kuniberto y apoyado en su enorme poder material y sobre todo político, se convirtió en el mayordomo de Austrasia. Desde allí fue el primero en intentar el destronamiento de la dinastía merovingia en favor de su propia descendencia, convirtiendo poco a poco en hereditario el cargo de mayordomo. Por lo demás eso sólo ocurrió en la parte oriental del reino, donde ya en el siglo VII se le llama al mayordomo «príncipe de los francos» y «virrey».[5]

8

Cierto que el traspaso de poder de padre a hijo no se realizó de manera totalmente incruenta. Dos fueron sobre todo los grupos coetáneos rivales.

Al frente de los pipínidas se encontraba Grimoaldo, hijo de Pipino, asociado entre otros con el obispo Kuniberto, con los hijos de Amulfo de Metz, el duque Bobo de Auvergne y el duque alemán Leuthari. El otro grupo lo capitaneaba un cierto Otón, a cuyo padre, el doméstico Uro, ya Dagoberto I había nombrado preceptor de su hijo Sigiberto III. Otón, tutor del rey menor de edad, pretendía la sucesión en el cargo de mayordomo en perjuicio de Grimoaldo, hijo de Pipino. Del lado de Otón estaban el duque de Turingia Radulfo y el palaciego Fara, cuyo padre, Crodoaldo, había caído en desgracia de Dagoberto «por instigación» del santo obispo Amulfo de Metz y de Pipino, y en el 625 había sido asesinado en Tréveris por orden real. Para vengar al padre se asoció Fara con Radulfo, duque de Turingia. San Sigiberto (venerado después cual «señor de la tempestad», cuyas reliquias se conservan en Nancy y cuya fiesta se celebra el 1 efe febrero), hijo de Dagoberto, lo batió hacia el 640 en «una batalla feroz», probablemente entre Maguncia y Vogeisberg, en la que murió Fara; pero el perseguido Radulfo pudo contabilizar la batalla como una victoria en Turingia, junto al río Unstrut. «Se dice que allí perecieron a espada muchos miles de hombres» (Fredegar). A instigación de Grimoaldo, amigo íntimo del obispo Kuniberto (*in amicitiam constríngens),* Otón fue asesinado hacia el 642-643 por Leuthari, duque alemán. Ahora ya nada se interponía a la mayordomía de Grimoaldo, que dominó en

[5] Fredeg. 4, 85. LThK IX' 548, Mühibacher I 41 s. Ewig, Die Merovinger 163 Bleiber, Das Frankenreich 161. Ebling 54 s. Wallace-Hadrill cit. según Müller, Bis-chof Kunibert von Koln 167 ss., 179, 184 ss. Schulze, Vom reich der Franken 82. Comp. también la nota siguiente.

Austrasia durante aproximadamente 14 años.

El rey Sigiberto, de primeras sin hijos y bajo la tutela de Grimoaldo, hubo de adoptar al hijo de éste, que recibió el nombre dinástico merovingio de Childeberto (III), y llenó un período de gobierno —aproximadamente entre el 660 y el 662— envuelto en una oscuridad profunda. Después, sin embargo, Sigiberto tuvo un hijo, que fue Dagoberto II. Y cuando el santo rey (que se negó a obedecer al papa Martín I, también santo, en la lucha contra el monoteletismo, y prohibió asimismo a los obispos convocar sínodos sin el consentimiento real) enfermó de muerte en enero del 656, Grimoaldo y el obispo Didón de Poitiers se reunieron en el monasterio de Nivelles, perteneciente a la familia pipínida, y dispusieron las cosas para el caso de muerte.[6]

9

El rey Sigiberto, que murió el 1 de febrero del 656 con sólo 27 años, cierto que había confiado a su hijo menor de edad a la tutela de Grimoaldo. Pero el ambicioso mayordomo de Austrasia llevó entonces a término el que se conoce como su golpe de Estado, siendo aquélla la primera intentona por poner a los pipínidas sobre el trono real de los francos. Por medio del obispo Didón hizo tonsurar para monje al príncipe merovingio Dagoberto II, todavía menor de edad, con el fin de asegurar la corona a su hijo Childeberto (III). De acuerdo con lo estipulado, el obispo Didón se llevó en principio consigo a Poitiers al legítimo heredero del trono Dagoberto, y en el 660-661 lo encerró en un monasterio de Irlanda con la intención de librarse de él para siempre.

Pero el intento fracasó, tanto por la fuerte oposición austrasia como, sobre todo, por la resistencia de los francos neustrios, que querían convertir en soberano único a su propio rey Clotario III, todavía menor de edad. Y así se le tendió una trampa a Grimoaldo, que fue entregado a la dinastía neustria y encerrado en una cárcel de París. Allí acabó en el patíbulo hacia el 662, al tener que exiliarse Dagoberto II. También su hijo adoptivo, Childeberto, terminó probablemente con él, y muriendo en cualquier caso. En su lugar fue elegido rey de Austrasia Childerico II (662-675), hermano menor de Clotario III y benjamín de la reina Bal— thilde, que por entonces era sólo un niño de siete años.

Después de tres generaciones, ya en el 662 se había extinguido la rama masculina de los pipínidas. Habían producido un rey y dos mayordomos. Entonces vivían aún dos hermanas de Grimoaldo: la abadesa Gertrudis de Nivelles y Begga, desposada desde aproximadamente el 635 con Ansegisel, hijo segundo de san Amulfo de Metz. La herencia pipínida entre la Selva Carbonífera y el Mosa pasó a los amulfíngios moselenses, cuyos territorios se extendían por los alrededores de Metz, Verdun, Tongem y probablemente también Tréveris. El hijo de Ansegisel y de Begga, llamado Pipino por su abuelo materno (Pipino II el Medio), y sus descendientes dispusieron así de las enormes posesiones de amulfíngios y pipínidas, las fincas familiares en las tierras del Mosa y del Mosela, como un potencial de dominio que marcó una época histórica.[7]

---

[6] Fredeg. 4, 86 ss. LThK IX' 548. LMA IV 284, 1717. Kühner, Lexikon 42 s. Mühibacher I 43. Ewig, Die Merowinger 143, 145 s. Friese 164 ss. Bleiber, Das Frankenreich 160 s. Ver también la nota siguiente.

[7] Lib. Hist Franc. 43. Vita Wilfr. c.28; 33. Vita Gertrudis c. 6. Sigeberti Chronica a. 656. LThK IX' 548. LMA IV 1717. Zwolfer 79 s., 82 ss. Neuss/Oediger 76 ss., 127 s., 130. Büttner, Aus den Anfängen 164. Lówe, Deutschiand 73,75s. Maier Mittelmeerweit 323. Lasko 214. Sprigade, Die Einweisung 23 ss. Id., Abschneiden 152. Según Fischer, Der Hansmeier 66ss., la renuncia de Dagoberto fue voluntaria. Lo

… Y MUCHAS OBRAS PIADOSAS

El acontecer político de esos años yace en una densa nebulosa. La segunda mitad del siglo VII figura entre las «épocas más tenebrosas» de la historia medieval. Primero, porque al finalizar la crónica de Fredegar en el 643 las fuentes coetáneas callan casi por completo. Segundo, porque los hijos de reyes merovingios, menores de edad en su casi totalidad, se convirtieron cada vez más enjugúete de los grandes partidos del reino, y especialmente de amulfingios y pipínidas.

Destaca de manera particular la política eclesiástica de Grimoaldo y de su círculo. Quien acabaría siendo decapitado mantuvo estrechos contactos con los personajes religiosos más destacados de su tiempo. Fue amigo de los obispos Desiderio de Cahors y Didón de Poitiers. Hacia el 646-648 consiguió el rey Sigiberto la fundación de los monasterios de Stablo (Stavelot) y de Malmédy en las diócesis de Maastricht y de Colonia, en las estribaciones nororientales de las Ardenas, para los que Sigiberto puso a su disposición un territorio boscoso de doce leguas.

Santa Iduberga (Itta), madre de Grimoaldo, fue la fundadora de una abadía doméstica pipínida, el monasterio femenino de Nivelles, el más antiguo de los Países Bajos. Y ambos, madre e hijo, fundaron también (651) la abadía de Fosses, al oeste de Namur, para aquellos monjes irlandeses a los que el mayordomo Erchinoaldo y su abad Foillan habían expulsado de Neustroburgundia. Parte de ellos agrandaron el «monasterio familiar» y «materno» de Nivelles, «un lugar de disciplina en medio de un pueblo indisciplinado» (Hümmeler), convirtiéndolo también en uno de los monasterios dobles (para hombres y mujeres) más tristemente célebres desde la antigüedad cristiana.

Fue nombrada primera abadesa la hija de santa Iduberga, la también santa Gertrudis (= la muy amable) de Nivelles, hermana menor de Grimoaldo. Sólo quería ser «sierva y esposa de Jesucristo» y consagrar por entero «su virginidad al Rey celestial» (Hümmeler); una esposa de Dios, aunque también con estrechas relaciones con los monjes irlandeses, y especialmente con el abad Foillan, asimismo santo. Éste, que poco después de su expulsión había hallado acogida por parte de santa Iduberga y de santa Gertrudis y que «continuó manteniendo contacto con el "monasterio madre"» (Van Uytfanghe), fue asesinado en el bosque de Seneffe (655), cuando regresaba de Nivelles, siendo arrojado en el desaguadero de una pocilga. Pero con la pompa de una gran procesión regresó a Nivelles, extendiéndose después su culto de «mártir» desde Valonia a Renania.[8]

Ahora bien, santa Gertrudis, que ya a los doce años había hecho voto de castidad perpetua, fue «consumida por su ascesis». Ya a los treinta años se retiró, entregando el agotador cargo de abadesa a Wulfetrude, hija única de Grimoaldo y sobrina suya,

---

contrario, y con razón, piensa Sprigade, Abschneiden 151ss. Prinz, Entwicklung 239 s., 250 s. Ewig, Die Merowingerzeit 59ss. Id., Noch einmal zum «Staatsstreich» Grimoalds 454 ss. Id., Die Merowinger 145 ss., 156 s., 163 s. Schulze, Das Reich der Franken 83 s. Steinbach, Das Frankenreich 39. Braunfeis, Kari der Grosse 125. Schneider, Das Frankenreich 17 s. Bleiber, Das Frankenreich 161ss. Bund 297 ss. Butzen 40s. Meyer-Sickendick 163

[8] LMA IV 604 s., 1356 (van Uytfanghe). Mühibacher I 43. Hümmeler 139 s. Prinz, Frühes Mónchtum 185 ss., 278 s., 359. Wemer, Zur Verwandtschaft 1 ss.

para que todo quedase en la familia. Sólo sobrevivió tres años más «en oración y penitencia» (Van Uytfanghe). Y durante la celebración de la santa misa siguió al santo mártir Foillan al paraíso. Su culto, sin embargo, se extendió rápidamente de Brabante hasta Alemania y Polonia. Más aún, se convirtió en una de las comunidades de santos más conocidas de la Edad Media.

11

Consecuentemente Gertrudis se convirtió primero en la patrona de los caminantes (que «beben en la despedida el "amor de Gertrudis"») y después en la santa protectora de la buena muerte («¡Que santa Gertrudis te prepare aposento!»). Y desde el siglo XV se invocó su protección contra ratas y ratones. En la iconografía aparece con hábito de abadesa o con vestimenta principesca que incluye corona o sombrero de princesa, aunque con ratones a su alrededor, que trepan por su báculo de abadesa o se posan en su seno. ¡Todo un símbolo de impureza y maldad! Los ratones, en efecto, la «perturbaban en su meditación piadosa».[9]

Toda una maraña de enredos y de propaganda clerical. Pero el hecho es que el monasterio familiar de los pipínidas, como muchos otros monasterios, redundó en beneficio del poder doméstico de la familia, chocando en consecuencia —y desde luego por motivos políticos— con la enconada resistencia de la aristocracia neustria.[10]

Santa Balthilde mata a nueve obispos

El fracasado intento de Grimoaldo por derribar el trono hizo que los pipínidas quedasen fuera de juego durante dos décadas en la política por el poder. Fueron Neustria y Burgundia las que entonces se pusieron en marcha, y no tanto la casa real cuanto la alta nobleza de tales territorios.

Balthilde había llegado a la corte neustroburgundia por mediación del mayordomo Erchinoaid como una esclava anglosajona. Hacia el 648 la desposó Clodoveo II (639-657), quien adquirió así «una perla preciosa a bajo precio» *(Vita sanctae Balthildis),* Desde el comienzo luchó por todos los medios por frenar el continuado debilitamiento de la realeza. Por el contrario su marido, al que dio tres hijos —dotarlo, Teuderico y Childerico—, continuó sin ninguna influencia efectiva. Murió el 657, con sólo 23 años, como un auténtico libertino y, a lo que parece, loco en los últimos años. Y como al poco tiempo desapareciere también el mayordomo Erchinoald, fue Balthilde sin duda la que procuró que no le sucediera en el cargo de la mayordomía neustria su hijo Leudesio sino Ebroín, un rico hacendado del Soissonnais, que de hecho se hizo también con el mayordomato de Burgundia, convirtiéndose sin duda en el hombre del día.

12

Y como Ebroín no procedía de la alta aristocracia, esperaba la antigua esclava que podría manejarlo más a su antojo. Y, al menos de primeras, pudo, con su ayuda y con el apoyo de los obispos Crodeberto de París, Eligió de Noyon y Audoin de Rouen, llevar a cabo una política centralista. Impidió una división del reino entre sus propios hijos y de hecho gobernó la parte neustroburgundia exclusivamente en nombre de

---

[9] LMA IV 604 s., 1356 (van Uytfanghe). Keller, Reclams Lexikon 228 s. Fich-tinger 140 s. Hümmeler 139 s. Schneider, Das Franchenreich 17.

[10] LMA IV 1356.

Clotario III, y tras la caída de los pipínidas y del mayordomo Grimoaldo de Austrasia, aseguró allí la sucesión (662) de su hijo menor Childerico II.

En Burgundia, y entre los años 660 y 663, Balthilde hizo ejecutar al arzobispo Aunemundo de Lyon y a su hermano Dalfino, el *«praefectus»* de la ciudad, por cuanto el metropolitano había evidentemente movilizado a la alta aristocracia burgundia contra la casa real neustria. La acusación contra él no fue sólo de alta traición sino de traición a la patria, pues que en secreto había solicitado la intervención en el país de un poder extranjero *(extranea gens).* El pasaje de la fuente deja sin aclarar si el metropolitano fue ejecutado en Chalón o si fue asesinado en secreto. De todos modos el sacerdote y monje anglosajón Aeddi Stephanus (Eddins) informa a comienzos del siglo VIII que la nueva Jezabel (que aun así subió a los altares de la Iglesia católica, celebrándose su fiesta el 26 de enero o el 3 de febrero) había quitado la vida a no menos de nueve obispos; y, al parecer, también por motivos políticos, por su oposición a la dinastía neustria y a la realeza merovingia en general.

Tal vez el número sea exagerado, aunque sin incluir ciertamente a los sacerdotes y diáconos; pero adecuado a su vez justamente a los muchos obispos feudalizados con un enorme poder, que a menudo sobrepasaba con mucho los derechos de dominio de los duques y condes y que amenazaba cada vez más la base y aun la existencia misma del trono. En cualquier caso el anticlericalismo desapareció de la reina. Mantuvo estrechas relaciones con diversos prelados (Audoin de Rouen y Crodeberto de París figuraron entre sus consejeros), favoreció especialmente a muchos de los ya por entonces numerosísimos monasterios de Neustria con donaciones generosas de tierras y dinero y con donativos de oro y plata, a la vez que fundó varios. Entre ellos la magnífica abadía para hombres de Corbie (diócesis de Amiens) o el monasterio femenino de Cala, en Chelles-sur-Mame (diócesis de París), en el que hubo de entrar como monja con ocasión de su caída, hacia el 665, y en el que murió (680). La *Vita Balthildis* la exalta como regente vigorosa a la vez que como cristiana. Y acabó siendo venerada como santa.[11]

13

Ebroín y Leodegar, anticristo y seguidor de Cristo

La traición eclesiástica estigmatizó a Ebroín como una bestia, como escoria de la humanidad y como el anticristo. Cierto que una fuente le califica de «varón por lo demás de altas prendas, aunque de mano demasiado rápida en la ejecución de obispos». Pero en principio tampoco Ebroín fue hostil a la Iglesia; más bien fue el fundador de una abadía doméstica, el monasterio de Santa María de Soissons (hacia el 667), y también fue amigo de por vida del santo obispo Audoin de Rouen, quien, como consejero de los reyes de París, fue por lo demás el último que aún se opuso eficazmente a la ascensión de los pipínidas.

Ebroín también mantuvo evidentemente buenas relaciones con san Eligió, obispo de Noyon-Tournai, de quien fue amigo íntimo al igual que del obispo Audoin. Pero el mayordomo era más bien de origen humilde y por lo mismo no estaba obligado por vínculos familiares a guardar consideración alguna con los círculos nobiliarios, que

[11] Lib, Hist. Franc. 44. Cont. Fredeg. Is. Vita Balth. 2; 10. LThK II' 35 s. LMA I 1391 s. III 1531 s. Mayr—Harting 139 ss. Bleiher, Das Frankenreich 158 ss. Ewig, Die Merowinger 149, 153 ss.

no sin razón le tenían por un advenedizo y nuevo rico. Frenó la influencia de los mismos a la vez que aminoraba la de los merovingios; pero fomentó sin miramiento alguno los intereses de la corona y la reunificación del reino franco bajo la capitanía neustria. Entró así en conflicto con las pretensiones crecientes de poder por parte de la nobleza, tanto civil como, especialmente, eclesiástica, de Neustria y Burgundia. La acaudillaba Leodegar (Leudegarius) de Autun, muy favorecido en tiempos por el propio Ebroín, y que era descendiente de la alta aristocracia francoburgundia, hermano de Gairenus (Warin), conde de París, y sobrino del obispo austrasio Didón de Poitiers.[12]

Gracias al tío Didón llegó Leodegar a la dignidad de archidiácono de Poitiers, y probablemente fue también después abad de Saint-Mai-xent en la misma ciudad. Y cuando en Autun combatieron durante dos años las dos fracciones de la nobleza regional por hacerse con la silla del obispado y uno de los candidatos murió y el otro fue desterrado, fue Leodegar quien hacia el 662, y gracias al favor de la reina Balthilde, ocupó la ambicionada sede, convirtiéndose en uno de los políticos más importantes en la Galia del siglo VII. Y aunque personalmente llevaba una vida de lujo y fausto, reprimió por la fuerza y el terror a los bandos hostiles y tributó culto especial a las reliquias de san Sinforiano, mártir y patrono de la ciudad, sin sospechar que también él acabaría siendo un santo mártir.[13]

La ambición de poder de Leodegar pronto le enfrentó con el no menos ambicioso Ebroín, a cuyos esfuerzos de centralización se opuso con energía, aunque las hostilidades las abrió ciertamente el obispo, cosa que se repitió según parece en las diversas fases de la lucha, siendo las luchas «de mayor envergadura en el reino merovingio» (Büttner). Y mientras que Ebroín se sentía el defensor de la corona frente a los grandes de la nobleza, oponiéndose también especialmente a los separatistas bur— gundios, el obispo Leodegar se convertía en portavoz de la oposición, en exponente del partido nobiliario, opuesto a cualquier gobierno unitario.
[14]

La temprana e inesperada muerte de Clotario III, el rey neustrio, en la primavera del 673 afectó profundamente a Ebroín y provocó un cambio total. Dejando de lado a los grandes, el mayordomo sentó en el trono de Neustroburgundia al hermano menor del rey, Teuderico III, hijo segundo de Balthilde, que estaba internado en Saint-Denis. Por el contrario, los nobles del círculo del obispo Leodegar proclamaron a Childe-rico II, hermano menor de Teuderico, que desde el 663 ya gobernaba en Austrasia y que obtuvo un rápido reconocimiento.

Ebroín y su rey no pudieron resistir a la nobleza y al episcopado en el verano del 673. El mayordomo, tonsurado como un monje, fue a parar al lejano monasterio de Luxeuil en los Vosgos, mientras que Teuderico III entró, también tonsurado, en Saint-Denis. Ocupó el trono Childerico II de Austrasia y Leodegar entró en el círculo de los más allegados al rey. Y como éste —según escribe un monje anónimo de Saint-

---

[12] Síntesis de las fuentes sobre Ebroino en la introducción de B. Krusch a las Passiones Leudegarii, SS rer. mer. V 249 ss. Pass. Leud. II c. 1. Vita Elig. c. 56. LMA I 1196 s., 1392. II 1818, III 1531 ss., 1829 s. Ewig, Die Merowingerzeit 60. Id., Die Merowinger 152 ss., 160. Fischcr, Der Hausmeier Ebroin 7 s., 76 ss.,109 ss., 174 ss. Zollner, Die poliüsche Stellung 115 s., 214 s. Steinbach, Das Frankenreich 39. Bleiber, Das Franken— reich 158, 163. Schulze, Vom Reich der Franken 84.

[13] Pass. Leud. I c. Is. II c. 3. Lma V 1883. Hauck I 357s. Fischer, Der Hausmeier Ebroin 105 ss. Prinz, Askese und Kultur 83 s. Borst 502 s. Ewig, Die Merowinger 160. Pontal 197 ss.

Symphorien de Augustodunum (Autun) en la *Vita* de su héroe, redactada antes del 693— reconociera «que el santo Leodegar sobrepujaba a todos con la luz de su sabiduría, lo tuvo siempre junto a sí en su palacio y lo convirtió en su mayordomo», y «todo el mundo» se felicitó «de tener a Leodegar por mayordomo».

En realidad Leodegar nunca fue mayordomo, sino un consejero íntimo de Childerico, un *«rector palatii»,* y como tal, pronto desempeñó un papel dominante hasta romper los nervios de la corte, sobre todo cuando criticó el matrimonio del rey con su prima Bilichilde. Para decirlo con el lenguaje de su biógrafo, fue el «enemigo antiguo y malvado, el que sembró la cizaña de la discordia» entre el rey y el obispo; por lo que «el odio del diablo», «la envidia del maligno», se alzó contra el santo de Dios, y el soberano «buscó una ocasión para matar a Leodegar». Animoso partió entonces el héroe episcopal «a palacio la mañana del Viernes Santo y se ofreció personalmente como víctima el día de la muerte de Cristo; el rey quiso atravesarlo con su propia espada...». Entonces, sin embargo, el santo Leodegar «prefirió escapar, a fin de que su asesinato no profanase la fiesta de la Resurrección del Señor, pues sin duda nadie creerá que temiese la muerte de los mártires». El hecho fue que el santo obispo fue depuesto en la Pascua del 675 y, «a propuesta de nobles y obispos» —como admite la *Vita—,* fue desterrado al monasterio de Luxeuil con su enemigo Ebroín, donde supuestamente, y sin apenas reticencias, hasta tal punto llegaron a ser un solo corazón y una sola alma que el abad los separó por algún tiempo.[14]

[15]

«Pero el juicio y castigo divino contra Childerico no se hizo esperar», anota con satisfacción el anónimo de Autun. El rey Childerico II, en efecto, que a los veinte años de edad se vengó de algunos cómplices del obispo haciendo ejecutar al conde Héctor de Marsella y mandando azotar al noble franco Bodilo, fue asesinado por éste, que era partidario de Leodegar, y por algunos otros conjurados a finales del verano del 675, durante una cacería en el bosque de Lognes, en la *silva Lauconis;* asimismo fueron asesinados su hijo Dagoberto, que apenas contaba cinco años, y su esposa embarazada Bilichilde, «cosa que resulta doloroso contar», como se dice en las *Gestas de los Francos.* Y entonces los prisioneros del monasterio salieron sedientos de venganza, «cual serpientes venenosas, a las que el primer sol de primavera despierta de su letargo invernal» *(Passio Leude garii).*[15]

Leodegar y Ebroín llegaron de Luxeuil; pero pronto volvieron a separarse. Teuderico llegó de Saint-Denis y Dagoberto II de Irlanda. Un partido quiso constituirle rey en Austrasia. Y un cometa anunció en el cielo asesinatos y tumultos. Realmente pronto desencadenó un caos en derredor. Contiendas, traiciones y asesinatos estuvieron a la orden del día, con tal desorden y confusión que —como escribe el monje de Augustodunum— «se creyó que iba a aparecer el Anticristo». Y como tantas otras veces, la turbulencia afectó especialmente a los cristianos.

No fue Ebroín el mayordomo, sino que fue designado para el cargo Leudesio, hijo de Erchinoald. Pero con ayuda de los austrasios Ebroín atacó a los

---

[14] Hauck I 357 ss. Büttner, Geschichte des Elsass 69. Lowe. Deutschiand 76 s. Maier, Mittelmeerweit 324. Ewig, Die Merowinger 160 s.. 165. Id., Die Merowingerzeit 60. Sprigade, Die Einweisung 32 s. Fischer, Der Hausmeier Ebroin 108 ss., 119 ss., 142 ss., 178 s. Zollner, Die politische Stellung 215. Borst 503. Ebling 131 s. Bleiber, Das Frankenreich 163 s. Steinbach, Das Frankenreich 39.

[15] Cont. Fredeg. 2. Lib. Hist. Franc. 45. Pass. Leud. 7. Ver también la nota siguiente.

neustroburgundios, con un golpe de mano ocupó el palacio real de Nogent, se apoderó del tesoro regio en Baizieux y alcanzó al rey en la desembocadura del Somme. El mayordomo Leudesio fue liquidado en favor del mayordomo Ebroín. Y sus partidarios, entre los que figuraban el duque Waimar de Champagne (que después fue obispo y terminó colgado), el obispo Bobo de Valence y Desiderato (Diddo), obispo de Chalón, que estaba al frente de un ejército, se volvieron en el 676 a Burgundia contra Leodegar.

Después de «haber combatido valientemente por ambas partes hasta el anochecer» en las cercanías de Autun, el santo se entregó. Impávido y «fortalecido con el banquete del Señor», avanzó —según cuenta el monje biógrafo— «hasta el campamento enemigo, sacrificándose por sus conciudadanos». Y allí lo recibieron los diablos (igualmente católicos y, en parte, hasta episcopales) «como los lobos a un cordero inocente». Pero no profirió ni un grito de dolor «cuando le arrancaron los ojos de las órbitas, sino que entonó salmos en alabanza de Dios». Y, ya ciego y cruelmente mutilado de labios y lengua, permaneció casi dos años en el monasterio de monjas de Fécamp (diócesis de Rouen), y recuperó milagrosamente el habla: «pues por la acción de Dios volvieron a crecer de forma totalmente milagrosa sus labios y lengua, y yo mismo vi cómo las palabras fluían de su boca...».

16

Despojado de su «dignidad» en el 678 por un sínodo de obispos, y condenado a muerte por el tribunal supremo, Leodegar fue decapitado por orden de Ebroín como cómplice del asesinato del rey en un bosque de Artois. Pero inmediatamente después de su muerte fue considerado como un mártir y, tras la liquidación de Ebroín, venerado como santo, fue declarado patrón de Luzem y naturalmente de Autun, en la saga de los héroes eclesiásticos se le llama «apóstol celoso de la paz», «modelo de sacerdote», «adornado de todas las virtudes cristianas». «La leyenda hace discurrir ahora una serie de milagros, para los que el obispo regente ni siquiera tuvo tiempo. No obstante todas sus riquezas y bienes raíces, Leodegar no fundó ningún monasterio... Incluso su solicitud por los pobres sólo dispuso de amplios recursos, cuando los tesoros almacenados no pudieron ya utilizarse políticamente» (Borst).

Realmente, sólo cuando Leodegar «estuvo de nuevo en su ciudad de Augustodunum para apacentar su rebaño», cuando amenazado y encerrado, con las puertas atrancadas y los bastiones reforzados, pero ya sin ninguna posibilidad de escapar, sólo entonces se negó obstinadamente a salir de allí con sus tesoros, como lo celebra nuestro monje, «sino que repartió toda su hacienda entre los pobres». Todo un auténtico caballero de Cristo. Y al final los fieles suplicaban: «Ruega por nosotros, san Leodegar, bienaventurado confesor de Cristo, para que pongamos nuestra esperanza únicamente en la cruz de nuestro Señor...».[16]

Pero al historiador Ewig le ha salido una verdadera obra científica haciendo de

---

[16] Lib. Hist. Franc. 45. Cont. Fredeg. 1 s. Pass. Leud. I c. 15 ss., 29, 31 ss. LMA III 1532 V 1883. Vogel II 351 ss. Hauck I 359 ss. Sprigade, Abschneiden 153 s. Id., Die Einweisung 37 s. Maier, Mittelmeerweit 324. Ewig, Die Merowingerzeil 60 s. Id., Die fránkischen Teilungen 213 ss. Id., Die Merowinger 165ss. Wallace-Hadrill, The Long-Haired Kings 236 s. Schneider, Konigswahí 165 s. Steinbach, Das Frankenreich 40. Borst 503 s. Schulze, Das Reich Der Franken 84 s. Para Fischer, Der Hausmeier Ebroin 136 ss. el obispo Leodegar fue ciertamente el «verdadero cabecilla de la conspiración», pero probablemente nada tuvo que ver con los asesinatos. Scheibeireiter. Die Verfáischung der Wirkiichkeit 310 ss. Id-, Der Bischof 227, comprueba en general «una participación creciente de los obispos en acciones militares durante el siglo vii».

Leodegar un seguidor de Cristo, sobre la base exclusiva de una carta, la última que escribió.

Encarcelado, mutilado, sin ojos, sin lengua, Leodegar escribió a su madre, después de la ejecución de su hermano y antes de la suya propia, unas frases inesperadamente piadosas y profundamente cristianas, como la de que toda tristeza se convierte en alegría «no para odiar, sino para amar». Y ésta otra: «Ninguna virtud es superior al amor de los enemigos, por el que nos hacemos hijos de Dios...». Sentencias como ésta difícilmente pudieron pasársele al obispo por la cabeza, y no digamos ya por la lengua, ni siquiera en las prédicas del domingo. Incluso entre su «passio» asegura explícitamente que está contento de la ruina de sus enemigos. Pero a partir del canto de cisne, que brota del miedo a la muerte, Ewig reconoce a Leodegar «en su tiempo y a su manera en el seguimiento de Cristo»; «a la velocidad del rayo» ve iluminada la época oscura y advierte contra «el enjuiciamiento exclusivo de los siglo s merovingios por las acciones de sangre, de las que están llenas las crónicas».

[17]

Naturalmente se trata de excepciones. (Yo prefiero —¡aquí y siempre historiográficamente!— la regla.) Sagrada, la madre del santo entró en un monasterio. El hermano de Leodegar, el conde de París, fue condenado ya antes a la lapidación por (e1presunto) autor del asesinato de Childerico II. Algunos obispos tuvieron que exiliarse. Otros, como Generio, metropolitano de Lyon, combatieron incluso con tropas contra el prelado, para acabar aceptando el *fait accompli* por Ebroín. Y no faltaron, sobre todo en Neustria, quienes simpatizaron con el vencedor. Por lo demás, los asesinatos no cesaron, siendo ésta «una de las cumbres de la historia franca en el siglo VII» (Fischer).[17]

PIPINO II, «EL QUE SIEMPRE ARREMETÍA DE INMEDIATO CONTRA SUS ENEMIGOS...»

La llamada del último merovingio austrasio, Dagoberto II, el año 676 por el mayordomo Wulfóald de un encierro de casi veinte años en un monasterio irlandés, fue sin duda alguna un golpe para Pipino II el Medio. Porque evidentemente quería convertirse a cualquier precio en mayordomo de Austrasia, como ya lo habían sido su abuelo Pipino y su tío Grimoaldo. Tampoco tuvo que aguardar mucho. Ya en la Navidad del 679, el 23 de diciembre, uno de los hijos del rey Dagoberto mató a su padre en una cacería en Stenay, en las Ardenas, cerca de Verdun, «por perfidia de los duques y con el asentimiento de los obispos» *(per dolum ducum et consensu episcoporum: Vita Wilfrídi).* Nobleza y episcopado destruyeron San Pedro de Stablo y Malmédy, patrón y protector de Dagoberto. También el mayordomo Wulfóald desapareció con el rey.

Pero ¿quién pudo estar más interesado en ello que Ebroín y que Pipino?

En Austrasia, tras la eliminación de Dagoberto y el simultáneo final de Wulfoad, el *dux* Pipino se convirtió indudablemente en el hombre más poderoso. Desde el siglo XIV se le apellida «de Heristal» (aunque Heristal, cerca de Lüttich, aparece ya en un

[17] LMA III 1532. Ewig, Die Merowinger 167 ss. Para el género de la «passio», ver Scheibeireiter, Die Verfáischung der Wirkiichkeit 307 ss., espec. 309. Ver asimismo la nota siguiente.

documento del 722, como un territorio de la corona, nunca como una propiedad privada de los carolingios). Fuertemente exaltado por leyendas posteriores, el nieto de Pipino I, el Viejo, y del obispo Amulfo de Metz, Pipino II, el Medio, es el antepasado tanto de Carlos Martell como de Carlos «el Grande» e inicia realmente la historia de los carolingios, que ahora se adueñan cada vez con mayor audacia de la herencia de los merovingios.

18

En tanto que *Dux austrasiorum,* caudillo de los austrios, del reino oriental, Pipino se encuentra ahora, junto a su pariente el duque Martín —que era a su vez *dux* de Champagne—, en uno de los bandos que libran la batalla final por la soberanía franca. En el otro bando están Ebroín, al que se ha unido Reolus, obispo de Reims, así como los obispos depuestos por iniciativa de Leodegar, como eran Desiderato (denominado Did-do) de Chalonsur-Saóne y Bobo de Valence. En una «batalla sangrienta» del 680 en el Bosque del Hayedo (Bois-du-Fays), al este de Laon, «en el cual murió mucha gente de ambos bandos», venció Ebroín, que impuso el reconocimiento de Teuderico III también en Austrasia. Mientras que Pipino pudo escapar, Martín fue hecho prisionero —después que el obispo Reolus le hubiese asegurado con falso juramento, al jurar «sobre un relicario vacío», una partida libre; por lo demás, Ebroín ya había utilizado el recurso con éxito— y «ejecutado con todas sus gentes» *(Fredegarii Continuationes).*

Parecía que Neustria había conseguido el mando. Tras una lucha de,18 años el mayordomo Ebroín era de hecho el único soberano en Neustria y Burgundia, aunque sin pretender el trono. Pero la tentativa de imponerse también en Austrasia la pagó con la vida el mismo año de su victoria. Poco después de su regreso de la guerra, a finales de abril o comienzos de mayo, Ermenfred, un alto funcionario de la corte neustria, le partió la cabeza, justo cuando Ebroín «un domingo, antes de alborear el día, se disponía para ir a la misa primera...». Pero Ermenfred se refugió junto a Pipino, que tal vez también le había inducido al asesinato y que en cualquier caso obtuvo del mismo el máximo beneficio. El acto sangriento lo recompensó aceptando al asesino en el consejo real. Pipino se había impuesto en la lucha por la hegemonía contra los mayordomos neustrios que habían gobernado durante décadas. Y ello se debió principalmente a que una parte de la nobleza neustria volvió a pasarse ahora al mayordomo austrasio.[18]

El sucesor de Ebroín en la mayordomía neustria, Waratto, sí buscó la paz con Pipino. Pero Pipino llevó a cabo una serie de «guerras civiles *(bella civilia)* y numerosas luchas». Y Berchar, sucesor y yerno de Waratto, que debió la dignidad a su suegra Ansfled, pasó de nuevo a la oposición contra el arnulfingio, cuyo frente de conjurados reforzaron aún más los desertores llegados de todas partes, incluidos los desertores episcopales, como el metropolitano Reolus, que ahora estipuló una amistad juramentada con Pipino. El obispo y los suyos se pusieron a disposición del mayordomo Geisein «y lo azuzaron contra Berchar y los demás francos» *(Fredegarii Continuationes).*

---

[18] Lib. Hist. Franc. 45ss. Cont. Fredeg. 3 s. Pass. Leud. I c. 20, 25 s-, 37. LMA III 430, 1531 ss. Vita Wilfr. c. 33. Mühibacher 1 37. 44 s. Buchner, Germanentum 163. Zwolfer 74. Ebling 142 s. Wallace-Hadrill, The Long-Haired Kings 238 s. Ewig, Die Merowingerzeit 61. Id-, Die Merowinger 171 s., 184 ss. Maier, Die Mittelmeerweit 324. Fischer, Der Hausmeier Ebroin 141, 148 s., 158 ss. Steinbach, Das Frankenreich 40. Bund 317 s. Meyer-Sickendick 157 s.

Pipino se puso de nuevo al frente de los rebeldes y en el 687 avanzó con la nobleza austrasia desde la Selva Carbonífera. Dice Pablo el Diácono que era «un hombre de extraordinaria audacia, siempre dispuesto a caer de inmediato contra sus enemigos y derrotarlos». En la batalla de Tertry, junto al Somme, que la tradición carolingia magnifica como un acontecimiento decisivo, Pipino venció al ejército de Teuderico III y de su mayordomo Berchar. Inmediatamente después se asoció con Ansfled, viuda de Waratto, y ésta al poco tiempo hizo asesinar a su yerno Berchar. Sucesor de la víctima en el puesto de mayordomo neustrio fue Pipino, que con ello obtuvo también la dirección en Neustria, donde —según cuentan los viejos anales— recibió al rey «con sus tesoros y la casa real», cual si se tratase de una «pieza de inventario». De hecho los reyes hasta mediados del siglo VIII no fueron más que figurantes, simples muñecos del trono, que gobernaban de un modo puramente nominal.

19

Pipino dejó en Neustria como su representante al merovingio Teuderico y, en tanto se volvía a Austrasia, le proporcionó gente suya, mayordomos que le eran personalmente adictos, como fueron primero Norberto y más tarde su hijo Grimoaldo. A su hijo mayor Drogo lo elevó a duque de Champagne y se casó con Anstrud, hija de Ansfled —la «noble y fuerte matrona», *matrona nobilis et strenua*— y viuda de Berchar, a quien su madre había hecho asesinar en beneficio de Pipino. Ocurría así todo lo mejor. La herencia de los merovingios *defacto* estaba casi conquistada y la familia de los pipínidas iniciaba su ascensión de nobleza provinciana a dueña de Europa.[19]

Pipino residió menos en Metz que en Colonia, donde probablemente su mujer Plectudis, hija de Hugoberto de Maastricht que luego sería obispo, fundó el monasterio de Santa María del Capitolio. Y también Pipino, sobrino de la primera abadesa (Gertrudis) del gran monasterio de Nivelles en Brabante, estaba ya especialmente vinculado a la Iglesia, siendo fundador y promotor de varios monasterios, tenía especial devoción a san Pedro a quien eligió como su particular patrón y protector, y entre sus coetáneos gozó de prestigio por su singular piedad y por su ayuda a la difusión de la fe. Y es que las conexiones entre guerra y clero, entre baño de sangre y baño del bautismo, entre asesinato masivo y misión han sido cada vez más estrechas.

Así lo demuestran también los modos con que Pipino atacó a los frisones al mando de su rey Radbod, que se mantenía firme en su vieja fe.[20]

MISIÓN ARMADA ENTRE LOS FRISÓNOS

Junto a los sajones (y los bretones) fueron los frisones, los que opusieron la más encarnizada resistencia a los francos. Para someterlos necesitaron los soldados

---

[19] Lib. Hist. Franc. 47. Cont. Fredeg. 4s. Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 37. Taddey 292, 943 s. LMA I 1931 III 1404. Mühibacher I 45, 47. Haller, Entstehung der ger-manisch-romanischen Weit 306. Ewig. Die Merowinger 172, 185 s. Bleiher, Das Frankenreich 165. Schulze, Vom Reich der Franken 84 s.

[20] Cont. Fredeg. 5. Codex. Carol. ep. 1; 33. Taddey 943 s. Mühibacher I 45 s. Zwolfer 82 ss. Maier, Mittelmeerweit 250, 323 ss. Pfister, Gaul. Narrative of Everits 127. Stern/Bartmuss 65. Lasko 214. Hauck, Ein Utrechter 734. Prinz, Entwickiung 240 s., 248. Tellenbach, Europa 395 s. Steinbach, Das Frankenreich 40 s. Bleiber, Das Frankenreich 165. Ewig, Das Merowingerreich 61.

cristianos y los misioneros todo un siglo .

Los frisones eran un pueblo de campesinos, pescadores y mercaderes, que no abandonaron su asentamiento tribal junto al mar del Norte, en los territorios costeros entre el Ems y el Weser, ni siquiera durante las migraciones de los pueblos nórdicos. Tal vez ya a mediados del siglo VI los frisones fueron sometidos (en parte) al dominio de Clotario I. Lo que sí es seguro es que en el 630 el rey Dagoberto entregó al obispo de Colonia el castillo de Utrecht con el encargo de convertir a los frisones. Durante las querellas sangrientas bajo los sucesores de Dagoberto hubo un florecimiento de Frisia, de su potencial y economía, y algunos predicadores extranjeros reanudaron las tentativas de conversión, aunque resultaron inútiles. Y evidentemente tampoco ya fue feliz el obispo Wilfrido de York, un adelantado de la observancia romana. Repetidas veces impulsado por sus hermanos en el ministerio, los arzobispos Teodoro y Brithwaid de Canterbury, consultó a Roma y en el invierno del 678-679 trabajó en Frisia, donde lo acogió de forma hospitalaria el príncipe Aidgisel, padre del rey Radbod.[21]

20

Pero el éxito sólo llegó con las armas, algunos años después de que Wilfrido realizase su trabajo de extranjero. En efecto, entre los años 689 y 695 Pipino combatió a los frisones en estrecha alianza con la Iglesia. Ocupó Frisia occidental, donde él y la nobleza franca transfirieron a la Iglesia parte de los territorios conquistados. Finalmente los espadones y otros mensajeros de la buena nueva obtuvieron el éxito anhelado.

«Cuando cesó el estruendo de las armas y Radbod fue rechazado por Pipino —según escribe Camil Wampach— los francos buscadores de posesiones inundaron aquellas regiones. La tierra invitaba a la inmigración...» Esto no suena mal. Y el antiguo profesor de Bonn continúa diciendo satisfecho que muchos «grandes terratenientes» se convirtieron entonces «en benefactores...». Ciertamente que no de los frisones; «en benefactores de Willibrord... Comprobamos que el apóstol encontró acceso a los grandes círculos».[22]

También esto vuelve a sonar bien... para el «apóstol de los frisones». El northumbrio Willibrord, un discípulo de Wilfrido de York, apareció ya al año de la batalla de Pipino con otros doce propagandistas, se puso de inmediato bajo la protección del soberano franco y predicó de acuerdo con él, infiriendo a diario incontables pérdidas al diablo con las correspondientes ganancias para la fe cristiana (Beda). Es significativo al respecto el que fuese la nobleza la que primero abrazó el cristianismo.

El santo Willibrord, «oblato» ya desde niño con seis años, fue adoctrinado por los monjes escoceses de Ripon, cerca de York. Y con la autorización papal y la asistencia de la alta nobleza austrasia difundió la doctrina cristiana entre los ignorantes. Para ello le sirvieron de cabezas de puente primero Amberes y más tarde el monasterio de Echternach. Su protectora especial fue la abadesa Irmina de Oeren en Tréveris,

---

[21] Vita Wilf. (MG SS rer. Merov. 6, 120). Ver también Beda h. e. 5, 19. LThK X' 886. Levison, Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 268 ss., 315 s. Schmidt, Die Westgermanen 71, 76 s., 83. Más extensamente Alberts 634 ss. Asimismo Zóll-ner, Die politische Stellung 178 ss. Bleiber, Fránkisch-karolingische Kioster 127. Pe-tri, Der Rhein 603. Schieffer, Winfrid-Bonifatius 96. Dobler 117 s.

[22] Wampach, Das Apostóla! 247 ss. Hoy se formula en forma «sensible», hábil y «científica», cuando se alude por ejemplo a «conquista de la tierra», «desplazamientos de propiedades», etc. Comp. por ej. HEG I 136.

probablemente madre de Plektrud, la mujer de Pipino. El año 697-698 Irmina hizo donación de Echternach a Willibrord. Algo antes, en su segundo viaje a Roma, el papa Sergio I le nombró arzobispo, a instancias de Pipino que soñaba con una entera provincia eclesiástica frisona en tomo de Utrecht. Y el propio Pipino destinó su fortaleza de Traiectum (Utrecht) para sede de Willibrord, «porque la difusión del cristianismo entre los germanos fortalecía su influencia política en la frontera del reino» (Buchner). «Dominio franco y misión cristiana se apoyaron mutuamente» (Levison). «El interés político y el eclesiástico fueron de la mano en el nuevo territorio misional» (Zwolfer). Todo esto es algo probado e indiscutible desde hace mucho tiempo. Primero la espada de la nobleza, luego la locuacidad del clero y, finalmente, la sangría general.

21

A la muerte de Pipino (714) el duque pagano de los frisones, Radbod, que se autodenominaba rey, rechazó a los francos. Reconquistó los territorios al oeste del Altrhein; y con el dominio franco también se hundió la Iglesia cristiana. Sólo después de muerto Radbod (719) irrumpieron de nuevo los francos en Frisia occidental. «La tierra invitaba a la inmigración...» Carlos Martell, que apoyó el ministerio de Willibrord con magníficas donaciones y beneficios fiscales, a lo que se fue «acomodando» el resto más o menos esclavizado, marchó tres veces contra los frisones y en dos guerras contra el duque Bobo (733 y 734) se apoderó de toda la Frisia central, mientras que la Frisia oriental, a una con los sajones, sólo pudo someterla Carlos «el Grande».[23]

Pero Camill Wampach (que también fue director del archivo público de Luxemburgo) puede informar, «tras los prometedores comienzos de la fe cristiana» en Frisia, de los templos que se alzaron en tiempos de Willibrord, las iglesias bautismales, las solemnes ceremonias religiosas, etc. También los francos que en «aquellas regiones fronterizas... montaban la guardia en puestos marginales y de enorme responsabilidad y que en sus extensas posesiones, en sus amplias mansiones señoriales del interior y en sus *casatae* erigieron el *oratorium* y las primeras basílicas en honor de la Madre de Dios y de los príncipes de los apóstoles, en las que podían reunirse con sus columnas más o menos grandes de fieles para el servicio divino...».[24]

Extensas posesiones, amplias mansiones señoriales del interior y columnas de fieles... ¿no constituyen un cristianismo glorioso?

Y la gloria continuó después.

Carlos Martell «... con mucho derramamiento de sangre» y «con la ayuda de Dios»

[23] Beda h. e. 5, 9 ss. Lib. Pont. Vita Sergii 16. Vita Willibr. c. 9 s. Cont. Fredeg. 17. LThK X² 1166. Neuss/Oediger 136s. Zwolfer 81 ss. Levison, England49 ss., 53 ss. Id., Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 268 ss., 304 ss., 314 ss. Wampach, Das Apostolat 244 ss. Büttner, Mission und Kirchenorganisation 462. Buchner, Germanentum 163. Lowe, Deutschiand 82 s., 108 s. Stern/Bartmuss 71, 73, 76. Schieffer, Winrried-Bonifatius 96 ss., 134 s. Bleiber, Fránkisch-karolingische Kioster 127 s.,130 s. Frilze, Zur Entslehungsgeschichte 140 ss., 145 s. Tellenbach, Europa 407. Alberts 647. Hauck, Ein Utrechter 734 s. Prinz, Die Entwickiung 241. Steinbach, Das Frankenreich 41, 43,46 s. Flaskamp, Die Prühe Friesen-und Sachsenmission 185 ss., 194.

[24] Wampach, Das Apostolat 249,252.

Drogo, el hijo mayor de Pipino, murió ya en el 708 víctima de una fiebre. Y el hijo menor, Grimoaldo (II), mayordomo en Neustria y verdadero sucesor de Pipino, cuando se dirigía a visitar a su padre gravemente enfermo en el palacio de Jupille de Lüttich, en abril del 714 y en la basílica luttense del mártir Lamberto fue abatido por el frisen Rant-gar. Y como el propio mayordomo Pipino mona a los pocos meses, el 16 de diciembre del 714, la hegemonía de los carolingios en el reino franco peligraba ciertamente.

22

Poco antes de su muerte Pipino había destinado a mayordomo a Teudoaldo, retoño extramatrimonial de Grimoaldo, que entonces tenía seis años; pero había excluido de la sucesión a su propio hijo de unos trece años (nacido de su concubinato con la bella Chalpaida), Carlos, conocido por el sobrenombre de «el Martillo» (Tudes, Tudites, Martellus), que sólo aparece ya en el siglo IX y que simboliza la destrucción de sus enemigos. Plektrud, viuda de Pipino, que gobernaba como tutora bajo el reinado nominal de Dagoberto III, encarceló en Colonia a su yerno Carlos Martell. Pero «con la ayuda de Dios» éste huyó en el verano del 715 y combatió contra sus antagonistas neustrios, el mayordomo Raganfred y el rey Chilperico II (716-721), quien de clérigo se llamó Daniel. Por supuesto se trataba de dos católicos, que poco antes habían pactado una alianza con los frisones y sajones paganos y habían avanzado victoriosos sobre Colonia, residencia de la viuda Plektrud, «y juntos devastaron aquellos territorios» *(Fredegarii Continuationes)*.[25]

Pero entonces se puso en marcha Carlos «y hubo un gran derramamiento de sangre por ambas partes», como anota el mismo cronista. Carlos batió a los neustrios el 716 en las Ardenas, al sur de Lüttich, y en el 717 en Vinchy, al sur de Cambray. Persiguió a los fugitivos hasta París, regresó cargado de un botín abundante y obligó a Plektrud a que le entregase Colonia a la vez que su tesoro regio. Así empezó a hacerse con el tesoro de Austrasia, aunque con Clotario IV (717-719) dio al país un rey —aunque dependiendo por completo de él—, que en la práctica fue un rey antagonista del neustrio Chilperico.

El año 718 Carlos Martell asoló Sajonia hasta el Weser y ese mismo año o el siguiente derrotó en Soissons a un destacamento neustrio aquitánico a las órdenes del mayordomo Raganfred y del duque Eudo. Mas pronto llevó a cabo nuevas campañas contra los sajones combatiéndolos hasta el 738, y ya entonces pudo imponer la obligación de un tributo y la entrega de rehenes a «aquellos paganos incorregibles». Literalmente éstas son las palabras de nuestra fuente: «... el valeroso Carlos irrumpió con el ejército franco, acampó de acuerdo con un plan inteligente allí donde desemboca el Lippe, junto a la corriente del Rin, devastó la mayor parte de aquella franja de terreno con abundante derramamiento de sangre, hizo tributaria a parte de aquel pueblo salvaje, tomó muchos rehenes del mismo y con la ayuda de Dios regresó victorioso a casa».

23

Entretanto todavía marchó otras dos veces contra Baviera: primero el 730 contra los suabios, que definitivamente fueron sometidos; y al año siguiente llevó a cabo dos guerras contra Aquitania, que incendió en buena parte.

---

[25] Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 42. Lib. Hist. Franc. 50 ss. Cont. Fredeg. 6 ss. LMA II 1825 s., 1872 III 1404 IV 1717 s. Para los matrimonios de Pipino II ver Ko-necny 47 s., 50.

Tras largas luchas y graves reveses Carlos obtuvo el reconocimiento de mayordomo de todo el reino franco. A la muerte de Clotario IV, el 719, el duque Eudo, al que de nuevo toleró, le entregó al efímero y umbrátil rey Chilperico II junto con el tesoro regio, y lo reconoció como *rex* de Neustria. Chilperico vivió un año más. Después puso sobre el trono al rey Teuderico IV (720-737), del que no habla ninguna fuente, ni siquiera de su muerte, que conocemos de casualidad. Y desde el 737 gobernó personalmente Carlos sin la mediación de ningún merovingio y como auténtico fundador del reino carolingio.

Carlos Martell había afianzado su poder mediante incursiones continuadas. Año tras año marchaba de campaña, no sólo para asegurar sus fronteras sino también para ampliarlas sometiendo y esclavizando gentes. No avanzó únicamente contra los neustrios; combatió también por doquier contra los alamanes, sobre los que obtuvo en el 725 y en el 730 victorias enormemente sangrientas, a la vez que hacía que el obispo Pirmin misionase a favor de su propia hegemonía. Llevó a cabo varias guerras contra «la salvaje nación marítima de los frisones» («una de las realizaciones principales de su vida»: Braunfeis), y dos campañas, el 733 y el 737, acabando incluso con una «audaz excursión marítima» y «con el adecuado número de naves» avanzó con su flota por el Zuider-zee; devastó por completo el país, mató al duque, el «taimado consejero» de los frisones, destruyendo y quemando los santuarios paganos... con el buen arte cristiano de difundir la buena nueva del evangelio y, de paso, también un poco el propio poder. Combatió a los sajones, a quienes envió a Bonifacio con una carta de recomendación. Marchó contra los turingios y los bávaros, sobre Burgundia y sobre Provenza y arremetió contra la *«gens pérfida»* de los sarracenos, de los árabes en el 732.[26]

La irrupción del islam

La expansión del islam a partir de Persia, sin que Bizancio valorase todo su alcance, fue el acontecimiento más importante del siglo VII, y hasta un singularísimo fenómeno histórico. Desde la invasión de los pueblos germánicos nada ha determinado en tan gran medida la historia europea. Y mientras que las secuelas de las tempranas oleadas de los hunos y de las posteriores de los mongoles fueron fugaces en Europa, las consecuencias de la pleamar árabe persisten hasta el día de hoy.

24

«Todavía hoy los seguidores de la nueva religión continúan asentados casi en todos los lugares a los que llegaron victoriosos bajo los primeros califas. Su fulminante expansión, comparada con el lento avance del cristianismo, es un verdadero milagro» (Pirenne).[27]

De una parte, el islam (que en el lenguaje del Corán significa sumisión, entrega a la voluntad divina) era estrictamente monoteísta. Condenaba como politeísmo el dogma cristiano de la Trinidad, ampliamente difundido en Arabia y por ello

[26] Lib. Hist. Franc. 52s. Cont. Fredeg. 10 ss. LMA II 1825 s., 1872 IV 1717 V 954 ss. Mühibacher I 51 s., 54. Lowe, Deutschiand 111 ss.

[27] Pirenne, Geburt des Abendiandes. Cit. según Kornemann. Weltgeschichte II 462 ss.

precisamente combatido. (Aunque Ma-homa personalmente había admitido por algún tiempo tres diosas, a manera de intercesoras angélicas ante Alá, de repente las volvió a rechazar cual compromiso peligroso.) Por otra parte, el islam surgió de elementos del judaismo y del cristianismo; con este último presentaba estrechos vínculos, aunque con rasgos propios (entre otros la permisión al varón de tener cuatro mujeres e innumerables concubinas). Al igual que el cristianismo proclama el islam el inminente y terrible juicio final (cuyo momento, al no llegar, se fue desplazando cada vez para más lejos, exactamente igual que había ocurrido entre los cristianos). En la nueva y vieja religión se admitía también el fuego del infierno, los umbrosos jardines del paraíso y el deber de la fe, la penitencia y la oración.

El islamismo, que pretendía reestablecer la religión originaria, la «religión de Abraham», no veía en Moisés y en Jesús unos profetas falsos, sino profetas auténticos que no habían conocido toda la verdad o cuyas enseñanzas habían sido falseadas por sus discípulos. Es curioso que al principio se tuviera la nueva fe sólo como una «herejía» del cristianismo oriental; ni deja de serlo el que los escolásticos vacilen todavía en designar a los musulmanes como «herejes o paganos».[28]

Mohammed ibn Abdallah había nacido probablemente hacia el 570 en La Meca, y hacia el 610 fue llamado en el monte Hira por visiones y voces del más allá. Pero únicamente su matrimonio con Kadisha, rica viuda de un mercader y ya de cierta edad, cuyo camellero era Mahoma, le dio la independencia económica para su profetismo, sus crisis nerviosas, sus alucinaciones auditivas y visuales y sus revelaciones místicas. Y a la muerte de Kadisha disfrutó de las delicias de un harén bien surtido..., añadiendo lo sensual a lo suprasensible.

A pesar de los vigorosos acentos patrióticos y locales, los comienzos fueron penosos. En general fueron esclavos y pobres los que se adhirieron a Mahoma; lo que recuerda a los primeros seguidores de Jesús de Nazaret. Dentro de su propia familia incluso su tío Abu Talib, que se había portado con él como un leal padre adoptivo, rechazó la nueva fe hasta su muerte. Y así, Dios acabó permitiendo a su profeta que combatiese a los infieles incluso con las armas. Y el misionero se transformó en señor de la guerra. (Tampoco en esto hubo diferencias con los cristianos desde el siglo IV; sólo que entre éstos se añadía una hipocresía infinitamente mayor, ya que se hacía lo contrario de lo que se enseñaba.) Mahoma misionó al menos con una violencia *ilustrada,* al principio sólo con algunos saqueos, escaso derramamiento de sangre, una especie de guerrilla contra la patria incrédula. Según un rumor, que se le atribuía: «El mantenimiento de mi comunidad descansa sobre los cascos de sus corceles y sobre las puntas de sus lanzas, mientras no cultiven el campo; cuando empiecen a hacerlo, serán como los demás hombres».

25

El 622 —año primero de la era mahometana— el profeta huyó de La Meca incrédula a Medina. Y cuando con trescientos soldados asaltó una caravana procedente de su ciudad natal, asalto en el que combatieron de su parte escuadrones angélicos, consiguió sus primeros laureles militares. Esto le afianzó en su manera de actuar, como lo hizo aquel acto de fe en Medina, donde el 627 decapitó a centenares de judíos e hizo vender a sus mujeres y niños como esclavos... ¡Qué ejemplo tan

[28] LMA V 680. HKG II 2, 89. Ploetz 68. Erben 10. Daniel-Rops 415 ss. Kornemann U 468. Dawson 146 s. Maier, Mittelmeerweit 263 ss. Gauss 278. Gabrieli 337 ss.

estimulante para el mundo cristiano! El 630 se apoderó de nuevo de La Meca y la «convirtió», con lo que su victoria en Arabia quedó decidida. Murió el 632 reposando la cabeza en el regazo de su esposa favorita, y cuando preparaba nuevas campañas, para las que siempre contó con nuevas revelaciones divinas. «El paraíso está a la sombra de las espadas», enseñaba él.[29]

El año 633 empezó el gran asalto. A las órdenes del primer paladín de Mahoma, su suegro Abu Bekr (632-634), que se convirtió en califa *(khalifa*=sucesor*),* conquistó el territorio que se extiende entre el Jordán y el Eufrates. Y no era más que el preludio. Bajo el califa Ornar (634-644), el verdadero fundador del imperio islámico, continuó una carrera de victorias sorprendentemente rápidas, sobre todo a costa del cristianismo, de cuyos países necesitaban los grandes mercaderes islámicos para su mercado. A Ornar se le atribuye: «Nuestro cometido es devorar a los cristianos y el cometido de nuestros hijos devorar a sus descendientes, hasta que no quede uno». Pero incluso el *Manual de historia de la Iglesia,* católico, deja traslucir repetidas veces la relativa tolerancia de los árabes en sus conquistas: «Había que pagar iguales impuestos y la vida de la Iglesia no se vio profundamente perturbada... en principio iglesias y monasterios gozaban de una libertad relativa».

Damasco fue conquistada el 635 tras un asedio de seis meses; en el 636 cayó Siria, el 638 Jerusalén y Antioquía, el 639 Egipto y el 642, tras la batalla de Nihawad, quedó sometida Persia. Su último rey, Yazdgard (Jezdegerd) III, sin recursos y sin tropas, huyó de provincia en provincia hasta que el año 652 fue asesinado en el territorio de Merw. El año 644 también el califa Ornar murió en Medina en manos de un esclavo persa; pero en unos pocos años el imperio bizantino, la conquista de Heraclio, la obra de su vida, se había reducido a un tercio apenas, derrumbándose ante sus ojos.

26

Othmann (646-656), sucesor de Ornar, fue igualmente asesinado; pero antes había conquistado Tripolitania y Cirenaica (647), Chipre (649) y Rodas (654), donde el famoso Coloso fue vendido como metal viejo a un comerciante judío. Incluso la flota de la Roma oriental fue destrozada en la costa de Licia y la propia Constantinopla estuvo en peligro. El emperador Constante II (641-668) abandonó ya la ciudad y durante sus últimos años (663-668) gobernó desde Italia.

Pero frente a la Bizancio cristiana y frente a su flota —la mejor en el mundo mediterráneo y en toda Europa durante los siglo s VIII-XI— los árabes retrocedieron. Los años 668, 672 y 677 los detuvo la marina de Bizancio formada por naves mejor construidas y mejor armadas, sobre todo con el «fuego griego», inventado por Callínikos de Baalbek: era una mezcla secreta formada probablemente con nafta, betún, pez, azufre, resina, aceite y cal viva, que se catapultaba desde proa y seguía ardiendo en el agua hasta alcanzar el objetivo. Durante décadas decidió las batallas marítimas, siendo el antecedente directo de la pólvora. Y aunque durante cinco años (674-678) los árabes arreciaron sus ataques por mar y por tierra contra la Roma oriental, siempre fueron rechazados. El 678, tras una doble victoria de los bizantinos en tierra y en el mar, el califa Moawijah hubo de firmar una paz nada ventajosa.

Cierto que en el resto del mundo la carrera victoriosa de los árabes no cesaba. A las

---

[29] LMA I 835. HEG I 324 ss. Ploetz 68. Kornemann II 467 ss. Cartellieri 193 ss. Daniel-Rops 410 ss. Cahen I 14 ss. Gabrieli 335 ss. Bevan 404 ss. Antes 38 s. Con numerosas referencias al Corán. Wagner, Der Einbruch des Islamy 324 ss.

órdenes de Abdul Melik (685-705) y de su hijo Welid I (705-715) conquistaron el Turquestán, el Caucaso y el Norte de África donde «convirtieron» a los bereberes. En el 681 alcanzaron la costa atlántica de Marruecos y en el 697 conquistaron Cartago. Para el 698 se habían adueñado definitivamente de todas las fortificaciones norteafricanas, y desde Túnez, la nueva capital, la flota de los ocupantes controlaba el Mediterráneo occidental. Ya antes de acabar el siglo VII los árabes poseían el mayor imperio territorial de la historia del mundo, más extenso que el imperio de Roma o el imperio de Alejandro. Su imperium acabó extendiéndose desde el mar de Aral hasta el Nilo y desde el golfo de Vizcaya hasta China. En el período de una generación la Iglesia había perdido dos tercios de sus fieles a manos del islam. Y casi todas las conquistas islámicas, excepción hecha de los territorios de España y de parte de los Balcanes, se han mantenido islámicas hasta el día de hoy.[30]

A la península ibérica llegaron las primeras tropas, un grupo de unos 400 hombres, en julio del 710. Y el año siguiente llegó el ejército invasor de 7.000 soldados, pronto reforzado con otros 5.000. Penetraron por Gibraltar (así llamado por el nombre del subcomandante árabe Tariq ibn-Ziyad). Ese mismo año los invasores aniquilaron en la batalla de Jerez de la Frontera (Cádiz) al ejército de los visigodos hispanos. Hacia el 715 habían ocupado todas las ciudades importantes del país y en el 720, tras cruzar los Pirineos, conquistaron Narbonne. Incluso se dijo que habían avanzado hasta Tours para saquear el tesoro eclesiástico, almacenado en la tumba de san Martín.

27

Allí se enfrentó a los «infieles» Carlos Martell con el «ejército» convocado de todo el reino, saqueadores contra saqueadores. Antes de la batalla al norte de Poitiers, con una victoria «después a menudo magnificada» (Nonn), estuvieron acechándose siete días, antes de que los árabes, derrotados el 17 de octubre del 732, se retirasen a España. El relato de Pablo el Diácono, que en parte exagera a todas luces y en parte se queda corto, indica que las bajas propias fueron sólo 1.500 mientras que no fueron menos de 375.000 los sarracenos que mordieron el polvo, y entre ellos el comandante en jefe y lugarteniente del califa en España Abd-ar-Rachman; y todo «con la asistencia de Cristo» *(Fredegarii continuationes).* «Se combatía por la hegemonía mundial del islam y de la cultura cristiano-germana» (Mühibacher); «el Occidente cristiano salvado de la inundación de los bárbaros mahometanos» (Aerssen). En una palabra, una «victoria creativa» (Daniel-Rops), y una victoria que permitió a la vez «un reflorecimiento del culto de Hilario» (Ewig).

Carlos Martell continuó su lucha contra los árabes en los años 735, 736, 737 y 739, penetrando repetidas veces en Aquitania, «la tierra de los godos», y en Provenza, la provincia romana *Narbonensis.* Tras la toma de Avignon al asalto hizo matar a los defensores. Destruyó Nímes con su antiguo anfiteatro y asoló las ciudades de Agde y Béziers. «Mandó arrasar las ciudades más famosas... con sus casas y las murallas

---

[30] LMA I 835 ss. HEG I 330 ss., 337 ss. HGK II 2, 91 s. Kornemann II 467 ss., 482 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 226 s. Stadtmüller 102 s.. 105 s. Maier, Mittelmeerweit 259 ss., 268 ss., 282, 348. Montgomery I 147, 150. Bertaux 53. Dawson 148 ss. Eickhoff 143 s. Hunger 11. Gabrieli 357 ss., 364 ss., 374 ss. Cahen I 21ss., 32 ss. Daniel-Rops 418 ss., 433 ss. Mango 106 ss. Oates 38. Angenendt, Frühmittelalter 233. Wagner, Der Einbruch des Islam 330 ss., 337 ss. Meyer-Sickendick 190. Mazal, Das Byzantinische Reich 354. Sobre los motivos de la expansión árabe ver, por ejemplo, W.M. Watt 15 ss. Por lo que respecta al fracaso del cristianismo en África, G. Haendier, Die abendiándische Kirche, insiste con razón en que en Occidente «se participó poco en la decadencia de esa Iglesia, tan importante en la Antigüedad» (123).

urbanas, les pegó fuego y las redujo a cenizas; destruyó asimismo los arrabales y fortificaciones de aquel territorio. Cuando hubo vencido al ejército de sus enemigos, él que en todas sus decisiones era guiado por Cristo, en quien únicamente está el don de la victoria, regresó sano y salvo a su región, la tierra de los francos y sede de su gobierno.[31] ¿Quién hablaba de bárbaros mahometanos y de cultura cristiano-germánica?

Después de cada campaña militar Carlos regresaba, como lo hacía ya su padre Pipino, de (in)feliz memoria, «con los tesoros», «con muchos tesoros», «con grandes tesoros», «con un gran botín», «con abundante botín de guerra», «con un botín inaudito y numerosos prisioneros», etc. **Y,** naturalmente, una y otra vez «con la asistencia de Cristo», «con la ayuda de Dios». Y, naturalmente, tras la campaña asesina (y antes de emprender la inmediata), también «en paz». Las *Continuationes* de las crónicas del mentado Fredegar informan tras una campaña de pillaje en el sur, coronada con todo éxito, en estos términos: «Victorioso y en paz regresó de nuevo con la asistencia de Cristo, Rey de reyes y Señor de señores. Amén».[32]

28

Incluso contra su propia familia se desató la cólera de Carlos Martell, excepción hecha por su gran santón. En el 723 eliminó a Arnulfo y a Godofredo, hijos de Drogo, el primogénito de Pipino, porque evidentemente constituían un obstáculo para su ambición de poder. Por el contrario, colmó de prebendas al hermano de los mismos Hugo, arzobispo de Rouen, obispo de París y de Bayeux, abad de St-Wandrille y Jumié-ges, quien vivía satisfecho en su opulencia y no representaba ningún peligro (para Carlos).[33]

El primer «carolingio» gobernó en la práctica sobre todo el reino, moviéndose entre los reyes fantoches merovingios. Las fuentes le llaman *dux* y *princeps,* y los papas le dieron ocasionalmente los títulos de *patricias* y *sobregulus,* mientras que por su parte se proclamaba con toda precisión *«maior domus».* Pero como «el varón prudente», «el varón esforzado», «el perfecto combatiente», «el gran guerrero», «el excelente guerrero», «el comandante triunfador», financió muchas de sus matanzas también con bienes eclesiásticos —cosa que los investigadores modernos han calificado a menudo falsamente como secularización— continúa viviendo como un saqueador de la Iglesia entregado al diablo. En realidad Carlos Martell lo fue todo menos hostil a la Iglesia o al clero, como lo demuestra su exaltación por parte de propagandistas tan prominentes del cristianismo como Pirmin, Willibrord o Bonifacio, a quienes nosotros nos adherimos.[34]

---

[31] Cont. Fredeg. 13, 20. Pablo Diác. Hist. Lang. 6, 46. Taddey, Lexikon 974. LMA V 954 s. (Nonn). Mühibacher I 33 ss., 48, 57 ss. Aersen 103. Cartellieri I 132. Ewig, Der Martinskult 25. Daniel-Rops 487. Buchner, Germanentum 164. Pirenne, Geburt des Abendiandes 204. Lasko 214. Maier, Mittelmeerweit 326. Steinbach, Das Frankenreich 45. Schieffer, Winfried-Bonifatius 27. Braunfeis, Kari der Grosse I 25 ss., 32. Hiawitschka, Die Vorfahren 63. Watt 12.

[32] Cont. Fredeg. 10 ss., 15, 18 ss.

[33] Mühibacher I 53. Angenendt, Frühmittelalter 263.

[34] Cont. Fredeg. 14, 18, 20. LMA V 955.

29

CAPITULO 2. SAN BONIFACIO, «APÓSTOL DE LOS ALEMANES» Y DE ROMA

«The Greatest Englishman.»

TITULO DE UNA ANTOLOGÍA DE TIMOTHY REUTER[1]

«Era una persona dedicada por completo, casi podría decirse que tierna, no una personalidad tempestuosa o una fuerza de la naturaleza. Un varón de un idealismo totalmente puro y elevado.»

WILHELM NEUSS[2]

«Además cualquier historiador —incluido un ateo— debería reconocer que... Bonifacio nos abrió la puerta de par en par, que por él la frontera de Europa se desplazó hacia el este. Lo mismo cabe decir de las guerras de Carlos contra los sajones.»

K. KÓNIG/K. WITTE[3]

«Bonifacio... que ha influido en la historia de Europa más profundamente que cualquier otro inglés después de él... no sólo un misionero, sino un hombre de Estado y un genio de la administración, y sobre todo un servidor del orden romano.»

CHRISTOPHER DAWSON[4]

«La gloria de la Edad Media descansa en una buena parte sobre su trabajo...»

JOSEPH LORTZ, TEOÓLOGO CATÓLICO[5]

30

Hacia el 680, probablemente a la edad de siete años, el niño anglosajón Wynfreth (Winfrid), más tarde llamado Bonifatius en Roma, fue entregado por su padre al monasterio como *puer oblatas.* «Pero en el monasterio el muchacho, que había sido confiado al mismo sin consultar su voluntad, creció hasta convertirse en un varón de voluntad propia», escribe hoy el erudito alemán Schramm. ¡Precisamente en el monasterio!

¿Un varón de voluntad propia? ¡Cual si Bonifacio no hubiera sido de por vida un esclavo servicial de Roma!

«Día y noche cultivó los estudios científicos para procurarse la felicidad eterna», según afirma el sacerdote Willibaid en la *Vita* ampulosa que escribió de su héroe monacal en Maguncia a finales del siglo VIII. Y en la primavera del 716 viajó con toda su ciencia a Frisia, donde pudo predicar sin impedimento. Mas cuando cesó el poder militar franco y le faltó el apoyo político, ya no obtuvo éxito alguno y de nuevo abandonó «la tierra estéril de los frisones..., la costa mísera, privada del rocío de la

---

[1] Reuter (edil), The Greatest Englishman.
[2] Neuss 37.
[3] Kónig/Witte 18
[4] Dawson211.
[5] Lortz, Bonifatius 11. Sobre las confesiones nazis de Lortz, típicamente adaptadas pero en parte extáticas, comp. Deschner Mit Gott und den Faschisten 125 s.

fertilidad celeste» *(Vita Bonifatíi).*[6]

Pronto, sin embargo, emprendió Bonifacio una nueva *peregrinatio* propagandística, pero ahora con una «autorización misionera» de Roma. El papa Gregorio II (715-731) le encargaba el 15 de mayo del 719

«ejercer el servicio al reino de Dios... en todos los pueblos prisioneros en el error de la incredulidad». Tenía que examinar —de nuevo según el lenguaje poético del biógrafo Willibald— «si los campos no cultivados de sus corazones tenían que ser labrados por el arado del evangelio». Y Bonifacio lo hizo «con una gran abundancia de reliquias» y «en forma parecida a la abeja prudente, que a su manera pasa volando sobre los campos, revolotea con el suave zumbido de sus alas alrededor de las plantas olorosas y con el aguijón probador liba donde se oculta la dulzura meliflua del néctar».[7]

Liberación de «toda inmundicia» en las gentes de Hesse, Turingia y Sajonia y algún derramamiento de sangre

31

Así pues, por deseo explícito del papa buscaba en Hesse y en Turingia la dulzura meliflua del néctar «el más grande de los ingleses». Los habitantes de Hesse eran todavía en gran parte paganos, mientras que los turingios —entre quienes los conquistadores francos construyeron las primeras iglesias en sus castillos feudales— se habían vuelto parcialmente al paganismo por las incursiones sajonas y las reacciones paganas. En cualquier caso Bonifacio volvió a fracasar rápidamente aquí, a pesar de su doctrina dulce como la miel, debido en parte a los obispos y sacerdotes cristianos y en parte a la falta de apoyo militar.

Todavía en el 719 partió de Turingia y marchó —«lleno de enorme alegría» por la muerte del duque frisón Radbod *(Vita Bonifatíi)*— a Frisia hasta el 721; allí se puso a las órdenes del anciano misionero Willi-brord, «oblato» por lo demás como él; es decir, violentado ya espiritualmente desde niño.

Con el respaldo de la alta nobleza franca y de la fuerza de las armas francas desde el 690 Willibrord había difundido sus conocimientos entre los frisones occidentales sometidos por Pipino II y, por breve tiempo y sin éxito, entre daneses y sajones. Con evidente escasa vocación de mártir huyó de Radbod y sólo regresó a su muerte. Únicamente las victoriosas campañas de Carlos Martell el 718 y el 720 (repetidas en los años 722 y 724) contra los sajones hicieron posible el comienzo de su cristianización, su liberación de los «demonios», del «error» y del «engaño diabólico» (a *diabólica fraude:* Gregorio II). Con la invocación de la Santísima Trinidad destruyó Willibrord los «ídolos», profanó y redujo a ruinas los santuarios de los frisones, mató sus animales sagrados y obró milagros sorprendentes. Para decirlo brevemente: fue en conexión con los militares Pipino y Carlos Martell como escardó «la cizaña de la incredulidad» y se esforzó por «renovar mediante el bautismo a aquel pueblo que acababa de ser sometido por la fuerza de las armas» y «por difundir sin

---

[6] Willib. Vita Bonif. c.l ss., 4. LThK X^2 1166. LMA II 417 s. Herrmann, Thü-ringische Kirchengeschichte I 16 s. Wertellieri I 146. Schieffer, Winfried-Bonifatius 103 ss. Schramm, Der heilige Bonifaz 15. Fines 41. Sobre Inglaterra y Bonifacio, comp, Barlow, The English Background 11 ss. Haendier, Bonifatius 69. Ver asimismo la tabla cronológica en Rau, Briefe des Bonifatius 3 ss., 452 s.

[7] Bonif. ep. 12. Willib. Vita Bonif. c. 5. Kühner, Lexikon 48. LMA II 418 IV 1667-HKGm 1 13.

tardanza toda la luz del evangelio» (Alcuino).

El año 721 Bonifacio se separó de Willibrord por motivos que ignoramos. Había rechazado ser consagrado obispo por Willibrord y regresó al territorio de Hesse-Turingia, donde fundó un pequeño monasterio junto al Amoneburg.

Antes de Bonifacio se encuentran huellas del cristianismo en las regiones central y septentrional de Hesse, y curiosamente sólo en grandes instalaciones fortificadas o en sus inmediaciones. Así también en el año 721 Amoneburg, la fortaleza franca, construida en alto y al este de Marburgo, fue la primera base misionera de Bonifacio, como ya antes, en el 716, el castillo de Hammelburg, sobre el Saale, debió de servir de base a Willibrord para la misión de Turingia. Otras fundaciones monacales, que siempre eran a la vez puntos de apoyo políticos y que difundieron la influencia franca por Turingia, fueron los monasterios de Fritziar en Hesse, cerca de la poderosa fortaleza de Büraburg, de Ohrdurf en Goma y, sobre todo, el de Fulda en la «Buchonia» o el Hayedo. Carlomán le dotó de todas las tierras reales en un perímetro de cuatro leguas; lo que influyó en que también los grandes terratenientes entregasen sus posesiones colindantes a los monjes (que pronto fueron 400).

32

Los lugares fortificados de los francos se convirtieron asimismo en sedes episcopales. Würzburg *(castellum Wirzaburg);* Büraburg en Fritziar *(oppidum Büraburg),* una de las mayores fortalezas alemanas a comienzos de la Edad Media, en la cual estableció Bonifacio (741) el obispado de Hesse; y —más tarde, al abandonarla de nuevo como demasiado peligrosa— el de Erfurt *(locus Erphesfurí),* que ya antes era una fortaleza campesina pagana.

Tras los primeros éxitos Gregorio II mandó llamar de nuevo a Bonifacio y el 30 de noviembre del 722 lo consagró obispo misionero (sin una sede fija). Quedaba así enteramente vinculado a Roma por juramento, y no solamente hubo de prometer solemne obediencia a los papas «en todo», sino también «evitar cualquier comunión con los obispos, que vivieran contra las antiguas disposiciones de los santos padres». Obtuvo también una carta de recomendación para Carlos Martell, que había salido victorioso de importantes batallas.

Evidentemente el papa reconocía a quien según el derecho público no era soberano legitimado, y así evitó hablar de competencia jurídica, pero solicitaba su apoyo. Es probable que también sea falsa esa carta dirigida al «duque» Carlos, al *«Domino glorioso filio Karolo duci».* Como quiera que sea, el mayordomo, que deseaba una Iglesia episcopal fuerte en apoyo del poder del Estado, acogió explícitamente bajo su tutela a Bonifacio (723), «de manera que nadie pudiera hacer nada desventajoso o perjudicial contra él, sino que en todo tiempo podrá morar tranquilo y salvo bajo nuestra protección y amparo». Por otra parte, fueron de provecho para Bonifacio las campañas de Carlos así como sus donaciones a la iglesia de Utrecht y al monasterio de Echtemach, que pronto se convirtieron en la base gigantesca de una propaganda católica, que se extendía hasta el Mosa, el Escalda y las bocas del Rin.

Gregorio II había dado (722) también al «apóstol de los alemanes» un encargo misionero para los sajones. Cierto que el 718 habían sido expulsados del curso bajo del Rin y derrotados por Carlos, pero continuaron casi en su totalidad fieles a sus antiguas creencias. Eran una de aquellas tribus germanas al este del Rin, que según el papa vagaban «como animales salvajes» y en cuyas «falsas divinidades» veía naturalmente «demonios» *(demones).*

33

A la «conversión» planificada de los sajones con bautizos masivos sólo se llegó tras la campaña de Carlos del 738; larga y cuidadosamente preparada, se llevó a cabo en estrecha colaboración con el clero. Gregorio III (731-741), que en una ocasión llama «hijo querido» de san Pedro al caudillo franco que casi año tras año hacía la guerra, lo declara personalmente en una carta del 29 de octubre del 739, dirigida a Bonifacio: «Nos has dado conocimiento de los pueblos de Germania, a los que Dios ha librado del poder de los paganos, al haber reunido en el seno de la santa madre Iglesia a cientos de miles de almas por tu esfuerzo y el del príncipe franco Carlos *(tuo conamine et Caroli principis Francoruni)».* El número es ciertamente exagerado. Pero los sajones fueron «liberados del poder de los paganos» únicamente por la expedición militar de Carlos Martell (738), «con un espantoso derramamiento de sangre» *(Fredegarii Continuationes).* Y en conexión con ello llegaron los bautizos masivos de los sajones. Su conversión al cristianismo se realizó «en estrecho contacto con la organización político-militar» (Steinbach). Probablemente hasta se trata aquí del «intento a gran escala de una misión sajona anterior al período de Carlomagno» (Schieffer).

Cierto que Carlos Martell no era muy religioso; pero por motivos políticos estuvo «sumamente interesado» (Buchner) en la difusión del cristianismo por el este. Y no existe duda alguna de que Bonifacio «se lo debió todo a las armas victoriosas y a la protección personal de Carlos Martell» (Zwölfer). Tendríamos aquí «una magnífica combinación de apuntalamiento interno y de medidas de protección militar por parte del Estado y una organización poderosa por parte de la iglesia franca» (Wand).[8]

Ya en los años 718, 720,722 y 724 había combatido Carlos a los sajones, como ya queda dicho. Repetidas veces aplastó sublevaciones de frisones y sajones; y sólo de esos sangrientos actos de violencia dependió la «conversión» o, como dice Bonifacio, la liberación de «toda inmundicia de los paganos». Gregorio III atribuyó el éxito misionero tanto a Carlos Martell como a Bonifacio. Y éste confiesa personalmente al obispo inglés Daniel de Winchester: «sin la protección del príncipe de los francos *(sine patrocinio principis francorum)* yo no hubiera podido ni guiar al pueblo de la Iglesia ni defender a los sacerdotes y eclesiásticos, a los monjes y servidoras de Dios, ni sin su *mandato* y su temor habría podido eliminar los usos paganos y los horrores de la idolatría en Germania». No es casual que el 745-746 Bonifacio, «siervo de los siervos de Dios», enviase al rey Aethelbaid de Mercien, además de un azor y dos halcones,

---

[8] Bonif. ep. 12; 16; 20 (Sobre la posible no-autenticidad de esta carta comp. Rau ZKG 1964, 337 s.); ep. 21; 22; 26; 50; 109. Willib. Vita Bonif. c. 5. Cont. Fredeg. 19. Annal. s. Amandi ad a. 718. Annal. Mosellani ad a. 718. Alcuino, Vita Willibr. 10, 13 s. LTK m' 522 s. X' 919 s. LMA V 1664 s. Taddey, Lexikon 1310. HEG 1 534 s. HKG III 1 12 ss. «Él (B.) encontró apoyo en los comandantes del cártel franco de Amonsburg». Mühibacher I 55 s. Levison, England 74 s. Hermann, Türingische Kirchengeschichte I 1, 9. 19 ss. Buchner, Germanentum 168. Caspar II 696 ss. Haller I 290. Lówe, Deutschiand 216. Zwolfer 86. Schieffer, Winfried-Bonifatius 27, 114 ss., 139 ss. Lortz, Bonifatius 29. Seppelt/Schwaiger 79. Wemer, Iren und Angelsachsen 239 ss., espec. 284 ss. Sobre las múltiples tensiones con Willibrord ibíd. 290 s. Schiesinger, Zur politischen Geschichte 44. Dawson 211. Pedberg 31 s., 60 ss. Steinbach, Das Frankenreich 43. Wand, Die Büraburg 208. Haendier, Bonifatius 71, 73. Burzen, Die Merowinger Óstiich des mittieren Rheins 53 ss., 64 ss. Lindner 130. Braunfeis, Kari der Grosse. En autotestimonios I 25. Millot 160 ss. Angenendt, Frühmittelalter 268 ss. llama a Willibrord «misionero en el curso de la conquista franca» y escribe del santo arzobispo que había entregado «a los carolingios y a la propia parentela su monasterio de Echernach provisto de lujo notable».

«dos escudos y dos lanzas».[9]

34

CORCELES QUE RELINCHAN, MONJAS SANTAS Y UN «NEGOCIO TAN LUCRATIVO»

El santo agasaja por lo demás a su majestad, aunque ese rey (no es el único regente cristiano) por impulso diabólico fornica por doquier, y «lo que todavía es peor... lo hace sobre todo con monjas santas y vírgenes consagradas a Dios en los monasterios». El rey Osred de Northum-bria fue víctima de la misma pasión, y asimismo la saciaba con vírgenes y monjas consagradas a Dios —¡que sin duda debían de tener algo especial!—. Por otra parte, Bonifacio sabe que «también en las celdas de los monasterios actúa la impureza» y ve incluso a las «santas monjas» y a sus «hijos concebidos en la maldad... a los que a menudo matan en una gran parte... ["¡Proteged la vida germinal!"] llenando a rebosar el infierno de pobres almas».

Y como las monjas, que como es bien sabido iniciaron la prostitución ambulante en Europa, también otras hermanas cristianas, incluso en sus peregrinaciones a Roma, «se pierden por completo en una gran parte», según escribe el apóstol Bonifacio al obispo Cudberht. Pues «hay muy pocas ciudades en Lombardía, en Francia o en Galia, en las que no hay una adúltera o una ramera de la tribu de los anglos. Lo cual constituye un escándalo y una vergüenza para toda vuestra Iglesia». El santo sufre además porque «el pueblo de los anglos» no toma mujeres en legítimo matrimonio, sino que «contra toda ordenanza divina» y «a la manera de los caballos que relinchan o de los asnos que rebuznan todo lo mancha y confunde vergonzosamente con el libertinaje y el adulterio». Pero, como observa en cierta ocasión Bonifacio, con la prostitución y el desenfrenado placer de los sentidos, «al final ni se es fuerte en la guerra profana (*in bello saeculari fortem)* ni constante en la fe».[10]

El clero cristiano, en efecto, proclamaba que la fe «recta» se demostraba una y otra vez como condición indispensable para el éxito con las armas y para la gloria militar. Mientras que con la lascivia y herejía no se podía conseguir nada en ese orden de cosas. He aquí lo que escribe el papa Zacarías a finales del octubre del 745 a todos los obispos, abades, duques, condes y, en general, «a todos los temerosos de Dios que habitan en Galia y en las provincias de los francos»: «Hasta hoy, y como consecuencia de vuestros pecados, habéis tenido sacerdotes falsos y prisioneros del error, por lo que también todos los pueblos paganos han sido superiores a vosotros en la lucha...». Pero sólo si los francos tienen «sacerdotes castos», proclama el papa, y sólo si son «obedientes en todo» al hermano Bonifacio, sólo así «ningún pueblo aguantará frente a vosotros, sino que todos los pueblos paganos se derrumbarán ante vuestra presencia y vosotros seréis vencedores». Y además promete generosamente «la vida eterna».[11]

35

Y de nuevo los anglos rijosos, pues, para ser justos, no todo era allí contrario «a todo ordenamiento divino», ni todo se hacía a la manera de los caballos que relinchan

---

[9] Bonif. ep. 63; 69.

[10] Ibíd. 73 s., 78. Comp. Angenendt, Die irische Peregrinatio 76 s. Padberg, «Die Prostitution ais Endstation der peregrinatio»: Wyfreth-Bonifatius 110.

[11] Bonif.ep.61.

y de los asnos que rebuznan. Pues, en sordina —no lo olvidemos— hubo también en Britannia otras voces diferentes, por completo y por completo cristianas.

Pura y casta por completo suena por las mismas fechas la carta de una discípula de Bonifacio, la piadosa virgen Egburg, evidentemente sufre por la separación, y quizá incluso bajo los efectos de la abstinencia —ciertamente que no en mal sentido—. Como quiera que sea, Egburg prefiere al «amable» Bonifacio *(mi amande),* como confiesa abiertamente y con un sentimiento perfectamente cristiano, «a casi todas las personas del sexo masculino con un amor cordial». Por ello lamenta tanto más el haber saboreado «el vínculo de tu amor únicamente a través del hombre interior». Un motivo de queja, ciertamente. Pero «ese regusto persiste dulce como la miel». Ella desde luego sólo quiere «abrazar siempre tu cuello con los brazos de una hermana»; mas por otra parte le dice: «Créeme, y Dios es mi testigo, que te abrazo con el mayor amor» *(summo complector amare).* Ni basta eso: «Ningún navegante, al que arroja la tempestad, suspira tanto por el puerto, ningún campo reseco anhela tanto la lluvia... como yo querría gozar de vuestra presencia». Y, sin embargo, oh desgracia, «según está escrito: el amor a un hombre provoca dolor». Y así ella, la más pobre y culpable, siempre «en la desesperación... bajo la presión de mis pecados y bajo la carga de numerosos delitos... postrada a los pies de tu grandeza y suplicando desde lo más hondo del corazón, te escribo desde los confines de la Tierra, oh bienaventurado Señor...».[12]

El *beatissimus dominus* se ocupó más de cerca de otras mujeres de «la tribu de los anglos». A su pariente Leoba, toda una generación más joven que él, la nombró abadesa en la sede del arzobispado; a Tecla, pariente de Leoba, la hizo abadesa de Vitzingen y Ochsenfurt del Main. Y todo ciertamente por la gran causa, la misión de toda Alemania, por aquel a quien Gregorio III llamó «el apóstol de los alemanes» (en realidad: de Roma) y a quien en un nuevo viaje a la capital católica (732) nombró arzobispo; todo por «el negocio tan ventajoso» *(talis commercii lucro),* como se dice explícitamente en tal contexto. De ahí que el papa, con toda la Iglesia, victorease al apóstol.

Naturalmente que «el negocio» no significa la «pizca de plata y oro» *(argenti et auri tantillum),* que Bonifacio donó ocasionalmente al santo padre, sino la conversión del «paganismo y la heterodoxia al conocimiento de la fe verdadera». Desde Hesse a Frisia destruyó por doquier, «más en conquistador que en convertidor» o misionero, los lugares de culto paganos, y sobre sus ruinas, con sus mismas piedras y maderas, levantó iglesias cristianas. Demolió los ídolos de Stuffo, Reto, Bil, la diosa Astarot, etc. Derribó sus altares, abatió los árboles sagrados del bosque de Hesse, probablemente allí donde, por estar bajo la protección directa de la fortaleza franca de Büraburg, no corría ningún peligro personal, como las encinas de Donar en Geismar, el santuario tribal, erigiendo con su madera una capilla a san Pedro, «su primera señal de victoria» (Haller). Pero Bonifacio hubo de presenciar también cómo en Turingia volvían a ser destruidas no menos de treinta iglesias y capillas.[13]

[12] Ibíd. 13

[13] Bonif. ep. 50. LMA II 939. Donin III 366 s. Grupp I 397. Haller I 286., 290. Neuss, Kirche des Mittelalters 35. Levison, England 72 s. Gontard 166. Flas-kamp, Der Bonifatiusbrief 381. Schieffer, Winfried-Bonifatius 148. Dawson 211. Padberg ve actuar a Bonifacio con la predicación y con la «misión operativa», a través de la destrucción efectiva de los lugares de culto paganos: Wynfreth-Bonifatius 72. Comp. 74.

El apóstol en Roma no combatió, sin embargo, únicamente el paganismo, sino al menos en la misma medida, y probablemente aún más, el cristianismo, que no era obediente a Roma, como entre los bávaros y los alamanes. Esa fue la fase segunda y más breve, aunque más importante, de su actividad.[14]

APARECE EL «RINCÓN BEATO»

Casi no existen fuentes fiables sobre los orígenes históricos de la tribu bávara, sobre su procedencia, el momento de constitución tribal, de la fusión *baibarí, baiovarii* y *baioarii,* así como sus primitivas circunstancias religiosas. A diferencia de godos, longobardos y francos, los bávaros en principio no pueden presentar ningún historiador. Sólo aproximadamente 250 años después de su «conquista de la tierra» hay testimonios escritos de su reino específico. En efecto, sus inscripciones más antiguas son de mediados del siglo VI.

Tampoco consta de dónde procedían los bávaros. Tal vez un núcleo determinante llegó de Bohemia, como indica su nombre: los hombres de la tierra de Baia, la «gente de Bojohaim». Es denominación confirmada desde aproximadamente el 550, cuando los primeros inmigrantes de Bohemia se asentaron sobre todo en la que después sería la capital del reino: Regensburg o Ratisbona. Pero tal vez los baiovarii eran celtas, un pueblo mestizo de celtas, romanos y germanos. Tal vez descendían de los marcomanos, los alamanes y los suevos. Todos ellos, y otros más —turingios, hermundurus, hunos— pueden haber quedado absorbidos en ellos, incluso los romanos alpinos —como hoy está de moda decir— que se asentaron en Retía y Noricum. Como quiera que fuese, la tribu bávara sólo se formó al tiempo de la ocupación (pacífica, se supone) del país a comienzos del siglo VI, al este de los alamanes, entre Enns y Lech, y entre el Danubio y los Alpes. Y dos siglo s después el país ya estaba lleno a rebosar de monasterios, se había convertido en el «rincón beato» que hoy sigue siendo. Probablemente los bávaros fueron ya sometidos por el rey Teudeberto 1 (533-548) a la soberanía franca.

37

Y así como en el plano etnogenético nos remitimos a supuestos y combinaciones, también es poco lo que se sabe acerca de religión originaria de bayuvaros. Ya en la época romana puede haber penetrado el cristianismo en la que luego se llamaría *térra Bavariae* por mediación de mercaderes y soldados. Pero si ya entonces hubo una organización eclesiástica (lo que parece probable), desapareció por completo con la retirada de los soldados romanos y de las autoridades estatales, con la única excepción de Coira (Chur). La Iglesia cristiana, rigurosamente pacifista durante siglo s, pudo crecer frente al Estado; pero después sólo pudo sobrevivir con el Estado, en estrecha conexión con el aparato «civil», con la fuerza.

Es significativo que también aquí fuesen los poderosos los primeros en pasarse al cristianismo. El linaje ducal fue católico desde el principio. Y, como era habitual, fue también aquí la nobleza, la que por motivos políticos, es decir, por afán de poder y de prestigio, abrazó la religión cristiana. El pueblo, todavía mayoritariamente pagano en le siglo VI, se convirtió al cristianismo (en masa) sólo en el curso del siglo VII.

---

[14] Levison, England 78. Id., Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 259 s.

Pero tal vez ya antes algunos monjes irlandeses y predicadores de Bizancio habían «convertido» a parte de los bávaros. Y tal vez al principio algunos se hicieron arríanos; en pro de lo cual hay multitud de referencias, aunque no faltan quienes lo niegan porque se prefiere ver a los antiguos bayuvaros como paganos antes que como «herejes». Seguro que entre ellos hubo cismáticos (debido a la disputa de los Tres Capítulos), como lo demuestra el ejemplo de la reina Teudelinde.

El comienzo del fin de los agilolfingios, o Baviera queda prendida en la red romana

Ya en la época más antigua los bávaros estuvieron dominados por los agilolfingios. La procedencia de dicha tribu es tan insegura como el comienzo y su forma de gobierno. Lo único seguro —y el dato es significativo— es su final: el 788. Repetidas veces está certificada su ascendencia franca; pero también se ha tomado en consideración la hipótesis de unos antepasados burgundios y longobardos, con los que mantuvieron estrechas relaciones. La *Lex Baiuvarium,* redactada a comienzos del siglo VIII, y que trata primero los asuntos del clero, luego los del duque y finalmente los del pueblo, dice: «Pero el duque, que está al frente del pueblo, fue siempre del linaje de los agilolfingios y siempre deberá serio».

El primer duque bávaro de la familia de los agilolfingios, del que hablan los documentos, fue Garibaid I (hacia 550-590). Procuró afianzarse frente a los francos mediante lazos políticos y de parentesco con los longobardos. Y si bien hubo de casarse forzosamente con la princesa longobarda Waldarada, entregó una hija al duque longobardo Ewin de Trento y, en el 589, otra, Teudelinde, al rey longobardo Authari, después de haber fracasado en un intento de avenencia con los francos. Pero éstos, que en los años setenta y ochenta habían hecho la guerra a los longobardos, tras una campaña poco afortunada contra los mismos hacia el 590, firmaron la paz al año siguiente y en el 592 entronizaron a Tassilo I en Baviera.[15]

38

De nuevo prevalecían las tendencias profrancas. Pero las noticias de Baviera se diluyen, y entre aproximadamente los años 630 y 680 también las fuentes francas callan por completo acerca de la tribu. Poco a poco fue separándose cada vez más del reino franco, como lo hicieron otros pueblos que no querían vivir bajo yugo franco: sajones, turingios, alamanes o los vascos, que en tiempos emigraron a Aquitania. Pero en Baviera Pipino el Medio volvió a ejercer una mayor influencia sobre la misión cristiana, que acabó desarraigando por completo el viejo paganismo. Y cuando hacia el 716 el conde Theodo pretendió una iglesia bávara independiente, terminó por intervenir Carlos Martell. El año 725, ya bajo Grimoaldo, hijo de Theodo, arrasó el país, reunió un gran botín y se llevó a la mujer de Grimoaldo, la duquesa Pilitrud, y a su sobrina Swanahilt, la cual sería luego madre de su hijo Grifo. Al muchacho lo encarceló en el 741 y a su madre Swanahilt la encerró en el monasterio de Chelles.

Y ya en el 728 el franco llevó a cabo una nueva campaña contra los irritados bávaros. Grimoaldo, que por entonces residía en Freising, tal vez fue víctima de un

[15] Greg. Tur. 10, 3. Paulo Diác. Hist. Lang. 3, 10; 3, 30. Lex Baiw. 3, 1. Taddey 15,414. LMA I 1699 IV 1116 V 1928. Spindier, Handbuch I 136 ss., con abundantes referencias bibliográficas.

amotinamiento, y en cualquier caso fue brutalmente asesinado por unos «enemigos». Pero a finales de los años treinta, mientras Carlos combatía a los árabes en el sur de Francia, el duque Odilo, establecido por él mismo, pudo de nuevo independizarse bastante del dominio extranjero. Pero desde las guerras de Carlos con los bávaros el nuevo obispado de Eichstátt se convirtió en un bastión eclesiástico del poder franco.[16]

Bonifacio había hecho escala por primera vez en Baviera el año 719; pero «trabajó» allí por más tiempo en el 736 y quizá varias veces también en los dos años siguientes, especialmente contra un Eremwulf, de quien no tenemos más noticias, pero del que sabemos que era un cismático, hundido en la «obcecación herética». Naturalmente fue condenado y expulsado y el pueblo se vio libre del «perverso error idolátrico».

39

Durante su tercera y última estancia en Roma (738) Bonifacio recibió la orden de reorganizar la Iglesia en Baviera (y en el territorio alamán). Gregorio III apeló —prometiendo una vez más el «ciento por uno» y «la vida eterna»— a todos los obispos francos que le eran bienquistos, a todos los sacerdotes venerables y a los abades temerosos de Dios: «Asignadle auxiliares de vuestro redil *{ex vestro ovile),* con una imagen muy de su gusto. También su sucesor el papa Zacarías habla de «nuestra comunión en un redil». Y ciertamente que la metáfora es atinada.[17]

Por lo demás, dos décadas antes Baviera debió de convertirse ya en una Iglesia nacional en completa dependencia de Roma y, por supuesto, en una potencia protectora papal más allá de los Alpes. Pues ya el duque Theodo había acudido a Roma, en su condición de «el primero de su tribu» y «con el deseo de orar» *(Líber Pontificalis).* A Roma se peregrinaba siempre para orar. Y naturalmente sacó fruto. Así, ya el 15 de mayo del 716 Gregorio II impartió una instrucción para la erección de obispados y ordenó la creación de una iglesia nacional bávara en armonía con los príncipes bávaros. Cada uno buscaba su provecho: el duque el alejamiento de su territorio de la influencia franca, y el papa una Iglesia, en la que únicamente él marcase la pauta, por lo cual los sacerdotes bávaros tenían que ser también examinados de su «ortodoxia», que significaba su sumisión y acato a Roma.[18]

Mas por entonces los deseos papales es evidente que contaron poco o nada. Y así bajo Gregorio III (731-741) se hizo un nuevo intento, que prosperó con Bonifacio. Una vez más se planificó la erección de una provincia eclesiástica bávara de acuerdo con el duque bávaro, pero no con el mayordomo franco. Odilo se preocupaba, naturalmente de su autonomía, que apuntaba (indirectamente) contra Carlos Martell. Él no «había promovido en modo alguno» una organización del episcopado para el reino franco (Reindel). De ahí que la incorporación del ducado suabio, del territorio atamán, a la reforma bonifaciana no se llevase a cabo, como Roma pretendía. La influencia del Estado franco ya era allí demasiado grande.[19]

Tras su tercer viaje a Roma Bonifacio dividió (739) Baviera en cuatro obispados, de

---

[16] RGAK I 609. LMA IV 1718. Spindier, Handbuch I 151 s., 154. Mühibacher I Cartellieri 1122, II 694. Brackmann 78. Tüchie 179. Stern/Bartmuss 73 ss. Lowe, Deutschiand 117. Zoll- ner, Die politische Stellung 152. Steinbach, Das Frankenreich Pirenne, Die Geburt 204. Prinz, Grundiagen 83 s. Reindel, Grundiegung und Anfánge 118 ss. Konecny 52, 58. Freilinger 690.

[17] Bonif. ep. 41 s.; 82. Willib. Vita Bonif. c. 6. Spindier, Handbuch I'194, 229. Herrmann, Thüringische Kirchengeschichte I 20. Schieffer, Winfried-Bonifatius 173 ss. Rau, Briefe des Bonifatius 4 s.

[18] Lib. Pont. Greg. II c. 4. LMA IV 1666 s. Mühibacher I 54. Reindel, Grundiegung I 226 s.

[19] Mühibacher 1 56 s. Barton 223 ss. Reindel, Grundiegung I 226 ss.

acuerdo con el plan de organización romano del 716 y en connivencia con el duque Odilo y con Gregorio III. Para ello se apoyó significativamente en los centros de poder ya existentes: Ratisbona, Saizburgo, Freising y Passau. Únicamente en esta última sede dejó al obispo Vivilo, consagrado por el papa; pero expulsó a los restantes obispos, «destructores de las iglesias y corruptores del pueblo» *(Vita Boni-fatií),* nombrando a otros tres: Gaubaid para Ratisbona, Juan para Saizburgo y Erembert para la ciudad de Freising.[20]

40

«CONTINÚA LA LUCHA, HIJO QUERIDÍSIMO...»

Baviera, donde Bonifacio reformó (739) la iglesia con ayuda del duque Odilo, después de que evidentemente se habían enfriado sus relaciones con Carlos Martell, ya había sido cristianizada mucho antes, aunque no romanizada. Pues allí hasta los territorios austrios, después de Moavia, «había peregrinado por Cristo» *(peregrinare pro Christo)* principalmente durante los siglo s vil y vili la Iglesia predicadora por boca de monjes irlandeses y escotos. Ni con ayuda de la espada hubo allí conversiones y bautismos en masa. Ni fue la sede episcopal el verdadero epicentro, sino más bien el monasterio, que había despreciado a la jerarquía organizada provocando a menudo conflictos.

Ni siquiera las ordenanzas canónicas de la *Lex Baiuvariorum,* redactadas muy probablemente por monjes del monasterio de Niederalreich (743) a instancias del mayordomo Pipino, reflejan huella alguna de influencia romana. E incluso entonces las sedes episcopales de Baviera oriental, Saizburgo y Passau, continuaron siendo ocupadas por dos ex monjes irlandeses, pese a la hostilidad de Roma. El obispo Virgilio de Saizburgo (767-784), un confidente de Pipino, en cuya corte permaneció durante algún tiempo, se burla en una cosmografía de los bonifacianos. Durante 22 años dirigió su diócesis el abad sacerdote del monasterio de San Pedro, antes de hacerse consagrar obispo.

Así, el cristianismo romano y el misionero eiroescocés, «el primer "Movimiento de Los-von-Rom"» (¡lejos de Roma!) (Behn), «chocaron entonces violentamente» en Baviera (Schieffer). Pero allí y en Turingia Bonifacio, a instancias de Gregorio II, eliminó en la medida que le fue posible aquel viejo cristianismo, que se había desarrollado sin violencia. Procuró sustraer las comunidades a los sucesores de estos eclesiásticos y someterlas sin miramientos y con ayuda del poder estatal al yugo pontificio. Él mismo informa: «Yo tengo, en efecto, las luchas mayores con sacerdotes falsos y con hipócritas *(hypocritas),* que resisten a Dios y que se arruinan a sí mismos, que seducen al pueblo con muchos escándalos y errores de toda índole...». Tan pronto como llegó a la corte en demanda de ayuda Bonifacio lamentó repetidas veces que no podía evitar el trato con los «falsos sacerdotes y los hipócritas».

Pero el legado papal combatió también y especialmente al clero franco, que había preservado su autonomía frente a Roma y cuyo reformador había evitado, cuando no combatido. En consecuencia hacia el 738 Gregorio III recomendaba vivamente a los obispos de Baviera y Suabia la obediencia a su hombre, a la vez que insistía: «Debéis

[20] Bonif. ep. 45. Willib. Vita Bonif. c. 7. LMA II 418. Spindier, Handbuch I 229. Mühibacher I 57. Heuwoeser, Geschichte I 100 ss., 108, 115.

detener, impedir y aniquilar las costumbres y doctrinas paganas de los britanos que deambulan por todas partes o de sacerdotes falsos y heréticos y todas sus depravaciones». Y el 22 de junio del 744 escribía el papa Zacarías a Bonifacio sobre ciertos eclesiásticos, «falsos cristianos», «servidores y precursores del Anticristo»: «Has hecho bien condenándolos según la norma eclesiástica *{ecciesiasticam regulam)* y metiéndolos en la cárcel *(damnavit et in custodiam misit)».* Y el propio Zacarías, que no deja de tronar contra «los servidores del diablo, y no servidores de Cristo», contra «los falsarios, vagabundos, adúlteros, asesinos, libertinos y pederastas», así como contra «los sacerdotes falsos, apóstatas, asesinos y deshonestos», vuelve a escribir a Bonifacio el 31 de octubre del 745 con el típico lenguaje mojigato: «tu santa fraternidad atienda incesantemente a la oración... y tras la preparación de las azadas espirituales y la escarda de la cizaña la retire para quemarla».[21]

41

Bonifacio, que chocó con la «resistencia enconada» de muchos hombres libres (Epperlein), que en sus modales extemos era rudo, no tenía miramientos y andaba siempre con una gran comitiva, era frente a Roma tan servicial como allí podían desear y más papista que el papa. Nunca preguntó el porqué; simplemente había que obedecer, según le habían inculcado. El que fue de hecho «el heredero de la Iglesia romana en Inglaterra» (Lortz). Y aunque iba de bajada servía hacia arriba y continuaba dejándose «adoctrinar» con gran escrupulosidad en las cosas de la fe, en las que observaba un enorme formalismo. Era a lo que estaba habituado desde pequeño.[22]

El «apóstol de los alemanes» estaba tan poco seguro de su fe y tan imbuido estuvo de por vida de su tendencia al pecado, que de continuo enviaba a Roma auténticos cuestionarios, «cual si nos arrodillásemos a vuestros pies», para recibir respuesta a las supremas cuestiones de conciencia y naturalmente también para que «convictos y vencidos sucumban los lobos salvajes *(lupi rapaces)».* Por ejemplo pregunta Bonifacio, «el combatiente en la carrera del espíritu» *(Vita Bonifatii),* qué ha de hacerse con los animales sospechosos de rabia. Y pregunta:

¿Es lícito comer la carne de los sacrificios sobre la que se ha trazado la señal de la cruz? ¿Cuántas cruces hay que hacer en la misa? ¿Se permiten varios cálices o sólo uno? ¿Se pueden comer grajillas, cornejas y cigüeñas? La carne de caballo salvaje o de caballo domesticado ¿puede comerse? ¿Qué hacer con el tocino? ¿Está permitido a las monjas lavarse los pies unas a otras? Etc., etc.

El 4 de noviembre del 751 le respondió el papa Zacarías: «Empiezas preguntando por las aves, cornejas, grajillas y cigüeñas. Los cristianos suelen abstenerse por

---

[21] Bonif. ep. 44; 57; 60 s.; 80. Willib. Vita Bonif. c. 7. dtv-Lexikon II 224. Mühibacher I 56 s. Bauerreiss 47 s. Caspar II 706. Wissig 5 ss., 25 ss. Levison, Aus rhinischer und fránkischer Frühzeit 258. Grupp I 397. Lowe, Deutschiand 53 ss., 67 ss., 123. Züepfel 30. Tomek 71. Delius 125 ss.. 133 s. Maier, Mittelmeerweit 344 s. Stern/Bartmuss 83. Lowe, Ein literarischer Widersacher *passim,* espec. 85 ss. Schieffer, Winfried-Bonifatius 181 ss., 245 ss. Finster-wailder, Wegw und Ziele 203 ss., 210 ss. Levison, England 78 ss., 88 s. Behn 102. Buchner, Germanentum 168. Preidel I 120 ss. Haller I 286. Leutermann 45. Fleckenstein, Grundiegung 64 ss. Wolfram, Der Zeitpunkt der Bischofsweihe 297 ss. Reindel, Grundiegung 165 ss. Ament, Me-rowingische Grabhügel 93. Kahí, Zur Rolle der Iren 375 ss., espec. 395 ss. Sobre los obispos monásticos *passim.* Para los obispos monásticos y los itinerantes en Baviera ibíd. 148 ss. Que la cristianización de la sociedad irlandesa no fue tan completa y que en la tradición hubo mucha apologética en juego lo ha demostrado recientemente M. Richter: Die Kelten im Mittelalter 285 s., 294.

[22] Lortz, Bonifatius 27. Epperlein, Kari der Grosse 14.

completo de las mismas. Y con mayor cautela aún hay que guardarse de comer castores, liebres y caballos salvajes». Acerca del tocino no cocido, el santo padre aconseja que «sólo después de la fiesta de Pascua». Y lo que es más: Bonifacio ni siquiera sabía las cosas «necesarias» para el bautismo. (De todos modos, según el papa Zacarías sería válido, incluso si lo confiere un sacerdote que por ignorancia, y como ya había sucedido, emplea la fórmula «Yo te bautizo en el nombre de *patria et filia et spiritus sancti»).* Y como un irlandés dijese al «apóstol de los alemanes» que el bautismo era inútil, éste pregunta por qué. Le preocupa incluso el diezmo de la Iglesia; pero Zacarías le instruye para que «no se preocupe» y cobre «un solidus de cada palacio». Y como ni tan siquiera supiese si los vendos —para él «el linaje humano más odioso e insignificante»— habían de pagar tributo. Roma le respondió con desabrimiento. Lo cual se comprende perfectamente, pues como pagadores de tributos saben «que esa tierra tiene un señor».[23]

42

Gregorio II, que el 22 de noviembre del 726 calmaba el afán de preguntas de su apóstol, le hace saber «la posición en nuestra Iglesia». Un ejemplo: si los padres ya en edad temprana han depositado a sus hijos o hijas «dentro de los muros del monasterio» *(ínter septa monasterii),* en ningún caso podrán éstos más tarde salirse y casarse. «Lo prohibimos terminantemente, porque es pecado aflojar las riendas del placer a unos niños, que fueron consagrados a Dios por sus progenitores.»

Qué barbarie late en esa respuesta. O detrás de esta otra: «También has formulado la pregunta de si, cuando una enfermedad contagiosa o una mortandad invade una iglesia o un monasterio, quienes todavía no han sido afectados pueden huir de aquel lugar para evitar el peligro. Eso parece totalmente necio, pues nadie puede escapar a la mano de Dios».

¿Tributario de su tiempo? ¡Pero cuántas tragedias han desencadenado siglo tras siglo esos tributos a su época! ¡Cuántos destinos arruinados para siempre! Pero el papa no insiste de forma explícita, sino más bien:

«No es que por nuestra cuenta establezcamos *(non quasi ex nobis)* cómo debes comportarte, sino que lo impone aquel que abre la boca del mudo y hace elocuentes las lenguas de los infantes...».[24]

¿También esto es un tributo a la época? Efectivamente, lo es.

Y también la Primera y la Segunda Guerra Mundial, las cámaras de gas, las bombas atómicas sobre el Japón, las matanzas de Vietnam y otras proezas de nuestro siglo orgulloso siempre podrán calificarse, si así se quiere, como tributos de la época. Como todas las brutalidades que se darán en adelante. *Ad infinitum. ¡Todo está ligado a la época respectiva!* No es casualidad por tanto que tal retórica, tan gustosamente trabajada porque históricamente todo lo hace «comprensible» y todo «disculpable» moralmente, forma parte del vocabulario preferido de los adaptadores programados o de los mentecatos (con frecuencia de unos y otros) y de los trucos apologistas definitivamente amontonados en los muladares. Esa retórica tiene no siempre, pero con bastante frecuencia en la práctica cotidiana, una función de minimización, descarga y embellecimiento.

---

[23] Bonif. ep. 28; 50 s.; 68; 73; 80; 87. Willib. Vita Bonif. c. 5. Hámiein II 84. Buchner, Germanentum 170 s. Gontard 166. Haller I 288 s. Schieffer, Winfried-Bonifatius 152 ss. Schram, Der heilige Bonifaz 25 s., 32 s. Padberg 148 s.

[24] Bonif. ep. 26.

Teólogos e historiadores gracias a toda esa «vinculación a la época» no tienen necesidad de llamar crímenes y criminales a los crímenes y a los criminales de la Iglesia y del Estado.

43

Los eclesiásticos (aunque no ellos solos) de las tribus alemanas fueron en su tiempo como lo serían, con pequeñas limitaciones, muchos siglo s después: frecuentemente brutales, ignorantes y simuladores. Bonifacio encontró en el reino franco clérigos y obispos, que «esclavos de la lascivia cometían crímenes peores que los laicos»; «que no se abstenían de la impureza y de los matrimonios prohibidos y que no tenían sus manos limpias de sangre humana»; clérigos y obispos «que desde su juventud vivieron siempre en adulterio, siempre en impureza y en toda suciedad»; y encontró también «algunos obispos, que... eran borrachos y camorristas o cazadores y gentes, que combatían armados en el ejército y derramaban sangre humana, ya fuera de paganos o de cristianos».

El obispo Gewilip de Maguncia perpetró con su propia mano una venganza de sangre contra el asesino sajón de su padre durante la entrevista que mantuvo con él en una isla del Weser. Hubo también los que servían a dos bandos, asistían a la liturgia cristiana y a la vez ofrecían sacrificios a Wotán; «comían de los toros y machos cabríos sacrificados a los dioses paganos», lo que en modo alguno podía hacer daño ni a Cristo ni a Wotán. Se lamenta Bonifacio de los seudo— sacerdotes, que son más numerosos que los católicos, y son herejes y falsos profetas, orgullosos y arrogantes, supuestos obispos y sacerdotes, aunque ningún obispo católico los ha ordenado. Eran apóstatas e impíos en sumo grado. Asegura que engañaban al pueblo y de vuelta de Roma se reclamaban al papa; vagabundos de la peor calaña, adúlteros, asesinos, hipócritas libertinos y sacrilegos. Eran alcohólicos y pendencieros, esclavos tonsurados, huidos de su Señor, servidores del diablo, que se transforman en servidores de Cristo y que viven a su capricho...[25]

Los sínodos habían cesado por completo desde el 695. «Las sedes episcopales —escribe Bonifacio— en su mayor parte están en manos de laicos codiciosos y de clérigos deshonestos». Y no sin motivo exhortaba Zacarías el 1 de abril del 743 a los prelados de Büraburg, Würzburg y (tal vez) Erfurt —los tres obispados que Bonifacio pudo instituir sólo con ayuda del mayordomo Carlomán—: «No debéis osar penetrar uno en la diócesis de otro o quitaros vuestras iglesias». En Reims el obispo destruyó las casas de sus propios eclesiásticos y las malvendió. En otras ciudades ocurrió algo parecido. Los prelados resolvían por las bravas las querellas con el clero diocesano, al que oprimían duramente por los motivos mas banales. Los obispos, por ejemplo, litigaban a menudo con sus canónigos y robaban sus viviendas, palacios y prebendas, mientras que los canónigos se levantaban contra los obispos.

44

A su vez otros pastores atacaban a los monasterios, para someterlos, sobre todo en el aspecto económico. Así, Maldegario de Laon, aunque en vano, intentó que se le sometiese obediente un monasterio de monjas. Y así incluso los discípulos preferidos de Bonifacio contendieron durante años entre sí: se trataba del obispo de Maguncia y del abad de Sturmi de Fulda; en el 763 éste fue desterrado por tres años, siendo

[25] Bonif. ep. 50 s.; 57; 60; 63 s.; 80 etc. Comp. asimismo Grupp I 399. «En todo el Occidente, con la excepción tal vez de España, se adoleció de falta de clérigos con formación teológica», Scheibeireiter, Der Bischof 89. Sobre el escaso nivel espiritual de los obispos: 108 s.

rehabilitado después. Por el contrario, el abad Otmar de St. Gallen en disputa con el obispo Sidonio de Konstanz, fue llevado preso a Stein, un islote del Rin, donde pereció. Más tarde Adriano I (772-795) informa de Jas luchas incesantes de los prelados lombardos por los límites de sus obispados.

Y el mismo papa litigó con el arzobispo León de Ravenna por toda una serie de ciudades de la llanura del Po y de las costas adriáticas. Y más tarde aún, hacia el año 800, el patriarca Paulino de Aquileya lamentaba que los obispos malbaratasen los bienes eclesiásticos en guerras y en lujo, que fuesen «rapaces y belicosos», y que «instigasen e incitasen a otros a derramar sangre y cometer muchos crímenes».[26]

A un cierto Aldeberto de origen humilde y oriundo de Neustria, que enseñaba la inutilidad de las confesiones, las peregrinaciones a Roma y las dedicaciones de templos a los apóstoles y los mártires, lo hizo condenar Bonifacio en el sínodo de Soissons (744), mandando quemar sus cruces y capillitas *(oratoriola)* en fuentes y campos. Y ello porque los milagros, por los que la gente corría tras él, los «realizaba de una manera dolosa» *(false fiebant)* y —como aseguró el papa Zacarías en el sínodo de Roma (745)— porque «se había quedado... completamente loco». También el obispo itinerante irlandés. Clemente, enemigo del celibato y padre de familia, fue condenado en su tiempo y, al igual que Aldeberto, fue depuesto y encarcelado «de acuerdo con los príncipes de los francos». Y, naturalmente, el papa Zacarías veía con razón a «los obispos falsos y apóstatas» como servidores de Satán, los condenó como precursores del Anticristo, los desposeyó de su ministerio y desenmascaró su «doctrina como impía en extremo». «Todo ello lo tenemos por abominable y perverso.» Sin demasiado éxito se solicitó la intervención del Estado, cuando los tales escapaban de la cárcel del monasterio. (Según una tradición posterior, en su huida de Fulda Aldeberto habría sido asesinado por un porquerizo.) «Continúa la lucha, amadísimo hijo, pórtate virilmente y permanece vigilante en el servicio de Cristo...», escribía el papa.[27]

Así las cosas, todos los papas se mostraron bien dispuestos con Bonifacio, y no sin buenos motivos. Había reorganizado, en efecto, según el modelo romano la iglesia nacional franca, que era casi autónoma por completo; Roma acentuó allí su influencia, preparó la alianza entre papado y reino franco, que tanta importancia tendría para toda Europa y que habría de conducir a la creación del poder político de los papas, a la «gloria de la Edad Media» (Lortz). Todo ello apenas sería imaginable sin «los arquitectos de Occidente» (Semmler).[28]

45

La guerra sangrienta por Baviera y los subterfugios papales

En la corte romana, donde tenía amigos muy poderosos, se tuvieron en cuenta todos los deseos de Bonifacio, se le colmó de honores y no se quiso poner a nadie a su lado ni nombrarle un segundo legado o un sucesor durante su vida, aunque

---

[26] Bonif. ep. 50; 52. LTK VI² 1213 IX² 1127. Hauck I 351, 363 II 54 ss. Dresd-ner 132, 136 ss. Schubert, Geschichte der chrislichen Kirche I 310. Pirenne, Gburt 244 s. Haller I 329. Prinz, Klerus und Krieg 89. Kawerau, Geschichte der mittelalter-lichen Kirche 37. Hartmann, Die Synoden der Karolingerzeit 47 ss.

[27] Bonif. ep. 57; 60. Sin. Soissons c. 7. Sin. Roma (745) MG epist. select. I. Ampliamente sobre Adelberto (y Clemente): Gurjewitsch 108 ss.

[28] Bonif. ep. 60. LMA II 420 (Semmies). Lortz, Bonifatius 11. Seppelt/schwai-ger 82. Haller II 285 ss.

personalmente lo solicitó: «Todo lo has hecho del mejor modo y según las ordenanzas eclesiásticas *(omnia optime et canonicé)»,* le escribía Zacarías en tono elogioso.

El papa tenía sin duda especiales motivos para halagar a Bonifacio. pero éste se le opuso inesperadamente cuando, a la muerte de Carlos Martell, los duques de Aquitania, Suabia y Baviera se alzaron el 743 contra los hijos de Carlos: Carlomán y Pipi no. Cierto que la ayuda militar y económica franca había hecho posible la obra misional de Bonifacio. Pero mediante la alianza con el fervoroso romano Odilo, cabeza de la liga antifranca, quena el papa separar Baviera del reino así como mantener la iglesia nacional bávara independiente de la iglesia franca teniéndola directamente sujeta a Roma. Y, como daba por perdida la causa franca, se pasó en seguida al bando supuestamente más fuerte, envió un (segundo) legado personal y apoyó vigorosamente el separatismo bávaro en contra de los dos mayordomos.

Mas Carlomán y Pipino derrotaron el 743 a los aquitanios, asolaron por completo todo el territorio de los alamanes hacia el Danubio y durante quince días se asentaron frente a los bávaros en el Lech. Antes de la batalla el legado pontificio en nombre de san Pedro urgió a Pipino la retirada y la renuncia a la hegemonía. Todo inútil. Y a pesar de que los bávaros habían recibido el refuerzo de tropas alamanas, sajonas y eslavas, Odilo (a quien poco antes Pipino había desposado con su hermana Hiltrud) fue derrotado en un ataque franco por los flancos y por la retaguardia —sin duda un asalto alevoso y nocturno sobre el ejército bávaro que dormía— teniendo que retirarse hasta el Inn. «El duque Odilo apenas pudo escapar con unos pocos en una vergonzosa huida al otro lado del río Inn» *(Annales Mettenses priores).*

El papa viró entonces rápidamente hacia el otro bando, sin omitir nada para calmar al irritado Bonifacio: su legado lo había expuesto todo de una manera falseada, afirmaba él, y ahora autorizaba a Bonifacio a «reformar en nuestro nombre todo el país galo», y no sólo Baviera. Y, dando pruebas «de una extraña magnanimidad», más aún, mostrando «el más tierno amor» a sus enemigos (Donin), en el 745 ordenaba a los obispos, duques y condes francos que se reuniesen anualmente en un sínodo, «para que en el caso de que surgiera algo *adverso* fuera amputado de raíz *(radicitus amputaretur)».*

46

Junto con el legado papal Sergio, también Gawibald, primer obispo de Ratisbona que era del bando de Odilo, fue conducido como prisionero de Pipino, quien finalmente puso en las sedes episcopales de Salz-burgo y Passau a dos hombres de su confianza: los monjes eiroescotos Virgilio y Sidonio. Esto ocurrió naturalmente contra los deseos de Bonifacio y el papa Zacarías en un escrito de mayo del 748 amenazaba a los dos monjes ilustrados con una citación a Roma, ¡porque habían defendido la opinión «herética» de la forma esférica de la Tierra! Porque enseñaban «que hay otro mundo y otros hombres bajo la Tierra y también un Sol y una Luna...». Dos años antes el papa todavía los había calificado a ambos como «varones piadosos» *(viri religiosi).* Pero ahora convocaba un concilio contra la «doctrina perversa y pecaminosa» de Virgilio... «y expúlsalo de la Iglesia después de haberle despojado de su dignidad sacerdotal». Y con palabras de la Biblia sobre un hecho ocurrido mil años antes, les llama insensatos, necios e impíos; aunque tiende de nuevo a la clemencia y se muestra indulgente: «Quien tiene escasa inteligencia piensa naderías». Y consuela, casi disculpa y apremia a Bonifacio:

«Exhorta, conjura, rebate...», pues tal vez puedan salir «del error y entrar en el

camino de la verdad».[29]

¿No resulta difícil dejar de escribir una sátira?

Ya en el 749, seis años después de la aniquilación del ejército bávaro, irrumpía de nuevo Pipino con un gran contingente de fuerzas en el territorio comprendido entre los ríos Lech, Danubio e Inn. Los bávaros huyeron entonces, temiendo tal vez deportaciones o matanzas: «llenos de miedo cruzaron el Inn». Tras los baños de sangre del 743 en el Lech y del 746 en Canstatt pronto arriaron bandera y Pipino regresó «al reino franco bajo la protección de Cristo, felizmente y con un gran triunfo», según comentan las *Continuationes* de Fredegar.

Para entonces Odilo había muerto y Pipino nombró duque de Baviera al hijo del mismo Tassilo III (749-788), que tenía ocho años y que fue el último agilolfingio. El año 757, al alcanzar la mayoría de edad con 16 años, hubo de hacer el juramento de vasallaje a Pipino y a sus hijos en Compiégne y sobre las reliquias en concreto de varios santos francos afamados. Pero el 763, cuando la ocasión le pareció favorable para obtener su independencia, Tassilo se alejó por motivo de enfermedad, y sin aguardar permiso, del ejército de Pipino, que sufría las consecuencias de la pérdida de las cosechas y de la hambruna. Encontró protección en el rey longobardo Desiderio (cuya hija, Luitperga, desposó), mas no en el papa Paulo. Tras la experiencia sangrienta del 743, aquel «alambicado plan de aniquilación» (Stormer) de los francos respecto de los bávaros, éste se mantuvo con el inequívocamente más fuerte.[30]

47

Bonifacio, sin embargo fue perdiendo de continuo influencia en Baviera, y no sólo allí. Cada vez se fue acentuando más la oposición clerical, entre la que se encontraban «personalidades relevantes», y algunas sedes episcopales se le resistieron. Ni en Sens ni en Reims pudo establecer arzobispos. Personalmente le habría gustado ser arzobispo de Colonia. Pero los prelados francos, y especialmente renanos, que repetidas veces transmitían sus obispados de tíos a sobrinos, y hasta de padres a hijos, se opusieron a tal nombramiento, y «siempre que pudieron crearon dificultades» al santo y a sus discípulos (Falck). Entre Bonifacio y la mayoría del episcopado austrio se inició «una hostilidad abierta» (Butzen). Destacó en el grupo opositor el obispo de Maguncia, Gewilip, de noble linaje, depuesto más tarde por Carlomán, que en una incursión militar (probablemente el año 744) ejerció por su propia mano la venganza de sangre. También figuró en el grupo Milo, amigo íntimo de Carlos Martell y oriundo asimismo de la alta nobleza, que fue a la vez obispo de Tréveris y de Reims y que evidentemente repartió con generosidad los bienes de la Iglesia entre sus hijos y que hacia el 757 pereció en una cacería del jabalí. Y, a lo que parece, también se contaba entre los opositores Hildegar, obispo de Colonia, que murió en la guerra contra los sajones, pero que en el 753 quiso incorporar Utrecht a su diócesis, cosa que Bonifacio le impidió.[31]

---

[29] Bonif. ep. 58; 68; 80. Cont. Fredeg. 25 s, Ann. Mettens. prior, a. 743. Taddey 882. LMA II 419. Donin II 197 s. Cartellieri I 145. Schubert, Geschichte der christii-chen Kirche 308 s. Caspar II 705, 710 s. Haller I 290 s., 297. Beern/Bartmuss 73, 78. Wissig 115. Braunfeis, Kart der Grosse in Selbstzeugnissen 49 s.

[30] Ann. reg. Franc. a. 757; 763. Cont. Fredeg. 32, Lówe, Deutschiand 131 s. Id., Die karolingische Reichsgl-ündung 46 s. Wolfram, Das Fürstentum 161 s. Krawinkel 48 ss. Rosenstock 33 ss. Mitteis 65 ss. Stórmer I 171 ss. Braunfeis, Kari der Grosse in Selbstbezeugnissen 49 ss. Reindel, Gmndiegung 127. Epperlein, Kari der Grosse 46.

[31] Bonif. ep. 64; 87: 109. Ann. SS. Amandi ad a. 718. Ann. Müsellani ad a. 718. LMA U 418. HKG III 117 s. HEG I 538. Levison, Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 78. Büttner, Frühmittelalterliches

Cuando éste, a la caída de uno de sus mayores adversarios, Gewilip de Maguncia (745), fue nombrado obispo de dicha ciudad, su dignidad personal de arzobispo no se asoció a la sede, con lo cual la influencia de Maguncia sobre el Rin medio se vio recortada, probablemente desde Tréveris. Tampoco había conseguido el legado pontificio la completa subordinación de la iglesia franca al papado, como él ambicionaba. Sólo 13 de los obispos de Neustria y Austrasia, especialmente serviciales a Roma, asistieron el año 747 a una asamblea eclesiástica que él había abierto. Ningún príncipe se dejó ver por allí. Bonifacio, que a menudo se lamenta de «los falsos sacerdotes» y de «los falsos hermanos», se vio marginado a la periferia del reino incluso por los carolingios que durante algún tiempo le fueron afectos, por cuanto los papas se ganaron con engaños el corazón de los gobernantes. Y así, «impulsado por amargos desencantos» (Tellenbach), se retiró de la política «grande» y de nuevo actuó como misionero. «Por doquier trabajos, por doquier disgustos; luchas por fuera, miedo por dentro», se lamentaba una vez el enfermo a su amiga la abadesa Eadburg de Thanet. «La hostilidad de los falsos hermanos es peor que la malicia de los paganos infieles.»[32]

48

El 5 de junio del 754, y tras 25 años de ministerio, Bonifacio junto con Eoban, su obispo coral de Utrecht, y 50 compañeros fue muerto por los frisones de Dokkum sobre el Doorn, defendido encarnizadamente por sus «hombres», en la lucha de «armas contra armas» *(Vita Bonifatii).* Cual corresponde a los cristianos. Inútilmente sostuvo sobre su cabeza «el libro sagrado de los evangelios» contra el golpe mortal. Y de una manera genuinamente cristiana, en «la tierra de los infieles» irrumpieron «inmediatamente los guerreros veloces de la futura venganza..., huéspedes bien mantenidos pero insatisfechos» *(sospites sed indevoti hospites),* como dice ingeniosamente el sacerdote Willibaid de Maguncia, infiriendo «una derrota aniquiladora a los paganos que se les enfrentaron». Los frisones huyeron, «fueron abatidos en una enorme matanza, y volviendo la espalda perdieron bienes, hacienda y herederos con la vida. Pero los cristianos regresaron a casa con el botín de mujeres, niños, siervos y siervas de los idólatras» *(Vita Bonifatii).*

¿No es ésa una religión gozosa y pía? Sobre todo cuando los frisones supervivientes del botín, las mujeres y los niños esclavizados, y aterrados incluso ahora por los asesinos, los depredadores, «y por el castigo divino», abrazaron la fe de aquel a quien habían matado. Hasta el día de hoy persisten rastros de ello en Fulda.[33]

Naturalmente que esto no es más que media verdad. La verdad entera la cuenta el sacerdote Willibald al final del capítulo VIII de su *Vita* (el capítulo IX y último es «un añadido posterior»: Rau). Pues entonces se desbordaron allí «donde había sido

---

Christentum 34. Petri, Der Rhein 596. Herrmann, Thüringische Kirchengeschichte 1 21. Falck, Mainz 26. Mckitterick, The Frankish kingdoms 53 s. Schieffer, Winfried-Bonifatius 225 s. Lowe, Deutschiand 116. Tellenbach, Das Frankenreich 51 s., 58 s. Hauck, Fin Utrechter 736. Haendier, Die lateinische Kirche 53 s. Id., Bonifatius 72, 76. Angenendt, Frühmittelalter 272 s. Butzen, Die Merowinger Óstiich des mittieren Rheins 68 ss. Antón, Trier im frühen Mittelalter 160 ss. Rau, Briefe des Bonifatius 7. Padberg 89.

[32] Bonif. ep. 60; 66. LMA II 419. Heg I 539. Schieffer, Winfried-Bonifatius 226 ss., 235 ss. Buchner, Germanentum 170 s. Tellenbach, Europa 412 s. Hartmann, Die Spuren der Karolingerzeit 59 s.

[33] Willib. Vita Bonif. c. 8 s. Ann. reg. Franc. 754. Hanlein II 96. Schieffer, Winfried-Bonifatius 271 ss. Fines 43 s. Stem/Bartmuss 88. Dórries II 22. Haller I 295. Hauck, Ein Utrechter 736. Steinbach, Das Frankenreich 59. En HEG Schieffer hace caer al cómplice clerical de los saqueadores víctima de «un asesinato por rapiña» (p. 544).

depositado el sagrado cadáver... los favores divinos abundantemente, y todos cuantos acudían allí, afectados por las más diversas enfermedades, encontraban por intercesión del santo varón la salud del cuerpo y del alma. De modo que algunos, cuyo cuerpo estaba ya casi muerto por completo, que casi estaban ya exánimes y parecían emitir el último suspiro, recuperaron la salud de antes; otros, cuyos ojos estaban cubiertos por la ceguera, recuperaron la vista, y otros que, presos en los lazos del diablo, tenían el espíritu turbado y habían perdido la razón, obtuvieron la primitiva frescura de espíritu...».

Y todo ello gracias «al campeón en la carrera del espíritu». Y, como es de suponer —y según concluye la obra de Willibaid, en tanto que auténtica—, «por el Señor, a quien corresponde la gloria y el honor por eternidad de eternidades. Amén».[34]

Por desgracia tampoco hemos acabado con el cristianismo. Todo lo contrario, cada vez se desarrolla con mayor magnificencia.

Mientras Bonifacio se comprometía por los papas, los papas se comprometían por ellos mismos. Y para ellos los más importantes factores de poder continuaban siendo ante todo los bizantinos y los longobardos.

[34] Willib. Vita Bonif. c. 8. Asimismo Rau, Briefe des Bonifatius 453.

50

CAPITULO 3. INSURRECCIÓN DEL PAPADO Y LUCHA ICONOCLASTA

«Se armó contra el César como contra un enemigo.»

LÍBER PONTIFICALIS[1]

«Con la gracia de Dios recorrimos el camino hasta las regiones más lejanas de poniente.»

GREGORIO II, PAPA[2]

«... pese a la moderación extema la cabeza de la revolución italiana.»

L.M. HARTMAMM [3]

51

En el curso del siglo VII la casa papal se desarrolló cada vez más hasta convertirse en un Estado cortesano, en el que tampoco faltaron los dignatarios civiles.

Cierto que apenas hay informes tradicionales sobre los sucesores inmediatos de Gregorio I, cuales fueron Sabiniano, Bonifacio III y IV, Deodato y Bonifacio V. Sin embargo, no pasaron por el escenario tan «silenciosos como los reyes fantasmas de *Macbeth»* (Mann); ni siquiera Sabiniano, que sucedió inmediatamente (604-606) a Gregorio. Pues, como en una de las grandes hambres nada raras en Roma se congregase el pueblo miserable ante el palacio papal clamando «¡Padre apostólico, no nos dejes perecer!», el papa lo rechazó violentamente. Era un hombre duro y previsor, y rechazó toda prestación de auxilio. Más tarde vendió su grano a precios abusivos, reclamando 13 y a veces hasta 30 sólidos por fanega de trigo. Las reservas eclesiásticas se convirtieron en un negocio lucrativo. Hasta tal punto que, después de su muerte, hubo de ser trasladado a toda prisa y ocultamente desde la ciudad hasta San Pedro, porque los diocesanos amotinados querían adueñarse de su cadáver. Y el papa Bonifacio IV (609-615), «la más bella cabeza de las iglesias de Europa» (Columbano de Bobbio), hizo erigir en el Foro romano a uno de los mayores monstruos y no sólo del siglo VII, una columna con una estatua dorada «por los innumerables beneficios de su piedad».[4]

Una década después subía a la *«cathedra Petri»* un hombre, un santo padre, que influyó profundamente hasta la Edad Moderna y casi hasta la época actual (o que al menos dio que hablar de sí) y frente al cual la infalibilidad en cuestiones de fe, la *definitio ex cathedra,* tan machaconamente reclamada por el papado, aparece exactamente como la farsa que es.

LA IGLESIA CONDENA A UN PAPA

[1] Comp. nota 36.
[2] Ibíd.
[3] Ibíd.
[4] JW 1, 220 ss. LP 1, 315 s. Kühner, Lexikon 40. Gaspar II 518, 629. Mann cit. ibíd. 517. Seppeit II 41 s. Seppelt/Schwaiger 63. Gontard 162.

En casi todo Honorio I (623-638), discípulo de Gregorio I y como él de familia noble, habría encajado perfectamente en la galería de sus colegas.

52

Honorio promovió el paso de los longobardos al catolicismo tomando posición contra el amano Arioaid y en favor del católico Adaoald. Quiso que el exarca Isacio arrastrase hasta Roma a los prelados cismáticos para su castigo. Expulsó al obispo Fortunato de Aquileya-Grado. Bajo supresión papal Irlanda del sur aceptó el calendario romano de Pascua. Al rey inglés Eadwin de Northumbria, que en el 627 abrazó el cristianismo, le recomendó fervorosamente que leyera los escritos de Gregorio I. Y, como discípulo legítimo de Gregorio «el Grande», Honorio alentó al episcopado hispánico para que intensificase la lucha contra los judíos. Para ello comparaba (confundiendo un texto de Isaías 56,10 con otro de Ezequiel) a los obispos con «los perros mudos que no saben ladrar», y lamentaba que sólo él impulsase la corrección de los santones de Baal. «Su maestro Gregorio el Grande fue su modelo en la conducción de su pontificado», comenta elogioso el historiador de los papas Seppelt.[5]

Honorio I fue también un gran constructor. Para ello gastó mucha plata y saqueó con toda desenvoltura suntuosos palacios paganos. Así y todo, aún almacenó bastante capital en el palacio de Letrán. Y aunque en el 640 el exarca, y después de la muerte del papa, se incautó de una parte para pagar a sus tropas y llenar la caja de la intendencia imperial, los papas siguientes aún dispusieron de abundantes recursos pecuniarios.[6]

Diríase que cuanto más tanto mejor.

Pero el denso y larguísimo final de este pontificado estuvo condicionado por una disputa teológica, que coincidió con el período de gobierno de Heraclio (610-641), sucesor de Fokas.

Este hijo del exarca de África había aparecido a las puertas de Constantinopla como nuevo usurpador del trono con el estandarte de la madre de Dios y había abatido a Fokas de forma tan sangrienta como éste se había encaramado al trono. Más tarde, el 5 de octubre del 610, recibió la corona de manos del patriarca de la ciudad. Fue una fecha importante, porque con las reformas de este soberano empieza el imperio medieval griego.

Heraclio, denominado a menudo «el primer cruzado», emprendió (significativamente el domingo de Pascua) el 622 una guerra de seis años contra los persas, que el año 614 habían conquistado Jerusalén, destruido el Santo Sepulcro y robado la Santa Cruz, y que en el 617 se encontraban ya en el Bosforo, frente a la capital. Heraclio llevó, pues, a cabo una auténtica cruzada. El patriarca Sergio se lo había pedido y también le financió entregándole todos los tesoros de la Iglesia. La empresa estuvo manifiestamente bendecida por Dios. «Por doquier ardieron los santos lugares de los mazdeos» (Daniel-Rops), y entre ellos el templo del fuego de Ganzak y el lugar de nacimiento de Zoroastro. El 628 Heraclio firmó la paz con los persas, después de que Cosroes II, condenado a muerte por su propio hijo Kavadh Sheroe (Siróes), hubiera visto morir ante sus propios ojos a algunos de sus hijos

[5] Gaspar II 671. Seppeit II 44 ss. Seppelt/Schwaiger 64. Haller I 272. Orlan-dis/Ramos-Lisson 186ss.

[6] Gaspar II 526 ss.

(febrero del 628). «Fue un triunfo maravillosamente hermoso del imperio romano oriental, que salvaguardó la antigua tradición romana y a la vez cristiana» (Cartellieri). Cierto que inmediatamente después los árabes se desbordaban por el Asia Menor.[7]

53 Pero antes había vencido el «primer cruzado». El 21 de marzo del 630 fue enarbolada de nuevo en Jerusalén con gran regocijo la sagrada cruz del Redentor descubierta por los persas —«como demuestra la documentación» (Mango)— y que había sido sustituida por otra. Procuró después el emperador, mediante un acuerdo religioso, reconducir hasta la Iglesia imperial a los cristianos monofisitas, que entre tanto habían perseguido a los obispos católicos sustituyéndolos por defensores del monofisismo. Y tuvo bastante éxito gracias a una fórmula de unión, propuesta por el patriarca de la capital, Sergio (probablemente hijo a su vez de padres monofisitas). De acuerdo con la misma el Dios-hombre, que constaba de dos naturalezas (ése era el dogma estatal u oficial), no había tenido una doble manera de obrar sino simplemente *una,* una energía di vino-humana (monoenergismo).[8]

Ahora ciertamente que no tienen por qué inquietamos tales sofismas, montados sobre un entramado sin base, pero que sin duda fueron desgarrando internamente y de continuo el imperio oriental. También en Siria y en Egipto, e incluso por parte del papa, se montó con habilidad religioso-política una especie de puente hacia el monofisismo, que inicialmente tuvo éxito. En efecto, Honorio I se alzó contra la oposición ortodoxa, capitaneada principalmente por el monje y posterior patriarca de Jerusalén, Sofronio, y declaró: «Nosotros confesamos *una* voluntad de nuestro Señor Jesucristo...». La consecuencia fue el edicto de fe de la *Ekthesis* (638), redactado por Sergio, emitido por el emperador, personalmente muy interesado en las cuestiones teológicas, y proclamado en la iglesia de Hagía Sophía. En vez de la *única* manera de obrar *(monergeia)* aparecía ahora la doctrina de la *única* volutad en Cristo, más complaciente aún con los monofisitas y que buscaba principalmente la paz con ellos. Era el comienzo de la disputa monoteletista, de la última batalla dogmática entre Oriente y Occidente y de la cuestión de Honorio, que se prolongó hasta el siglo XIX.[9]

Es verdad que las primeras dos asambleas eclesiásticas, celebradas en Constantinopla (638 y 639), habían autorizado la *Ekthesis* cual conforme con la predicación apostólica, y que la Iglesia romana también la había aceptado, suscrito y difundido. Pero posteriormente los sucesores de Honorio, que aspiraban a una mayor independencia eclesial y política frente a Bizancio e incluso la ruptura, volvieron a rechazar la doctrina monoteletista.

54 En el sexto concilio ecuménico de Constantinopla (680-681) —en el que el patriarca Makarios de Antioquía trabajó con documentos falsificados, según confesaron sus falsificadores, un monje y un erudito— la Iglesia condenó el 28 de marzo del 681 en toda forma al papa Honorio I como monoteleta, junto con otros cuatro patriarcas de Constantinopla, descalificados cual «herejes» monoteletistas:

---

[7] Cartellieri I 90 ss. Daniel-Rops 395, 399 ss. Foss 727.

[8] Hartmann, Geschichte Italiens U 199 s., 203, 214 ss. Korneman II 457 ss. Buchner, Germanentum 152. Seppelt/Schwaiger 64 ss. Schwaiger, Honoriusfrage 86 s. Baynes 287 ss. Palanque 36 s. Mango 106. Beck, Das Byzantinische Jahrtau-send 182 s. Diesner, Der Untergang 77. Sobre el monoteletismo se extiende, entre otros, Winkelmann, Die ostiichen Kirchen 62 ss.

[9] LThK ffl[2] 791 s. Kraft, Kirchenvaterlexicon 261. Kelly 85. Hartmann, Geschichte Italiens II 217 s. Cartellieri I 108. Seppelt/Schwaiger 65 s. Schwaiger, Honoriusfrage 85 ss. Coler 11 17.

Sergio y sus sucesores Pirro I, Paulo y Pedro. El escrito papal, emitido formalmente *ex cathedra,* fue quemado solemnemente. Con «satisfacción patente» (Palan-que) declaraba el concilio «que también Honorio, que había sido papa de la Roma antigua, debe incurrir en el anatema, por cuanto en sus cartas a Sergio hemos encontrado que siguió en todo la opinión del mismo y refrendó sus doctrinas impías».[10]

Ya antes de Honorio hubo «representantes de Cristo» tildados de «herejía», como los papas modalistas Víctor I, Ceferino y Calixto, todos los cuales defendieron en forma más o menos clara el modalismo. Pero el papa Honorio, discípulo del papa y doctor de la Iglesia, Gregorio «el Grande», fue condenado oficialmente como «hereje» por la Iglesia romano-católica. Y desde luego no sólo en el sexto concilio ecuménico de Constantinopla (680-681).

Pues desde entonces una larga serie de santos padres, probablemente a lo largo de trescientos cincuenta años, en su ascensión al trono condenó en una confesión de fe solemne al papa Honorio I a «las llamas de la herejía»: una desautorización personal, sobre la que se continuó discutiendo en tiempos del jansenismo y del galicanismo e incluso en el concilio Vaticano I (1870) al proclamar el dogma de la infalibilidad pontificia. Dicha «infalibilidad» parte del supuesto de que, en virtud de la promesa divina a Pedro, príncipe de los apóstoles, ninguno de sus sucesores erraría jamás en la fe... Pero ya León II (682-683) vio la Iglesia «manchada por una traición no-santa» de Honorio y accedió a la condena de su predecesor por parte del sexto concilio ecuménico. Y la confirmó en una carta al emperador así como en dos misivas a los obispos de España. Y durante siglo s nadie intentó eximir o exculpar al papa Honorio. ¡Cierto que en la Edad Moderna el historiador oficial de la Iglesia católica, el cardenal César Baronio (fallecido en 1607), negó rotundamente la condena del papa![11]

Durante el reinado de Honorio murió el profeta Mahoma (632). Y mientras en Occidente se gangrenaba la disputa del monoteletismo, en Oriente el islam se disponía a la conquista del mundo. Desde el 635 tremolaba sobre Damasco la bandera verde del Profeta; desde el 638 lo hacía sobre Jerusalén y desde el 639 sobre la ciudad de Edessa, sede principal de la teología cristiano-siria. Toda Siria había sido ya conquistada, ocupada la Mesopotamia bizantina y Egipto era atacado.

55

Pero en Roma, tras la muerte de Honorio, el Espíritu Santo necesitó casi dos años antes de decidirse por su sucesor Severino (640). Y todavía antes de la entronización las tropas romanas asaltaban el palacio de Letrán defendido durante tres días por el papa. El exarca Isacio se apresuró entonces desde Ravenna, se incautó del tesoro eclesiástico, pagó con él al ejército, envió la mayor parte del dinero al emperador y

---

[10] Mansi 11, 195 ss., 207 ss. Kelly, Lexicón 85. HKG 11/2, 37 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 259 ss. Seppeit II 51 ss. Gaspar II 602 ss. Comp. 532 s. Buchner, Germanentum 153. Haller I 246. Palanque 38. Seppelt/Schwaiger 69. Schwaiger, Honoriusfrage 91 ss., espec. 94 s.

[11] Ps. Tartull. adv, hom. haer. 8. Migne, PL 96., 399ss. Hipp. ref. 9, 11, 1. Comp. también 9, 12. Kühner, Lexikon 45. Kelly 85. LMA V 18 ss. Ver también Kriminalgeschichte II 95. Hamack. Sitzungsber. der Preuss. Akad. der Wissensch. phil. hist. Kl. 1923 51 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 260 s. Seppeit II 46 ss. Gaspar II 608. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 239. Buchner, Germanentum 253. Haller I 247 ss. Seppelt/Schwaiger 69. En 1977 el teólogo católico Schwaiger hablaba del «hecho histórico incontrovertible de que toda la cristiandad del siglo VII, representada en el concilio ecuménico como suprema autoridad reconocida en cuestiones de fe, condenó como herético a un papa en una cuestión cristológica importante, que también los legados papales y el papa León II... habían reconocido explícitamente, que un papa se había equivocado en una cuestión de fe esencial»: Honoriusfrage 96.

expulsó de la ciudad a los eclesiásticos más influyentes.[12]

Roma se rebela contra Bizancio

Como al imperio le costaba mantenerse a flote, el islam avanzaba incontenible y las revoluciones palatinas y los motines sacudían Constantinopla, en Roma se pensó en abandonar el barco que amenazaba con irse a pique. Como quiera que fuese, el nuevo papa Juan IV (640-642) no continuó el camino de Honorio, sino el de su adversario: el biteleta Sofronio de Jerusalén. Cierto que éste había muerto en el 638, un año después de la conquista de la Ciudad Santa por los árabes; pero tenía todavía un combatiente: el obispo Esteban de Dor, obligado por un juramento sobre el Góigota a llamar a «los santos» de Roma contra el monoteletismo y a continuar la lucha.

En Roma las súplicas encendidas del obispo cayeron en tierra fecunda. Juan IV, consagrado claramente de un modo independiente y sin la confirmación de Bizancio, se alzó contra el emperador. El papa anatematizó la *Ekthesis* y exigió su abolición. Pero defendió a Honorio con la mentira de que su escrito —inequívocamente auténtico— habría sido falseado por los traductores griegos. Lo cual resulta tanto más insolente si se piensa que el abad Juan, que había escrito las cartas de Honorio, redactó también entonces la misiva del papa Juan.

Pero el nuevo *pontifex maximus* Teodoro I (642-649), retoño de un obispo palestino (del mismo nombre), no sólo atacó sin consideración alguna el monoteletismo, sino también la misma casa imperial. Más aún, estalló una rebelión en toda regla, en la cual religión y política colaboraron de una manera refinada aunque inútil.[13]

En la misma jugó un papel decisivo el monje Máximo, «el Confesor» *(Maximus Confessor).* Habiendo empezado como secretario privado del emperador Heraclio, fue abad del monasterio de Skutari y seguidor fanático de Sofronio. Desde hacía algún tiempo trabajaba en África donde el exarca Gregorio (probablemente emparentado con la casa imperial) preparaba una insurrección contra Bizancio, y evidentemente en connivencia con el papa. Pero en África apareció también el patriarca Pirro I de Constantinopla, depuesto por el nuevo emperador Constante II (641-668), nieto de Heraclio. Y en julio del 645 Máximo organizó en Cartago, donde gobernaba el exarca Gregorio y donde se encontraba poco antes la sublevación contra Constante, una discusión religiosa por el destronado Pirro, implicado en la caída de la emperatriz viuda Martina y en otros asuntos políticos. Al final del espectáculo, que bien podría calificarse de comedia grotesca, el hasta entonces monoteleta y ex patriarca se declaró vencido, y en compañía de Máximo marchó a Roma abjurando solemnemente de su confesión monoteletista en presencia del papa Teodoro y del clero romano. A una consigna de Roma Gregorio se levantó en Cartago y tomó el título de emperador. Simultáneamente en todo el territorio que controlaba, y a instancias de Máximo sin duda, se celebraron sínodos contra el monoteletismo.

---

[12] Lib. Pont. Vita Sever. 1, 348. Kühner, Lexikon 41 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 212 ss. Seppeit II 53 s. Gontard 163. Haller I 231. Coler II 17 s.

[13] Kelly 87 s. Hartmann, Geschichte ítaliens II 218 ss. Haller I 231 ss.

56

Un cierto abad Tomás cuenta que fue enviado como legado papal al sublevado exarca africano para darle ánimos y para anunciarle que el abad Máximo había visto en el cielo de las tierras occidentales y orientales un coro angélico y que en el oeste las voces de los ángeles cantaban poderosas: *«¡César* Gregorio, vencerás!». Todo el Occidente se rebeló política y eclesiásticamente contra el Oriente, donde el nuevo emperador hubo de restablecer en su cargo al depuesto patriarca mientras que el papa tenía que confirmar a quien tan sorprendentemente se había convertido.[14]

La insurrección a gran escala fracasó pronto, porque el antiemperador y abogado de la ortodoxia Gregorio ya en el 647 sucumbía frente a los árabes, que llegaban en oleadas desde Egipto. Cuando el ex patriarca Pirro vio perdida la partida, que había urdido con Máximo y con Roma, nuevamente cambió de frente. Rápidamente revocó en Ravenna delante del exarca su confesión romana y regresó a Constantinopla, volviendo a la impiedad como el perro vuelve al vómito, según el pontifical romano. Pero el emperador, aconsejado por el patriarca Paulo, prohibió en el 648 mediante un edicto denominado *Typos,* y bajo la amenaza de penas severas (pérdida del cargo, castigo corporal, destierro), cualquier discusión sobre la existencia de una o dos voluntades en Cristo.

También el *Typos* representaba una tentativa de cambio de actitud y de mediación. Pero los «santos» de Roma no accedieron ahora por primera vez. El papa Teodoro anunció la deposición del patriarca de Constantinopla, Paulo. En respuesta éste prohibió al legado papal el servicio divino en su palacio, mando destruir la capilla y mandó arrestar, azotar y expulsar a los protestantes. Pero en Roma aparecieron muchos africanos, en especial muchos monjes fugitivos de Oriente, que atizaron el descontento cada vez mayor. Y al morir Teodoro I, una década después de la muerte de Honorio, en lugar de un papa «hereje» hasta se tuvo a un papa «mártir».[15]

57

Martín I (649-653), antiguo nuncio de Teodoro en la corte imperial, continuó la lucha contra Bizancio con toda virulencia. Habiendo sido consagrado sin la aquiescencia del emperador —lo que ya constituía por sí solo un acto de rebelión—, ya en el 649 hizo que un gran sínodo reunido en Letrán, en el cual actuó de acusador Esteban de Dor y donde la mayoría de los occidentales apenas si pudieron entender la complicada retórica teológica, y en el que faltó por completo el partido contrario, condenase la *Ekthesis,* junto con el *«Typos* aún más impío», como «herejía». De acuerdo con lo cual el papa afirmaba que Cristo había carecido de personalidad y de propiedades naturales. Para mayor seguridad también fueron condenados todos los «herejes», desde Arrio hasta el patriarca cortesano Sergio y consorte. Las relaciones entre Bizancio y el papa se interrumpieron formalmente, y ambos bandos se armaron para la lucha.[16]

El exarca Olympios, encargado de imponer por la fuerza la aceptación del *«Typos»* y de burlar al papa, se entendió con éste, pues le pareció que un cambio de frente le ofrecía mejores perspectivas. A una con el papa se rebeló contra el emperador y, con

---

[14] Mansi 10, 710 ss.; 11, 3 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 220 ss. Seppeit II 57 s. Haller 1234 s., con referencias de las fuentes p. 392 s.

[15] Kelly 88. Hartmann, Geschichte Italiens II 221, 223 s. Seppeit II 57 s. Palanque 38. Haller I 235, con referencias de las fuentes p. 392 s. Ullmann, Kurze Geschichte des Papsttums 54.

[16] Lib. Pont. Vita Mart. 4 ss. Mansi 10, 863. Kelly 88. Hartmann, Geschichte Italiens II 224 s. Haller I 235 ss. Palanque 38.

ayuda de la milicia itálica, pudo durante aproximadamente tres años desempeñar el papel de usurpador, sobre todo porque también en Sicilia tuvo autoridad sobre la milicia romana, que ya desde los tiempos de Gregorio estaba en estrecha dependencia del papado. Ambos rebeldes habían hecho sus cálculos sin contar con el destino y el emperador. Olympios sucumbió en Sicilia víctima de una epidemia mientras combatía contra los árabes. Y Martín I fue víctima de su traición.

El nuevo exarca Teodoro Kalliopa que ya antes había ocupado el cargo, volvió en junio del 653 con un ejército a Roma y se apoderó de su vasallo, el cual a los ojos de Bizancio no era papa, ya que había sido consagrado sin el consentimiento imperial. El asustado Martín, que buscando protección había montado su lecho sobre el altar de la basílica de San Juan de Letrán, fue hecho prisionero. Y no por motivos de fe, como objetó el exarca al clero romano. El papa fue conducido secretamente al puerto de noche; desde allí aguas abajo del Tíber lo condujeron en una pequeña barca a Porto, para llevarlo después a Miseno, puerto de reunión de la flota, y tras un viaje marítimo de tres meses a Constantinopla.

Luego de otro trimestre de aislamiento total, el 20 de diciembre se tomó declaración al acusado. Y como Martín, a la vieja manera mojigata, pretendiese recurrir a cuestiones de fe, el juez le cortó la palabra diciéndole: «No nos expongas nada sobre la fe, ahora se te interroga por alta traición». El papa intentó justificar su complicidad en la sublevación de Olympios alegando que no pudo hacer nada frente al exarca.
58
Pero negó categóricamente cualquier conexión con los sarracenos. Fue condenado a muerte; pero la intercesión del patriarca Paulo II, su adversario que estaba gravemente enfermo, obtuvo el indulto de la pena de muerte en el último instante. Y, pasados otros tres meses en la cárcel, fue desterrado al Quersoneso en el mar Negro, adonde arribó a mediados de mayo del 654 para morir a mediados de septiembre del 655. Tanto la Iglesia romana como la griega lo veneran como mártir hasta el día de hoy, aunque sólo tuvo el fin de un reo de alta traición. Fue el primer papa que quiso seriamente separar Italia eclesiástica y políticamente del imperio.[17]

Posteriormente la Iglesia falseó todo el proceso, pero en los últimos tiempos del papa no se preocupó por él lo más mínimo, especialmente en Roma; de lo cual hay amargo testimonio del propio Martín. En obediencia pusilánime a la autoridad estatal, ya el 10 de agosto del 654 se le eligió sucesor en el romano Eugenio I (654-657); por un período por tanto en el que aún vivía Martín. Pero ya se había puesto a Félix II en el sitio de Liberio. Pasmado de todo esto, Martín I lamentaba que la Iglesia romana ni tan siquiera le hubiese provisto de alimentos y todavía en septiembre del 655, poco antes de morir, escribía: «Yo estaba asombrado, y lo sigo estando todavía, de la indiferencia y falta de compasión de todos aquellos que en tiempos me escuchaban, y de mis amigos y allegados, que hasta tal punto se han olvidado de mí en la desgracia...».

Pero una década después esa misma Iglesia denostaba el proceso de alta traición contra Martín como «maquinaciones de falsas calumnias» y a sus adversarios como «enemigos de la verdad y del mismo Dios». Los primeros devotos iniciaron ya las

[17] Lib. Pont. Vita Mart. 1, 336 ss. (Duchesne) 181 ss. (Mommsen) 2079 ss. (Jaf-fé). Kelly 89. HKG II 2 41 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 229 ss. Cartellieri I 109. Caspar II 564 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 237 ss. Seppeit 11 62 s. Seppelt/Schwaiger 67 s. Haller I 238 ss. Gontard 163. Maier, Mittelmeerweit 341. Ullmann, Kurze Geschichte des Papsttums 54 s.

peregrinaciones a su tumba, se entusiasmaron con los «numerosos prodigios» del «gran mártir de la verdad» y tomaban como reliquias un fragmento de su sudario y una sandalia papal. Setenta años después afirmaba Gregorio II: «Nuestro predecesor Martín ocupó la silla exhortando a la paz; por ello lo depuso... el malvado Constante».[18]

Como reo de alta traición acabó también el abad Máximo, fanático agitador de la ortodoxia y verdadero instigador de todo, y en quien ciertamente es muy difícil distinguir los motivos religiosos de los políticos. Al ser el teólogo bizantino más importante del siglo VII y tener mucho más prestigio que el papa, se hicieron todos los esfuerzos por mover al anciano a que cediera, al menos en el plano religioso; pero en vano. Murió mutilado en el Cáucaso (662) y por supuesto tenido por santo y mártir: la justicia cristiana le cortó la mano derecha y la lengua. Conviene recordar también que Máximo Confesor fue también el responsable de que uno de los mayores falsarios teológicos, el Pseudo-

Dionisio, fuese considerado «durante siglo s el maestro de la teología occidental» y con sus falsificaciones adquiriese el «derecho de ciudadanía en la Iglesia» *(Lexikon für Theologie und Kirche).*[19]

59

Pero tras la fracasada rebelión el papado fue víctima de la violencia del emperador. Ya en el verano del 654 se puso a Eugenio I (654-657) como antipapa de Martín I y se transigió con el Oriente de momento incluso en la controvertida cuestión de las «voluntades» de Cristo, el imperial «Typos» del 648. Más acomodaticio se mostró aún Vitaliano I (657-672), que no osó oponer la menor resistencia, ni siquiera teológica. Y cuando Constante II, que en Oriente perdió extensos territorios a manos del islam, intentó de nuevo afianzarse en Occidente y se presentó en Roma —siendo aquélla la última visita de un emperador bizantino—, el papa Vitaliano recibió al «verdugo de Martín» con los máximos honores y con repetidas fiestas eclesiásticas. El 5 de julio del 663 quien había permitido que su predecesor muriese miserablemente en el exilio salió con clero y pueblo solemnemente hasta seis millas de Roma al encuentro del soberano, acompañándole después, a él y a todo su ejército, con cirios encendidos hasta San Pedro. Constante regaló al templo una sabanilla de altar y oró también en las basílicas de San Pablo y de Santa Ma-ria Maggiore. Recorrió una iglesia tras otra, mandó después arrancar todos los bronces de los edificios públicos de Roma, incluidas las láminas metálicas de Santa Maria ad Martyres, y enviarlos a Constantinopla. De manera parecida el emperador cristiano lo devastó todo en Sicilia, donde asestó a los papas un golpe gravísimo al reconocer la autocefalía del arzobispado de Ravenna y determinar explícitamente que los prelados locales no estaban sometidos al patriarca de Roma. Por lo demás, el 668 Constante fue asesinado en el baño de su residencia de Siracusa por un tesorero, que no era más que el hombre de paja de un gran complot; y el sucesor obtuvo «la aprobación de la clerecía» (Finley).

Sin embargo, también en Sicilia acabó Roma llevando las de perder. «En la segunda mitad del siglo VII la Iglesia siciliana en todos los puntos en que contaba realmente

---

[18] JE 2081. Kelly 89 alude entre otras cosas al hecho de que Martín es el último papa de la Iglesia venerado como mártir. Caspar II 571 ss. Seppeit II 64. Seppelt/Schwaiger 68.

[19] LThK VII" 22. En la 2ª edic. VII 208 ss. ya no se habla de ello. Kraft 370. Al-taner/Stuiber 521 ss. HKG II 2, 41 s. Hartmann, Geschichte Italiens 11 222, 231 s. Haacke 95. Haller I 240. Daniel-Rops 460.

se orientó hacia el este... Tan completo fue el triunfo de Oriente en Sicilia, que incluso la minoría culta y políticamente influyente abandonó la lengua latina y volvió al griego» (Finley).[20]

Y aunque los papas, recordando la suerte de Martín, actuaron de primeras con mucha cautela, apostando incluso Vitaliano por Constantino IV, hijo del asesinado Constante II y amenazado por un emperador rival (el armenio Mezezios), en realidad se alejaron cada vez con mayor resolución de aquella hegemonía legal. La tentación era demasiado fuerte y el momento demasiado favorable. Los bizantinos perdían provincias inmensas a manos islámicas; y tampoco en el oeste, donde los francos avanzaban cada vez más hacia el primer plano, habían obtenido ningún éxito contra los visigodos y longobardos.[21]

60

Quemas de libros y batallas. La conversión de los longobardos al catolicismo

El pueblo germánico septentrional de los longobardos, poco a poco siempre más romanizado, desde su irrupción en el 568 se asentó en el norte de Italia y en algunas regiones de Italia central. Sólo en el sur y en Sicilia, epicentro de las grandes propiedades papales, no tuvo influencia alguna. Mas los bizantinos querían mantener su propia hegemonía al menos en las franjas costeras y en el sur. Entre tanto los padres santos pactaban unas veces con Bizancio y otras con los longobardos consiguiendo de forma lenta pero segura cada vez más poder. Extraordinarios fueron los éxitos iniciales de los longobardos con las victorias sobre los bizantinos en Calore y en Forino, así como con sus avances, a las órdenes de Romualdo, duque de Benevento, hasta Tarento y Brindisi (668).[22]

Con la catolización creciente de los longobardos en el curso del siglo VII la Iglesia romana consiguió un peso cada vez mayor entre ellos. Llegó a enmarcarlos entre los germanos católicos para acabar sepultándolos. Pero antes de que, al dictado del clero, se regulasen jurídicamente gran cantidad de cuestiones eclesiásticas (desde el matrimonio a las vírgenes consagradas a Dios, desde el marco legal de la lucha contra los «herejes» hasta la liquidación del arrianismo y la supresión de raíz de todos los restos del paganismo), las cuestiones eclesiásticas no tuvieron en realidad ningún alcance en la legislación de los reyes arríanos de los longobardos. De los 388 capítulos del *Edictum Rothari* (643), primera colección de derecho longobardo a la vez que el logro más importante de la jurisprudencia germánica, sólo dos se refieren directamente a la Iglesia.[23]

Con Ariperto I (653-661), duque de Asti, la corriente católica de Teudelinde

---

[20] Lib. Pont. 1, 339; 1, 343. Hartmann, Geschichte Italiens II 249 ss. Kornemann U 484. Cartellieri I 109 s. Caspar II 574. Seppeit II 65 s. Haacke 95. Haller I 241. Mango 108. Gontard 164. Kühner, Gezeiten 151. Finley 221 s., 228 s.

[21] Lib.Pont. Vita Vital. 4.

[22] Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 1. Hartmann, Geschichte Italiens II 238 ss. Maier, Mittelmeerweit 327 ss., 333 s. Dannenbauer II 20 s.

[23] Mar. Avench. ad a. 573. LMA III 1574 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 244 ss. Schníirer, Kirche und Kultur I 169. Caspar II 581. Schmidt, Die Bakehrung 387 ss. Voigt, Staat 201 s., 227 s. Schmid Zur Ablósung der Langobardenherrschaft 8. Maier, Mittelmeerweit 329. Njeussychin 339 ss., 352 ss.

recuperó la primacía. Como primer representante masculino de la dinastía «bávara», que derivaba de ella, parece que el rey Ariperto, su sobrino, prefirió obispos católicos en oposición a sus predecesores arríanos y hostiles a Roma, y quizá hasta combatió el arrianismo. Como quiera que fuese, bajo él se convirtió en su residencia de Pavía Anastasio, el último obispo amano. Y Perctarit, hijo de Ariperto, fue proclamado rey (671) por los longobardos, siendo un amigo declarado del papa y también filobizantino, el cual «llevó a cabo una política intensa de catolización de acuerdo con la Iglesia romana» (Tabacco). Por ello, a la muerte de Perctarit (688), el duque Alahis de Trento, sostenido por todos los grupos de la oposición, por los últimos restos de los arríanos y los cismáticos de los «Tres Capítulos», se alzó contra Cunincpert, hijo de Perctarit. Cierto que Alahis había jurado lealtad a ambos reyes en nombre del belicoso arcángel Miguel, santo patrón de los longobardos, pero entonces obligó a huir a Cunincpert, que desde el 680 gobernaba con su padre y que también había demostrado su catolicidad imponiendo por la fuerza la conversión a los judíos.

61 Transitoriamente Alahis ejerció de rey en Pavía, aunque se hizo odioso al clero católico al que vejaba, por lo que Cunincpert, amigo de sacerdotes y de Roma y cuya hija era abadesa, pudo regresar a la residencia. A las orillas del Adda, en la llanura de Corónate, pronto se enfrentaron los ejércitos de ambos príncipes, siendo aquélla a la vez una batalla de la ortodoxia contra el cisma. Hubo «un increíble derramamiento de sangre». Pero «con la asistencia del Señor» (Paulo el Diácono) venció el ortodoxo Cunincpert (y allí levantó un monasterio en honor de san Gregorio Mártir). Alahis pereció. El enemigo huyó a la desbandada sucumbiendo a espada ahogado en el río. Y después de que Ansfrit, continuador de los planes rebeldes de Alahis, fue hecho prisionero en Verona y desterrado tras haberle sacado los ojos, a la unificación política del reino longobardo siguió también la eclesial. Ahora bien, el objetivo más importante de Cunincpert era «la completa catolización de los longobardos» (Jarnut). Los obispos cismáticos se doblegaron ante el papa Sergio, quien mandó quemar solemnemente sus escritos «heréticos» y prometió al rey el perdón de sus pecados en recompensa por la victoria sangrienta obtenida. Terminaba así el cisma de los «Tres Capítulos», que había durado ciento cincuenta años.[24]

Tampoco en el futuro titubearon jamás los longobardos en avanzar sobre territorio romano, ni por otra parte titubearon los papas en colaborar hasta con los peores de ellos. Por ejemplo, con Ariperto II (701-712), un usurpador, que en las convulsiones del trono a la muerte de Cunincpert hizo eliminar en el baño a su hijo menor de edad, Liutperto, a la familia de su tutor Ansprando, que luego sería rey de los longobardos, el cual se refugió en la corte ducal de Baviera. El tal Ariperto mandó mutilar horriblemente a Sigiprando, hijo de Ansprando, sacándole los ojos, y mandó cortar la nariz y las orejas a Teodorada, mujer de Ansprando, así como a su hija Aurona, hermana del que más tarde sería rey Liutprando, quien asimismo se refugió junto a su padre en Baviera. Ni fue bastante con eso: a todos los consanguíneos de Ansprando los castigó el rey Ariperto II «de múltiples modos», sin que Paulo el Diácono los

[24] Paulo Diác. Hist. Lang. 4, 48; 4, 51; 5, 25; 5, 35 ss.; 6, 3; 6, 17. Lib. Pont. Vita Sergii 15. Vita s. Barbadi ep. Benev. c. 5 ss. Keller, Reclams Lexikon 379 ss. LMA I 933, 1129. III 372 (J. Jamut) V 1695 s. (G. Tabacco). Hartmann, Geschichte Italiens II 244 s., 266 ss.; 2 H. 25. Schnürer, Kirche und Kultur I 171. Cartellieri I 108. Giesecke 206. Buchner, Germanentum 156. Maier, Mittelmeerweit 329 s. Misch 130. Schmidinger 383 ss.

precise. Sabemos, sin embargo, que Ariperto hizo tonsurar cabeza y barba a un rival, el duque Rothrit de Bérgamo, los desterró a Turín y allí lo hizo asesinar.[25]

62

Al santo padre la alianza con el criminal que se sentaba en el trono le reportó la devolución de las posesiones papales en la costa ligur. El rey Ariperto libró el documento de donación «en letras de oro» y lo envió a Roma. Pero cuando el duque bávaro Teutperto, cediendo a las presiones de Ansprando, irrumpió en Italia con un ejército poderoso, se enfrentaron en una batalla, «en la cual murió mucha gente por ambos bandos», y cuando el rey Ariperto intentaba refugiarse entre los francos, se ahogó al cruzar un río, cargado como iba de oro, «y fue sepultado en la Iglesia de Nuestro Señor y Salvador...». Paulo el Diácono concluye el relato sobre el múltiple asesino con estas palabras: «Fue un varón piadoso».[26]

A la muerte de Ariperto ocupó por corto tiempo el trono el regresado Ansprando. Le sucedió su hijo Liutprando, con quien alcanzó su culminación el poderío de los longobardos. Todavía en el lecho de muerte recibió el padre la noticia de su exaltación. Pero aunque el nuevo rey fue un católico devoto y un gran benefactor de la Iglesia, el papado lo combatió hasta el final, como combatió a Bizancio, todavía con mayor vehemencia y menor miramiento, porque quería gobernar Italia.[27]

Con la revolución romana se entrelazó una gran tragedia teológico— política, sobre todo del Oriente, que hizo historia bajo la designación de «disputa de las imágenes» (725-843), que se inició por entonces y alcanzó proporciones enormes.

Empieza la disputa de las imágenes

Si estamos bien informados sobre el siglo VI de la historia bizantina, gracias especialmente a las descripciones detalladas del historiador Procopio, los siglo s vn y VIII permanecen en una gran oscuridad. Únicamente las crónicas de dos teólogos, los dos defensores de las imágenes y los dos muertos en el destierro: la del patriarca de Constantinopla Ni-céforo y, algo más amplia, la de Teófanes Confesor, que proyectan escasa luz sobre aquel período violento, dentro del cual las postrimerías del siglo VII y los comienzos del VIII se consideran como una de las épocas más tenebrosas de la historia bizantina.

El emperador Justiniano II (685-695, 705-711), que tanto se esforzó por derivar el poder imperial de la voluntad de Dios, hizo ejecutar a muchos miles de familias eslavas, deportadas por él. El 695 fue expulsado del trono y, con la nariz cortada, desterrado a Crimea. Los gobernantes siguientes se sucedieron con gran rapidez y durante dos décadas triunfó la anarquía total. Además irrumpieron en el imperio los búlgaros, nómadas de los territorios del Volga y en el 711 avanzaron a las órdenes de Chan Terwel hasta las inmediaciones de Constantinopla. En el 717 reaparecieron los árabes y asediaron la capital, aunque León III (717-741) el Isaurio pudo rechazarlos. Pero precisamente este salvador de Bizancio, tan exaltado por la cristiandad hasta hoy, fue también el autor de una cruenta querella cristiana, que sacudió el mundo

[25] Paulo Diác. Hist. Lang. &, 19 ss., 6, 27 s. LMA I 691, 933. Caspar. Pippin und die rómische Kirche 58 s. Maier, Mittelmeerweit 331.
[26] Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 35.
[27] Comp. cap. 13 nota 3.

bizantino durante más de un siglo y con mayor violencia que cualquier otra disputa religiosa, contribuyendo además de manera nada insignificante al alejamiento entre la Roma del este y la del oeste.[28]

63 Según estimación general el conflicto empezó el 726, cuando un terremoto desolador en el Egeo meridional se interpretó como un «juicio de Dios» a causa de la nueva «idolatría» que había penetrado en la Iglesia: el culto de las imágenes. El emperador León III ordenó la retirada de todas las representaciones de santos, mártires y ángeles; y en el 730 ordenó su destrucción, sin excluir las imágenes de Cristo y de María. El iconoclasmo o iconoclastia, que no sólo prendió en el clero sino también en las masas populares, aunque ha sido frecuente objeto de estudio se ha explicado quizá de forma más contradictoria que cualquier otro fenómeno de la historia bizantina. Lo cierto es que sacudió el imperio hasta límites difícilmente imaginables. Mucho más que una mera disputa teológica o que un movimiento de reforma religiosa, representó también un enfrentamiento entre poder civil y eclesiástico y redujo el Estado a un montón de ruinas; y ello en tiempo de una cierta recuperación política dentro y fuera de las fronteras y cuando ya habían terminado las controversias cristológicas.[29]

Por lo demás, el punto de arranque de la disputa de las imágenes fue un problema puramente teológico-dogmático.

Ya la primitiva religión indoeuropea carecía de imágenes, entendiendo por tal las religiones védica, zaratustriana, romana antigua y germánica antigua. Y lo fue también, y especialmente, la religión judía. El Antiguo Testamento prohibía ya de forma tajante todo culto de las imágenes. Y tampoco el cristianismo primitivo conoció ninguna representación figurativa de Dios. Bien al contrario. Así como el judaismo antiguo condena expresamente la forja de representaciones y así como los Profetas se burlan de «quienes hacen un dios y adoran un ídolo», «la obra de sus manos», «los que echan besos a los temeros», así también los primeros padres de la Iglesia combatieron larga y tenazmente el culto de las imágenes, que tanto auge conocería después. Todavía en el siglo IV son contrarios a las reproducciones gráficas teólogos como Eusebio o el arzobispo Epifanio de Salamina, mientras que el concilio de Elvira prohibe la reproducción y adoración de imágenes. Por el contrario, fueron unos «herejes», los gnósticos, quienes iniciaron el cambio y quienes evidentemente introdujeron en el cristianismo la imagen de Cristo y su veneración.[30]

64 El uso se propaga por Oriente desde el siglo IV, y en el siglo VI se encuentra allí tan extendido como hoy; y no sólo se veneran las imágenes de Cristo, también lo son las de María, de los santos y de los ángeles. Son principalmente los monjes los que fomentan tal práctica, teniendo para ello motivos materiales muy concretos: la iconolatría era una parte de su negocio (por ejemplo, las peregrinaciones que aportaban dinero a las «imágenes de gracia» o milagrosas). Y los teólogos favorables

---

[28] LThK VII' 568 s. X' 79. LMA V 823. Mango, Erbe 106, 108. Maier, Byzanz 91 s. Vemadsky, Das frühe Slawentum 266. Mazal, Das Byzantinische Reich 352 ss.

[29] LThK IP 461 s. LMA II 150 s. Daniel-Rops 449. Mango 108. Haller I 258. Maier, Mittelmeerweit 351 ss. Id., Byzanz 92 s.

[30] Éxodo 20, 3 ss.; Levítico 26, 1. 5; Deuteronomio 4, 23 ss.; 27, 15. Is 2, 8; 44, 10; Jer 1, 16; 10, 3 ss.; Os 13, 2. Syn. Elvira c. 36. LMA II 151 s. V 371 ss. Heiler, Erscheinungsformen 111 ss. Kitzinger, The Cult 83 ss.

a las mismas (iconodulos) lo justificaban todo ello, por cuanto según su interpretación no era la imagen muerta la que se veneraba, sino al Dios vivo y —como decía Nicéforo— «la visión conduce a la fe». Por el contrario, los destructores de las imágenes (iconoclastas) intentaban dar renovada vigencia a las prescripciones cristianas, incuestionablemente más antiguas.

Pero el pueblo veneraba los iconos en sí como portadores de salud y milagrosos. El icono venía a ser el contenido y síntesis de su fe. Aparecía grabado en los muebles, en los vestidos y en las arracadas. Gracias al cielo o al arte sacerdotal los iconos empezaron a hablar, a sangrar, a defenderse cuando eran atacados. Más aún, acabó habiendo iconos que representaban una auténtica novedad, ya que «no estaban hechos por mano de hombre» *(acheiropoiétai),* y otros que hasta ocupaban el puesto del padrino en el bautismo. Así el pueblo creyente exaltó cada vez más las imágenes identificándolas con el santo que representaban. Besaba las estatuas, las representaciones y les encendía cirios y lámparas. Los enfermos tomaban en ocasiones partículas coloreadas y rascadas de las mismas para obtener la salud. Se las incensaba y los fieles se arrodillaban ante ellas; en una palabra, el pueblo trataba tales objetos exactamente igual que los paganos a sus «ídolos».

Y como una especie de idolatría interpretaron justamente todo eso los adversarios de la iconolatría, los iconoclastas. Procedían de la casa imperial, del ejército y especialmente de ciertas regiones sometidas al influjo del islam contrario a las imágenes, como eran en concreto los territorios del Asia Menor. Habitaban también en esas tierras fronterizas del este del imperio, en las que sobre todo los paulicianos —admiradores exaltados del apóstol Pablo— combatían la adoración de la cruz y de las imágenes, las ceremonias y los sacramentos. Eran cristianos «heréticos», que aparecieron por vez primera en Armenia a mediados del siglo VII y que a lo largo de más de dos siglo s representaron un poder extraordinariamente activo en la frontera oriental bizantina.[31]

65

De todos modos no deja de ser curioso, a la vez que proyecta una cierta luz sobre toda la controversia, el que los emperadores y círculos del ejército, que constituían los enemigos más encarnizados del culto a las imágenes, hubieran sido antes sus promotores especiales. Los gobernantes de los siglo s vi y vil, aprovechando el delirio de las masas por las imágenes, se habían servido del mismo para sus fines políticos y especialmente militares. Las imágenes fueron conducidas a innumerables batallas y ciudades enteras fueron puestas bajo su protección, convirtiéndolas en defensoras de fortalezas. Pero con demasiada frecuencia habían fracasado en esa función a medida que una ciudad tras otra iban cayendo en manos de los «infieles». Lo que sin duda nos acerca a la causa directa de la iconoclastia. En efecto, si las imágenes hubieran realizado los milagros que de ellas se esperaban, muy probablemente no se habría llegado jamás a su destrucción. «Pero los iconos no habían aportado lo que de ellos se prometía la gente...» (Mango).[32]

La revuelta había partido sobre todo del episcopado oriental. El partido iconoclasta

---

[31] LThK VIH^2 205 s. Hartmann, Geschichte Italiens U 90 ss. Cartellieri I 125 s. Koch 89. Gaspar U 650. Daniel-Rops 447 ss. Maier, Mittelmeerweit 351 ss. Mango 108 s. Kühner, Gezeiten I 156. Seppelt/Schwaiger 76. Dawson 175. Alexander 6 ss. Acerca de las causas de la controversia de las imágenes y de sus consecuencias sociales y económicas: Savramis 71 ss.

[32] Mango 109.

tuvo sus representantes principales en los obispos minorasiáticos Constantino de Nakoleia, el metropolitano Tomás de Klaudioupolis y Teodoro de Éfeso. El partido iconoclasta tuvo también las primeras víctimas mortales: varios de los soldados enviados a retirar las imágenes fueron asesinados en un levantamiento popular. Los iconodulos, los veneradores de las imágenes, se encontraban en casi todos los rincones del imperio. En Oriente se contaron entre los mismos el nonagenario patriarca Germanos de Constantinopla (715-730) y el metropolitano Juan de Symnada, así como los monjes. En Occidente la gran masa defendía el culto de las imágenes, y sobre todo lo defendió ya desde el comienzo el papado, que reclamaba ciertamente mayor autonomía y hasta la dirección política. No fue casual que la soberanía bizantina sucumbiese de manera notable en Italia central.

Por lo demás, durante mucho tiempo se sobrevaloró la importancia de la disputa de las imágenes para Roma. La corte imperial pronto renunció a las acciones iconoclastas en Italia. Aunque el monarca Constantino V (741-776), vehemente enemigo de las imágenes, y que se declaraba verdadero amigo de Cristo y adorador no de su imagen sino de su cruz, redactó personalmente algunos escritos polémicos y creó una teología propia especialmente contra la representación de Cristo, que para él era expresión de nestorianismo o de monofisismo, es decir, de la separación o de la mezcla de «las dos naturalezas» en Cristo. Y el concilio de Constantinopla (757) rechazó tajantemente el culto de las imágenes como obra de Satán y como idolatría.[33]

Fracasa una revolución papal

66

La masa del clero sabía naturalmente que su poder descansaba sobre todo en la magia de la causa, en la bella apariencia, en el encanto exterior y sensible del servicio divino; por lo cual hubo de mantenerse al lado del pueblo, que veneraba las imágenes sagradas. Incluso se le había enseñado casi a venerar la fuerza milagrosa de los ídolos, y con la retirada de los mismos se había privado de la base a su costumbre y a su piedad. Por ello, cuando después de un edicto del califa Jezid (que el 723 había ordenado la retirada de las imágenes de todos los templos cristianos del imperio árabe) también el enérgico emperador León III el Isaurio —que pasaba por simpatizante de los sarracenos, *sarakenophrón*— mandaba en un edicto formal (726), y con el asentimiento de un concilio, retirar de las iglesias todas las imágenes de mártires o de ángeles y ponerlas bajo llave (en el 730 un edicto posterior imponía su destrucción), estallaron manifestaciones de fanatismo en el este y el oeste: cristianos contra cristianos, como de costumbre a lo largo de los siglo s.[34]

Provincias enteras se llenaron de restos de imágenes cursis y de obras de arte insustituibles. Los veneradores de las imágenes fueron perseguidos y la multitud iconoclasta se amotinó. El papa Gregorio II (715-731) prohibió al emperador —con un lenguaje increíblemente agresivo, como el que en tiempos había osado Símmaco

---

[33] Greg. II ep. 2. Kraft 240. LMA II 150 s. V 1376. HKG ffl 1 33. Hauck II 276. Gaspar II 647. Dannenbauer, Die Grundiagen der mittelalterlichen Weit 52 s., 68 ss. Seppelt/Schwaiger 56 s. Dawson 175. Buchner, Germanentum 154. Daniel-Rops 448,450. Heiler, Erscheinungsformen 114. Michel 7.

[34] LMA V 1890. Hartmann, Geschichte Italiens II 91 ss. Gaspar II 651, 655. Stadtmüller, Geschichte Südosteuropas 108 s. Heiler, Erscheinungsforman 114. Seppelt/Schwaiger 76. Maier, Byzanz 93 ss. Hunger 215. Previté-Orton 245 ss.

bajo protección ostrogoda— que interviniese en cuestiones de fe y tuvo de su lado a toda Italia, especialmente a los obispos. Las amenazas del monarca de que «enviaría a Roma para encerrar la imagen de san Pedro y conducir atado al papa Gregorio, como había hecho Constantino [Constante II] con Martín [I]», le resbalaron, y hasta bromeó: «Aunque te pavonees y nos amenaces, no tenemos necesidad de luchar contigo. El papa se alejará tres leguas de Roma al territorio de Campania, y ¡buen provecho!, a cazar vientos». «Todo Occidente —afirmaba el papa— ha puesto su mirada en nuestra humilde persona, y aunque no seamos dignos de ello tenemos una gran confianza en nosotros y en aquel cuya imagen quieres aniquilar y desaparecer, la del santo príncipe de los apóstoles, Pedro, al que todos los reinos de Occidente veneran como a un dios [!] sobre la tierra. Si osases intentarlo, verías que las gentes de Occidente están dispuestas a dar la razón a las del este.»[35]

La irritación de Gregorio no obedecía exclusivamente a motivos teológicos, sino que respondía también a razones materiales muy concretas.

El emperador León III había defendido con éxito Constantinopla por tierra y mar (717-718) contra los árabes en una de las matanzas más decisivas de la historia universal. Y así el Asia Menor, que fue librándose del dominio islámico durante una serie de campañas anuales, permaneció bizantina y cristiana durante casi siete siglo s. Para equilibrar sus finanzas después de la guerra contra los árabes hubo de imponer nuevos impuestos; esto afectó sobre todo a la Iglesia romana, que con sus extensas propiedades territoriales era el primer poder económico de Italia. Y así como antes las rebajas impositivas habían determinado la afección devota al Estado, así ahora la medida produjo el efecto contrario. Los obispos italianos, los mayores contribuyentes del país, acaudillaron la resistencia contra el pago y lo impidieron. Y al mismo tiempo combatieron naturalmente la política iconoclasta del emperador. No fue eso sólo: el rechazo de los impuestos, que ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento permitían, se trocó ahora en una obra piadosa y poco a poco se falseó hasta identificarlo con la resistencia a la política iconoclasta del monarca, que a la entrada de su palacio hizo sustituir una imagen de Cristo por una cruz.

67

Pero el papa Gregorio II fue el verdadero caudillo de Italia en la sublevación contra su señor, fue «la cabeza de la revolución italiana» (Hartmann). Entonces ya no contó el «Estad sometidos a la autoridad»; lo que contó realmente fue el «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres». Y —¡en la práctica!— Dios está siempre donde está el papa. Y el papa no sólo alentó al patriarca de Constantinopla, san Germanos, a la lucha contra el emperador, sino que hizo una llamada a todo el mundo, con lo que estalló por doquier la guerra civil. Más aún, Gregorio amenazó con una desvinculación de Bizancio: «Con la gracia de Dios emprendemos el camino hacia las regiones más lejanas de Occidente».

El papa se opuso abiertamente al edicto imperial. Prohibió pagar tributos al soberano y se puso así al frente de la sublevación. Hasta el oficioso *Líber Pontificalis* escribe: «Se armó contra el emperador como contra un enemigo». El cartulario Juan, antipapa, y el subdiácono Juan Lurion fueron asesinados por los romanos, y al dux

[35] Gaspar II 654 ss., 660 s. Seppelt/Schwaiger 77. Maier, Byzanz 99 ss. W. Ull-mann habla de «la increíble grosería» de la correspondencia epistolar del papa con el emperador «con desprecio de todas las reglas y expresiones de cortesía»: Kurze Geschichte des Papsttums 65.

Basilios se le encerró en un monasterio; todo lo cual fueron ataques evidentes contra el gobierno. Consecuentemente el exarca Paulo recibió la orden de deponer a Gregorio de su silla pontificia. Mas cuando acudieron las milicias de Ravenna, el papa se les opuso con una liga de soldados italianos y de longobardos. En Venecia, Ravenna y Roma se expulsó a los gobernadores y funcionarios imperiales, y en Benevento y Spoleto, a las tropas bizantinas. El exarca Paulo fue eliminado por manos asesinas. También fueron eliminados sus generales. El dux Exhileratus y su hijo Adrián —este último excomulgado desde hacía años por el papa a causa de un matrimonio irregular— fueron apresados y muertos por la milicia romana. Al dux romano Petrus le sacaron los ojos por haber escrito al emperador «en contra del papa». La sublevación triunfó por todas partes: Su Santidad y los longobardos se alzaron en común rebelión contra el emperador. Hasta el *Líber Pontificalis* asegura «que toda Italia se alzó contra la maldad del *basileus* y decidió elegir a otro y mandarlo a Constantinopla». Y, efectivamente, en Grecia llamó al antiemperador Cosme, que se presentó con una flota frente a Constantinopla; pero ésta fue derrotada en la batalla naval del 18 de abril del 727 y Cosme fue colgado.[36]

68 Todavía en el 729 se vio Gregorio como epicentro de la sublevación y «a todo Occidente» con los ojos puestos en él. «Los pueblos de Occidente están prontos —escribe al emperador—. Nos derivamos nuestro poder y autoridad del príncipe de los apóstoles, Pedro, y podríamos, si lo quisiéramos, constituir un tribunal contra ti; pero tú mismo has pronunciado ya la sentencia contra ti y contra tus consejeros: tú y ellos habéis sido condenados por igual.»

Pero el emperador acabó dominando la rebelión. En el 730, cuando sustituyó al anciano patriarca constantinopolitano Germanos —que equivocadamente no encontraba la veneración de las imágenes ni contraria al Antiguo Testamento ni al Nuevo— por Anastasio (si es que Germanos no se retiró por propia iniciativa), la revolución fracasó también en Italia. Y también entonces Gregorio se había pasado oportunamente al campamento imperial. Cuando los revolucionarios italianos nombraron en Italia, al igual que los griegos habían hecho en Grecia, a un cierto Tiberius Petasius para emperador, el papa —a quien un César en Roma, donde él era el jefe supremo, no podía agradarle para nada— exhortó al pueblo a que «no se dejase llevar por el amor y la lealtad al imperio romano» y hasta puso en manos del exarca la milicia romana para combatir al nuevo antiemperador. En la Tuscia romana Petasius fue muerto, y su cabeza fue enviada a Constantinopla.[37]

En la controversia de las imágenes, sin embargo, tanto Gregorio II como sus sucesores permanecieron inflexibles. Mediante un sínodo, celebrado en Roma en noviembre del 731, Gregorio III (731-741) lanzó la excomunión contra la retirada, destrucción y profanación de las imágenes sagradas. Pero sus legados, enviados a

---

[36] Ex 22, 28; Me 12, 14; Mt 17, 24 ss.; Le 20, 22 s.; Rom 13, 5 ss. Vita Greg. II c. 16 ss. Lib. Poní. (Duchesne) 404. Según Kelly 102 Gregorio acaudilló «la airada resistencia de toda Italia», pero «no vaciló en su lealtad». Ploetz 67 s. LThK IV² 754. LMA V 1890. Hartmann, Geschichte Italiens II 89 ss., 94 ss. Luegs II 478 s. Haller I 253, 257 s. Dannenbauer, Grundiagen 52 s. Stadtmüller 107 s. Maier, Mittelmeerweit 281, 300 s., 341. Pirenne, Geburt 218. Gickel 311 ss. Daniel-Rops 450, 478. Maier, Byzanz 95 s. Bosi, Europa im Mittelalter 121 s. Tellenbach, Europa 426.

[37] Lib. Pont. Vita Greg. II c. 23. Kraft 240. LThK IV² 754. LMA IV 1344 s., 5, 1890. Hartmann, Geschichte Italiens II 99. Gaspar II 660 ss. Daniel-Rops 450. Pirenne, Geburt des Abendiandes 219 s. Seppelt/Schwaiger 77. Ullmann, Die Machtste-llung 69 ss.

Constantinopla con escritos exhortatorios fueron ya apresados en Sicilia por el estratega imperial Sergio, encarcelados durante meses y devueltos a Roma. Simultáneamente el emperador preparó un poderoso contragolpe, que afectó a la base material del papado y cambió la geografía política.

Después de que una flota enviada contra Italia padeciese naufragio, el monarca se vengó de otra manera. No tan sólo gravó al máximo la presión tributaria, sino que además separó la provincia eclesiástica de Iliria junto con toda Italia meridional y Sicilia de Roma, sometiendo todos aquellos territorios a la jurisdicción del patriarca de Constantinopla; un paso que Bizancio defendió tenazmente, y que cada nuevo papa intentó bloquear. El emperador arrebató asimismo al papa todos sus patrimonios en Italia meridional, con lo que únicamente Sicilia representó una pérdida de 350 libras de oro.[38]

69

La disputa de las imágenes se prolongó durante todo el período de gobierno de León y se agudizó aún más bajo su hijo y sucesor Constantino V (741-776), llamado Ikonokiastés, el destructor de imágenes (y también Koprónymos, por haber ensuciado el agua en su bautismo, y Caba-llinus por que le gustaba el olor de la boñiga de caballo). Cierto que cuando en el 742 se alzó un usurpador iconodulo, su cuñado Artabas-dos, mantuvo Roma del lado del emperador iconoclasta y mandó sacar los ojos al vencido y a sus hijos, y el papa Zacarías legó una generosa donación de tierras. Constantino, que participó activamente en la inveterada discusión y que mostraba un interés notable por las cuestiones teológicas, mandó prohibir la invocación de los santos y de María así como retirar o destruir de las iglesias todas las imágenes de los santos.

Dicho emperador persiguió especialmente a los monjes, defensores tanto más fanáticos del culto a las imágenes cuanto que tenían un monopolio económico para la fabricación de iconos. Los monasterios fueron expropiados y cerrados, tranformándolos en cuarteles y en instalaciones para baños, o fueron destruidos por completo, como ocurrió con los monasterios de Kallistratos, Dios, Maximinos, etc. Sus moradores tuvieron que elegir entre deponer los hábitos y tomar mujer o ser cegados y desterrados. En Éfeso se obligó a monjas y monjes a casarse y a otros se les ejecutó (con el respaldo de un concilio celebrado en Constantinopla el 754). Los soldados descuartizaron a los megerios y transformaron los *martyría* en un hipódromo. No menos de 338 obispos firmaron el 754, reunidos en el sínodo de Hieria, los edictos iconoclásticos de León III. Y 50.000 monjes, proscritos por el emperador, huyeron a Roma. Y todo esto mientras los búlgaros iniciaban su gran asalto al imperio.[39]

La lucha «a sangre y fuego» culminó en la década de los sesenta.

El abad Stephanos de Monte Auxentio, caudillo de la oposición iconodula, fue linchado en las calles de Constantinopla, en noviembre del 765. Sólo en agosto del

---

[38] Lib. Pont. Vita Greg. III c. 2. Kelly 102 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 110 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 249. Gaspar II 664 ss. Pirenne, Geburt des Abendiandes 219 s. Haller I 261 s. Maier, Mittelmeerweit 341 s. Seppelt/Schwaiger 79 s. Jedin, Kleine Konziliengeschichte 34. Hussey 131. Grotz, Erbe 22. Hartmann, Die Synoden der Karolingerzeit 40 s.

[39] LMA I 1057; V 1376. Ostrogorsky 140 s. Michel, Die Kaisermacht 3. Dannenbauer, Grundiagen 53. Wein 90. Pirenne, Geburt des Abendiandes 222, Kühner, Gezeiten I 154 s. Ahiheim 174. Bosi, Europa im Mittelalter 122. Daniel-Rops 451 s.

766 se ejecutó a 16 altos funcionarios y oficiales, partidarios del culto a las imágenes. Al año siguiente rodaba también en el palenque la cabeza del patriarca Constantino. El emperador ya antes le había mandado azotar; después, el 6 de octubre, le hizo objeto de reprensión pública delante de todo el pueblo congregado en el gran templo. «Después de cada capítulo —escribe Teófanes, que luego fue abad-el secretario particular golpeaba en el rostro al seudopatriarca, mientras el patriarca Niketas asistía al espectáculo sentado en su silla.» Al día siguiente Constantino, rasurado a rape y con un vestido irrisorio sin mangas, fue paseado por las calles montado en un asno hasta el hipódromo, donde fue insultado y escupido por todo el pueblo cristiano.

70

El asno lo llevaba por el ronzal su sobrino Constantino, al que se le había cortado la nariz. «Cuando llegó frente a los partidos del circo, descendieron de sus asientos, le escupieron y le arrojaron inmundicias. En la parada delante de la tribuna imperial, lo arrojaron de la cabalgadura y le pisaron en la nuca.» A finales de mes el hombre renegó de su creencia, y tras exigirle esa reparación, se le decapitó. Su cadáver fue arrastrado por las calles hasta el desolladero de los ajusticiados y su cabeza colgó de las orejas durante tres días para escarmiento público.[40]

¿No es esto un cristianismo amable?

Cierto que eso ocurría en Bizancio. Mas ¿cómo estaban las cosas en Roma?

[40] Wein 90. Ostrogorsky 140 s. Daniel-Rops 452. Jedin, Kleine Konziliengeschichte 34. Bosi, Europa im Mittelalter 122.

71

CAPITULO 4. LA FORMACIÓN DEL ESTADO DE LA IGLESIA MEDIANTE GUERRAS Y PILLAJE

«Pero estad atentos, hijos míos, ¡esforzaos fervorosamente por tomar parte en lo que Nos deseamos! Pues ya sabéis que quien está en la otra parte será excluido de la vida eterna.»

ESTEBAN II PAPA[1]

«La lucha por Cristo y la Iglesia se les asigna a los francos como su vocación histórica.»

JUAN HALLER[2]

72

LAS NEGOCIACIONES PAPALES ENTRE BIZANCIO, LONGOBARDOS Y FRANCOS

Mientras en Bizancio hacía estragos la disputa de las imágenes, y sus repercusiones sacudían la Italia bizantina, el rey Liutprando procuraba aprovechar la ocasión para extender el reino longobardo por toda Italia, y muy especialmente por Emilia y Romagna. Fue anexionándose sistemáticamente territorio bizantino, conquistó un castillo tras otro y afianzó también su autoridad en los ducados de Spoleto y Benevento. En una palabra incrementó continuamente su poder político dentro y fuera de sus fronteras. Y cuando en el 732 (o el 733) Liutprando conquistó por vez primera Ravenna —que llevaba casi doscientos años en manos bizantinas— y el exarca huyó a las lagunas venecianas, el aliado le resultó demasiado peligroso al papado.

En principio el obispo de Roma apenas tenía motivo para sentirse a disgusto con Liutprando. En tiempos el rey incluso había hecho a Gregorio II libre donación del ducado conquistado. Y también restituyó el castillo de Sutri, que dominaba el camino de Ravenna y que el papa anhelaba ardientemente (y lo hizo en forma de documento otorgado en favor de los apóstoles Pedro y Pablo). ¡Todo por respeto al príncipe de los apóstoles! Pues Liutprando era una persona piadosa, un fiel católico amigo de los sacerdotes y un promotor declarado de la Iglesia. Erigió en su propio palacio una capilla doméstica y fue el primer rey longobardo que se procuró capellanes particulares. Instituyó eclesiásticos «que celebrasen a diario el servicio divino para él» (Paulo el Diácono). Uno de sus parientes fue obispo de Pavía. Con el clero se mostró generoso. Fundó monasterios, construyó muchas iglesias que decoró y practicó el culto supersticioso de las reliquias. Un prólogo a sus leyes se abre con una cita bíblica. Y en otro prólogo posterior se presenta expresamente como defensor de la fe romano-católica. Gregorio II combatió la vuelta de las monjas a la vida civil, y Liutprando le apoyó con una ley pertinente.

Combatió el papa los matrimonios entre cuñados y Liutprando acudió en su ayuda con una prohibición estatal.

---

[1] Ver nota 20.

[2] Ver nota 21.

Y aunque en la rebelión contra el emperador se encontraba también el rey del lado de Roma, el nuevo papa Gregorio III (731-741) lo delató a la Venecia ascendente. Y es que Gregorio no sólo temía el poder de Liutprando, sino que ambicionaba también la Romagna. Por ello, y no obstante el pacto firmado con Liutprando, mandó al metropolitano de la Venecia imperial, Antonio de Grado, que asistiese al exarca huido a las lagunas, a fin de que Ravenna «volviese a la antigua alianza de la sagrada *res publica y* de la sumisión imperial». (Hacia el 735, después de que los longobardos hubieran ocupado la ciudad durante aproximadamente tres años, los venecianos la reconquistaron con un golpe de mano desde el mar.) Pero en una carta al dogo denostaba el papa a los longobardos, sus fieles aliados y veneradores de las imágenes como él, como un pueblo «infame», mientras que al emperador y a su hijo Constantino Coprónimo les llamaba «sus señores e hijos»... antes de que sus sucesores les traicionasen también a ellos.[3]

73

Porque también Bizancio se le antojaba al papa demasiado peligrosa.

Y así, después de haber alentado a la flota veneciana a la reconquista de Ravenna para el exarca, en el 738 se alió con el duque traidor Transamundo de Spoleto y con el rebelde Godescalco, que se había apoderado de Benevento. Y como (probablemente) ya Gregorio n, también Gregorio ni azuzó a los duques longobardos contra su rey. Personalmente hizo reconstruir una gran parte de las murallas de Roma y fortificó Civitavecchia.

Transamundo II había depuesto el 724 por la fuerza a su padre Farvaldo, imponiéndole la tonsura y la entrada en el estado clerical. Cuando Liutprando avanzó contra él (738-739), pegó fuego a la Pentápolis y asoló Spoleto, Transamundo se refugió junto al papa, el cual puso a su disposición el ejército romano contra Liutprando. Éste irrumpió a su vez en el ducado romano saqueándolo y conquistando sus castillos de la frontera septentrional. Y la guerra estalló por doquier, tanto en el territorio romano como en las tierras de Ravenna. Cierto que provisionalmente Transamundo (en diciembre del 740) conquistó su capital y mató al nuevo duque Hilderico, instituido por Liutprando. Pero el papa, que también se sirvió de sus obispos en el reino longobardo contra su soberano, receló del poder del rey y apeló al príncipe franco Carlos Martell, que estaba lejos pero era fuerte.[4]

El mayordomo franco, que desde el 720 controlaba indiscutiblemente todo el reino y guerreaba casi sin pausa —incorporando también en buena medida a la Iglesia y sirviéndose de los monasterios como cabezas de puente y punto de apoyo (Schwarzach, Gengenbach, Schuttem, la abadía de Reichenau)— veía indisolublemente unidas la expansión de su autoridad y la difusión del cristianismo. Para decirlo brevemente, Carlos se había convertido en el hombre más poderoso de Europa, y tan habituado estaba a la guerra y la conquista que, como advierten expresámente las fuentes coetáneas, apenas hubo un año sin guerras (concretamente el año 740). Y aquel varón apareció precisamente como el verdadero

---

[3] Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 58. LMA V 708 s., 2041. Gregorovius I 2 347 s. Cartellieri I 128. Hartmann, Geschichte Italiens II 96 s., 126 ss. (con indicación de fuentes). Gaspar II 662, 727 ss. Maier, Mittelmeerweit 337, 342.

[4] Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 44. Gregorovius I 2 244 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 137 ss. Cartellieri I 134 s. Caspar II 729 s. Sickel 316. Pirenne, Geburt des Abendiandes 220. Haller I 262 s. Sprigade, Die Eiweisung 52 ss. Brühl, Chronologie und Urkunden 19 ss.

patrón y protector del representante de Cristo.[5]

74

Así que Gregorio III intentó repetidas veces, los años 739 y 740, instigar a Carlos Martell contra Liutprando, aunque ambos eran amigos personales.

El papa soñaba con desenganchar Roma del imperio bizantino y ofreció a Carlos la colación del consulado romano así como el rango de patricio. Una embajada y dos misivas envió Gregorio, «el hijo amoroso de san Pedro», al «ilustrísimo señor Carlos», conjurándole todavía poco antes de su muerte (741) «por el Dios vivo y verdadero y por las santísimas llaves de la tumba de san Pedro» en estos términos: «Vivimos angustiados en la tribulación máxima y día y noche fluyen las lágrimas de nuestros ojos, pues tenemos que ver cómo la santa Iglesia de Dios a diario y en todas partes es abandonada por los hijos en quienes había puesto su esperanza...». Conjuraba a Carlos Martell, que con su mujer y sus hijos pertenecía a la fraternidad orante del monasterio de Reichenau dedicado a san Pedro, para que no cerrase los oídos a la súplica papal, a fin de que el príncipe de los apóstoles, el portero del cielo, no le cerrase a él el reino de los cielos. También envió el santo padre al *«princeps» de* los francos «grandes e inestimables regalos, como nunca antes se habían oído ni visto» *(Fredegarii Continuationes).* Y naturalmente el papa no descuidó enviar a Carlos Martell algo de chatarra, supuestamente partículas de las cadenas de san Pedro y las llaves de la tumba del apóstol, para sugerirle diplomáticamente la terrible servidumbre en que se encontraba frente a longobardos y griegos. En ningún sitio se habla de cualesquiera otras contraprestaciones del papa; simplemente de las «mentiras» de los longobardos y de la protección de la Iglesia romana y de sus propiedades, «únicamente ésta se destaca de continuo» (Mühibacher).

Pero Gregorio III, que persistió en el empeño hasta su muerte —«En ninguna época», comenta adulador un cronista franco, «se oyó ni vio algo semejante»—, apeló inútilmente al «virrey» Carlos. Éste, que era poco devoto de la Iglesia, que estaba emparentado genealógicamente con los longobardos, que estaba aliado y era amigo de Liutprando, que el 737 adoptó a su hijo Pipino y que al año siguiente, y a instancias de Carlos Martell, intervino «sin vacilaciones y con todo el ejército de los longobardos» contra los sarracenos de Provenza venciéndolos, permaneció sordo por completo a la primera llamada de ayuda papal y murió antes de que eventualmente pudiera llegarle una segunda.

Entre los antepasados de los carolingios Carlos es el único al que condenan los autores eclesiásticos posteriores, lanzándolo al infierno por toda la eternidad a causa de la sistemática reducción del patrimonio eclesiástico a él debida —*precaria verba regís*—. En vida suya todo ello se interpretaba de modo completamente distinto, aunque hiciera decapitar a uno de sus parientes eclesiásücos, el abad Wido de St. Vaast y St. Wandrille, quien según la crónica monástica, gustaba más de la caza y la guerra que del servicio divino. Aunque naturalmente no le hizo degollar por eso, sino por una conjura contra Carlos. Pues, lo que sabemos con toda seguridad es que estuvo lejos de ser un enemigo empecinado de la Iglesia. Se conocen ocho donaciones de bienes, que le hizo personalmente.[6]

---

[5] Lecky II 219. Mühibacher 159. Lówe, Deutschiand 115. Nonn, Das Bild Kari Martells 70.

[6] Lib. Pont. Vita Greg. ffl c. 14. Cod. Cari. 1 s. Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 53 s. Cont. Fredeg. c. 22. Chron. Moissiacense (MG SS I 292 s.) Ann. Metí. (MG SS I 326 s.). Kelly 103. Gregorovius I 2, 353 ss. Mühibacher I 59 ss. Hauck 1470. Holtz-mann, Italienpolitik 35 s. Caspar II 730. Hartmann, Geschichte Italiens II 136

75

El elocuente Zacarías engatusa a los longobardos

Un mes después de Carlos Martell, en diciembre del 741, también moría Gregorio III, que fue el último obispo romano que se había hecho confirmar por el emperador de Bizancio. Su sucesor fue Zacarías (741-752). Y como las repetidas campañas de su predecesor incitando a Carlos Martell a la guerra contra los longobardos habían fracasado, el papa Zacarías, aquel hombre «de extraña bondad de corazón» —que en realidad era un talento refinado con gran poder de convicción— se protegió del rey longobardo que de nuevo se acercaba dando un giro a la política de su predecesor y aliándose con él.

Esto le resultó tanto más fácil cuanto que Liutprando —para citar el final de la *Historia de los longobardos,* de Paulo el Diácono— «cada día confiaba en la oración más que en las armas». Si poco antes la Iglesia había estipulado una alianza con el duque Transamundo, un rebelde, contra el rey longobardo, ahora abandonó a Transamundo y lo combatió al alimón con quien hasta entonces había sido su enemigo. Transamundo no tuvo posibilidad alguna. Atacado por ambos frentes, se sometió desapareciendo con tonsura y cogulla en un monasterio.

Pero el papa Zacarías acudió en romería (742) con toda la pompa pontifical al campamento del rey Liutprando en Temi para recoger los frutos de su traición. Y tras un recibimiento deslumbrante y la plegaria en común convenció (bien preparado como estaba cual excelente conocedor de los *Diálogos* de Gregorio I, rebosantes de crasa superstición y de milagros grandiosos) al rey crédulo y ahora doblegado ya un tanto por la edad con mayor éxito de cuanto lo hiciera en su tiempo Gregorio II. Y así Zacarías obtuvo ahora no ya un castillo sino cuatro a la vez (Horta, Ameria, Polimartium y Bleda), que se le otorgaron documentalmente junto con los vecinos de la capilla del Salvador, de la iglesia de San Pedro de Terni; ¡una propiedad que pertenecía legítimamente al emperador griego! Más aún, el rey hizo al santo padre una serie de concesiones, incluidas las de índole territorial, con la devolución de tierras papales y de otras ciudades con todos los prisioneros. Cada bocado que Liutprando tomó en la mesa papal —ironiza Ferdinand Gregorovius— le costó un pedazo de tierra. Pero el viejo rey se levantó del banquete y dijo con aire galante que no recordaba haber comido tan opíparamente jamás.[7]

76

Mas cuando al año siguiente (742) atacó el exarcado y hasta preparó el asalto de Ravenna, y cuando el exarca Eutiquio junto con el arzobispo de la ciudad demandó ayuda al papa, éste no sólo envió una embajada a Pavía, sino que de nuevo acudió presuroso al rey altamente sorprendido. Y después de celebrar dos misas —una la víspera de la festividad del apóstol extramuros de la ciudad, en la basílica de San Pedro «de cielo dorado», y otra al día siguiente en la residencia real y en presencia del

---

s., 167 ss. Lowe, Bonifatius 112 s. Id., Deutschiand 118. Id., Geschitsschreibung 23. Buchner, Germanentum 170. Schieffer, Winfried-Bonifatius 239. Haller I 263 ss., 296 s. Gontard 167. Seppelt/Schwaiger 30. Lautermann 54. Steinbach, Das Franken-reich 45, 48. Ampliamente Hiawitschka, Kari Martell 74 ss.

[7] Ann. reg. Franc. 741. Lib. Pont. Vita Zachar. 5 ss. Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 57 s. Kelly 103. LMA V 2041. Gregorovius 12 356 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 140 ss., 170 s. Cartellieri 1136 s. Seppelt/Schwaiger 81. Holtzmann, Italienpolitik 35.

rey—, al tercer día presionó en palacio conjurando de nuevo a Liutprando para que abandonase el exarcado. Y por fin, aunque tras larga resistencia, el rey cedió a las presiones del papa, quien en el curso de aquel mismo año había reconocido al emperador bizantino cual legítimo soberano, y le devolvió las conquistas realizadas. El emperador por su parte, a instancia papal y evidentemente por los servicios prestados, donó al santo padre los dos grandes dominios de Nympha y Norma en el Lacio. «La soberanía del papa resultó muy provechosa a la Iglesia», comenta el católico Clemens Siemers.[8]

Liutprando murió a comienzos del año 744, después de 32 años de gobierno. Y cuando Ratchis, el nuevo rey longobardo (744-749), que antes había sido duque de Friuli y celoso conmilitón de Liutprando, no obstante su política hostil se vio forzado a invadir la Pentápolis en el 749, el papa acudió de inmediato a su campamento. Y allí el hombre de palabra elocuente conferenció como antes lo hiciera con Liutprando. A los pocos días ya había engatusado tan magistralmente a Ratchis, que éste en agosto del 749 depuso la corona, peregrinó con su mujer y su hijo a San Pedro de Roma y en seguida vistió los hábitos monacales para pasar el resto de su vida en Monte Cassino. Su esposa Tasia y su hija Rotrudis desaparecieron en el cercano monasterio de monjas de Plumbariola...

Sin duda que bajo esta famosa exposición del cronista papal podría ocultarse la posibilidad de que al rey se le hubiese depuesto y encerrado en el monasterio con mayor o menor violencia, cosa que han supuesto, entre otros. Ludo Moritz Hartmann y Johannes Haller, así como el historiador de Oxford y clérigo de alto rango, John Kelly, quien acusa además al papa de soborno. Y en tal caso ¿no resulta tanto más verosímil que Ratchis, después de que su hermano Aistulfo perdiera la vida en una cacería el otoño del 756, abandonara Monte Cassino y volviera a asumir el gobierno en Pavía?[9]

77

La matanza de suabios por Carlomán y el obispado de Constanza

También en Monte Cassino había hecho escala poco tiempo antes el franco Carlomán...

Antes de su muerte, ocurrida el 21 de octubre del 741, Carlos Mar-tell había dividido la potestad de gobierno entre sus hijos Carlomán, Pi-pino III (el Joven, el Corto) y Grifo. El mayor, Carlomán obtuvo Aus-trasia, Turingia y Suabia; Pipino el menor, los territorios de Neustria, Burgundia y la Provenza, mientras que Baviera y Aquitania (el territorio entre la costa atlántica, el Loira y los Pirineos quedaban sujetas a la jurisdicción común de ambos. Su hermanastro Grifo, hijo de la segunda mujer de Carlos, la princesa bávara Swanahilt, no fue reconocido como heredero con los mismos derechos; sus hermanastros lo apresaron y encerraron en una fortaleza de las Ardenas, mientras que su madre Swanahilt fue recluida en el monasterio de

[8] Lib. Pont. Vita Zachar 12 ss. Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 58 s. Kelly 104. Sie-mers 137. Gregorovius 12 357 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 144 ss. Schieffer, Winfried-Bonifatius 188 ss.

[9] Lib. Pont. Vita Zachar. 23. Krüger Kónigskonversionen 213, nota 224. Kelly 104. Gregorovius I 2 360. Hartmann, Geschichte Italiens II 146 ss. Cartellieri I 150. Haller 1301. Krüger, Kónigskonversionen 171 s., 212 ss.

Chelles cerca de París.

Ya al año del cambio de gobierno se crearon obispados en Hesse y en Turingia (planeados por Bonifacio desde el 732), y en los años 743 y 744 se celebraron tres grandes sínodos en Austrasia y Neustria, en los cuales se decretó la total eliminación de la «herejía» y del paganismo. Carlomán y Pipino —ambos educados en monasterios, Carlomán probablemente en el de Echternach por Willibrord, y Pipino en el de Saint-Denis— llevaron la guerra a todos los rincones. Ambos fueron —como dice el papa Zacarías de sus «hijos ilustrísimos» (744)— «compañeros y auxiliares» de Bonifacio; más aún, ambos estuvieron «bajo la inspiración de Dios» *(inspiratione divina).* Así, el santo padre pudo garantizar a los dos grandes carniceros también «una recompensa abundante... en el cielo», pues «bendito es el hombre por quien se bendice a Dios».

Carlomán, el bendecidor de Dios, irrumpió el 743 —un año en el que transfirió 26 iglesias regias al recién fundado obispado de Würzburg-en Ostfalia meridional, y en Engern, siguiendo siempre la cruz a la espadar misioneros, predicadores, bautizos en masa. Aquel mismo año se consiguió el sometimiento definitivo de Suabia. En la misma constituyó una importantísima «cabeza de puente» el obispado de Estrasburgo con sus monasterios en el camino de Kinzig, que a través de la Selva Negra conducía hasta el territorio suabio. Una última rebelión de Cannstatt la ahogó bárbaramente en un baño de sangre Carlomán (746), venerado más tarde como santo en el monasterio de Fulda, entre otros: las tropas francas asesinaron probablemente —los datos de las fuentes resultan al respecto muy escasos y hasta contradictorios— a miles de alamanes (¡cristianos en su gran mayoría!) que presenciaban el desfile de las tropas. Al menos una parte de la nobleza alamana, si es que no su casi totalidad, fue eliminada, probablemente en la cota de Altenburg. Y en vez de la aristocracia nativa entraron los condados francos, sucumbiendo en gran parte a la confiscación las posesiones de la nobleza alamana.

78

No faltan ciertamente historiadores para quienes el baño de sangre de Cannstatt no pasa de ser un «rumor». Eso quiere decir que a la nobleza del país «se le pidieron cuentas»; lo cual suena mucho mejor. Más aún, que todo el asunto pertenece «al campo de la leyenda locuaz» (Büttner).

La gran beneficiada de esa «leyenda» fue sin duda la Iglesia, y más en concreto el obispado de Constanza —«punto de partida de la penetración cristiana y franca en Alamania» (Tellenbach)—. Constanza, cuyo obispo tenía que asegurar el dominio de los francos, recibió a cambio enormes posesiones, hasta convertirse en la diócesis mayor alemana de la Edad Media, extendiéndose desde Berna hasta Ludwigsburg y desde el valle del Walser hasta Breisach: el año 1435 comprendía 45.000 kilómetros cuadrados, con 1.760 parroquias. También los monasterios de St. Gallen y Reichenau se enriquecieron con los bienes incautados de los vencidos y asesinados y «muy pronto se contaron entre los máximos terratenientes de Alamania» (Novy).

En el otoño del 747 Carlomán, «aquel santo varón» (abate Regino de Priim), sorprendentemente y a cuanto parece por propia voluntad, se retiró, aunque todavía en agosto de aquel mismo año «hizo todo lo posible por asegurar su posición y la de su hijo» (Bund). Tal vez atormentado por los remordimientos de conciencia por la matanza suabia, «se consagró a san Pedro» *(Vita Zachariae).* «Voluntariamente abandonó su reino y encomendó sus hijos a su hermano.» Todo esto suena muy

cristiano. Tonsurado por el papa como monje, Carlomán desaparece en el monasterio del monte So-racte a las puertas de Roma. El 750 marchó a Monte Cassino, en territorio longobardo; un paso cuya motivación religiosa a menudo se ha puesto en duda (quizá con razón).

«Desnudo siguió a Cristo» (Regino de Prüm).[10] Como también Ratchis. *E tutu quanti...*

PIPINO III: «UN BUEN CRISTIANO» Y «UN GRAN SOLDADO

También Pipino el Joven (741-768), que residió por lo general en los palacios de Quierzy, Attigny, Verberie y Compiégne y a quien ya en el 747 el papa Zacarías había dado el título de *«christianissimus»,* fue «un buen cristiano» (Daniel-Rops), «inspirado enteramente del espíritu cristiano» (Büttner). No sólo el culto de san Martín inició bajo Pipino su marcha triunfal por la ribera derecha del Rin, también la capilla se convirtió entonces en la «institución central más importante del reino» (Ewig), y en general la Iglesia por él protegida y apoyada.

79

Pero a Drogo, el sobrino, que debía gobernar con autonomía sobre Austrasia, no le tuvo Pipino consideración alguna. Lo arrinconó brutalmente y emprendió una guerra tras otra: «un gran soldado que en su vida no perdió ni una sola campaña contra alamanes, sajones, longobar-dos y aquitanios» (Braunfeis). ¡Únicamente en cuatro años de su reinado (749, 750, 759 y 764) no guerreó!

En el 742 llevó a cabo una campaña, al alimón con Carlomán, contra el duque alamán Teudobaldo; en el 743 contra los bávaros, y en el 744 de nuevo contra el mentado Teudobaldo. El año 752 conquistó Septimania, la franja costera con el *Hinterland* inmediato entre los Pirineos orientales y Nímes. A finales de la época se adueñó de Narbonne, pasó a cuchillo a la guarnición sarracena y expulsó a los musulmanes, aunque sus tropas «probablemente contribuyeron a saquear aquel territorio, antes rico, no menos que los infieles invasores» (Bullough). En su lucha contra los sajones llegó el 753 hasta el Weser, en una campaña en la que pereció el 8 de agosto Hildegar, obispo de Colonia. En el 758 penetró en el territorio de Münster y se hizo prometer de los westfalianos, a los que había infligido una grave derrota, lealtad, un tributo anual de 300 caballos y la libre circulación de los misioneros cristianos.

En ocho campañas, llevadas a cabo entre el 760 y el 768, sometió Aquitania, donde en tiempos, y todavía en compañía de Carlomán, había incendiado los arrabales de Bourges y había destruido Loches. Ahora destruyó los castillos y arruinó el país.

---

[10] Ann. reg. Franc. 743 s., 746. Cont. Fredeg. c. 23; 29 s. Einhard, Vita Karoli II 4. Ann. Mett. 741. Ann. Petav. ad a. 746. RGAK I 142. Hauck 1471 II 3. Cartellieri 144 ss. Meyer J., Kirchengeschichte Niedersachsen 16. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 306. Tüchie I 81 ss. Büttner, Geschichte des Elsass 107 s., 119 s. Id., Frühmittelalterliches Christentum 37. Lowe, Deutschiand 121 ss. Ludwig 20. Caspar II 722 s. Buchner, Germanentum 129 s. Bosi, Bayerische Geschichte 31, 57. Haller I 297. Krüger, Kónigskonversion- en 183 ss. Wallace-hadrill, The Fourth Book 100 s. Stem/Bartmuss 78 s. Pirenne, Geburt des Abendiandes 206 s. Behn 80. Zender, Verehrung 100. Steinbach, Frankenreich 49 s., 54. Schieffer, Winfried-Bonifatius 191 s. Novy, Anfánge 16 s. Tellenbach, Europa 403 s. Borst 526 ss. Züllner, Politis-che Stellung 144 ss. Ewig, Martinskult 24. Bund 363 ss. Schiesinger, Zur politischen Geschichte 52. Holtzmann, Italienpolitik. 27.

Prendió fuego a Bourbon— 1'Archambault lo mismo que a Clermont, incendiando también innumerables aldeas. Le acompañaba el hijo mayor de Pipino, Carlos («el Grande», Carlomagno): ¡toda una escuela de vida! El franco saqueó y destruyó sistemáticamente año tras año toda la región de punta a cabo. Y a lo largo de generaciones pudieron rastrearse los efectos desoladores de aquellas guerras.

Sólo con el asesinato alevoso de Waifar, el último duque de Aquitania, perseguido incansablemente y peor que cualquier animal, primero de lugar en lugar y después de bosque en bosque, a primeros de junio del 768, en el bosque de la Double (en Périgueux), perdía Aquitania momentáneamente su autonomía. Surgió la sospecha de que Waifar, al que perseguían escuadrones enteros de Pipino, a instancias de éste había sido eliminado; cosa que hoy se acepta «sin discusión» (De Bayac). También Romistán, tío de Waifar, fue colgado en juicio sumarísimo, mientras que la madre y las hermanas del duque eran encarceladas. De ese modo se apoderó Pipino de todo el territorio desde el Loira a los Pirineos, echando las bases del que sería el reino franco. «La posteridad ha calificado la conquista de Aquitania como la mayor proeza de Pipino» (Mühlbacher). ¡Magnífico![11] Y el *Handbuchfür Europaische Geschichte* en varios tomos hasta le atribuye ¡un «reino pacificado dentro y fuera ya desde el 749»[11]

80

Desde fuera se esperaba que Grifo se habría resignado y estaría de acuerdo, por lo que san Bonifacio a finales del 741 no dejó de conjurar a «vuestra beatitud, por Dios Padre omnipotente, y por Jesucristo su hijo y por el Espíritu Santo, por la santa Trinidad», etc., «para que ayudéis a los clérigos y sacerdotes en Turingia... contra la maldad de los paganos *(paganorum malitiam)»,* «si Dios te otorga el poder». Pero Dios no lo quiso. Carlomán, que más tarde fue venerado como santo en distintos lugares, había hecho encarcelar en Neufcháteau, cerca de las Ardenas, a su hermanastro Grifo, teniéndolo seis años entre rejas; pero después dando pruebas de verdadero amor al prójimo le dejó libre. El noble Pipino le contentó con algunos condados. Grifo se refugió de primeras entre los sajones, sometidos por Pipino en el 748, dándose de nuevo los bautizos en masa. Más tarde Grifo hizo sonar el tambor de la rebelión en Baviera, patria de su madre Swanahilt; pero Pipino la aplastó en el 749. Y después de haber establecido contacto con Waifar de Aquitania sin ningún resultado. Grifo huyó el 753 a refugiarse entre los longobar-dos, siendo eliminado en los Alpes, cerca de Maurienne, por las guardias fronterizas francas, sucumbiendo también dos condes francos.[12]

EL «HECHO MÁS TRASCENDENTE DE LA EDAD MEDIA»

---

[11] Ann. reg. Franc. 742,753, 758,760 ss. Cont. Fredeg. c. 25, 52. Capit. Aquitan. ad a. 768. LMA I 830. HEG 1539-Mühlbacher I 112 ss. Cartellieri, Weltgeschichte I 144, 171. Hartmann, Geschichte des Eslass 11. Neus/Oediger 135. Daniel-Rops 489. Schieffer, Winfried-Bonifatius 250 s. Lasko 218. Zatscheck 46. Ewig, Zum christiichen Kónigsgedanken 50. Id., Der Martinskult 24. Brühl, Fodrum 18. Müller-Mer-tens, Kari der Grosse 112. Bachrach, Military Organisation 9 ss. Braunfeis, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 29, 32. Bullough, Kari der Grosse 36 s. de Bayac 27, 38 ss., 386. Steinbach, Das Frankenreich 58.

[12] Ann. reg. Franc. 747 s. Cont. Fredeg. c. 35. Ann. Mett. 741; 747; 748; 749. Ann. mett. prior. 751. Ann. reg. Franc. 747;748. Bonif. ep. 48. Mühibacher, Geschichte Italiens II 178. Cartellieri I 148, 156. Schieffer, Winfried-Bonifatius 251 s., 130 ss. Lowe, Deutschiand 124. Steinbach, Das Frankenreich 54. Reindel, Grundie-gung 126. de Bayac 31 ss.

Puesto que los dos hermanos de Pipino se habían hecho tan inofensivos, el soberano de todos los francos quiso ceñir la corona. Pero le cerraban el camino tanto el derecho de nacimiento como el último rey merovingio Childerico III, el privilegio de la sangre real y de la ascendencia divina. El mayordomo carolingio necesitaba una justificación a los ojos de sus súbditos romano-católicos para derribarle y ocupar el trono. ¿Y dónde habría podido encontrarla mejor que en Roma, en el «portador de la suprema autoridad moral»? (Seppelt/Schwaiger).

Los «portadores de la suprema autoridad moral» siempre fueron muy sensibles a las victorias y a los vencedores. Curiosamente, en sus cartas a los soberanos francos se encuentran, desde Esteban II, junto a las seguridades del «por la gracia de Dios» *(«a Deo institutus»),* que entonces empieza, y de su inspiración divina *(«a Deo inspiratus»),* las exaltaciones verbales de sus triunfos militares hasta el superlativo más monstruoso: de *victor* (vencedor) *victoríosissimus* y, algo más tarde, *invictissimus;* más aún, el papa Adriano I lo deja todo en la sombra con la monstruosidad lingüística por él acuñada: *triumphatorissimus...* ¡Servil adulador![13]

81

Así, el 751 Pipino envió a Burchard, obispo de Würzburg, un anglosajón, y al abad Pulrad de Saint-Denis, uno de los políticos francos más destacados, para que preguntasen a san Zacarías «qué cabía pensar en el reino franco de los reyes que no tenían ningún poder regio: si eso era bueno o no *(si benefuisset an non)».* Con ello demostraba Pipino «su sagacidad política» (Braunfeis). Y también el papa. Inmediatamente captó la situación y declaró que «era mejor que llevase el nombre de rey aquel que tuviera el poder *(qui potestatem haberet), y* no quien no tenía poder»... Fue el «hecho más trascendente de la Edad Media» (Gaspar).

El papa reconocía como rey al usurpador que había quebrantado el juramento y que era el primero en autodesignarse certeramente como tal rey «por la gracia de Dios». Y en virtud de esa instrucción Pipino ya a finales de aquel mismo año fue elegido rey en una asamblea nacional «según la costumbre de los francos» *(secundum moremfrancoruni).* Una fuente algo posterior habla de una «autorización» y hasta de «un mandato del papa Zacarías». Después éste le hizo ungir solemnemente —según la coetánea Crónica carolingia por obispos francos, y según los Anales regios del tiempo de Carlos «el Grande» por el arzobispo Bonifacio-como primer rey franco. Es decir, que lo legitimó mediante un acto eclesiástico de consagración, que ciertamente no lo convertía en un clérigo, pero sí que lo elevaba por encima de los laicos.

En cambio de Chilperico III, el soberano legítimo, al que Pipino (y Carlomán) había establecido como rey el 743, después de que Carlos Martell hubiese gobernado durante años sin rey, para poner un dique a las sublevaciones que estallaban por doquier, se dijo entonces «que había sido nombrado rey con falsía» *(Anuales regni Francorum* y *Chronicon Laurissense).* Y, tonsurado, desapareció en un monasterio como monje; según varias fuentes, en el monasterio de Sithiu (Saint-Bertin). A su hijo Teuderico, el último rey merovingio, también se le tonsuró al año siguiente y se le encerró en el monasterio de Sainte-Wandrille.

Más tarde se exageró la debilidad de los merovingios hasta la estupidez y la demencia para hacer más comprensible su eliminación. «En virtud de la autoridad de san Pedro te ordeno que tonsures a éste y lo mandes al monasterio» *(tonde hunc et*

[13] Seppelt/Schwaiger 82. Ewig, Zum christiichen Kónigsgedanken 50 s. Flec-kenstein, Rex Canonicus 60 ss.

destina in monasterium), le hace decir al papa una fuente algo posterior *(Erchanberti breviarium).* Es una frase espúrea; pero el papel de árbitro de los papas, que ahí se inicia, se convirtió en el modelo de consecuencias calamitosas para la historia de Europa. Pues la instrucción papal para elevar a Pipino a la categoría de rey, muy pronto se interpretó como un «mandato», y a menudo sirvió de base para el derecho de los papas a disponer de las coronas reales.[14]

82

Aquella exaltación fue en muchos aspectos singular: ni en el reino franco se había hecho intervenir jamás a un papa con funciones de arbitro en asuntos estatales, ni jamás un rey de estirpe real había sido sustituido por un hombre de linaje no regio, ni jamás se había hecho consagrar a un rey por la Iglesia. Acerca de esa concepción estatal del período carolingio escribe Theodor Mayer: «Está claro lo que ocurrió en el período real de Pipino y de Carlos. Es la concepción de la realeza como un oficio, que no deriva de la descendencia divina del linaje regio ni de una realeza militar, sino que fue instituido por Dios y el papa lo confiere».[15]

Fue a más tardar en la época carolingia, cuando a la realeza se le dio un fundamento teocrático y el soberano se convirtió en «rey por la gracia de Dios» *(rex Dei gratia),* que es una fórmia de legitimación más que de devoción, cualquiera sea la designación con que se conozca. «La revivida idea de "por la gracia de Dios" había elevado y santificado la dignidad real desde la unción de Pipino» (Tellenbach). Y desde los hijos de Pipino, que fueron Carlomán y Carlos «el Grande», todos los reyes medievales llevaron el título de *«gratia Dei rex (Francorum)»,* rey por la gracia de Dios.

Con ello al rey se le separaba tajantemente del pueblo, a cuya elección debía originariamente su posición privilegiada, y se le ponía cerca de Dios. Lo cual significa que, puesto que «Dios», bien entendido y en una visión política, no es más que un símbolo para el alto clero y su necesidad de poder, en la medida en que se separa al rey del pueblo, se le vincula a la jerarquía sacerdotal y se le pone a su servicio. Al rey se le convirtió en órgano de la misma, en un partícipe de su ministerio, en su criatura, en una *«persona ecclesiastica».* Dios significó *de facto* la Iglesia, que poco a poco hacía sentir su poder cada vez más, que incluso había adjudicado el oficio de rey, y que cuanto más se acentuaba el carácter teocrático de la realeza tanto mayor era su influencia. Pero su colaboración con el rey condujo a un debilitamiento cada vez más

---

[14] Ann. reg. Franc. ad a. 747 s. Cont. Fredeg. c. 117. Einhard, Vita Karoli 3. Chro-nic. Lauriss. 3,12. Gesta patrum Fontanell. 10,4. Según Ann. re. Franc. ad a. 750. Cod. C 3, Vita Caroli 1, 3 Cod. A 5, Gesta patrum Fontanell. X 4 Childerico entró en el monasterio de Sithiu (S. Bertín); según Ann. Lobiens. ad a. 750 (MG Script. 13, 228) en el monasterio Meddus de Soissons. Según Notker, Gesta Karoli I 10, a Childerico III en su deposición se le arrancó el cuero cabelludo: «deposito et decalvato ignavissimo Francorum rege Hilderico». LMA V 1009. Ver asimismo Caspar, cit. por Büttner, Aus den Mühibacher Anfängen I 80 s., 165. Comp. 157. Buchner, Germanentum 171. Sprigade, Die Einweisung 40 ss. Lówe, Deutschiand 124 s. Haller 1299. Bosi, Frühformen 68. Stem/Bartmuss 88 ss. Fleckenstein, Grundiagen 75 s. Seppelt/Schwaiger 82 s. Steinbach, Das Frankenreich 54 s. Schmidt, Zur Ablósung der Largobardenherrschaft 7. Eichmann, Die Kaiserkrünug I 81. Affeldt, Untersuchungen 100 ss. Braunfeis, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 29, 32. Bund 367 ss., 378. Jarnut, Wer hat Pippin 751 zum Kónig gesalbt? 45 ss. Los intentos, repetidos hasta hoy, por hacer derivar por línea consanguínea a los carolingios de los merovingios no se sostienen: Hia-witschka, Merowingerbiut bei den Karolingem? 66 ss., 75 ss., 90 ss. Acerca de Fuirad de Saint-Denis, un abad notablemente ávido de posesiones, como entonces era habitual, comp. asimismo Angendt, Frümittelalter 287 s. Los eruditos siguen discutiendo todavía quién ungió a Pipino como rey: pero lo único indiscutible es el hecho en sí.

[15] Mayer, T., Staatsauffassung in der Karolingerzeit 470. Reinhardt, Untersuchungen 6 s.

marcado del pueblo y hasta su impotencia total. Porque ya no era el pueblo el que había de controlar al rey, sino el alto clero. Conscientemente se alejó al rey del pueblo, presentándolo como «majestas» muy por encima del pueblo llano. El pueblo dejó de ser sujeto de derechos; ya no tuvo más que deberes, absolutamente sometido al soberano, que ya no tenía responsabilidad alguna frente al mismo. Eso es lo que pretendían en cualquier caso los modelos elaborados por la jerarquía eclesiástica, aunque sólo se impusieron en el curso de las décadas y de los siglo s siguientes.[16]

83 He aquí lo que escribe el historiador de Cambridge Walter Ullmann sobre esta idea de soberanía en los *ordines* medievales de la coronación, que siglo tras siglo ha marcado nuestra historia: «Que la separación del rey del pueblo, es decir, del laicado, sólo podía ser bien recibida por el (alto) clero, se puede entender fácilmente. Mediante el giro realizado por parte del rey hacia la idea teocrática se le brindaba por vez primera a la jerarquía la posibilidad de intervenir en la esfera de la corona... El alejamiento del rey respecto del pueblo y su incorporación al servicio eclesiástico se acentuó al máximo mediante la prometida corregencia del rey con Cristo en el cielo. La incorporación del rey al servicio eclesiástico tuvo como consecuencia el que ni en el plano jurídico ni en ningún otro estuviera ligado al pueblo; por el contrario, el pueblo no sólo le estaba confiado —de ahí también la equiparación del pueblo con un menor de edad—, sino que, como pretendía hacer patente la coronación, no tenía derecho alguno a participar en el gobierno real y menos aún —lo que fue la verdadera piedra de toque— oponerse de una manera legítima al rey o de alzarse contra él... Está claro que de ello se derivaban grandes ventajas para el rey: quedaba libre de cualquier vinculación al pueblo, y en este sentido también era soberano de hecho. El reverso, por lo demás, fue la vinculación pretendida al menos teóricamente del rey a la jerarquía, la cual le había constituido efectivamente como rey».[17]

El desarrollo ahí trazado se inicia ahora a más tardar.

Flagrante violación jurídica y separación de Bizancio

En Italia los longobardos, a los que con tono tan lastimero había introducido el papado, acabaron tomándose el desquite por medio de su rey Aistulfo (749-756), hermano de Ratchis. Forzado, continuó los ataques de Liutprando. Primero se adueñó de Comacchio en la desembocadura del Po y después de Ferrara, y ya en el segundo año de reinado (751) conquistó casi sin lucha Ravenna. Ocupó todo el exarcado, a excepción de Venecia e Istria, y con ello todas las posesiones bizantinas en el norte y el centro de Italia. Amenazó incluso y ambicionó resueltamente la misma Roma, cuando allí precisamente el papa Zacarías era suplantado por Esteban II, después de que otro hubiera muerto a su vez repentinamente tres días antes de su entronización. (Digamos de paso que es uno de aquellos «papas» en razón de los cuales resulta imposible saber cuántos ha habido en realidad. Aquel Esteban [II] no figuró nunca como papa hasta el siglo XV, pero luego poco a poco se le presentó como tal papa Esteban II hasta el siglo XX, hasta 1960; desde entonces han vuelto a

[16] Tellenbach, Europa 415. Fleckenstein, Grundiagen und Beginn 76 ss.
[17] Ibíd. 78 ss.

eliminarlo todas las ediciones *del Annuario Pontificio* oficial.)[18]

83

El «legítimo» papa Esteban II —o III respectivamente— (752-757) era un teólogo tan versado, que podía citar como paulina una palabra del Antiguo Testamento o aducir supuestos pasajes del Nuevo Testamento que ni siquiera figuran en la Biblia; por lo demás, fue «un defensor extraordinariamente valeroso de su redil», según canta su biografía. En realidad tuvo suerte como político. Primero solicitó inútilmente en contra de Aistulfo la ayuda de su soberano el emperador Constantino V, que estaba retenido por los árabes. Y recurrió al propio Aistulfo al retrasarse el ejército bizantino, enviándole a su hermano Paulo con ricos presentes. Una segunda embajada papal, formada por los abades de Monte Cassino y de San Vincenzo in Voltumo, tampoco tuvo éxito. En vano exigió Esteban la devolución de «las ovejas perdidas del Señor» y de «las propiedades de su legítimo dueño». Evidentemente no pudo repetir una vez más las maniobras del papa Zacarías, de feliz recordación, frente a Liutprando y Ratchis; en cualquier caso, no con los longobardos, próximos ya a su objetivo de conquistar Italia.[19]

La situación era grave. En Oriente se intensificaba más que nunca la lucha de las imágenes. En Occidente Aistulfo, que acababa de adueñarse de la importante fortaleza de Ceccano, en el camino de Nápoles, presionaba por el avasallamiento. Y evidentemente estaba decidido a terminar con la soberanía romana. Intensificó el servicio militar y la vigilancia de fronteras, a la vez que amenazaba con la confiscación de bienes e] tráfico con los romanos sin licencia real.

El papa, con dotes demagógicas muy superiores a sus conocimientos teológicos, supo influir fuertemente en las masas romanas: descalzo, la cabeza cubierta de ceniza y llevando sobre sus encorvadas espaldas la imagen de Cristo «no hecha por mano de hombre», organizó una procesión de rogativas como poniéndolo todo en las manos de Dios. En realidad volvía a montar un doble juego. Mientras sus legados a Constantino-pía suplicaban la ayuda del emperador para librar a Italia «del asalto del hijo de la injusticia», y mientras Aistulfo rugía «como un león», envió secretamente a un peregrino en demanda del auxilio de Pipino. Y éste, que como «ungido del Señor» (papa) procuraba complacerle por todos los medios, envió también de inmediato a Roma al obispo Chrodegang de Metz, con enorme prestigio en la corte de Carlos Martell y «cabeza del episcopado franco» (Oexle). Desde la capital católica el papa lo reenvió a toda prisa con dos misivas: una para Pipino con la exhortación «cumple la palabra del Señor», prometiéndole a cambio «el ciento por uno y la vida eterna»; y una segunda «a los ilustres varones, hijos nuestros, los príncipes *(duces)* todos del pueblo de los francos», en la que les prometía lo mismo. (¡Y qué otra cosa habría podido prometer!) Al mismo tiempo se reclamaba sin cesar al «protector Pedro», al «príncipe de los apóstoles», «al que tiene las llaves del cielo» y, naturalmente, «al trono del Juez eterno». «Pero prestad atención, hijos míos, ¡y esforzaos fervorosamente por tomar parte en lo que Nos deseamos! Pues ya sabéis que quienquiera que está de la otra

[18] Chron, Salernit. MG SS 3, 471. Kühner, Lexikon 50. LMA I 246 s. Hart-mann, Geschichte Italiens II 149 s., 176. Cartellieri I 150 s. Lówe, Deutschiand 128. Haller I 301. Maier, Mittelmeerweit 348. Bullough, Italien 174.

[19] Hauck 11 16. Hartmann. Geschichte Italiens 11 176 ss. Cartellieri I 152 s. Lówe, Deutschiand 128. Seppelt/Schwaiger 83. Ullmann, Die Machtstellung 83.

parte será excluido de la vida eterna.»[20]

84

Cierto que las fuentes sobre todos estos sucesos son —como suele ocurrir a menudo en la Edad Media— escasas, confusas y tendenciosas. Pero estaba claro lo que el papa deseaba: ¡Guerra! «Ahora bien, Jesucristo era el Dios nacional de los francos» (Burr). Lo cual significaba a su vez: «La lucha por Cristo y la Iglesia se les asigna a los francos como su vocación histórica» (Haller). Mas, como de primeras los francos no reaccionaron como el papa esperaba, a finales del otoño del 753 el obispo de Roma se puso en camino entre los lamentos de los romanos. Acompañado de mensajeros francos y de un enviado del emperador, recorrió el territorio longobardo y en la audiencia de Pavía rompió a llorar. Pero ni las lágrimas ni los ricos presentes cambiaron la voluntad del rey.

Con hábito de penitente cruzó los Alpes en pleno invierno, siendo el primer papa que pisaba suelo franco. A primeros de enero del 754 se encontró con Pipino en el palacio real de Ponthion, en Châlons-sur-Mame. A su entrada el santo padre cantó himnos y salmos. Según la *Vita Stephani* del *Pontifical,* que presenta al rey Pipino en adoración ante el recién llegado «cum magna humilitate terrae protratus», Pipino, su mujer, sus hijos y los grandes dignatarios se postraron rostro en tierra ante el sumo sacerdote que entró en el palacio cabalgando. El rey debió de prestarle los honores de vasallaje; pero de eso nada sabe la fuente franca (los denominados *Anales antiguos de Metz).* Según la misma ocurrió más bien que, al día siguiente, el papa con toda su comitiva se postró en saco y ceniza ante Pipino y con lágrimas, y por los méritos de los santos apóstoles Pedro y Pablo, le suplicó que los salvase a él y a los romanos de manos de los longobardos *(ut se et populum romanum de manu langobardorum et superbi regís Heistulfi servitio liberare!).*

Esta exposición difícilmente puede ser inventada; descansa más bien, como puede comprobarse con otras fuentes, «en informaciones a todas luces fiables. También la postración papal tiene todos los visos de histórica, pues algunas cartas posteriores del papa aluden repetidamente a la misma» (Fritze). «Y no quiso levantarse —refiere el cronista franco— hasta que el rey, sus hijos y los ilustres de los francos le dieron las manos y lo alzaron del suelo como señal de la futura ayuda y liberación» *(Annales Mettenses priores).*

85

Una y otra vez habló el papa del «Estado del bienaventurado Pedro y de la santa Iglesia de Dios». ¡Pues ya el emperador Constantino debía de haber donado a los obispos de Roma la mayor parte de Italia! Pipino, que en el 751 había sido entronizado con el asentimiento de Zacarías, juró salvaguardar el «interés de san Pedro en el imperio romano», mientras que el papa, asumiendo los derechos del emperador, nombró en respuesta a Pipino y sus hijos patricios de los romanos. Ahora bien, el título *«patricius romanorum»,* que hasta el 751 había llevado el exarca de Ravenna, significaba una flagrante violación jurídica y la separación efectiva de Bizancio.[21]

---

[20] Lib. Pont. Vita Steph. II C. 9 s., 15 ss. Cod. Carol. 4 s. LMA II 1948 s. (O.G. Oexle). Hartmann, Geschichte Italiens II 150 s., 178 s. Cartellieri I 152 ss. Haller I 302 s. Schieffer, Winfried-Bonifatius 260 s. Steinbach, Das Frankenreich 55 s. Kos-minski/Skaskin I 85. K.A. Fink señala la fraseología con curiosas resonancias bíblico-religiosas con que los papas designan a sus subditos y territorios cual «rebaño especial de san Pedro» y a su Estado como «pueblo propiedad de la Iglesia de Dios y del bienaventurado Pedro» (peculiaris populus s. Dei ecciesiae et b. Petri): Papsttum und Kirche 15 s.

[21] Lib. Pont. Vita Steph. II c. 18 ss. Ann. reg. Franc. 753 s. Cont. Fredeg. c. 36 s. Ann. Mett. prior, ad a. 753.

En la asamblea nacional de Quierzy (Carisiacum), en abril del 754, llegó la famosa «donación de Pipino» y con ella la fundación del Estado más superfluo del mundo: el Estado de la Iglesia. Como una cuña iba a dividir Italia separando el norte del sur y condicionando una historia milenaria de incesantes miserias, querellas y guerras (hasta 1870), imposturas y derramamientos de sangre. Pipino hizo al papa increíbles promesas territoriales, garantizándole, es decir, a san Pedro, nada menos que la mayor parte de Italia como obsequio: el exarcado de Ravenna con Istria y Venecia, los ducados de Spoleto y Benevento, la isla de Córcega y todo el territorio meridional del reino longobardo. ¡ Y con ello le otorgaba a la Iglesia lo que ni a ella ni a Pipino había pertenecido jamás, sino que era más bien propiedad legítima del emperador! Desde luego que no hay documentos ni actas sobre el acontecimiento, excepción hecha del *Líber Pontificalis.*[22]

El culto y la baza de san Pedro

¿Qué motivo tuvo Pipino para tan monstruosa donación? En no menos de 50 cartas de los papas a los carolingios, desde Carlos Martell hasta Carlos «el Grande», no hay ni una sola palabra que se refiera a un provecho político real, una adquisición de poder, una ventaja efectiva de los francos. Y es que no hubo nada de eso. Sí hubo en cambio una astucia grosera e insolente, frente a los sentimientos primitivos de los francos, para manejar incesantemente el prestigio legendario del apóstol Pedro, supuestamente enterrado en Roma, con el que se hicieron magníficas promesas y se metió miedo a príncipes, reyes y emperadores supersticiosos, engañándoles de continuo con el patrocinio de aquel Pedro, portero del cielo, con la recompensa «en el más allá» o ya aquí sobre la tierra, y por supuesto amenazándoles también con castigos eternos. La vieja máscara seudometafísica, tan extendida todavía hoy.

Inmediatamente detrás del papa, por así decirlo, estaba san Pedro, que aquí fue la verdadera parte contratante y cuyo culto Roma había organizado sistemáticamente, especialmente entre los germanos. Para comienzos del siglo VIII Pedro se había convertido en el santo más importante para los anglosajones y los francos (docenas de documentos merovingios, que se han conservado, están dirigidos a monasterios dedicados a san Pedro, aproximadamente 30 desde los tiempos de Dagoberto I). Los germanos acabaron venerando a san Pedro como fiador del poder tanto en éste como en el otro mundo, como el gran protector y guerrero y el portero que tenía las llaves

---

HKG III 1, 26. Cartellieri I 157 s. Mühibacher I 77 ss., espec. 85 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 179 ss. Gontard 168. Schieffer, Winfried-Bonifatius 261 s. Haller I 304 ss., 315. Id., Abhandkmgen 7. Stem/Bartmuss 89 s. Tellenbach, Europa 413. Seppelt/Schwaiger 83 ss. Maier, Mittelmeerweit 338. Bullough, Kari der Grosse 31 s. Burr. The Carlovingian Revolution 5576. Reinhardt, Untersuchungen 13 ss. Ullmann, Die Machtstellung 84 s. Kantzenbach, Geschichte der christiichen Kirche im Mittelalter 60. Haendier, Die lateinische Kirche 62. Bosi, Europa im Mittelalter 96 atribuye toda la ceremonia al papa Zacarías, muerto dos años antes.

[22] Lib. Pont. Vita Hadriani 41 ss. Vita Steph. II 29. El Fragmentum Fantuzzia-iium lo consideran casi todos los historiadores como una falsificación posterior. Mirbt/AhIand, Quellen 6. A. Nr. 508 p. 260. Mühibacher I 89 s. Castellieri 1158 ss. He-ller I 306 s. Id., Abhandiungen 8. Seppelt/Schwaiger 84. Brackmann 397 ss., 418 ss. Fritze, Papst und Frankenkónig 9 ss., 15. Sohramm, Kaiser, Kónige 1 149 ss. espec. 170 ss., 176 ss. Haendier, Die lateinische Kirche 63 s.

del cielo. Aún desde los territorios más alejados peregrinaron sus mismos reyes hasta la supuesta tumba del apóstol, y muchos depositaron en ella su corona y sus riquezas para vestir la cogulla monacal.

86

Apenas hubo nada que reforzase tanto el poder, si es que no lo fundamentó, del papado a comienzos de la Edad Media y de sus representantes terrenos como el culto y baza de san Pedro. Y, sin embargo, de Pedro no se sabe ni cuándo ni dónde murió ni dónde está enterrado; y todo cuando se refiere a su estancia en Roma no es otra cosa que «leyendas y fábulas» (Kawerau).[23]

Ya en las primeras misivas a Carlos Martell se dice: «Nos confiamos en que sois un hijo cariñoso del santo príncipe de los apóstoles, Pedro, y de Nos y que por reverencia a él obedecerás nuestras instrucciones». «No cierres tus oídos a mi requerimiento, y el príncipe de los apóstoles no te cerrará el reino de los cielos.» «Yo te conjuro por el Dios vivo y verdadero y por las llaves santísimas de la tumba de san Pedro, que te enviamos como obsequio, a que no prefieras la amistad de los reyes longobardos al amor del príncipe de los apóstoles.» «Nos te exhortamos delante de Dios y de su juicio terrible.» «Nos tememos que se te compute como pecado.» Y asimismo se incita a los nobles francos a la guerra «por vuestra madre, la Iglesia» o bien «con el perdón de vuestros pecados por parte del príncipe de los apóstoles y con el ciento por uno y la vida eterna de manos de Dios», o bien en caso de omisión les aterra con «el día de juicio futuro», con la rendición de cuentas «ante el tribunal del juez eterno»... Una táctica permanente de la zanahoria y el palo tan descarada como eficaz.[24]

Todavía el papa Paulo I, sucesor de Esteban II, le recuerda una vez a Pipino: «A través de vuestro escrito nos habéis hecho saber que ninguna persuasión, ninguna lisonja y ninguna promesa podrá apartaros del amor y de la promesa solemne, que tenéis hecha al príncipe de los apóstoles, Pedro, y a su representante, nuestro predecesor y hermano de feliz recordación, el señor papa Esteban». Más aún, le ensalza por sus guerras contra los lombardos: «Todo provecho terreno lo has despreciado como estiércol que se pisotea, teniendo a pecho el agradar a san Pedro y obedecer sus mandatos con todas tus fuerzas».[25]

87

En resumen, no fueron motivos mínimamente políticos sino clericales y mojigatos los que hicieron de Pipino un servidor del papa. Pues, por muy impávido que aparezca como guerrero, *in puncto* «metafísica» fue literalmente un laico patético, un fiel que obedecía con toda simplicidad al «oráculo romano» (Zwólfer), para quien el «amor a san Pedro» fue pauta de conducta y cuyo servicio a san Pedro «se fundaba exclusivamente en motivos religiosos» (Ullmann). Un hombre ingenuo y de mentalidad crasa, como dice Haller, a quien el papa Esteban II, que le conocía por el trato cotidiano, podía prometer y amenazar: «¡No me dejes en la estacada y tampoco tú serás rechazado del reino de los cielos ni separado por la fuerza de tu dulcísima esposa!».[26]

---

[23] Zwólfer 64 ss., 75,79, 152 ss. Buchner, Germanentum 159. Haller 1298, 315. Id., Abhandiungen 12 ss. Bosi, Europa im Mittelalter 96 s. Kawerau, Geschichte der alten Kirche 37.

[24] Haller, Abhandiungen 12 ss., espec. 16 s.

[25] Cod. Carol. 36 s.

[26] Zwólfer 122 ss. con numerosas citas de las fuentes. Haller, Abhandiungen 24. Ullmann, Die Machtstellung 100. Barraclough, The Medieval Papacy 47.

El usurpador del trono, ungido por el papa y rey «por la gracia de Dios», lleva a cabo dos guerras en favor del papa

El 28 de julio del 754 Esteban II ungía por segunda vez solemnemente en la iglesia de Saint-Denis, y en nombre de la Santísima Trinidad, al mayordomo Pipino, a quien desde siempre llamaba «compadre», y a sus dos hijos Carlos y Carlomán como reyes de los francos «por la gracia de Dios» *(Dei grafía),* para afianzar así la legitimidad del usurpador del trono.

Posiblemente el papa no ungió a la esposa de Pipino, tal vez sólo la «bendijo» *(benedixit),* mientras que también posteriormente fueron ungidas las reinas consortes. Pero Pipino, hacía hincapié Esteban, habría sido ungido por Dios mismo (o por san Pedro). «El Señor os ha ungido reyes a través de mi pequenez y por mediación de san Pedro, a fin de que por vuestro medio sea exaltada su santa Iglesia y el príncipe de los apóstoles obtenga su derecho», escribía al año siguiente a Pipino y sus hijos.

Por una parte, la unción demostraba ciertamente la legalidad del soberano; por otra, sin embargo, lo constituía en «servidor de la Iglesia» (Funkenstein); significaba una «consagración al servicio de la Iglesia romana» (Sickel). «Mayor y más digno que el ungido es quien lo unge», diría más tarde Inocencio III. Bajo amenaza de excomunión prohibió el papa a los francos que jamás eligieran reyes de otro linaje, obligándoles a que nunca proclamasen a un rey que no perteneciese a la familia destinada a la suprema dignidad, «la cual ha sido confirmada por intercesión de los apóstoles y consagrada por mediación de su representante el papa».

Pipino a su vez juró, tras esa «confirmación divina» de su gobierno, respetar las leyes, impedir el robo y la injusticia y proteger y aumentar los bienes de la Iglesia. Esto último derivaba precisamente en saqueo e injusticia; sobre todo porque Pipino impuso como ley estatal el pago de los diezmos a la Iglesia y hasta reclamó como préstamo eclesial un doble diezmo *(nona et decima).* Todo el mundo debe dar, quiéralo o no *(aut vellet aut nollet),* escribía Pipino al obispo de Maguncia.

88

De nuevo realmente un «negocio provechoso».

Por lo demás, todas aquellas conversaciones, juramentos y promesas, bien enmarcadas en el cuchicheo celestial del papa, no significaban otra cosa que guerra contra los longobardos. Pero desde hacía más de cien años, desde los tiempos del merovingio Childeberto II, ningún rey franco había combatido a los longobardos. Como únicos vecinos no se les podía reprochar ningún tipo de acción hostil. También los francos eran sus amigos desde hacía mucho. Veían en ellos a unos parientes tribales y los consideraban compañeros de armas en la lucha contra los árabes. De ahí que los nobles francos se opusieran a las exigencias del papa casi hasta la rebelión y una parte hasta amenazase con abandonar al rey.

Incluso el hermano de Pipino, el depuesto mayordomo Carlomán, a instancias de Aistulfo y en interés de sus propios hijos acudió desde Monte Cassino para impedir la guerra o —como dice expresamente el biógrafo papal— «para socavar la causa de la santa Iglesia de Dios». Carlomán impresionó fuertemente a los francos; pero el papa le impuso un castigo disciplinario y lo encerró en un monasterio de Vienne sobre el Ródano. Se «habría quedado» en Vienne, como dice elegantemente el analista real.

Y allí, en la cárcel monacal, murió poco después Carlomán (cuando Pipino ya estaba de camino hacia Italia). Y mientras a sus acompañantes, monjes de Monte Cassino se les tuvo presos durante años, también a sus hijos (de los que sólo se conoce el nombre de Drogo) se les tonsuró y encerró en el monasterio; el cadáver de Carlomán ni siquiera recibió sepultura en su tierra natal, sino que por orden de Pipino fue trasladado a Monte Cassino. Sólo unos años antes el santo papa Zacarías había tendido al usurpador su mano piadosa para eliminar a los legítimos merovingios, y ahora el santo papa Esteban II tendía la suya para la exclusión definitiva de unos verdaderos parientes de Pipino. Con tal fin aportó todo tipo de asistencia eclesiástica.[27]

La promesa fundamental e histórica de Pipino comprometiéndose a hacer la guerra la obtuvo el papa ya en el verano del 753. «Lo especialmente desconcertante del plan era que por deseo del santo padre tenían que guerrear cristianos contra cristianos, por lo cual el representante en la tierra del príncipe de los apóstoles les aseguraba a los nobles francos que Pedro y Dios mismo les otorgarían el perdón de los pecados, la recompensa terrena del ciento por uno y la vida eterna» (K. Hauck).[28]

89

Así que en el verano del 754 Pipino, sólo por amor a san Pedro y por la recompensa divina —como él mismo declaró expresamente— avanzó con su ejército, en medio del cual se encontraba el papa, a través de Mont Ceñís, no sin haber celebrado inmediatamente antes un solemne oficio religioso en Saint-Jean-de-Maurienne, última ciudad en suelo franco. También entregó Pipino al papa el dinero que Aistulfo le había ofrecido a título de compensación. Pronto encerró al ejército longobardo en una especie de tenaza, presionándole por la vanguardia y la retaguardia hasta infringirle una grave derrota. De ese modo los francos, como escribía Esteban II inmediatamente después de la guerra, «superaron a todos los otros pueblos en el servicio de san Pedro». El propio Aistulfo a duras penas logró escapar a la muerte y con el resto de su ejército se refugió en Pavía. El ejército franco saqueó y devastó los alrededores, hasta que los atacados por sorpresa firmaron la paz bajo duras condiciones y con el pago anual de un tributo de 5.000 sólidos. Mientras tanto el papa, que recibió aquello a lo que Pipino se había comprometido en Ponthion, pero que no recibió lo que había prometido en Quierzy, continuó empujando a la guerra, de la que los francos estaban ya hartos por completo.

En efecto, apenas de vuelta en casa, Aistulfo rompió la paz que se le había impuesto. Y mientras asolaba el país, robaba grandes cantidades de reliquias de las iglesias y sepulturas, cercaba Roma por completo con varios ejércitos desencadenando asalto tras asalto durante tres meses contra la ciudad, cuya defensa dirigía el abad franco Wamshar vistiendo la coraza, el papa organizó procesiones de rogativas llevando personalmente en una la cruz del redentor de la basílica de Letrán,

---

[27] Lib. Pont. Steph. 11 c. 27 ss. Ann. reg. Franc. 754 s. Einhard, Vita Caroli 6. Cont. Fredeg. 119 s. Cod. Carol. 7. Paulo Diác. Hist. Lang. 5,2. Ann. Mosell. ad 753; Ann. Laurenh. ad a. 753. MG 1 42 Nr. 17. Sickel, Die Vertráge 335. Cit. según Ullmann, Die Machtstellung 103. Hartmann, Geschichte Italiens II 182 ss. Mühibacheri 81 ss., 90 ss. Kornemann, II 495. Zwólfer 133 s. Lówe, Deutschiand 123, 128. Schieffer, Winfried-Bonifatius 262 s. Sprigade, Die Einweisung 57 ss. Konecny 62. Haller I 307 s. Id., Abhandiungen 13. Gontard 168. Stem/Bartmuss 90 s. Tellenbach, Europa 413. Ul- mann, Die Machtstellung 85, 103 ss. 112. Tangí 1 ss. Funkenstein 6 ss.; 11 ss. Steinbach, Das Frankenreich 56 ss.

[28] Hauck, Von einer spátantiken RandKultur 76.

a la que iba fijado el tratado de paz que el rey longobardo había roto. Incesantes resonaron entonces en los oídos de Pipino los gritos de ayuda de los romanos; el santo padre pedía y conjuraba recurriendo a todos los registros de su arte clerical y retórico, sin escatimar exageraciones de todo tipo. Más aún, en caso de desobediencia amenazaba a Pipino y a sus hijos con la excomunión y con una especie de anticipo del juicio final.[29]

En varias cartas al rey, a los príncipes eclesiásticos y civiles del reino franco, al ejército y a todo el pueblo, «sus hijos adoptivos», Esteban II describía con abundancia de palabras la miseria de san Pedro, las viñas arrancadas, los niños degollados, las monjas ultrajadas, y afirmaba que el deshonor inferido a la Iglesia no había lengua humana que pudiera contarlo y hasta las piedras podrían llorar.

En un latín horroroso, salpicado de frases bíblicas y de predicados en el peor estilo cancilleresco bizantino (desde «la mirada y rostro dulces como la miel» a «vuestra gracia meliflua» y «chorreante de Dios», (*deifluo),* lamentaba, exhortaba y advertía por Dios Nuestro Señor, la Virgen María, san Pedro naturalmente, por todos los ejércitos celestiales, mártires y confesores, a realizar por una parte la buena obra y hacer «justicia» a san Pedro y, por otra, a pensar en la salud del alma. «De todo deberás dar cuenta con todos tus funcionarios ante el tribunal de Dios.» «Tendréis que dar cuenta a Dios y a san Pedro el día del juicio terrible.» «Sabed que el príncipe de los apóstoles tiene vuestra donación como un pagaré.» «Si obedecéis prontamente, recibiréis una recompensa grande...» «Pero si, lo que yo no creo, vaciláis..., sabed que yo, en nombre de la santa Trinidad y en virtud del ministerio de gracia apostólico... os excluyo del reino de Dios y de la vida eterna.»[30]

90

Por último, y con el máximo afecto, también el apóstol Pedro escribió personalmente una carta a los francos. Y naturalmente tan mala y ampulosa. Y también, ya se entiende, el portero del cielo protestaba, exhortaba y mandaba, también él brindaba la posesión del paraíso, como lo hacía «la siempre Virgen María, madre de Dios», todos los «tronos y dominaciones y el ejército todo de la milicia celeste», también los mártires y confesores; y por supuesto exactamente igual que escribía el propio papa.

Pero no, ahí hablaba personalmente el apóstol en favor de la «santa Iglesia, para que os apresuréis a rescatarla y redimirla de manos de los perseguidores longobardos, a fin de que ni mi cuerpo [¡faltaría más!], que sufrió por el Señor Jesucristo, ni la tumba en que reposa por orden de Dios, sean profanados por ellos, ni que el pueblo que me pertenece sea destrozado y asesinado por esos longobardos...». Y naturalmente también san Pedro amenazaba con «el creador terrible de todas las cosas». Y, naturalmente también, encandilaba «con el premio eterno y la morada sin fin del paraíso». Pero había que darse prisa, mucha prisa. «Apresuraos, apresuraos, os exhorto y ruego por el Dios omnipotente, apresuraos...»

Así que los embaucados francos en el 756 emprendieron una segunda guerra con el objetivo de conquistar la Italia central para el papa. Pipino volvió a cruzar una vez

---

[29] Cod. Carol. 6. Ann. reg. Franc. 755. Cont. Fredeg. 10, 37 s-, 45. Vita Steph. II 37. Ann. Mett. ad a. 754. Hartmann, Geschichte Italiens II 185, 189 ss. Mühibacher I 94 ss. Cartellieri I 163 ss. Zwólfer 133 ss. Gontard 168. Haller I 309 ss. Holtzmann, Italienpolitik 38 s. Steinbach, Das Frankenreich 57. Bund 386 s. Burr, The Carlovingian Revolution 589 s.

[30] Cod. Carol. 3. Mühibacher I 93. Seppelt/Schwaiger 85. Haller I 309 ss.

más Mont Cenis, y de nuevo exclusivamente por amor a san Pedro, a quien los viejos soldados francos solían ya invocar antes de sus batallas, y por el perdón de los pecados. Y una vez más cayó como una tormenta sobre los longobardos descendiendo de los elevados desfiladeros que conducían a Italia, los sitió en Pavía y allí les impuso unas condiciones de paz más gravosas. Aistulfo pasó a ser tributario de Pipino; es decir, vasallo franco. Los francos volvieron entonces, entusiasmados por «la abundancia de tesoros y regalos». Y ya al año siguiente pudo el santo padre comunicar al rey franco la muerte del «tirano», «del seguidor del diablo, del devorador de sangre cristiana, del destructor de la Iglesia», que había sido «traspasado por la puñalada de Dios y precipitado en el abismo del infierno».[31]

91

Pero el papa temía, y no sin razón, a Bizancio. Y así informó que 300 naves habían partido de Constantinopla y que su destino eran probablemente Roma y el reino franco. Mas no apareció flota alguna. Ni sobrevino ataque alguno por la nueva campaña de rapiña que la Iglesia había llevado a cabo en el Adriático, para la que el papa ya se había procurado ayuda, pues «la maldad impía de los griegos heréticos sólo maquina la destrucción de la Iglesia católica y aniquilar la recta fe y la tradición de los padres».

El papa, sin embargo, tenía más motivos para el júbilo que para el miedo. Ahora era señor no sólo de la ciudad de Roma, lo era también del exarcado y de la Pentápolis. 22 ciudades y burgos al norte y al este de los Apeninos le proporcionaban grano. Y con el ducado de Roma formaron el «patrimonio de san Pedro», el Estado medieval de la Iglesia. B izando habría podido esperar, y de hecho esperó, que Pipino le entregase ese territorio. Pero en vez de eso su plenipotenciario, el abad Fuirad de Saint-Denis, fue de lugar en lugar tomando como rehenes a la crema de la sociedad y puso las llaves de las puertas de las ciudades a los pies de san Pedro. Pipino había donado mediante documento todo aquel territorio a san Pedro y a su representante como posesión eterna y había rechazado las protestas del emperador griego con la declaración de que lo hacía no por un hombre, sino por amor a san Pedro y para la salvación de su alma.[32]

Todavía en el siglo VIII el clero agradecido llamaba a Pipino con los títulos de «David», «Salomón» y «nuevo Moisés». Y el papa Paulo I exaltaba a los francos como «pueblo santo». La curia tenía ahora su propio estado, el Estado de la Iglesia. Mas, como el obispo romano, también poco a poco quiso cada obispo y hasta cada abad su «estado sacerdotal». Y al igual que los papas adquirieron el suyo mediante la guerra y el engaño, y a lo largo de un milenio con la guerra y el engaño procuraron conservarlo y aumentarlo, así también los demás servidores de Cristo mantuvieron a través de los tiempos querellas y discusiones, exhibiendo a ejemplo de Roma incontables documentos de donación, no menos falsos y amañados que la denominada Donación de Constantino.[33]

Y, dado que los francos habían forjado el Estado de la Iglesia exclusivamente

---

[31] Lib. pont. Vita Steph. II 43 ss. Cod. Carol. 11. Ann. reg. Franc. 756. Cont. Fredeg. 121. Gregorovius I 2 372 s. Mühibacher I 96 ss. Cartellieri I 166 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 194 ss. Zwólfer 153. Haller I 311 s. Bullough, Kari der Grosse 32. Foakes-Jackson 699 s.

[32] Mühibacher I 98 s. Lówe, Deutschiand 129. Bullough, Kari der Grosse 32. Faikenhausen, Untersuchungen 3. Haller 1312. Lówe, Deutschiand 129. Gontard 168 s. Seppelt/Schwaiger 85.

[33] Gregorovius I 2 374 ss. Ewig, Zum christiichen Kónigsgedanken 51.

con el conjunto de saqueos, realizados en dos grandes guerras por «san Pedro», no quiso Roma dejar el asunto tranquilo y con visos tan poco cristianos. Y así se dispuso (o ya estaba dispuesta) a cometer una estafa mayor aún que la estafa sangrienta cometida: la nueva creación territorial, impuesta por la espada de los francos y por un doble golpe de mano, la convirtió en un título jurídico antiquísimo en apariencia.

93

CAPITULO 5. LA «DONACIÓN CONSTANTINIANA»

«... la falsificación, a la que no va anejo nada "criminal".»

KANTZENBACH, TEÓLOGO[1]

«El documento fue preparado sin duda en círculos romanos, con ocasión tal vez del viaje de Esteban II al reino franco, o quizá en el propio reino franco, con el fin de ganarse al rey Pipino para las esperadas donaciones de tierra en Italia.»

SEPPELT/SCHWAIGER,
HISTORIADORES CATÓLICOS DEL PAPADO[2]

«Bajo el inescrutable designio de Dios, sin injusticia ni violencia, sin ardides ni engaños, surgió para la cabeza de la Iglesia una propiedad mundana independiente: el fundamento material y la seguridad externa de su soberanía espiritual sobre el mundo.» Esta afirmación inaudita, que constituye una bofetada insolente a todos los hechos, tiene por autor a uno de los mayores enemigos del catolicismo romano y del papado: el jesuita Graf Hoensbroech, aunque eso sí en su época católica. Hoy ningún servidor del papa se manifiesta en esos términos.[3]

94

Falsificar ha sido siempre patrimonio especial de los sacerdotes, de todos los sacerdotes sin duda, pero muy particularmente de los romano— católicos. PíoXI, uno de los promotores más eficaces de Mussolini, Hitler y Franco, en su encíclica sobre la educación cristiana de la juventud llama ciertamente a la Iglesia «columna y fundamento de la verdad». Pero eso, como de costumbre es poner la verdad patas arriba, pues ha de ocultar precisamente que la Iglesia papal, la Iglesia cristiana en general, es una columna y fundamento de la mentira, y sin duda una de las más fuertes.[4]

La Edad Media católica, un Eldorado de falsificación clerical

Según queda ya ampliamente expuesto en esta obra, en el cristianismo se ha falsificado siempre, ya desde sus mismos comienzos, desde el Nuevo Testamento (como ya antes había ocurrido en el Antiguo). Y así como la Antigüedad cristiana superó en falseamientos a la época pagana, así también la Edad Media cristiana superó también a la Antigüedad cristiana. Por lo general no se falseó casualmente en aquella época, tenida por especialmente católica, por especialmente creyente, y que en cualquier caso estuvo de ordinario dominada por el clero; en la Edad Media, «cuya característica la constituyen las numerosas falsificaciones y su eficacia». «En ninguna otra época de la historia europea habrían jugado las falsificaciones un papel más

[1] Kantzenbach, Geschichte der christiichen Kirche im Mittelalter 62.
[2] Seppelt/Schwaiger 86.
[3] Hoensbroech, Der Kirchenstaat.
[4] Archiv. für kath. Kirchenre cht 1930, 491.

importante» (Fuhrmann). Estando a lo que aseguran los investigadores modernos, tales falsificaciones son «incontables». Son «legión» especialmente los documentos, las vidas de santos y los relatos milagrosos falseados, habiendo elevado «aquella sociedad típicamente cristiana el taller de falsificaciones a instancia ordinaria de la Iglesia y del derecho» (Schreiner).[5]

La piadosa Edad Media fue un Eldorado de falsarios de tal envergadura, que no sólo cabe afirmar que los documentos, anales y crónicas espúreos y falsos son tan numerosos como los auténticos, sino que –como declara el medievalista Robert López— todos esos documentos se consideran falsos hasta tanto no se demuestre su autenticidad *(We regard them guilty until provea innocent...* Los consideramos culpables en tanto no se demuestre su inocencia).

95

Sobre cuándo culminó ese arte supremo del falseamiento, podemos dejarlo de lado. Para el alemán Wolfgang Speyer, especialista en filología antigua y buen conocedor de la materia, «en el Oriente griego, y durante los siglo s VI-VIII, el falseamiento pasó a ser la auténtica vocación del teólogo». Wilhelm Levison sostuvo que «el período de esplendor de las falsificaciones» fue el siglo IX, y Drógereit el XII, mientras que para Marc Bloch todo el período comprendido entre los siglo s VIII y XII aparece como especialmente fecundo en la «epidemia masiva» del negocio falsificador.[6]

Se falsificó desde la costa atlántica francesa hasta el Oriente bizantino y desde Inglaterra a Italia. Entre los documentos merovingios (de los que todavía no hay edición crítica) se calcula que hay un porcentaje del 50 por ciento de falsificaciones. Y de los textos documentales conservados de comienzos de la Edad Media en general «se llega a un 50 por ciento y más de falseamientos y deformaciones» (Herde). Y aunque, como el propio Herde observa, difícilmente puede postularse hoy un concepto de verdad distinto del concepto de verdad de la Edad Media, «también en la Edad Media existió una diferencia fundamental entre genuino y verdadero y entre espúreo y falso». Y esa diferencia se superó precisamente con falsificaciones de toda índole, «por causa de la "verdad superior"» (Gawlik). Y hasta la alta Edad Media las falsificaciones en Occidente fueron casi en exclusiva clericales. Pues, así como el matar fue uno de los cometidos principales de la nobleza cristiana, así el falsificar se convirtió en uno de los deberes de estado del clero cristiano; lo que no es tanto una «aporía», como se ha dicho blandamente, cuanto una consecuencia: donde *todo lo esencial* se asienta sobre mentira y engaño, sólo la mentira y el engaño pueden ayudar.[7]

En la Edad Media clero y falsificación fueron de la mano. «Es cierto que los falsificadores nunca fueron laicos», escribe Bosl. Y T. F. Touts declara abiertamente: *«It was almost the duty ofthe clerical class toforge»* (Forjar falsedades fue casi el deber

---

[5] Schreiner, Zum Wahrheitsverstándnis 131. Cit. También a V. Saxer, H. Silvestre. etc. Speyer 200 s. Fuhrmann, Die Macht der Fálschung I.

[6] Levison, Die Politik in Jenseitsvisionen 236. Drógereit, Die Verdener Griin-dungsfáischung 64. Frenzel 713. Speyer 309. Para Bloch comp.t Fuhrmann, Die Macht der Fálschung II. Ver también Deschner, Kriminalgeschichte I 25 s.

[7] P. Herde y A. Gawlik, Fálschungen, en LMA IV 246 ss. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 79 ve ahí una «aporía». Kehr 11 ss., 44 ss., 139. Speyer 302. Comp. asimismo Fuhrmann, Die Macht de Flaschung I. Ver también la ironía en Southern 92 s. Así como los trabajos recientes sobre falsificaciones en la Edad Media de P. Landau 11 ss. W. Hartmann, Faischungsverdacht 111 ss. H. Schneider, Ademar von Chabanes 129 ss.

de la clase clerical); la obligación de una multitud de mentirosos, que ciertamente ha considerado en presencia de los propios expertos la mentira de los demás como un sacrilegio descarado, un tipo especial de hipocresía de esos ladrones clericales, que ya en la Antigüedad pudieron hacer de la falsedad y la hipocresía, especialmente a partir de las maniobras embaucadoras del Antiguo Testamento, nada menos que una virtud, una función histórico-salvífica. (Más contradictorios aún son sus defensores modernos, tan comprensivos ellos.)

96

La mentira piadosa, la ambigüedad, el disimulo se permitieron en el cristianismo ya desde sus mismos comienzos, precisamente porque ahí el fin santifica los medios, porque las mentiras y los engaños por la salvación del alma, por la historia de la salvación y del triunfo dejaban de ser mentiras y engaños, sino que eran un mérito. Bastaba con que la *«pia fraus»* (el fraude piadoso) se hiciera *«cum pietate»* (con sentimiento religioso), sólo por la Iglesia, la santa fe, por Dios; bastaba con que se realizase *«instinctu Spiritus Sancti» o «per inspiratíonem Dei»* (por inspiración del Espíritu Santo o de Dios), y todo estaba bien. Así el falseamiento, según Orígenes, no pasa de ser una mentira «económica», una mentira «piadosa». O, como dice el arzobispo Juan Crisóstomo, santo doctor de la Iglesia, una «astucia noble», una «mentira conveniente». Y, como enseña también san Agustín, «no es mentira sino *mysterium»,* no es *«fictio»* sino *«figura»* (expresión) de la verdad. Sobre las mentiras de los patriarcas veterotestamentarios desarrollarían después los moralistas y los glosadores de comienzos de la Edad Media toda una «rica casuística» (Schreiner).[8]

Por lo demás, un negocio tan del gusto del clero ni siquiera resultaba especialmente arriesgado. «Con una falsificación no se incurría en gran peligro; normalmente tal falsificación no se conocía» (Drögereit).

A eso mismo se debió el que no falsificasen cualesquiera subalternos del «fundamento de la verdad» (que es como decir que no se hacía por encargo), sino que lo hacían los abades y prelados más ilustres: por ejemplo, Hilduin, abad de Saint-Denis (814-840) y de otros monasterios, capellán mayor del emperador Luis el Piadoso y canciller del emperador Lotario I, a la vez que designado arzobispo de Colonia. O el arzobispo Hinkmar de Reims (845-882), quien entre otras hazañas mediante una carta inventada del papa Hor-misdas a su predecesor Remigio de Reims, le confería la suprema potestad eclesiástica en el reino de Clodoveo, el vicariato papal. O como el obispo Pelegrino de Pasau (971-991) que, además de falsificar personalmente, hizo que un notario de la cancillería del emperador Otón 11 inventase unas leyendas provechosas de Quirino y Maximiliano y, con vistas a incrementar su poder y promover su carrera personal, le hizo presentar en Roma toda una serie de documentos falsos y especialmente documentos falsos relativos al palio y atribuidos a los papas Symmaco, Eugenio II, León VII, Agapito II y Benedicto VI. O bien el papa Calixto II (1119-1124), quien con autoridad apostólica refrendó las falsificaciones que poco antes había fabricado como arzobispo de Vienne: «... pues el Espíritu Santo "huye de la mentira y del mentiroso", como se dice en un documento del papa Adriano III (a. 885)...». Y la Iglesia es la «columna y fundamento de la verdad» (PíoXI).[9]

---

[8] Comp. además del apañado «El fin santifica los medios» en Deschner, Krimi-nalgeschichte III 181 ss. Schreiner, Zum Wahrheitsverstandnis 167. Bosi, Frühfor-men 418 s. T.F. Touts, Mediaeval Porgers and Forgeries 1918-1920, cit. según Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 76 ss-, 85.

[9] LThK VI² 1142. LMA V 20. Hauck III 170 ss., espec. 180 ss. Levison, Aus rheinischer und fránkischer

ALGUNOS EJEMPLOS DE FALSIFICACIONES ECLESIÁSTICAS SOBRE ACTAS CONCILIARES, RELIQUIAS Y VIDAS DE SANTOS

Innumerables clérigos y monjes se procuraron en la Edad Media, mediante falsificaciones de la Iglesia, ventajas religiosas, políticas, económicas y jurídicas; en una palabra, obtuvieron crédito, prestigio y dinero. Con verdadera pasión se dieron a falsificar en todos los campos importantes de la vida religiosa y eclesiástica.[10]

Ya desde el siglo IV se falsificaron textos y hasta actas enteras de los concilios, y todo por la verdadera fe; como ya en la Biblia se había falseado la Trinidad, «la proposición dogmática más sorprendente» (Thomas Mann).

Durante el sexto concilio ecuménico de Constantinopla (680-681) el patriarca Makarios de Antioquía intentó demostrar contra Roma la doctrina de la única voluntad en Cristo, el llamado monoteletismo —una herejía que también refrendó ciertamente el papa Honorio I— sirviéndose de textos de sínodos anteriores y de los padres de la Iglesia. Trabajó, en efecto, con textos mutilados, sacados de contexto o groseramente inventados; por los que hubo de pasar el resto de su vida haciendo penitencia en un monasterio romano.[11]

Por la misma época Atanasio Sinaíta, abad y padre de la Iglesia, combatía apasionadamente a los monofisitas. Combatió especialmente las falsificaciones de aquellos catorce calígrafos que, a las órdenes del prefecto Severiano y reunidos en un verdadero taller de falsificación, llevaron a cabo con una orientación monofisita. Pero el padre de la Iglesia Anastasio, un auténtico santo de la Iglesia católica (su fiesta el 21 de abril), se sirvió contra ellos de los mismos métodos y falsificó a su vez sin ningún tipo de escrúpulos. Ni le bastó eso: calificó de ejemplar su actuación, exigió a quienes combatían la herejía que imitasen su método y se reclamó a la palabra de Pablo: «Con astucia os he apresado».[12]

Con el culto de los santos cada vez más bastardeado empezó un verdadero florecimiento de las patrañas hagiográficas, de los fraudes patriótico-locales, litúrgicos y cúlticos y de las falsificaciones de reliquias, por ejemplo. Hubo tantísimas partículas «auténticas» de la cruz, que muy bien habría podido fabricarse una docena o más de la «verdadera» cruz de Jesús. Hubo asimismo más de una docena de prepucios auténticos del Señor, que fueron venerados por una verdadera «cofradía del santo prepucio», con capellanes especiales, procesiones festivas y altos funcionarios en honor de la santa reliquia.

Sólo con vistas a demostrar la donación de ciertas reliquias (junto con algunos otros «derechos») falsificó el obispo Benno de Osnabrück (1068-1088) un documento de Carlos «el Grande», fechado el 19 de diciembre del 803. Y en Ratisbona, a su vez, se falsificó por obra de uno de «los escritores más interesantes del siglo XI»

Frühzeit 23. Drogereit, Die Verdener Gründungsfals-chung 64. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 168 s., 87, 89 ss. (con la cita de Ha-driano) y 89 ss. Speyer 303. Fichtenau, Zu den Ukrundenfáischungen 157 ss. Erkens 195 ss. Con razón polemiza Hermann, Kirchenfürsten 51 s. contra la exoneración de los falsificadores medievales tan practicada.

[10] Comp. por ejemplo Levison, Aus rheinischer uns fránkischer Frühzeit 23.

[11] Haller I 245 ss. Speyer 309. Thomas Mann cit. según Fuhrmann, Die Macht der Fálschung IV.

[12] LThK I² 492. Schreiner, Zum Wahrheitsverstandnis 167 s.

(Lexicón für Theologie und Kirche), por Otioh de St. Emmeram (quien mediante falsificaciones también intentaba sustraer su monasterio a la influencia del obispo local), todo un relato de traslación, la *Translatio Dionysii,* afirmando que allí se conservaban las reliquias de Dionisio Areopagita, por su parte uno de los falsarios con mayor fortuna del cristianismo y su «maestro durante siglo s».[13]

98

En la Edad Media hubo también, falsas «cartas del diablo» y «cartas del cielo»; y, según las necesidades, con las cartas celestiales se reclamaba la paz o se promovía una cruzada, la santificación del domingo, la fundación de un monasterio, el rezo del rosario o la fe en la resurrección de Jesús.

Se propagó sobre todo un montón de cuentos milagrosos, visiones del más allá y leyendas de santos. Y es que un santo sin *Vita* estaba en clara desventaja para competir con otros santos de una ciudad, una iglesia o un monasterio. De ahí que se necesitase también para tales santos una *Vita y* se imponía el falsearlas sin más. Por ejemplo, las proezas de santa Genoveva, patrona de París (por cuyas oraciones había retrocedido Atila como se había retirado una pareja de dragones del Sena; una santa que obraba a montones milagros estupendos, que salvaba de la peste y de la guerra y que curaba las enfermedades de los ojos y las viruelas locas), se agrandaron en su conjunto y cada una de ellas hasta convertirlas en solemnes mentiras, como las once mil (!) compañeras de santa Úrsula asesinadas por los hunos. «El baño de sangre ocurrió a la llegada de las naves y de la manera más cruel. Al final sólo quedó Úrsula. El propio príncipe de los hunos la deseó y disparó su flecha a la que se negaba obstinadamente.» Pero su «fama y reliquias se difundieron antes del siglo X, como consta documentalmente» (Keller).[14]

Falsa por completo es, por ejemplo, la supuesta *passio* o martirio del abad Vicente de León. Bajo el rey suebo Rechila, que era amano, habría padecido martirio por su fe católica, el 11 de marzo del 630. Pero Rechila no era amano sino pagano y además reinó casi doscientos años antes, entre el 441 y el 448. Y asimismo es falsa la *passio* de Ranimirs, supuesto sucesor de Vicente, que habría padecido martirio con otros doce monjes.[15]

Y en el curso de los siglo s X y XI se falseó toda una serie de *Vidas* de santos, que pertenecen al círculo de los «falsos carolingios». De una parte se convirtió posteriormente en santos a algunos de los carolingios más conocidos y, de otra, dicha familia se incrementó con santos absolutamente inventados. A ese círculo de falsificación pertenecen, entre otras la *Vita Ermelindis,* la *Vita Berlindis* y el relato hagiográfico de Gúdula, siendo los falsificadores —como de costumbre— eclesiásticos o monjes.[16]

99

La investigación «piadosa» (y hasta la menos piadosa) suele distinguir entre los productos de una «credulidad irreflexiva en los milagros», que carece de fundamento

---

[13] LThK VII[2] 1298 s. Tangel, Forschungen zu den Karolinger Diplomen 264 ss. Kraus, Die Translatio, passim. Speyer 303. Para la cantidad e importancia de las reliquias, ver por ejemplo Southem 30 s.: «eran objeto de un intenso comercio», ibíd. Comp. asimismo Deschner, Das Kreuz 118 ss. y espec. 120 s., con indicaciones bibliográficas. También Ed.. Kriminalgeschichte III 241 ss.

[14] Keller, Reclams Lexikon 492 ss. Fichtinger 138 ss. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 171 s., 99 ss. Speyer 228.

[15] Scheferdick, Die Kirche in den Reichen der Westgotten 116 s.

[16] Wattenbach-Holtzmann, Geschichtsquellen I 122 s.

histórico y es totalmente inventada, pero inventada «de buena fe», y las falsificaciones propiamente dichas, a ciencia y conciencia. Pero incluso el número de las que forman este grupo en la Edad Media «es incalculable», es una verdadera «legión» (Fuhrmann).[17]

EJEMPLOS DE FALSIFICACIONES EPISCOPALES SOBRE TODO POR MOTIVOS DE POLÍTICA DE PODER Y POSESIONES

Y casi incalculables son también las falsificaciones en las sedes episcopales por motivos de política eclesiástica; es decir, en la lucha por el poder de unos obispados contra otros. Mediante la fabricación de diplomas falsos o la interpolación de los documentos originales se pretendía imponerse a las pretensiones rivales por lo que hacía a la categoría o extensión de las distintas diócesis.

Como en todos los rincones de la Iglesia cristiana, también y sobre todo en Roma se falsificaron las listas de obispos para asegurar la «Tradición apostólica». Para la «investigación» católica así surgió la «posterior proliferación salvaje»: Neuss/Oediger.) Muy pronto se consiguieron así, de manera fraudulenta, las listas episcopales de Colonia, Tongem y Tré veris. El obispado de Metz remontaba falsamente su fundación apostólica hasta Clemente; el obispado de Maguncia enlazaba fraudulentamente con Crescente, un discípulo del apóstol Pablo; el de Salona, por la misma vía, con Domnio, discípulo de Pedro; y Milán, con Bernabé, etc. etc.[18]

Y hubo falsificaciones en la rivalidad entre los obispados hispanos de Toledo y Oviedo, o entre Barcelona y Mérida; y las hubo entre las sedes episcopales galas de Limoges y Périgueux.[19]

El año 731 se inventó en Inglaterra una supuesta y famosa carta de respuesta del papa Gregorio I al obispo Agustín de Canterbury, y a través de Notheim que posteriormente fue arzobispo de Canterbury. Según la misma el papa Gregorio confería al obispo Agustín el derecho de ordenar en exclusiva a los obispos. Lo constituía también por encima de los obispos que en el futuro serían consagrados en Bretaña, a la vez que le sometía los obispos galos, y en concreto el de Arles.[20]

100

La controversia de siglo s entre las dos sedes rivales de Arles y Vienne disputándose el primado en Galia condujo a extensas falsificaciones de documentos y numerosas cartas espúreas de los papas a finales del siglo XI. Quien falsificó tales cartas, atribuyendo unas a Pío I (¿muerto el 155?) y otros pontífices hasta Pascual II (muerto el 1118), fue evidentemente el arzobispo Guido de Vienne, miembro de la alta nobleza y posteriormente papa con el nombre de Calixto II (1119-1124). Ello dio origen más tarde a una de las más ruidosas *«bella diplomática»* (guerras diplomáticas) de la historia de la investigación. (El mismo papa falsificador, dicho sea de paso, fue también el que por medio de un sínodo, celebrado en Toulouse el 8 de julio de 1119,

---

[17] Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 171 ss. Comp. recientemente F. J. He-yen 403 ss., espec. 414 s.
[18] Neuss/Oediger 40 s., 113 s.
[19] Speyer 302 con amplia bibliografía.
[20] Respons. b. Gre. ad August. episc. in Beda h. e. 1, 27. La comenta Müller, Zur Frage nach der Echtheit 94 ss. Ritzer II 123.

hizo incorporar el poder civil por vez primera para la persecución de los «herejes», y concretamente de los petrobrusianos.)[21]

Aproximadamente por las mismas fechas se continuaba falsificando también en el arzobispado de Canterbury, donde ya a comienzos del siglo VIII había hecho su aparición el arzobispo Notheim con una carta papal falsificada. En una disputa, que se prolongaba ya muchas décadas, el arzobispado intentaba ahora imponer sus pretensiones de primado contra el arzobispado de York mediante una serie de documentos pontificios amañados, cartas falsas, privilegios y una resolución falseada del sínodo celebrado en Roma el 679. Los documentos atribuidos a la llamada Santa Sede fueron rechazados por ésta en 1123; pero ya el 1127 el arzobispo Guillermo de Corbeil fue elevado a la categoría de vicario y legado papal para Inglaterra y Escocia. Y desde el siglo xui los arzobispos de Canterbury fueron los *legati nati* de Roma. Había alcanzado la primacía sobre York.[22]

En Alemania el obispado de Würzburg, en su enfrentamiento con el arzobispado de Maguncia, extendió desde los tiempos del emperador Otón III (983-1002) su jurisdicción espiritual sobre los monasterios de Amorbach, Neustadt, Homburg, Schiüchtem y Murrhardt. Así, Bemward, obispo de Würzburg (que más tarde murió como casamentero de Otón en la isla de Eubea), adquirió el año 993 varias abadías, que supuestamente se le habían arrebatado, «gracias principalmente a unos documentos falsificados» (Hotz), y desde luego bajo los nombres de Pipino y de Carlos «el Grande», y a fin de que en ellos «pudiera practicarse la *vita monástica* [la forma de vida monacal]...» (O. Meyer).[23]

Es falso un documento, supuestamente extendido por el último carolingio Luis IV el Niño, el 27 de junio del 907 en St. Florian; documento que asigna al obispo Burkhard de Passau toda la diócesis de Ótting, presentando el falsificador no tan sólo la diócesis sino todo el lugar de (Alt-)Ötting cual propiedad personal del obispo.[24]

101

En el norte de Alemania el obispado de Merseburg era inusualmente pequeño, aun comparado con los territorios insignificantes de las diócesis de Meissen y Naumburg. Así que los prelados del lugar pusieron remedio al hecho. El obispo Thietmar de Walbeck (1009-1018), el historiador, se atribuyó mediante la falsificación de un documento real el bosque regio «entre el Saale y el Mulde»; para ello fechó el documento (del año 1017) el 30 de julio del 977. «Su amor a la verdad es indudable» *(Lexikonfür Theologie und Kirche).* Y el obispo merseburgués Ek-kehard de Rabil (1216-1240) intentó someter a vasallaje las ciudades de Leipzig y Naunhof mediante dos falsificaciones, elaboradas los años 1021 y 1022 bajo el nombre del rey Enrique II. También bajo el obispo Ekkehard se falsificó un documento de vasallaje, emitido a nombre del margrave Dietrich, muerto en 1221, la tutela de cuyo heredero de cinco años se procuró por todos los medios su tío el landgrave Luis de Turin-gia. Con esta nueva falsificación, redactada muy probablemente en 1221 (y fechada en 1210) suscitó comprensiblemente algunas dudas en el landgrave. Por lo cual aquél le excomulgó junto con sus consejeros y lanzó un entredicho contra todo el territorio,

---

[21] LThK^2 884. LMA II 1 397. Caspar 1452. Speyer 302.

[22] LMA II 1451. Speyer 302.

[23] Hotz 11. Memmerle 183. Meyer, In der Hannonie 218 s. El autor destaca en las expresiones «falseó», «falsificaciones», en las patas de ganso (aquí de asno) el aspecto cobarde más que el elegante.

[24] Heuwieser, Geschichte I 308 ss.

exigiendo además la considerable suma de 800 marcos de plata.[25]

Falsificada fue el acta de fundación del obispado de Bremen (en el año 788) con vistas sobre todo a la obtención de diezmos. Dicha falsificación, que el emperador Maximiliano refrendó en 1512, afirma asimismo que Carlos «el Grande» había otorgado a la Iglesia de Bremen 70 yugadas (fincas rurales). El falsificado documento fundacional del obispado de Bremen —y «Bremen lo había falsificado desde hacía siglo s para conseguir o retener algún derecho» (Drógereit)— sirvió a su vez como modelo a la similar acta de fundación asimismo falsificada del obispado de Verden —que presenta tanto la constitución como la extensión exacta del obispado— cual prueba testimonial en las discusiones de límites con los obispados de Líineburg y de Bremen.[26]

Pero también el falsificado documento fundacional del obispado de Bremen tuvo evidentemente un modelo: el acta fundacional, asimismo falsificada en el siglo X, del obispado de Halberstadt, cuyos contenido y lenguaje coinciden en gran parte con la falsificación de Bremen. El obispo Bernhard de Halberstadt (923-968) luchó a su vez con éxito contra la fundación de un arzobispado en Magdeburg, cuyo arzobispo Giselher (981-1004) reaccionó por su parte contra la constitución del arzobispado de Gnesen con un documento falsificado a nombre del papa JuanXIII, y según el cual el año 968 al arzobispo Adalberto de Magdeburg supuestamente se le habría conferido el primado sobre todos los obispos y arzobispos de Germanía.[27]

También la lucha de siglo s, llevada a cabo con todos los medios, entre los arzobispados de Colonia y Hamburgo produjo muchas falsificaciones.

102

Así, por ejemplo, se falsificaron dos documentos a nombre de los papas Gregorio IV y Nicolás I en favor de Hamburgo, y más concretamente las partes relativas al palio de esos denominados documentos fundacionales de Hamburgo. La estafa perseguía demostrar que no tan sólo el primer obispo y arzobispo de la ciudad, Ansgar, había obtenido los años 831 y 832 el derecho a llevar el palio, sino que lo habían adquirido también sus sucesores para siempre. Se falsificó además un documento de Agapito II en favor de Hamburgo. También aquí se trataba de un pasaje interpolado sobre el otorgamiento del palio y su extensión a sus sucesores. Doblemente se falsificó un documento del papa Juan XV en favor de Hamburgo, siendo el fin y motivo de tal falseamiento la obtención del palio. Se forjó además fraudulentamente un documento fundacional de Luis el Piadoso también a favor de la ciudad hanseática así como un documento papal de Gregorio IV.[28]

En su mayor parte esos documentos fueron probablemente falsificados por uno de los obispos medievales más famosos del norte: el arzobispo

Adalberto de Hamburgo-Bremen (1043-1072). El emperador Enrique III, uno de los soberanos alemanes más poderosos de la Edad Media, hasta le ofreció la dignidad papal (si es que así puede llamarse) tras la destitución de tres papas en el sínodo de Sutri. Pero Adalberto no quiso ser papa. Pero «el gran hombre de Dios» —a quien en su ordenación en Aquisgrán le habían impuesto las manos doce obispos— con ayuda

---

[25] LThK X' 106 s. Taddey, Lexikon 1195. Schiesinger, Kirchengeschichte Sach-sens I 82 II 148 ss.

[26] LMA V 154 ss. Kuujo 236 ss. Drogereit, Die Verdener Gründungsfáischung 1,64.

[27] LMA IV 1468, 1870. Kuujo 236 ss.

[28] Schubert, Geschichte der christiichen Kirche ü 505 ss. Schmeidler, Ham-burg-Bremen 128 ss., 151 ss., 159 ss., 165 ss., 191 ss., 206 ss., 244 ss.

de los documentalistas imperiales que le eran afectos deformó casi sistemáticamente los documentos de emperadores y papas anteriores adaptándolos a sus pretensiones personales. Nada tiene de extraño —según confesaba él abiertamente— que estuviera «en condiciones de no perdonar a nadie, ni aun a mí mismo, ni a mis hermanos, ni el dinero, ni a la misma Iglesia, con tal de liberar finalmente mi obispado del yugo y hacerlo igual a los otros».[29]

Todo esto no son más que breves indicaciones, que podrían centuplicarse, de falsificaciones por obra sobre todo de las curias episcopales, sin incluir la cantidad asimismo increíble de falsificaciones debidas a los monasterios.

Por ejemplo, los privilegios de los papas a los monasterios en el reino merovingio son «en su casi totalidad falsificaciones posteriores» (Levison). Y se comprende que también los religiosos falsificasen por los motivos más diversos, siendo uno de los principales el de escapar a la influencia de los obispos. En Ratisbona, por citar un caso, los monjes del monasterio de St. Emmeram (al principio pertenecientes en su mayoría a la alta nobleza) se pelearon a lo largo de la alta Edad Media con los obispos del lugar y desde el siglo XI alXIII produjeron documentos falsos hasta acabar consiguiendo incluso la exención imperial para depender directamente de la Santa Sede.

103

Tal vez fue incluso más frecuente el que un monasterio falsease los documentos en contra de otro. Así, en Turingia a mediados del siglo XII, y bajo Ernesto, abad del monasterio de Reinhardsbrunn, se fabricaron documentos falsos para asegurarse los límites jurisdiccionales contra un cercano monasterio cistercense.

Se llegó al fraude no tan sólo en favor de la propia casa, sino que se aceptaron encargos en favor de muchos otros. Así, en el monasterio de Reichenau, donde a comienzos del siglo XII un monje, con autorización del noble abad Udalrico de Dapfen, falsificó sistemáticamente documentos antiguos *pro domo,* en favor de dicho monasterio, por supuesto; pero lo hizo asimismo en favor de los monasterios de Kempten, Lindau, Stein am Rhein, Einsiedein, Ottobeuren o el monasterio de monjes de Buchau, sobre todo de cara a limitar las obligaciones palatinas y militares y para asegurarse la libre elección del abad.[30]

Ese mismo siglo actuaba un falsificador tristemente célebre, Pedro el Diácono, como bibliotecario y archivero en el famoso monasterio de Monte Cassino, cuyas propiedades aseguró y aumentó mediante fraudes continuos. No sólo impuso con falsedades todo el fondo documental casinense, sino que produjo «originales» enteros, falsificó otras obras y hasta se inventó autores falsos de diversos escritos hagiográficos e históricos. En Monte Cassino se fabricaron asimismo diplomas falsos de gobernantes y documentos papales falseados.

Algo muy similar ocurrió en Fulda. Aproximadamente por la misma época creó allí el monje Eberhard el cartulario en dos tomos de su monasterio, que contiene todo el material documental hasta mediado el siglo XII, con documentos papales, inmunidades, títulos de propiedad y anotaciones de ingresos, muchas veces interpolados y en parte totalmente espúreos. El aplicado copista benedictino falsificó

---

[29] Adam von Bremen 3, 2; 3, 5. LMA 197 s. Meyer, Kirchengeschichte Nieder-sachsens 35. Comp. asimismo la nota anterior.

[30] Levison, Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 257. Weller 207. Schulte, Der Adel 97 s., 212, 216 ss. Patze, Politische Geschichte 12.

con tal apasionamiento ese *Codex Eberhardi,* que Engelbert Mühibacher pudo decir que en él «la falsificación de documentos se convirtió en una manía». Sin duda que, por cuanto a falsedades se refiere, en el venerable monasterio de Fulda existía una tradición antigua. Allí trescientos años antes los monjes Rodolfo y Meginhard falsificaron —con distinto éxito— privilegios de diezmo bajo los nombres de Pipino III, Carlomagno y el papa Zacarías, a fin de arrebatar al arzobispo de Maguncia el diezmo sobre sus propiedades.[31]

Así pues, todos los mencionados obispos, abades, sacerdotes y laicos católicos, y mil más, falsificaron. ¿Y por qué no hacerlo, si toda esa religión —para repetirlo una vez más— se fundamentó desde los comienzos *en todo lo esencial* sobre la más solemne mentira? ¿Por qué no, si especialmente el papado a comienzos de la Edad Media había dado ejemplo, literalmente insuperable, a todos los sucesores con la mayor falsificación de todos los tiempos?

104

ORIGEN Y ALCANCE DE LA «DONACIÓN CONSTANTÍNIANA»

Si hay algo cierto es que la denominada Donación constantiniana, arranque triunfal en cierto modo de las incontables falsificaciones de los tiempos venideros, surgió a comienzo de la década de los cincuenta del siglo VIII en la cancillería papal de Esteban II, y probablemente antes de su partida hacia el reino franco. Según Walter Ullmann y otros eruditos, «todo habla en favor... de que la cancillería papal fue el lugar de nacimiento de la falsificación». Y es que se necesitaba un título jurídico para la esperada propiedad territorial. Así, en la asamblea nacional de Quierzy consiguió evidentemente el papa mediante tal chapuza eliminar todas las reservas de Pipino. Esteban II presentó un documento, por el cual aparecía san Pedro como señor y dueño legítimo de Italia y el papa como sujeto de rango imperial; más aún, como «emperador de Occidente» (Brackmann). Y en seguida lanzó a los francos a la guerra contra los longobardos.[32]

Antecedente del *Constitutum Constantini o Prívilegium Sanctae Romanae Ecciesiae* —como se denominó el asunto habitualmente en la Edad Media— fue la *Legenda sancti Silvestri,* la Leyenda de san Silvestre, nacida asimismo en Roma a finales del siglo V. Se trataba de un cuento de santos, muy leído sobre todo en Roma, en Inglaterra y en el reino franco. Sirviéndose de ese género literario el cristianismo gustó siempre de suplantar y falsear los hechos históricos. Ya a comienzos del siglo VI la fábula encontró aplicación en las denominadas falsificaciones de Symmaco.

Según la leyenda divulgada por doquier en diversas redacciones y difundida en

---

[31] LThK III² 628: VIII² 360 s. Mühibacher I 121. Hoffmann, Chronik und Ur-kunde 188 ss. Kaminski, Das Siplom Herzog Romwaids II; 16 ss. Speyer 303. Pitz, Erschieichung und Anfechtung 100 ss. Hemnann, Kirchenfürsten 52 pone también el monasterio de St. Maximin de Tréveris «entre los grandes centros de falsificación» durante los siglo s X, XI y XII.

[32] Kominski/Skaskin 86. Schramm, Kaiser, Konige II 306 ss. Brack-mann 68 s., 262. Kühner, Tabus 52. Lauter- mann 62. Kawerau, Geschichte der mitte-lalterlichen Kirche 88. Haller I 316 s. Ullmann, Die Machtstellung 114 ss. Kupisch I 87. Fuhrmann, Die Konstantinische Schenkung 65 s. Id., Einfluss und Verbreitung 166. Steinbach, Das Frankenreich 57. Barraclogh, The Medieval Papacy 40. Folz, The Con-cept of Empire 10 s. Fuhrmann, Konstantinische Schenkung und Abendiándisches Kaisertum 63 ss.

centenares de manuscritos, el emperador Constantino había sido perseguidor de los cristianos, en castigo de lo cual había contraído la lepra. Pero el papa Silvestre sanó al emperador y le bautizó en Letrán. De hecho, sin embargo, es bien sabido que Constantino no persiguió a los cristianos, sino que les favoreció inmensamente. Jamás contrajo la lepra y no fue bautizado por Silvestre sino por Eusebio de Nicomedia, un arriano, y sólo en su lecho de muerte el año 337, mientras que el papa Silvestre había muerto el 335. (La Iglesia celebra su festividad el 31 de diciembre, cual si al finalizar cada año quisiera recordar lo que debe a san Silvestre.)[33]

105

Así las cosas, el documento, por medio del cual el papado obtuvo astutamente el Estado de la Iglesia y fundamentó legalmente su soberanía civil, invierte por completo la situación real: el emperador romano, al que hasta entonces se había sometido el cristianismo, queda ahora constitucionalmente sujeto al papado. El fraude se presenta como un decreto de Constantino I en favor del papa Silvestre, con la fecha, la firma de su puño y letra y la advertencia del soberano de que personalmente lo firmó junto a la tumba de san Pedro. Como agradecimiento por su milagrosa curación de la lepra otorga él al papa y a sus sucesores todo un continente.

Realmente un emperador grande y nada mezquino.

Solemnemente confirma al obispo romano el primado sobre todos los sacerdotes, sobre los patriarcas de Antioquía, Alejandría, Jerusalén y Constantinopla y sobre todo el orbe terrestre. Con el fin de eliminar cualquier duda acerca de su categoría otorga al papa todos los distintivos de la dignidad imperial y le concede el rango de emperador. El papa debe ser la cabeza suprema de todas las Iglesias y el pontífice supremo de todos los sacerdotes del mundo; más aún, Constantino le regala a él y a sus sucesores el palacio imperial de Letrán, la ciudad de Roma, así como las ciudades y provincias todas de Italia y del entero Occidente *(omnes Italiae seu occidentalium regionum provintias, loca et civitates).*

Personalmente el emperador quiso —concluye el extensísimo documento— trasladar su reino y su poder a las «regiones orientales». Pues, «allí donde se ha erigido un reino soberano y se ha fundado la capital de la cristiandad, no es conveniente que el emperador terreno ejerza su poder». Y se dice que será proscrito por él quienquiera que sea lo bastante atrevido como para cambiar su disposición. Se ponía así la piedra angular para la lucha secular entre emperadores y papas.[34]

De primeras es cierto que Roma utilizó su inaudita posición de privilegio sólo de una manera muy discreta (el primer papa que se reclama a la misma parece haber sido Adriano I en su correspondencia con Carlos «el Grande»). Se dedica un recuerdo al primer emperador cristiano y a su benevolencia ejemplar; pero jamás se utiliza el *Constitutum Constantini* como documento jurídico propiamente dicho. Evidentemente los padres de la Iglesia lo reconocían también como una falsificación. «Cabe suponer que los papas fueron conscientes de la ilegitimidad de las pretensiones presentadas en el C. C. Sólo así puede explicarse que una y otra vez se aluda con

---

[33] LMA V 1385 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 320 s. Heer, Kreuzzüge 17.

[34] LMA V 1385. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 1321. Laehr 3 ss. Haller I 316. Kawerau, Geschichte der mittelalterlichen Kirche 88. Ullmann, Die Machtstellung 128, 462, Williams 448 ss. Hay 340, Prause, Niemand 86 s. Haendier, Die lateinische Kirche 64 s. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 166. La historia del texto del Constitutum Constantini en Fuhrmann, Konstantinische Schenkung und abendiándisches Kaisertum 63 ss.

rodeos al asunto sin nombrarlo por su verdadero nombre» (Schlesinger).

Sólo a mediados del siglo IX, cuando la falsificación gozaba ya de un cierto prestigio, se la valoró como jurídicamente vinculante y se llegó a otra gran falsificación eclesiástica: la Decretales seudoisidorianas y numerosos otros libros de derecho canónico. La inaudita política territorial del papado, que sometía poco a poco principados y reinos enteros, tenía su base jurídica en esa subrepción; más aún, en ella descansa el «Estado de la Iglesia», que todavía hoy existe.[35]

106

Prescindiendo de algunas excepciones, durante trescientos años el documento no se utilizó, yaciendo en los archivos del clero. (El texto más antiguo que poseemos está en los manuscritos de las Decretales seudoisidorianas, aparecidas hacia el 850.) Al cabo de que muchas generaciones se hubiesen habituado a la idea de una «donación» gigantesca y que el fraude hubiera alcanzado una gran autoridad, empezó también a jugar un papel importante; los papas insistieron en el mismo hasta finales de la Edad Media y, amparándose en el engaño, a quienquiera que atentase a la propiedad curial o favoreciese de cualquier modo tal atentado. ¡Y fue especialmente el llamado papado de la reforma el que se reclamó al fraude! Sus escritos citan largos pasajes del mismo. León IX (1053) apoya explícitamente en tal donación el primado papal; fuerte con la donación, el papa hace una devolución y el *donare* lo convierte en un *reddere.* Por decirlo de alguna manera: el emperador había devuelto a Dios lo que de él había recibido. De ese modo el papa León IX evitaba cualquier viso de dependencia de la Iglesia del favor imperial.

La «Donación constantiniana» alcanzó toda su importancia con el papa Gregorio VII, con quien pasó a ser elemento integrante y admitido por todos del derecho canónico. Y en la guerra contra Enrique IV, quien nunca había respetado las ambiciones papales derivadas de una injusticia crasa, Gregorio exigió tanto en la elección del primer rey antagonista Rodolfo de Suabia (1077) como en la del segundo, Hermann de Salm (1081), un juramento que incluía el reconocimiento del fraude clerical.[36]

El papa Urbano II (1088-1099), beatificado en 1881, iniciador de la primera cruzada con las matanzas masivas en Jerusalén, declaró en virtud de la «Donación constantiniana» tanto Córcega como las islas Lípari propiedad de la Sede romana. Fueron también muchos los escritos clericales que naturalmente aprovecharon la tal «Donación» en favor de las pretensiones eclesiásticas, llegando tan lejos en este campo que según un escolástico de comienzos del siglo XII, Honorio de Augustodu-num, el papa Silvestre había recibido también de Constantino la promesa y seguridad de que ningún emperador gobernaría en el imperio romano sin un asentimiento papal.

Con lo cual hasta el emperador venía a convertirse en un donatario a la vez que en un vasallo del papa, y el imperio en un feudo papal. Una conclusión que los juristas pontificios sacaron de la donación ficticia. Y fueron papas como Inocencio III o Gregorio IX los que derivaron de la misma sus exigencias territoriales. A este respecto Gregorio IX (1227-1241) afirmó incluso que Constantino había declarado

---

[35] Levison, Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 397 s. Laehr 6 ss. Kawerau, Geschichte der mittelalterlichen Kirche 89. Schiesinger, Beobachtungen zur Geschichte 273, 416 s. Hiawitschka, Vom Frankenreich 67 s.

[36] LMA V 1385 s. HEG I 545. Laehr 20 ss. Heiler, Altkirchiiche Autonomie 239. Fried, Der Regalienbegriff 507 s. Angenendt, Frühmittelalter 286.

conveniente que el papa no sólo gobernase en todo el orbe sobre las almas sino también sobre todos los hombres y cosas, por lo que no debía darse ningún imperio independiente sino que el verdadero emperador lo era el papa.[37]

107 La «Donación constantiniana» se esgrimió principalmente y con enorme efecto contra el imperio de los Salios y los Staufer. Para la Iglesia romana ocupó el primer lugar entre todos los privilegios imperiales en la Edad Media. Todavía en el siglo XV continuaba vigente tal falsificación, cuyos efectos nunca podrán sobreestimarse, y en general se consideraba auténtico un documento sin el cual Roma quizá no habría alcanzado nunca su poder e importancia posteriores. Y así, para amplios círculos no sólo fue el verdadero fundamento jurídico de la Iglesia en la última gran batalla del papado medieval contra el imperio, contra Luis de Baviera (1314-1347), sino que un siglo después Sigismundo, en 1433, hubo de jurar como futuro emperador respecto a la «Donación constantiniana».[38]

De todos modos hubo algunas cabezas prudentes, que no se dejaron engañar.

El descubrimiento de la falsificación

No es posible demostrar si ya Carlomán tuvo por falso el *Constitutum Constantini;* son muchos los indicios en favor de esta hipótesis todavía muy reciente. Fue el emperador Otón III (983-1002) quien, en un acto infrecuente por completo frente al papa Silvestre II (999-1003), declaró nula y sin efecto la «Donación constantiniana», que Dante todavía tuvo por auténtica. En un famoso diploma, redactado por León de Vercelli, su sucesor en política italiana, «Otón, siervo de los apóstoles y por voluntad de Dios salvador *imperator augustas* de los romanos», otorgaba al papa, y respectivamente a «san Pedro», los ocho condados de la Pentápolis para su administración; pero lo hacía por propia generosidad y «sin tener en cuenta documentos falsos y escritos deformados». Otón III califica expresamente la «Donación constantiniana» cual documento inventado y falso *(documenta... inventa).* Todas las pretensiones basadas en la misma las rechazaba el emperador como ilegales, y todos los territorios de los papas los consideraba subrepticios. Ni fue casualidad el que trasladase su presidencia a la misma Roma. Así pues, Otón III estuvo perfectamente informado sobre el gigantesco fraude de la Iglesia católica. Estaba convencido de que el papa no tenía derecho alguno a las posesiones territoriales.

108 En el documento extraordinario del año 1001 empieza por hacer esta confesión a su ex preceptor Gerberto de Reims, ahora papa con el nombre de Silvestre II: «Proclamamos a Roma cabeza del mundo». Para agregar en seguida que durante largo tiempo el esplendor de la Iglesia romana había sido oscurecido por la ligereza e ignorancia de los papas.

«Pues no sólo vendieron lo que quedaba fuera de la ciudad y lo enajenaron con una administración muy mala a la sede de san Pedro, sino que además —y sólo podemos

---

[37] LThK V² 477 s. Kühner, Lexikon 88. LMA V 122; 1386. Laehr 26 ss., 37 ss., espec. 48s., 61, 89s. Holtzmann, Der Kaiser ais Marschall des Papstes 27. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 167.

[38] Laehr 135 s. Kluke 148. Haller I 317. Lautermann 62. Southem 97. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung I 67.

decirlo con profunda tristeza— han malvendido por dinero a todo el mundo las posesiones en esta nuestra ciudad regia, simplemente para poder llevar una vida disipada y sin freno, robaron a san Pedro, a san Pablo y hasta los altares, y en vez de preocuparse por su reconstrucción sólo provocaron una confusión mayor aún. Torcieron las leyes pontificias y humillaron a la Iglesia romana, y algunos papas fueron tan lejos que hasta pretendieron la mayor parte de nuestro imperio. No preguntaban por lo que habían perdido por su propia culpa, ni se preocuparon por cuanto habían dilapidado en su locura, sino que habiendo dispersado a todos los vientos por propia culpa sus posesiones, descargaron su culpa sobre nuestro imperio y pretendieron la propiedad ajena, a saber, nuestra propiedad y la de nuestro imperio. Son mentiras inventadas por ellos *(ab illis ipsis inventa),* y entre ellos el diácono Juan, por sobrenombre Dedocortado, redactó un documento con letras de oro y fingió una larga mentira bajo el nombre de Constantino el Grande *(sub titulo magni Constantini longi mendacii témpora finxit).»*

Finalmente habla Otón de otras falsificaciones de la Iglesia, según las cuales Carlos II el Calvo, emperador romano y rey del reino franco occidental (francés), habría entregado al papa el 876 una posesión imperial, y otro «Carlos mejor», refiriéndose a Carlos III el Gordo, emperador romano y rey del reino franco oriental (alemán), lo habría echado de la misma. «Mentira es asimismo que un cierto Carlos haya otorgado a san Pedro nuestro imperio. Pero nosotros replicamos que el tal Carlos en modo alguno estaba en condiciones de otorgar según derecho ninguna cosa, puesto que fue expulsado por obra de un Carlos mejor, despojado del reino, depuesto y aniquilado. Había dado, por consiguiente, lo que no le pertenecía, y lo había dado de la única manera que podía hacerlo: como un hombre que habiendo adquirido injustamente un bien, no puede esperar conservarlo por mucho tiempo. Nosotros despreciamos todos esos documentos falsos y los escritos desfigurados.»[39]

En el siglo XII también los seguidores de Amoldo de Brescia reconocieron el fraude. Uno de sus discípulos, un romano llamado Wezel, explicaba por carta a Federico Barbarroja, inmediatamente después de su elección como rey romano (1152), que toda la «Donación constantiniana» era pura fábula y mentira, tan conocida entre el pueblo romano que hasta los jornaleros y las mujeres podían hablar del tema con las personas más eruditas. En el siglo XIII dudó también de su autenticidad un soberano tan extraordinario como el emperador Federico II. Y, cuando al alborear la Edad Moderna, el supremo pastor y fornicador Alejandro VI (1492-1503) solicitaba de Venecia, en virtud de la «Donación constantiniana» la entrega de las islas adriáticas a la Santa Sede, el embajador veneciano ironizó con que Su Santidad adujese el documento del *Constitutum Constantini* y anotó después al dorso la observación de que el Adriático pertenecía a los venecianos.

109

Por entonces se quemaba todavía a las personas, que desconfiaban de tal documento; como le sucedió a un tal Juan Dránsdorf tras un interrogatorio celebrado en Heidelberg en 1425. Y todavía hoy algunos eruditos tratan todo el complejo de

[39] MG DO III 818 s. LMA V 1386. Wattenbach-Holtzmann, Geschichtsquellen 111, 323. Hartmann, Geschichte Italiens IV 135 s. Laehr 20 ss. Holtzmann, Der Kaiser ais Marschall des Papstes 26. Seidimayer 93. Hay 340. Lautermann 205 s. Schie-singer, Beobactungen zur Geschichte 273. Ullmann, Die Machtstellung 354 s. Fuhrmann, Konstantinische Schenkung und adendiándisches Kaisertum 128 s. Fleckenstein/BuIst 106.

falsificaciones y fraudes de la Edad Media bajo la expresión biensonante de «Piedad del pasado», califican a los falsarios de «personas ilustres, conocidas por su escrupulosidad» y hasta los criminales de la «Donación constantiniana» continúan figurando cual «falsificadores honorables» (Aries).[40]

Todavía el concilio de Florencia (1439) no había permitido que aflorase duda alguna sobre tal «Donación». Y aunque, ya al año siguiente, el humanista Laurenzio Valla, secretario papal y canónigo de Letrán, había descubierto definitivamente con un escrito, que publicó Ulrico de Hutten en 1519, la historiografía romano-católica sólo reconoció la falsificación en el siglo XIX. Sin embargo, la curia pontificia ha venido reclamando insistentemente hasta casi nuestros días los privilegios allí contenidos.[41]

En el siglo VIII de todos modos los papas no gobernaron ciertamente aquel Estado de la Iglesia como soberanos independientes. Ni en tiempos de Pipino III ni durante el reinado de su hijo Carlos. Más aún, algunos ni siquiera fueron señores de su propia casa, el palacio de Letrán, como se echó de ver justamente y de forma dramática a comienzos del reinado de Carlos I.

---

[40] Holtzmann, Der Kaiser ais Marschall des Papstes 36 s. Runciman 22. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung I 135 s. Hemnann, Kirchenfürsten 51. Aries 19.

[41] Haller 1316 s. Kluke 148. Fink 18. Casi al mismo tiempo que Valla reconocieron también la falsificación como tal el cardenal Nicolás de Cusa y Reinaldo Pecock.

110

CAPITULO 6. CARLOS I, LLAMADO EL GRANDE O CARLOMAGNO, Y LOS PAPAS

«... su cabello era cano y hermoso, su rostro radiante y alegre; su aspecto fue siempre imponente y digno... su salud siempre magnífica.» «La religión cristiana, en la que fue instruido desde joven, la cultivó siempre con gran santidad y piedad (sanctissime et cum magna pietate coluit)... Visitaba asiduamente el templo, mañana y tarde, también en horas nocturnas y durante la misa.»

EINHARD (EGINARDO)[1]

«Los interlocutores más importantes de Carlos durante toda su vida fueron los papas. El eje de la política carolingia, en torno al cual giraba todo, fueron las relaciones con la Santa Sede.» «Es curioso que mientras Carlos vivió pudiera evitarse cualquier conflicto con la sede papal- Ciertamente que Carlos nunca se ganó la confianza de la población italiana. Allí continuó siendo... un enemigo.»

WOLFGANG BRAUNFELS[2]

«El Estado de los merovingios había sido predominantemente profano, el imperio carolingio, en cambio, fue una teocracia...»

CHRISTOPHER DAWSON[3]

«La imagen de la teocracia carolingia armonizó de manera impresionante con la idea carolingia de paz y con la concepción del imperio como un corpus christianum.»

EUGEN EWICK[4]

«Sonó entonces la hora del varón de la Providencia.»
«Todavía con Carlos el Grande las armas vencedoras de los francos fueron las precursoras de la doctrina católica.» «Mantener a sus súbditos en armonía y establecer entre los hombres la concordia pacis... fueron los objetivos ideales de aquel poderoso monarca, bajo cuyo reinado apenas pasó algún año sin guerra. Pero esos ideales responden plenamente a una concepción cristiana de su oficio.» «La capacidad de entusiasmar a las masas, no controlada por la inteligencia, que supieron utilizar un Augusto, un Constantino, un Napoleón —¿y tendremos que agregar: un Hitler?—, ardió para Carlos en llamas luminosas.»

DANIEL-ROPS[5]

112

EXCESOS CRIMINALES EN LA CORTE PONTIFICIA CON EL CAMBIO DE PODER EN EL REINO FRANCO

El papa Esteban II, que en el momento decisivo se había otorgado generosamente la «Donación constantiniana», murió el 26 de abril del 757. Y a su muerte dejaba un territorio notablemente mayor, que por el momento quedó sin embargo en su familia.

---

[1] Einhard, Vita Karoli 22; 26.
[2] Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen 39.
[3] Dawson214
[4] Ewig, Zum christhchen Konigsgedanken 73.
[5] Daniel-Rops 247, 493, 498, 506.

Paulo I (757-767), en efecto, el sucesor de Esteban, era también su hermano menor, y el segundo papa Orsini que ocupaba el palacio de Letrán. Procuró continuar la política de su predecesor y de nuevo empujó a Pipino — al que también llamaba «compadre» por haber sido el padrino de su hija Gisla *(spiritualis compater)* — contra los longobardos.

Al rey Aistulfo, que no tenía hijos y que había muerto por un desgraciado accidente de caza, le había sucedido en el ínterin el duque de Tos-cana, Desiderio (757-774). El papa personalmente lo había procurado en connivencia con el abad franco Fuirad, pues entre todos los pretendientes Desiderio le pareció el más fácil de manejar. Un error. El nuevo rey no quería que su reino se viese comprimido y ahogado entre los francos y el Estado de la Iglesia. Temiendo una conspiración del papa con dos de sus vasallos, los duques de Spoleto y de Benevento, Desiderio puso en movimiento su ejército y marchó a través del territorio romano devastándolo a sangre y fuego.

Paulo I solicitó apoyo de Pipino. Para ello no escatimó adulaciones. En una serie de cartas lo exaltaba como «nuevo Moisés», «nuevo David», «salvador de la santa Iglesia» y, aún más, cual «fundamento y cabeza de todos los cristianos», y a los francos como «Israel nuevo» y «pueblo santo». Protestaba que él y los romanos deseaban mantener la amistad con Pipino hasta la última gota de su sangre. Una y otra vez recordaba al rey sus promesas y le conjuraba a que no dejase incompleta su obra. Las cartas de lamentación y los gritos de socorro se sucedían sin interrupción. Quien se autodenominaba «mediador entre Dios y los hombres» rogaba apremiantemente a Pipino en un escrito público que transigiera con el rey longobardo y que devolviera «al ilustre hijo Desiderio» los rehenes que éste reclamaba, mientras que en un segundo escrito secreto conjuraba a Pipino a que resistiese al longobardo y a retener los rehenes en cuestión. La habitual moral doble de los santos pontífices.
113

La cosa estaba clara: el papa Paulo, a quien su biógrafo oficioso atribuye de continuo una propensión a la clemencia, deseaba una guerra permanente contra los longobardos. Pero Pipino estaba atado a otros compromisos, como los sajones y las numerosas campañas contra Aquitania, a cuyo duque Waifar perseguía. Y a la vez intentaba estorbar un acuerdo longobardo-bizantino.[6]

Apenas Paulo I había cerrado los ojos el 28 de junio del 767, abandonado prácticamente de todos sus allegados, cuando estalló en Roma como tantas otras veces una violenta revuelta. Ya al día siguiente Toto, duque de Nepi y cabeza de una poderosa familia, irrumpía en Roma con sus mesnadas de colonos armados y hacía elegir sucesor de Paulo a su hermano Constantino, que era laico. La fundación del Estado de la Iglesia, la reforzada posición de poder del papado, hizo que éste resultase cada vez más interesante para la nobleza.

Constantino se apoderó de Letrán, recibió las órdenes clericales pertinentes y a los seis días era papa. En la basílica de San Pedro fue consagrado solemnemente por los obispos de Palestrina, Albano y Porto. Sin duda que tales carreras relámpago eran anticanónicas, pero se dieron antes y después y hasta se podía llegar a santo y doctor de la Iglesia, como Ambrosio, quien a los ocho días de su bautismo era

[6] Lib. Pont. Vita Pauli 1 ss. LMA III 724 s. Gregorovius 1 2 378 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 209 ss. Seppeit II 137 ss. Ewig, Zum christiichen Konigsgedanken 46 s. de Bayac 72 ss. Jarnut, Geschichte der Langobarden 116 ss.

obispo, cuando ni siquiera tenía los conocimientos del cristianismo de un seglar culto. Tarasio, secretario particular de la emperatriz Irene, fue elevado por ella en el 784 desde simple laico a patriarca de Constantinopla, y asimismo fue venerado como santo. La misma rápida metamorfosis experimentó en el 806 Nicéforo por obra del emperador del mismo nombre, y asimismo es hoy venerado como santo. También el patriarca Focio, sobrino o sobrino nieto de Tarasio, recorrió en el espacio de cinco días todos los grados desde el estado de seglar al de patriarca. Y en el siglo X León VIII, un papa al que se le considera un canonista, pasó en veinticuatro horas de seglar a papa.[7]

Constantino II (767-768), aunque elegido de forma anticanónica, ocupó el desprestigiado trono durante trece meses sin especiales dificultades, llevó adelante los negocios, ordenó clérigos y hasta presidió un sínodo. Pero después sucumbió a una conjura de personajes influyentes, entre los que se encontraba principalmente su canciller y preboste Cristóforo, cabeza de los funcionarios papales y su hijo el capellán Sergio. Puestos por el papa bajo arresto domiciliario, en la Pascua del 768 ambos prefirieron trasladarse a un monasterio de Spoleto, al de San Salvador de Rieti. Se comprometieron a permanecer allí mediante juramento; pero huyeron a refugiarse junto al rey longobardo.

114

Con permiso del mismo reunieron refuerzos en Rieti, y a finales de julio del 768 tales fuerzas marcharon sobre Roma a las órdenes del sacerdote Waldiperto. Allí se les abrió una de las puertas de la ciudad iniciando una serie de sangrientas batallas callejeras; pero un traidor, una criatura de Cristóforo, el archivero eclesiástico Gratiosus, apuñaló por la espalda al duque Toto. El papa Constantino huyó de una iglesia a otra, hasta que con su séquito más próximo fue apresado y encarcelado. Entonces Waldiperto, el hombre de Desiderio, sacó con toda celeridad del monasterio de San Vito, en el Esquilinio, al sacerdote Felipe con estas palabras: *«Philippus papa;* san Pedro ha elegido papa a Felipe». Como candidato del rey longobardo, hubo de sostener la política de éste. También lo reconocieron algunos sectores de la nobleza y del clero. Mas cuando Cristóforo logró afianzarse algo más tarde no admitió ningún «representante» propuesto por Desiderio. Se volvió al bando franco y repentinamente impuso la abdicación y retirada al monasterio del papa Felipe, que ya banqueteaba, asentando en la silla pontificia a su propio hombre: Esteban, amigo de los francos.[8]

Esteban III (768-772), hechura de Cristóforo, fue consagrado ya el 8 de agosto. E inmediatamente empezaron los feroces actos de venganza a las órdenes de un siciliano tan sin conciencia como taimado, largamente curtido en el servicio de la curia y decidido partidario de Paulo I.

A cardenales y obispos se les arrancaron ojos y lengua. A Constantino depuesto y

---

[7] Lib. Pont. Vita Steph. III 1 ss. Mansi 12,716 ss. MG Conc. II/l 83 ss. Einhard, Ann. reg. Franc. ad a. 767. LThK VII' 568 s. VIII[2] 884 s.IX[2] 1298 s. Kühner, Lexi-kon 71. Gregorovius I 2 385 ss. Hauck II 69. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche II 424. Seppeit ü 146 s., 360. Seppelt/Schwaiger 87 s. Haller, Das Papsttum I 321 s. Zimmennann, Papstabsetzungen 13 ss. Comp. Asimismo los ejemplos de carreras episcopales relámpago y anticanónicas en Scheibeireiter, Der Bischof 123 ss. También Deschner, Abennals 236 s.

[88] Lib. Pont. Vita Steph. III c. 5 ss. Gregorovius 12 387 s. Seppeit, Geschichte des Papsttums II 147 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 231 ss. Seppelt/Schwaiger 88. Haller I 321 s. de Bayac 76. Ampliamente en H. Zimmermann, Papstabsetzungen 13 ss., espec. 16 s. Fuhrmann/Martí 10. Hartmann, Die Synoden der Karolingerzeit 83.

descubierto casualmente se le arrastró por las calles de Roma en una procesión ignominiosa, se le encerró en una cárcel monástica y allí se le torturó a las órdenes del archivero eclesiástico Gratiosus, asesino también del duque Toto (y más tarde también él duque). No menos sangrienta fue la persecución de sus partidarios más allegados a los que se mutiló y cegó. Al obispo Teodoro, que apoyó al papa Constantino hasta el final, se le arrancaron los ojos y la lengua, lo encerraron en el monasterio de Clivus Scauri y allí sucumbió al poco tiempo entre horribles dolores. También a Passivus, hermano de Toto, lo encarcelaron en el monasterio de San Silvestre, siendo incautadas todas sus propiedades. Asimismo al sacerdote Waldiperto, el agente de los longobardos que había puesto sobre el trono pontificio a Felipe, se le hizo un proceso corto. Cierto que buscó asilo en un lugar sagrado, en la iglesia de Santa María Maggiore; pero fue arrancado de allí con la imagen de la Madonna a la que estaba abrazado y lo arrojaron a un calabozo de Letrán, donde murió mutilado.

En la Pascua del 769 se celebró un sínodo en Letrán; además de 24 obispos italianos, a él acudieron por primera vez 13 obispos francos. Esto subrayaba, como dijo Su Santidad en el discurso de apertura, el carácter ecuménico de la causa. Constantino, ya ciego, fue conducido e interrogado los días 12 y 13 de abril en la basílica. En la primera sesión confesó tener más pecados que arena había en el mar. Se postró en el polvo, pero declaró que el pueblo le había hecho papa por la fuerza al no estar satisfecho con el duro régimen de Paulo. Al día siguiente, en la sesión segunda, cambió de táctica. Recordó casos precedentes de consagraciones episcopales de no eclesiásticos y hasta de hombres casados. Hábilmente se refirió al ejemplo de dos de los príncipes eclesiásticos italianos más famosos: Sergio de Ravenna y Esteban de Nápoles, a quienes se había elegido siendo seglares. Sergio se encontraba entre los padres sinodales. (Y Miguel, sucesor de Sergio, fue a su vez elevado directamente del laicado a obispo, y como tal residió más de un año en Ravenna.)

115

En la Roma santa no gustaban las verdades (¡porque ya se tenía «la verdad»!). Así que los padres congregados se lanzaron furiosos sobre Constantino, abofetearon al papa al que habían destituido y lo arrojaron de la iglesia. Quemaron las actas de su pontificado, incluidas las de su elección, que el propio Esteban había firmado. Pero el papa entonó entonces un kyrie eleison y todos se postraron en tierra y se confesaron pecadores, por haber mantenido comunión con el reprobado Constantino. Condenado éste a una penitencia de por vida, vegetó probablemente hasta el fin de sus días en una cárcel monacal. Una y otra vez se echa de ver que los cristianos son de corazón compasivo; no a todos los enemigos se les elimina de inmediato. También aquí se vive y se deja vivir. Seppeit, que es católico, lo ignora. Y habla de un «embrutecimiento», de un «desenfreno criminal» incluso entre ciertos círculos eclesiásticos; «no se elevaron sobre el nivel de los bárbaros; y lo peor es que tales crímenes no fueron un caso singular de aberración, sino que vinieron a ser como una especie de anticipo de las feroces y devastadoras luchas partidistas, que con tanta frecuencia se repetirían en los siglo s siguientes dentro de las murallas de Roma».[9]

---

[9] Lib. Pont. Vita Steph. III. c. 5 ss. Kühner, Lexicón 52. Hartmann, Geschchte Italiens II 236 ss. Cartellieri I 175 s. Seppeit II 149 ss. Seppelt/Schwaiger 88. Haller I 321 s. Kühner, Das Imperium 87. Ferrari 281 ss. Zimmermann, Papstabsetzungen 17 ss.. 30 ss. Haretmann, Die Synoden 83 ss. Fuhrmann/Martí 11.

En el sínodo de Letrán del 769 fue excluida, al menos en teoría, la población laica de la elección papal. Por el contrario, en los primeros siglo s había sido toda la comunidad, incluida la de Roma, la que elegía a los obispos. Y hasta mediado el siglo ni cualquier laico podía ser elegido obispo: bastaba con que fuese honrado, hospitalario, veraz, complaciente, no aficionado al dinero, buen esposo y buen padre de familia. Realmente demasiado bueno. Y en Occidente todavía hasta el siglo VI fue fundamentalmente la comunidad entera la que elegía su obispo. Entonces, sin embargo, el derecho de la elección activa quedó circunscrito al clero romano y el pueblo quedó excluido. Éste sólo conservó el derecho de aclamación con el que suscribía el decreto de elección.

116 La política de Esteban III se concentró, por lo demás, en impedir cualquier entendimiento entre francos y longobardos, poniéndose alternativamente del lado de un bando o del otro. Primero denostó al rey longobardo Desiderio, al que después exaltó. Cambió «de opinión y de compañeros de alianza según las necesidades» (Kühner, católico). Ante los jóvenes soberanos francos Carlos y Carlomán, hijos de Pipino, se quejó de Desiderio, escribiendo primero a ambos hermanos conjuntamente y después por separado. Más aún, acabaría llevando a cabo negociaciones secretas con Carlomán contra la política de Carlos.[10]

El papa Esteban III impulsa otra guerra contra los longobardos

A la muerte de Pipino, en septiembre del 768, Carlos había obtenido la mayor parte de la herencia septentrional, que se extendía desde el oeste de Aquitania hasta Frisia y Turingia; Carlomán, diez años menor y que probablemente andaba por los 16, recibió la parte meridional, que era mayor y comprendía las regiones de Alamania, Aisacia, Burgundia, la Provenza, Septimania y la otra mitad de Aquitania. La frontera corría así de suroeste a noroeste cruzando todo el reino, teniendo parte ambos herederos en los territorios centrales francos de Austrasia y Neustria, en el este germánico y en el oeste romano. De todos modos la participación mayor de Carlos abrazaba formalmente la de su hermano.

Ambos hermanos habían sido ya ungidos (754) en Saint-Denis por el papa Esteban II y habían sido nombrados patricios de los romanos. Pero en su solemne ascensión al trono el 9 de octubre del 768, el día del primer obispo de París, san Dionisio, uno de los santos nacionales franceses y de los 14 remediadores, de nuevo fueron ungidos como reyes por los obispos: Carlos en Noyon y Carlomán en Soissons.[11]

Pronto surgieron las diferencias entre los herederos del reino, tan pronto como Carlomán no participó en el sometimiento (769) de Aquitania, que le había correspondido en una mitad, en la primera guerra de Carlos «con la asistencia de Dios» (Anales reales). Según Einhard (o Eginardo), Carlos soportó «con gran paciencia» y ante la admiración general aquella «desatención y celotipia» de su hermano.

---

[10] I. Tim. 3, 1 ss. MG Conc. II/l 79; 86 ss. Kühner, Lexikon 52. Seppeit 11 151 ss. Seppelt/Schwaiger, Das Imperium 87. Schneider, Geistesgeschichte II 246. Zimmermann, Papstabsetzungen 24. Ullmann, Die Machtstellungen 469. Lotter, De-signation 148. Ver asimismo la nota precedente.

[11] Einhard, Vita Karoli 3, Ann. reg. Franc. ad a. 754; 768. LMA V 956; 996. LThK III² 408. HEG I 549. Mühibacher I 124 s. Brühl, Fodrum 56. de Bayac, Kari 43 s. Fleckenstein (1990) 21 s.

Pero en Roma las crecientes desavenencias de los dos príncipes francos inquietaron a Esteban III, que había subido al trono pontificio gracias sobre todo a los curiales profrancos y muy especialmente al poderoso Cristóforo. La inquietud se convirtió en turbación profunda al tener noticias el papa de un plan matrimonial entre las casas reales de trancos y longobardos. Pues los francos, que hasta las guerras de Pipi-no en favor del papa habían mantenido larga amistad con los longobardos, tenían que continuar siendo enemigos de sus vecinos en Italia según los cálculos de los papas romanos. Mas la preocupación del papa fue tanto mayor cuanto que los longobardos ya estaban asociados también con Baviera mediante un matrimonio de Liutperga, hija de Desiderio, con el duque Tassilo, y Desiderio pidió además para su hijo Adel-chis la mano de Gisla, hermana de Carlos (y que, por lo demás, pronto acabó monja).

117

Ahora bien, ni siquiera Pipino, un hombre temeroso de Dios, había querido llevar el título de *«defensor ecclesiae»,* contentándose con ayudar al papa «caso por caso» (Deér). Y, en efecto, en sus últimos años, tras las batallas combatidas en Italia por el afán romano de poder, había evitado cualquier conflicto con los longobardos. Ningún grito de reclamación o de guerra por parte del papa pudo ya moverlo a intervenir. Tras su muerte, también la reina madre Bertrada desarrolló una política programática de paz, procurando unas buenas relaciones tanto con los longobardos como con los bávaros y su duque Tassilo. Con el fuerte apoyo de los nobles francos impulsó —«por la causa de la paz» *(Anuales regni Francorum)*— el matrimonio del joven heredero real Carlos con una de las hijas del rey longobardo Desiderio. (Se ignora su nombre, aunque a consecuencia de un error de interpretación de las fuentes a menudo se la llama Desiderata; otros historiadores le dan el nombre de Ermengarde o Bertrade.)

Tal situación inquietó enormemente a Esteban III y a su hombre el preboste Cristóforo. El papa recordó a los dos príncipes francos sus promesas y las de su padre, de «salir fiadores con todo vuestro poder y en todo tiempo de los derechos de san Pedro». De nuevo les conjuraba «por el día del juicio final, y el mismo san Pedro os exhorta por ellas [las promesas hechas] a procurar incesantemente el derecho de la santa Iglesia». Pero les recordaba sobre todo a los jóvenes soberanos su compromiso solemne de tener siempre los mismos amigos y los mismos enemigos que el papa; lo cual excluía cualquier vinculación con un pueblo criminal, «que no deja de atacar a la Iglesia de Dios y de devastar las provincias romanas».

Y como el rey Desiderio no devolvía los bienes reclamados por Esteban, éste hizo todo lo posible por impedir las uniones planeadas y la paz y reconciliación entre ambos pueblos. En una larga epístola desbordante de rencor recordaba los juramentos de los reyes cuando eran niños, declaraba el pretendido matrimonio como una sugestión diabólica, lo denigraba como un «concubinato» y lo prohibía solemnemente invocando a Dios y con la autoridad de san Pedro. Calificaba de locura sin más que el famoso pueblo de los francos, más ilustre que cualquier otro, y su noble y gloriosa casa real fueran a contaminarse mediante el hermanamiento con el pueblo desleal, cruel y apestoso de los longobardos, «el cual ni siquiera se cuenta entre el número de los pueblos *(quae in numero gentium nequáquam computatur)* y de cuya nación procede el linaje de los leprosos *(leprosorum genus).*

118

Las fuentes curiales, el *Líber Pontificales* y las famosas cartas del *Codex Carolinus*

(99 en total según el único manuscrito que hoy se conoce, sin datar y compuesto casi exclusivamente con los escritos papales a los carolingios entre los años 739 y 791) desacreditan de continuo a los longobardos. Y, sin embargo, por entonces eran culturalmente superiores a los romanos con un arte muy significativo (aunque fuese con ayuda de artistas bizantinos). También en el campo religioso quienes, por desgracia, ya se habían hecho católicos se mostraron sumamente activos con la fundación de iglesias, hospitales y monasterios. «Una ola de fundaciones eclesiásticas recorrió todo el país... Nosotros ni siquiera... podemos enumerarlas, pues son muchísimas» (K. Schmid). Pero el papa pregunta a Carlos si quiere convertirse en el antepasado de unos leprosos y conjura a los príncipes francos por el cielo y el infierno a que no se desposen con ninguna hija de Desiderio, sino que contribuyan a la devolución a la Iglesia romana de los bienes que le son propios.

El santo padre no se cansa de presionar a los jóvenes soberanos francos: «Vosotros sois dos por voluntad y designio de Dios... Realmente no os está permitido... No debéis... Reflexionad también... Recordad asimismo... Tampoco olvidéis... Recordad además... Pensad más bien...», etc. El franco tenía que ser amigo de los amigos del papa y el enemigo de sus enemigos. Luego no era posible establecer alianza alguna con el «pueblo perjuro de los longobardos», el cual «desde siempre había sido enemigo de la Iglesia de Dios». El eminentísimo romano lanza estos truenos retóricos *como finís operis;* «Por eso os conjura por mi medio el príncipe de los apóstoles, san Pedro, a quien el Señor entregó las llaves del reino de los cielos y la potestad de atar y desatar en el cielo y en la tierra, y asimismo os conjuramos nosotros con todos los obispos, sacerdotes, abades, monjes y todo el clero, todos los grandes y ricos y el pueblo todo de este país, por el Dios vivo y verdadero, por el día terrible del juicio final, por todos los misterios divinos y el santo cuerpo del apóstol Pedro, para que ninguno de vosotros se despose con la hija del rey Desiderio. Tampoco deis por mujer al hijo de Desiderio a vuestra hermana Gilsa, noble y amada de Dios. No repudiéis tampoco a vuestras mujeres, reflexionad más bien sobre cuanto habéis prometido a san Pedro. Alzaos poderosamente sobre nuestros enemigos, los longobardos, y obligadles a devolver las propiedades de la Iglesia de Dios y del Estado romano».

119

Está más que claro lo que el santo padre quería: Guerra, guerra y guerra. Y para dar a su escrito una mayor eficacia lo depositó sobre la pretendida tumba de san Pedro, celebró sobre ella la cena del Señor, afirmó solemnemente que enviaba la misiva con lágrimas y remataba con este encantamiento —*finís coronal opus:* «Si alguien osase algo contra el contenido de esta nuestra exhortación, debe saber que... queda atado con las cadenas del anatema, excluido del reino de Dios y condenado con el diablo y toda su horrible pompa infernal y todos los impíos a arder en el fuego eterno».[12]

Es la primera amenaza de anatema contra un rey franco. De todos modos Carlos

---

[12] Cod. Caro1. 45; 47. Einhard, Vita Karoli 3; 5 s., 18. Ann. reg. Franc. ad a. 769. LMA II 2202. III 725. Gregorovius I 2 393 s. Hauck II 74 s. Mühibacher I 125 ss. Cartellieri I 179 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 251 ss. Eichinann, Das Exkom-munikationsprivileg 164. Haller I 323 s. Id., Abhandiungen 29 s. Voigt, Staat 436. Wühr, Das abendiándische Bildungswesen 35. Konecny 61 ss. Classen, Kari 545 s. Seppelt/Schwaiger 89. Schmid, Zur Ablosung der Langobardenherrschaft 7 ss. Bütt-ner, Geschichte des Elsass 126. Haendier, Die lateinische Kirche 69. Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnisse.n-22.. Id., Kari (1991) 31. de Bayac 76 ss. Fuhrmann/ Martí 12.

desposó a la princesa longobarda. En la Navidad del 770 la tomó por esposa en Maguncia. Presumiblemente por motivos tanto personales como políticos volvió a repudiarla un año después, por lo cual se procuró la enemistad a muerte de Desiderio, padre de la mujer, mientras que el papa no protestó para nada (¡destacando así la tan proclamada indisolubilidad del matrimonio!). Esteban, que en su epístola también recordaba la naturaleza inferior de las mujeres en general, a Eva pecadora y la pérdida del paraíso, insistía también en el hecho de que ambos reyes ya estaban legítimamente casados. Esto sólo era cierto de Carlomán, pero falso de Carlos. Su unión con Himiltrud, que ya le había dado un hijo, Pipino, no era un matrimonio legítimo. Tampoco el enlace siguiente con la nieta del duque alamán Gotfried, Hildegard, una muchacha suabia con 13 años recién cumplidos —a la cual san Carlos le hizo un hijo casi cada año de los diez que convivieron, habiendo muerto ella después—, respondía a las normas canónicas, sin que a cuanto sabemos hubiese protestado jamás la Iglesia.

Eso difícilmente podían impedirlo los papas. ¡Pero la pérdida de sus bienes! Esteban se imaginaba abandonado de los francos. Y casi mientras todavía intrigaba y clamaba contra los longobardos denostándolos suciamente, empezó ya a establecer contacto con ellos. Si les había difamado con todos los horrores negándoles cualquier humanidad, y si a su rey siempre le había calificado de «el más perverso», ahora se puso rápidamente de su parte.

A Su Santidad la oscilación constante le resultó tanto más fácil cuanto que en la propia corte pontificia había un partido longobardo, a cuyo frente estaban el chambelán Paulo Afiarta (comprado con «dádivas» por Desiderio) y el duque Juan, hermano del propio Esteban. Por el contrario los caudillos de la facción franca fueron sacrificados a la nueva política. El pontífice romano no vaciló en denunciar ante el rey longobardo a Cristóforo, el archicapellán de su Iglesia, y a su hijo el capellán Sergio, a quienes debía incluso la corona papal, y simplemente porque ahora le estorbaban. De acuerdo con el conde franco Dodo, un emisario de Carlomán, aún intentaron un golpe de mano con la detención de Afiarta, y quizá hasta un atentado contra el papa. Irrumpieron en el palacio de Letrán, pero Afiarta escapó y el papa huyó a refugiarse junto al rey longobardo, que había acudido en peregrinación a Roma para orar en el sepulcro del apóstol, aunque con la precaución de llevarse su ejército, ya que quería naturalmente liquidar la facción francófila de la curia romana.

120

Los secuaces de Afíarta arrastraron a Cristóforo con su hijo hasta las murallas de la ciudad, fijaron sus víctimas a unos palos y ante una multitud enardecida y atronadora les sacaron los ojos y les cortaron la lengua. Cristóforo murió a los tres días en el monasterio de Santa Ágata, Sergio, el hijo, asimismo cegado desapareció primero en el monasterio de Clivus Scauri y después en un calabozo de Letrán, hasta que finalmente el ciego, con la colaboración de altos funcionarios eclesiásticos y del hermano del papa Esteban, fue azotado y estrangulado enterrándolo todavía semivivo.

Pero el mismo papa, que tanto había gustado de dar a Desiderio el calificativo de «perversísimo», lo exalta ahora ante la reina Bertrada y el rey Carlos como su salvador, que le ha librado de los ataques desalmados de Cristóforo y del complot con el conde Dodo y sus insinuaciones diabólicas. El mismo papa, que sólo unos meses antes había llamado a los longobardos raza apestosa, de la que procedía la lepra, escribía ahora a

Bertrada y a Carlos «que con ayuda de nuestro hijo Desiderio, rey de los longobardos, que precisamente se encuentra junto a Nos para cumplir con sus deberes para con san Pedro». Y unas líneas después insiste:

«Creednos, sin la ayuda de nuestro ilustre hijo, el rey Desiderio, Nos y todo nuestro clero y todos nuestros fieles habríamos encontrado la muerte». Para concluir brevemente: «Con nuestro hijo ilustre y protegido de Dios, el rey Desiderio, hemos establecido una paz firme, por cuanto él ha reconocido plenamente todos los derechos de san Pedro; lo que también os comunicarán vuestros enviados».

Por lo demás, el rey longobardo pronto dejó a Esteban III en la estacada, por lo que el papa volvió a romper laSTelacíones con él. Y entonces ocurrió un cambio total y repentino de la situación política.[13]

Soberanía exclusiva y antijurídica de Carlos y el comienzo de la guerra pro papa

Poco antes de morir el papa Esteban a finales de enero del 772 había muerto Carlomán (tras haber hecho grandes donaciones a iglesias y monasterios, y especialmente a la catedral de Reims y a la abadía de Saint-Denis) el 4 de diciembre del 771, junto a los bellos bosques de Laon donde le gustaba cazar. Sólo tenía veinte años. Tal desgracia impidió probablemente una guerra fratricida que ya se perfilaba. Carlos, que por entonces frisaba probablemente los 30, se convirtió en soberano de todo el reino franco. Con una flagrante violación de la ley, toda vez que postergó el derecho hereditario de los dos hijos de Carlomán, ambos todavía niños, y con una acción rápida de saqueo se adueñó del reino de su hermano.

121

Se trataba en definitiva de una tradición cristiana secular, tanto en el este como en el oeste. Y además se daba en la familia, toda vez que de manera muy parecida ya Carlos Martell, abuelo de Carlos —además (¿y también?) bastardo— había excluido a los herederos directos. Y Pipino, padre de Carlos, ¿no había tonsurado en el 754 a los hijos de su hermano, el depuesto Carlomán, encerrándolos en un monasterio y enterrando en él para siempre su derecho de herencia? Los fundadores de Europa. Los grandes modelos europeos. ¡Los ideales de Europa!

Carlos corrió hacia Corbény (un palacio carolingio en la antigua vía romana entre Laon y Reims), distante sólo unos kilómetros del lugar en que había muerto su hermano, y convocó a sus nobles. Acudieron en su mayoría, sin que faltasen ni obispos ni abades, y refrendaron el golpe de estado de Carlos. Los anales del reino mencionan, entre quienes se sometieron ante todo, «al obispo Wilhar de Sedunum (Sitien im Wallis), al sacerdote Folrad y a muchos otros eclesiásticos». Y como la violencia precede al derecho —también y precisamente entre el alto clero—, pronto la gran violencia fue preludio de grandes ventajas. El violador del derecho, Carlos, se convirtió en sucesor del reino de su hermano, que —según ya se dijo con un

[13] Lib. Pont. Vita Steph. III c. 28 ss. Ibíd. Vita Hadr. c. 10 ss. Enhard, Vita Karoli 18. Cod. Caro1. 48. Hauck II 76 s. Gregorovius I 2 390 ss-, 396. Mühibacher I 128 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 253 ss. Büttner, Geschichte des Elsass 127. Classen, Kari 546 s. Seppelt/Schwaiger 89 s. Haller I 324 s. de Bayac 79 ss. Fleckenstein, Kari (1990) 23. Braunfeis (1991) 38 s.

eufemismo jurídico— le correspondía «por derecho de expansión». Fue proclamado y ungido. Pero incluso más tarde sus documentos evitan cautelarmente hasta mencionar el nombre de Carlomán. Su viuda Gerberga huyó con sus hijos al palacio del rey longo-bardo Desiderio.

Sobre la infancia y juventud de Carlos casi no sabemos nada, extrañamente. Hasta se discute el año de su nacimiento. A menudo —y de acuerdo con los anales supuestamente más fiables— se señala como tal fecha el 2 de abril del 742. El nuevo *Lexicón des Mittelalters* (todavía inconcluso) da, sin embargo —de conformidad con otras fuentes pretendidamente de segunda categoría— «el 2 de abril del 747». El día concreto procede de un antiguo calendario del monasterio de Lorsch.

Durante mucho tiempo se consideró también a Carlos como hijo nacido fuera de matrimonio; se creyó que había nacido antes de que se casasen sus padres: Pipino y Bertrada, hija del conde Cariberto de Laon; una relación que sólo años más tarde se convertiría en verdadero matrimonio. Esto podría explicar, entre otras cosas, por qué no se entendió con su hermano Carlomán, nacido ciertamente dentro del matrimonio. También se explicaría perfectamente bien la sorprendente discreción de su biógrafo Einhard, quien en su *Vita Karoli Magni* escribe: «Yo considero absurdo hablar del nacimiento, infancia y juventud de Carlos, ya que hasta ahora nunca se ha hablado de ello y hoy ya no vive nadie que pudiera informar al respecto».

122

Cierto que Einhard escribió su famoso libro quince o veinte años después de la muerte de Carlos; pero veinte años antes de esa fecha vivía ya en el palacio del rey por entonces cincuentón. Pronto entró a formar parte de su círculo familiar más íntimo, sentándose a su mesa y convirtiéndose en su confidente; por lo cual resulta totalmente inverosímil que no hubiese oído nada sobre la infancia y juventud de su héroe y que ni siquiera hubiese conocido la fecha de su nacimiento. Y sobre todo cuando el propio Einhard dice que Carlos hablaba casi de continuo, que se le podría considerar un «parlanchín». También Paulo el Diácono cuenta que a Carlos le gustaba hablar de sus antepasados. Pero los *Anales* del reino sólo lo mencionan por su nombre una única vez antes de iniciar su gobierno (con la unción de Esteban II en Saint-Denis). Por lo demás, no es sólo en tiempos recientes cuando se afirma que ya existía una unión de Pipino y Bertrada al tiempo de nacer su hijo mayor. Como quiera que sea, eso encaja mejor con la imagen del «padre de Europa», para no hablar de su santidad, de la que en su tiempo los papas ciertamente nada dejaron vislumbrar.[14]

El sucesor de Esteban fue Adriano I (772-795), que reinó más tiempo que ninguno de los papas que le precedieron.

Adriano, perteneciente a la nobleza romana, era ya el tercer papa de la casa Colonna, y a su vez un decidido favorecedor de sus parientes, que ocuparon los cargos más importantes del Estado. Su tío Teodato era sochantre de la Iglesia y llevaba el título de cónsul y dux. Su sobrino Pascual llegó a ser asimismo durante su gobierno preboste *(primicerius:* algo así como el jefe de gobierno actual). Otro sobrino, Teodoro, alcanzó también gran influencia en Roma.

---

[14] Einhard, Vita Karoli 4; 25. Ann. reg. Franc. ad a. 771. MGH Antiquit. Poet. lat. I 483 ss. Taddey 624. LMA I 2038. III 222; 1737 V 956. Mühibacher I 119 ss., 136 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 35 ss., 47. de Bayac 82 ss., 386. Braunfeis, Kari (1991) 22, 117. Fleckenstein. Kari (1990) 23 s. Riché, Die Karolin-ger 114. El HEG I 549 (Schieffer) no dedica una sola palabra a la ilegalidad de la anexión: «inmediatamente Carlos tomó posesión del reino de su hermano...».

En política exterior Adriano rompió con la actitud prolongobarda que al final venía manteniendo su predecesor. Pronto montó un frente contra Desiderio, que se negaba a devolver a la Iglesia romana algunas ciudades y territorios, fruto de las guerras de rapiña de Pipino. Por orden papal tan pronto como Paulo Afiarta, partidario de los longobardos, regresaba de la corte de los mismos, fue apresado por el arzobispo León de Ravenna, quien le hizo torturar y ejecutar.[15]

La eliminación de los cabecillas de la facción prolongobarda de la curia provocó de nuevo las amenazas y ataques del rey longobardo contra el Estado de la Iglesia, con los obligados incendios, saqueos y asesinatos. Y así llegaron de nuevo los gritos de socorro del papa, en nada diferentes de los de su predecesor Esteban II, que en tiempos había llamado a Italia a Pipino, padre de Carlos. Y así como en su tiempo el papa Esteban insistió en la guerra, así lo hizo también entonces el papa Ha-driano. Abiertamente le recordó a Carlos el ejemplo de Pipino. Repetidas veces le exhortó y presionó para que interviniera «contra Desiderio y los longobardos en el servicio de Dios, en favor de los derechos de san Pedro y para consuelo de la Iglesia», y para «completar la redención de la santa Iglesia de Dios». De ese modo preparó el camino a la intervención de Carlos en Italia, quien después marcharía cinco veces hacia el sur, anticipando las numerosas campañas italianas, que en el futuro llevarían a cabo los emperadores germánicos.

123

Por lo demás, Adriano, que probablemente era un diplomático más hábil que Carlos y que intentaba sacar lo que *rebus síc stantibus* podía sacarse, sólo vio tres veces personalmente al rey franco (quien prometía gustoso, pero que una y otra vez retrasaba sus viajes a Roma). Entonces, cuando Desiderio se convirtió también en defensor de los derechos de la viuda Gerberga, que había recurrido a él, y de los hijos de Carlomán menores de edad, a los que su «gran» tío había arrebatado su herencia, la mitad del reino franco, éste tras larga deliberación con sus nobles invadió con (otra) guerra el reino longobardo, que junto al franco era el único reino germánico todavía existente. Era el año 773. «En el mundo no había sitio para los dos» (Cartellieri).

¿Por qué no?

Einhard dice a este respecto: «A ruegos del obispo Adriano de Roma emprendió [Carlos] la guerra contra los longobardos. Era una guerra que ya su padre Pipino había acometido a instancias del papa Esteban, y no sin grandes dificultades, pues algunos nobles francos, con quienes habitualmente tomaba consejo, se pronunciaron tan resueltamente contra su propósito, que incluso llegaron a declarar abiertamente que abandonarían al rey y se volverían a sus casas».

Tampoco esta vez tenían los francos muchos deseos de sacar las castañas del fuego al santo padre. También esta vez se inclinaban por la paz. Pero el rey dio la orden tajante de marcha. Su ex suegro le resultaba odioso, y peligroso sin más, desde que se hacía protector de los huérfanos carolingios y no sólo defendía el derecho hereditario de los hijos de Gerberga, sino que incluso había intentado inducir al papa para que ungiera reyes a los hijos de Carlomán. No fue casual que Carlos empezase por apoderarse en Italia de la familia de su hermano, haciéndola así inofensiva. El

---

[15] Lib. Pont. Vita Hadr. 1 ss. Vita Karoli c. 3. Ann. Lobienses a. 771. LMA IV 1821. Mühibacher I 133 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 259 s. Seppeit II 158 ss. Seppelt/Schwaiger 90. Stern/Bartmuss 92 s., 21. Aubin, Die Umwandiung 122. Epperlein, Kari 17 s. Bullough, Kari 45. Haller I 325. Fuhrmann/Martí 14 ss. Steinbach, Das Frankenreich 59 s. Fleckenstein, Kari (1990) 25. Braunfeis, Kari (1991) 80.

papa, cuyas tropas alistadas por todas partes no podían ni de lejos hacer frente al poderío militar de sus enemigos, ardía de impaciencia por la intervención de Carlos. Mas como éste no deseaba aparecer ante los ojos del mundo como el tío malo que realmente era, ni como urdidor de una guerra contra los longobardos católicos, hizo algunas ofertas de mediación a su hermano de fe y ex suegro; con la esperanza cierta de que las rechazase, como así ocurrió.

124

Y todavía durante el curso de las negociaciones ya Carlos había establecido conexiones secretas con la oposición longobarda. Una buena parte del clero de allí le era especialmente afecto; en ese bando se encontraba un enemigo particular de Desiderio, el abad fundador Anselmo de Nonantola (que antes había sido duque de Friul), que también pudo haber facilitado la victoria de Carlos. Y naturalmente el franco inició los preparativos de la guerra, cuando todavía aguardaba el fracaso de las negociaciones de paz. Su soldadesca apostada en Ginebra, y en la que figuraban obispos, abades y los clérigos de la capilla palatina, era extraordinariamente numerosa y estaba perfectamente armada. Después de haber dividido las tropas en dos contingentes, una columna del ejército avanzó hacia Italia a las órdenes de su tío Bemhard, hermanastro ilegítimo de Pipino III, cruzando el Gran San Bernardo, el «Monte Júpiter»; mientras que la fuerza principal lo hacía por Mont Cenis, al mando personal de Carlos.

Si ya resultaba difícil cruzar los Alpes con incontables carros y miles de caballos, parecía casi imposible tomar los pasos que los longobardos habían cerrado y cruzar los desfiladeros, «las Puertas de Italia». Murallas, obras de fortificación y torres cerraban las gargantas de los valles entre monte y monte. Encajonados entre murallones abruptos quedaron inmovilizados los francos, con su caballería menos capaz de maniobrar todavía que sus tropas de a pie. Carlos, acurrucado y malhumorado en su tienda, celebraba un consejo de guerra tras otro con sus militares, parlamentaba con los longobardos y suavizaba cada vez más sus exigencias; pero en vano. Entonces un diácono hábil, enviado por el arzobispo León de Ravenna condujo una *scara francisca* (la guardia de corps, una unidad especial notablemente aumentada, a las órdenes según parece de Carlos, una llamada tropa de élite y la única armada de modo permanente) por una cima elevada, que no estaba defendida: la que siglo s después, persistiendo todavía las ruinas de tales fortificaciones, se llamaría «Vereda de los francos». Sorprendidos los longobardos al ver repentinamente a los francos en su retaguardia, se creyeron cercados y abandonaron a la desbandada sus posiciones. Fue un ardid, que Carlos utilizó con frecuencia en la guerra contra los sajones, contra Tassilo de Baviera y contra los avaros. Seppeit habla de un «arte estratégico superior».[16]

El agresor conquistó primero Turín y después su ejército, cruzando la llanura del Po «como una inmensa marea de hielos flotantes» (Stór-mer), cayó sobre Pavía. Carlos se reunió con el otro cuerpo de ejército y a finales de septiembre puso cerco a la ciudad residencial longobarda, fuertemente fortificada y bien provista de soldados, armas y víveres.

125

[16] Ann. reg. Franc. a. 773. Einhard, Vita Karoli 3; 6. LMA IV 1821. Mühiba-cher I 134 ss. Seppeit II 161 ss. Brühl, Fodrum 397. Stórmer 1 175 s. Epperiein, Kari 20 ss. de Bayac 104 s. Fleckenstein, Kari (1990) 25. Braunfeis, Kari (1991) 36 ss. Ver asimismo la nota siguiente.

Carlos se dispuso a un largo asedio, hizo traer a sus hijos de la lejana patria y también a su esposa Hildegard, que tenía catorce años. Y cuando oyó que Adalgis, hijo de Desiderio, se había refugiado con la viuda y los hijos de Carlomán en Verona, entonces la ciudad de Italia más fortificada sin duda, partió en seguida hacia allí con una pequeña tropa.

Ya fuese debido a una traición o mediante una rendición regular, lo cierto es que Verona capituló pronto. Los parientes, Gerberga con sus hijos, pasaron a disposición de Carlos; pero las fuentes callan sobre su destino. En el mejor de los casos —como ya veinte años antes los queridos parientes de su padre Pipino— terminaron tonsurados en monasterios. Y en cualquier caso desaparecieron de la historia y con ellos se difuminaron las últimas pretensiones hereditarias a casi la mitad del reino franco. Una buena tradición de familia entre los francos. Adalgis escapó en el último momento hacia el Épiro y, tras una estancia intermedia en Salemo, al año siguiente huyó a Bizancio, cuando Carlos se presentaba en Roma.[17]

La avaricia de Adriano y el expolio del reino longobardo por Carlos

Pasó el invierno. Y mientras en el norte las ciudades longobardas iban cayendo una tras otra, el papa obstinadamente y en secreto procuraba adueñarse de las poblaciones longobardas de Italia central, pasando a sus manos un lugar tras otro. Sin embargo, estuvo especialmente interesado en el ducado de Spoleto donde precisamente había puesto como príncipe a Hildebrando, quien después se separó de él reconociendo como su soberano a Carlos; éste a su vez ya no devolvió Spoleto al papa. Pero de inmediato el Estado de la Iglesia experimentó una ampliación considerable.

En Pavía hacía ya mucho que habían terminado con todos los animales domésticos cazando ahora gorriones y ratas. Mas, pese a la hambruna feroz, pese a las epidemias y a las numerosas víctimas mortales, la ciudad continuaba sin caer. Así que antes de la Pascua Carlos dirigió sus pasos a Roma para orar en la (pretendida) tumba del príncipe de los apóstoles o, como se dice en los llamados Anales de Einhard: «para cumplir allí con su devoción». Es una expresión que los Anales reales repiten cada vez que Carlos viajaba a Roma, para cumplir allí sobre todo con su devoción.

Y allí tuvo una recepción triunfal el Domingo de Ramos, 2 de abril del 774. Ya a treinta leguas de Roma acudieron a saludar al franco los comandantes del ejército papal. Cerca de la ciudad estaban los niños de las escuelas con palmas y ramos de olivo. Hasta cruces —lo que habitualmente sólo se acostumbraba con los supremos soberanos— envió el atento anfitrión a su huésped. Éste por su parte se acercó al santo padre delante de San Pedro, en cuyo edificio se hospedaba por entonces con sus consejeros; Carlos subió de rodillas las escaleras besando cada uno de los peldaños, como hacía todo el mundo. Ya arriba el pontífice agradecido lo abrazó, rodeado de cardenales y dignatarios, mientras los sacerdotes cantaban: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!». Dándose la mano acudieron a la (supuesta) tumba del apóstol Pedro y se arrodillaron reverentes.

[17] Ann. reg. Franc. 773 s. Einhard, Vita Karoli 3; 6. LMA III 725. Mühibacher I 134 ss. Seppeit II 163. Stórmer I 175 s. Epperiein, Kari 20 ss. de Bayac 104 s. Fleckenstein, Kari (1990) 25.

Domingo y lunes se celebraron solemnes oficios religiosos, y sin duda que los banquetes y las comidas de trabajo no fueron menos impresionantes. (Carlos, que era un bebedor muy moderado, arremetió a fondo con los manjares, como era su costumbre, necesitando una liebre entera con cuatro o cinco entremeses para quedarse satisfecho.) Pero ahora, por deseo papal, se cantaron también las laudes regias y aclamaciones al papa, al rey y al ejército franco. «¡Cristo, óyenos!» cantó con una voz potente quien luego sería santo y a quien el papa Adriano honraba de continuo con el calificativo de «el Grande», sobrenombre con el que pasó a la historia («Carlomagno»),

El miércoles santo, 6 de abril, el anfitrión abordó —en la iglesia de San Pedro— el asunto capital, que condicionaría todo su largo pontificado.

Apremiado por el papa insaciable a cumplir entonces las promesas, que en tiempos su padre y él mismo con su hermano Carlomán habían hecho al bienaventurado Esteban en el reino franco, Carlos renovó la «donación pipiniana» del año 754. Mandó a su canciller (notario) Hiterio que redactase un documento igual al de la tan controvertida donación de Quierzy («con el contenido preciso de aquella donación»). Es decir, que otorgaba a san Pedro «aproximadamente tres cuartas partes de Italia» (Kelly). El tal documento lo suscribieron él y sus grandes, primero sobre el altar del apóstol y después sobre su pretendida tumba, la *Confessio beati Petri;* diríase que poniendo la propia mano sobre el cadáver (ausente) de san Pedro, «en firme seguridad y memoria eterna de su nombre y del reino de los francos».

Sólo el cielo sabe lo que pudo pensar al respecto su soberano. En cualquier caso Carlos ya no se comportó como su padre Pipino. Supo distinguir entre el príncipe de los apóstoles y el papa y, aunque se mostró generoso en sus promesas, ciertamente que se quedó muy lejos de cuanto el santo padre habría querido. Y es que, como casi todos los santos padres, no podía darse por satisfecho con aquella guerra.

De las 55 cartas que se conservan de Adriano 1,45 están dirigidas a Carlomagno y se refieren casi exclusivamente a las posesiones papales, al miedo de perderías y al afán de incrementarlas; todo desvelado, desnudo y nauseabundo. («Mi reino no es de este mundo».) Quería grandes zonas de Italia. No se contentaba sólo con Tuscia, Spoleto y Córcega. Con «una audacia hasta entonces inaudita» (Ullman) pretendía territorios, que nunca pertenecieron a los longobardos sino que eran bizantinos, como Venecia e Istria. ¡Hasta amenazó al emperador con la excomunión por los territorios no devueltos!

127

Adriano, a quien incluso un concilio celebrado en París, en el 825, calificó de «falta de juicio, supersticioso, insensato, indecente y vituperable», se reclamaba ya a la «Donación constantiniana», por cuanto exhortaba a Carlos a imitar con celo el ejemplo del gran soberano, que bajo el papa Silvestre tan generoso se había mostrado con la Iglesia. «Los documentos sobre ese acuerdo se conservan en nuestros archivos de Letrán», declaró a Carlos. Pero cuando éste solicitó echar un vistazo y quiso ver la testificación de las donaciones, el papa rehusó presentar el original.[18]

---

[18] Ann. reg. Franc. a. 774. Cod. Caro1. 60. Kühner, Lexikon 54. Kelly 111. HEG 1549 s. Incluso el HKG III 1 167 consigna: «Carlos no llegó a Roma sólo para rezar». Seppeit II 163 ss. Mühibacher I 138. Cartellieri I 186. Heiler, Der Katholizismus 297. Id., Altkirchiiche Autonomie 236. Daniel-Rops 495, 501. Caspar, Das Papsttum unter fránkischer Herrschaft 158. Haller I 327 ss. II 33. Ullmann, DieMachtstellung 140 ss., 190. Epperiein, Kari 65. Bullough, Kari 49. Seppelt/Schwaiger 90. Beumann, Das Paderborner Epos 376 ss. Fritze,

En vez de eso Adriano —«un maestro en el arte de pordiosear» (H. von Schubert)— envió reclamación tras reclamación, envió emisarios y exigió todo «cuanto en el curso de los tiempos emperadores, patricios y otras gentes temerosas de Dios [habían otorgado] al apóstol Pedro...», etc. «Créenos, grande y cristianísimo rey, hijo bueno e ilustrísimo, y ten plena confianza en que el Dios omnipotente te otorgará sin cesar salud y victoria incomensurable, en la medida en que con celo fiel y conforme con tu promesa [te mantengas] en el amor al príncipe de los apóstoles...», etc., etc.

Durante largo tiempo, y confiando en el biógrafo de Adriano, los historiadores creyeron que Carlos a su vez había ampliado notablemente la donación de su padre y que le había asignado la mayor parte de Italia, aunque por desgracia con la exclusión del reino longobardo del norte. «Hoy esa opinión ha sido abandonada» (De Bayac). Pero más tarde hasta circuló la fábula de que Carlos había cedido en Roma a san Pedro una parte de Sajonia, así como de la provincia de Westfalia convertida ya al cristianismo, a lo que el papa Gregorio VII se reclamaba como un hecho universalmente aceptado.[19]

Tras la conquista de Pavía, encarnizadamente defendida y rendida por hambre a comienzos de junio del 774, Carlos que ahora se autotitu-ló «rey de los francos y longobardos y patricio de los romanos», se ciñó la corona de hierro y anexionó el reino longobardo al reino franco. No hubo ni elección ni coronación propiamente dicha. Todo ocurrió obedeciendo a su propia fuerza, gracias al «derecho» del más fuerte. El reino longobardo continuó existiendo, el único que desapareció fue su rey entrando Carlos en su puesto. En la historia de Europa ello supuso la primera «unión personal» (Fleckenstein).

128

El depredador ocupó el palacio de su ex suegro, se adueñó del increíble tesoro de los reyes longobardos y lo repartió generosamente entre sus combatientes. Personalmente sólo retuvo la parte septentrional del reino. Ravenna y Roma se las entregó al papa mostrándose también en eso como un verdadero déspota.

Desiderio, último rey de los longobardos, pasó con su mujer y su hija, ex mujer de Carlos, a una prisión franca, desapareciendo después en un monasterio (probablemente en Corbie), donde todavía sobrevivió algún tiempo. Como quiera que fuese, desapareció para siempre.

El reino longobardo fue borrado del mapa. Sólo uno de sus ducados persistió con una autonomía relativa hasta el 1050: el ducado de Benevento, el más meridional y de mayor extensión. A comienzos del siglo VIII, su época de máximo esplendor, comprendía en el sur de la península algunos territorios de Calabria hasta Cosenza y zonas de Apulia hasta Tárente y Brindis!, alcanzando provisionalmente por el norte hasta Chieti. El territorio era extenso y fértil con un comercio bien desarrollado. Internamente sus duques tuvieron casi tanto poder como los reyes longobardos en su reino, y en política exterior casi fueron autónomos. En dependencia llevadera de los francos al comienzo, después hubieron de pagarles tributos cada vez más pesados.

Tras la depredación de Longobardía por Carlos, tras la eliminación de su rey y la expulsión de su hijo en Italia, el duque Arichis II de Benevento continuó en cierto

---

Papst und Frankenkonig 49 ss. de Bayac 106 ss. Riché, Die Karolinger 126 s. Angenendt, Frühmittelalter 292 s.

[19] Mühibacher I 140. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 348 s. Haller I 328 s. De Bayac 389.

modo el reino de Pavía. Fue un príncipe especialmente interesado por las artes, al que Desiderio llamó a su lado en el 758 y con cuya hija Adelperga, sensata y culta como él, se casó. Tomó entonces el título de *princeps* y se hizo coronar.

Los beneventinos odiaban a los francos y a ningún precio querían caer bajo su férula, como ya les había ocurrido a sus vecinos del ducado de Spoleto. Cuando Carlos atacó de nuevo a Sajonia, Arichis urdió un complot dirigido contra el rey y contra el papa y con el apoyo de Adalgis, el hijo de Desiderio huido a Bizancio. Con la ayuda de las tropas griegas tenía que ponerse al frente de una sublevación, que también apoyaban los duques Hrodgaud de Friul, Hildebrando de Spoleto y Reginbaldo de Chiusi. Pero antes de que la conspiración pudiese estallar en marzo del 776 los conspiradores fueron traicionados y el papa Adriano alertó a Carlos sobre el inminente ataque «por mar y por tierra», para lo que empleó recursos retóricos muy similares a los que veinte años antes había utilizado el papa Esteban con Pipino. «Por lo que os conjuro por Dios vivo y el príncipe de los apóstoles para que acudáis sin tardanza en nuestra ayuda a fin de que no perezcamos.»

129

Carlos, que acababa de regresar de una victoria aniquiladora sobre los sajones, acudió presuroso a una guerra inmediata aunque corta, pese a lo desfavorable de la estación, pues era pleno invierno del nuevo año 776. Con una tropa escogida cruzó los Alpes cubiertos de nieve, aplastó la sublevación que sólo había estallado en Friul y «sometió toda Italia a su soberanía», como dice lacónicamente Einhard. El longobardo Hrodgaud, cabecilla de los rebeldes, a quien el propio Carlos había constituido duque de Friul, cayó en el campo de batalla. Y Carlos castigó duramente a los conjurados. Muchos fueron desterrados siéndoles confiscadas sus posesiones, y se tomaron más rehenes que antes. En las ciudades levantiscas el vencedor estableció guarniciones y sustituyó a todos los *duces* longobardos por condes francos *(et disposuit omnesper Francos: Annales regni Francorum).* Los longobardos colaboracionistas continuaron en sus cargos como condes, pero a su muerte también fueron sustituidos por nobles francos.

La rapiña de un segundo país (después de Aquitania), con el que ahora el reino franco llegaba hasta el Adriático, hizo posible al depredador ganarse a la nobleza feudal franca mediante distribuciones de tierras, ambicionadas especialmente por terratenientes medios (tierras que incluían campesinos libres reducidos a esclavitud). Carlos trasladó a muchos francos y alamanes al sur, donde camparon por sus respetos (incluso en puestos subordinados). Y desde entonces dominó en Italia una clase nobiliaria totalmente franca.

Todavía en el período postcarolingio, entre, los años 888 y 962, de los cerca de 96 condes y margraves de Italia septentrional está documentalmente probado que 74 procedían de familias del norte de los Alpes, y de casi todos los otros puede suponerse lo mismo con gran probabilidad. Dentro de las fronteras originarias del reino esto no hubiera sido posible sin acometidas violentas a los bienes raíces de la Iglesia. Así que, cual compensación por los bienes de la Iglesia incorporados, Carlos hubo de concederle el derecho de un doble diezmo (la *nona* y la *decima).* Ahora bien, fueron numerosos los pequeños terratenientes y colonos que se vieron mejorados en Italia, sobre todo en los lugares más importantes en el orden político-militar, donde los vasallos, como *«cusíodes francorum»,* asumieron funciones de ocupación en nombre

del rey, para mezclarse después con avaros, griegos y otros pueblos.[20]

También a la Longobardía envió Carlos obispos y abades. Más aún, fue la Iglesia nacional franca la que obtuvo especiales beneficios de la guerra victoriosa.

Las principales sedes episcopales pronto estuvieron ocupadas por francos, bávaros y alamanes: Pavía, Spoleto, Verona, Vicenza, Vercelli, Milán, etc. Las manipulaciones fueron tales, que hasta el papa Adriano temió ser suplantado por algún franco. Sin ningún motivo. Según parece, todo el territorio bajo la suprema autoridad papal, el futuro Estado de la Iglesia, fue «respetado y evitado con escrupulosa exactitud» d-íla-witschka) en el asentamiento de los vasallos.[21]

130

Fuertemente favorecidos se vieron asimismo los monasterios francos. Así, inmediatamente después del derrumbamiento de la soberanía franca Carlos otorgó al monasterio de Saint-Martin de Tours la isla de Sirmione en el lago Garda y toda la Val Camonica a la vez que otras posesiones en Pavía. Saint-Denis obtuvo el valle de Veitlin, la abadía de Saint-Maurice d'Augaune y fincas en Tuscia. Con tales donaciones el agresor buscaba sobre todo asegurarse los pasos alpinos. De ese modo Saint-Martin controlaba ahora el enlace con los sistemas de pasos de los Alpes grisones y de los Alpes orientales. Y Saint-Denis todos los pasos grisones. Los monasterios de Fulda, St. Emmeram (Ratisbona), St. Gallen y Reichenau obtuvieron más tarde posesiones en Italia y las hicieron administrar por sus monjes. (Tras la pérdida de esas posesiones italianas intentaron los monasterios todavía por largo tiempo mantener sus pretensiones con la falsificación de numerosos documentos.)[22]

El monarca dotó también a ciertos monasterios italianos poniéndolos así al servicio de sus intereses económicos y sobre todo militares. Sorprende a este respecto el que no beneficiase a ninguna de las casas sitas en el interior del país y que «por el contrario, todos los monasterios a los que hizo donaciones ocupasen puntos de singular importancia estratégica, ya fuese en las fronteras del reino o en grandes vías de comunicación» (Fischer). Así, privilegió al monasterio de San Dalmazzo en Pedona, que aseguraba los pasos de Colle di Finestre y Col de Larche, conducentes al reino franco, a la vez que el camino hacia la costa ligur por el Col di Tenda. Al monasterio de Bobbio le otorgó Carlos, ya a los pocos días de la conquista del reino longobardo, todo el territorio entre el monasterio y el mar junto con Montelongo, porque e1 monasterio controlaba la vía de Piacenza a Genova y la de Pavía hacia Tuscia. Y motivos parecidos se dieron en las donaciones a los monasterios de San Pietro in Brugnato, Montamiata al suroeste de Chiusi, San Anti-mo, Farfa, etc.[23]

---

[20] Einhard, Vita Karoli 6. Ann. reg. Franc. a. 774. Cod. Caro1. 50, 59. Lib. Pont. Vita Hadr. c. 5 ss., 29 ss. LMA 1 829 s-, 930 s., III 190 ss., 774 s. Mühibacher 1133 ss., 142 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 261 ss. Cartellieri I 183 ss. Hauck II 81. Brühl, Fodrum 392 ss. Fischer, Konigtum 171. Schmid, Zur Ablosung 3 s., 12, 19 ss. Foa-kes-Jackson 701 s. Epperiein, Kari 19 ss. Haller 126 ss. Steinbach, Das Frankenreich 60. Schramm, Kaiser, Konige 135. Bullough, Kari 49. Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen 39. Id-, Kari (1991) 39. De Bayac 101 ss., 186 s. Prinz, Grundiagen und Anfánge 94. Hiawitschka, Franken, Alemannen 33 ss., 39 ss., 74,96 s. Fleckenstein, Kari (1990) 26 ss. Deér, Zum Patrizius-Romanorum-Titel 271 s.

[21] Todos los textos de las fuentes citados en Hiawitschka, Franken, Alemannen 32, 38, 44. Ver asimismo Epperiein, Kari 24.

[22] Todas las citas en Hiawitschka, Franken, Alemannen 30 s., 66. Comp. también Epperiein, Kari 24. Schmid, Zur Ablosung 30 ss. Fischer, Konigtum 7 s., 173 ss. Fleckenstein, Kari (1990) 28 s.

[23] Fischer, Konigtum 176 ss.

Hasta una hambruna, que se cernió sobre Italia en el 776, la aprovechó la Iglesia. Mucha gente, en efecto, malvendió sus bienes y hasta los regaló convirtiéndose con sus mujeres e hijos en siervos de la gleba. Todo ello lo declaraba nulo una capitular de Carlos, el 20 de febrero del 776, ¡exceptuadas las ventas y donaciones hechas a las iglesias! Sobre las mismas debía decidir el tribunal real junto con los obispos y condes. En la misma, sin embargo, el rey terminaba reprochando a los obispos de Italia su avaricia.[24]

131

Lo suficiente no basta

El insaciable afán de posesiones de Adriano I, cuyo reino no tenía que ser de este mundo, tiene algo de salvaje. De continuo ruega, pordiosea y exhorta (a menudo en guerra contra la gramática). Entreteje los deseos de victoria para las guerras de Carlos y multiplica los cumplidos con una escritura que «chorrea néctar». No deja (desde el 781) de llamar a Carlos

«compadre». Pero son pocas las cartas de Adriano, en las que no insista sobre lo específico, lo único que importa y apremia: las posesiones.

Una y otra vez vuelve el papa a lo mismo con una insistencia realmente penosa. Más aún, no se avergüenza de recordar al rey la Donación constantiniana, «al piadoso emperador Constantino el Grande de feliz recordación, por cuya generosidad la santa Iglesia de Dios, católica, apostólica y romana fue exaltada y glorificada». Y como (supuestamente) entonces, así querría el santo padre que volviesen a ser las cosas; así también ahora, bajo Carlos, ojalá que «la santa Iglesia de Dios, a saber, la del bienaventurado apóstol Pedro, floreciese, jubilase y eternamente fuese exaltada más y más, a fin de que todos los pueblos a los que llegue la noticia puedan exclamar: Oh Señor, guarda al rey y escúchanos el día en que clamamos a ti; pues he aquí que en estos tiempos ha surgido un nuevo Constantino, un único emperador divino de todos los cristianos...». El papado «se ha atenido gustosamente en todas las épocas a lo escrito, aunque esté falsificado como la tal Donación constantiniana, que también pertenece a la cultura carolingia» (Braunfels).[25]

El santo padre quiere matrimonios en Tuscia, Spoleto, Benevento, en la Sabina y en Córcega. Querría ver a Carlos, como ya su predecesor Esteban quiso ver a Pipino, padre de Carlos, para engatusarlo con su lenguaje grandilocuente y poder incitarlo a dos guerras. El soberano franco ya había notificado su (segunda) visita a Roma para la Pascua del 778. «Como la tierra suspira por el agua, así estábamos nosotros a la espera de vuestra alteza meliflua», murmuraba el papa desilusionado. Las campañas bélicas condujeron a su alteza meliflua hasta España y Sajonia. Así que el papa sólo pudo continuar presionando para que «accediese con el fin de recuperar Terracina y a la vez conquistar Cajeta, Nápoles y nuestro territorio de la región napolitana».

Sólo en la Pascua del 781 pudo Adriano recibir en Roma al soberano franco con su mujer y sus hijos; pero ni de lejos pudo cubrir gastos. Cierto que se confirmó la posesión del ducado romano, del exarcado de Ravenna y de la Pentápolis, al tiempo que se le otorgaba la Sabina. Pero el ducado de Spoleto, que al tiempo de la invasión

---

[24] MG Capit. 1 Ni- 88. Schmid, Zur Ablosung 22 s. Fischer, Konigtum 79.

[25] Mühibacher 1149 s. Seppeit II 170 s. Braunfels. Kari (1991) 80.

de Carlos la Iglesia romana se había sometido por propia cuenta, hubo de devolverlo Adriano, no obstante su insistencia en que el rey se lo había otorgado personalmente a san Pedro. Los plenipotenciarios francos ejercieron allí sus cargos sin consideración al papa. Y también quedó en buena medida insatisfecho su deseo de apoderarse de Tuscia, pues Carlos quiso mandar sobre el antiguo reino longobardo, aunque sólo fuese como soberano supremo.

132

El gobierno directo se lo había asignado a su hijo de cuatro años, Pipino; y Adriano, que le había bautizado y asumido el puesto de padrino, hubo también de ungirle como rey, así como a su hermano menor Luis, que alguna vez habría de gobernar Aquitania. Con ello se mantuvieron tanto la soberanía de Carlos como la unidad del reino. Cierto que el joven Pipino tuvo que vincularse por entero al país y a sus gentes, a lo que también contribuyeron las acciones del obispo romano (bautismo, padrinazgo, unción); pero sólo pudo ser una especie de virrey, un corregente, un «participante en el reino», como se dirá en el 806. Entre tanto se establecieron unas regencias tutelares para cada uno de los *«reges»,* como se les llamó a Pipino y a Luis.

Con ello no pensaba Carlos en desmembrar Italia en favor del papa; ni pensaba en hacer efectiva su promesa de donación del 774. Le benefició el haberla ignorado, aún estando garantizada de forma tan santa, como les ocurre siempre a los santos. Tampoco se tuvieron en cuenta por entonces los deseos territoriales de Adriano en Italia meridional, pues Carlos no quiso indisponerse con el duque Arichis de Benevento, yerno de Desiderio, tras el cual se encontraba B izando.[26]

Así pues, aunque en su tiempo se llegó a toda una serie de donaciones, ratificaciones, tributos e impuestos en favor del papa, también quedaron sin satisfacer muchas de sus ambiciones territoriales; y Carlos —que en cierta ocasión hasta hizo detener a un emisario pontificio «por algunas palabras intolerables»— evidentemente no se tomó el trabajo de darles satisfacción cumplida. Decidió por encima de la cabeza del papa, dispuso sobre territorios, que había prometido al papa o que ya le pertenecían de hecho, sin preocuparse lo más mínimo. Especialmente a partir de la desaparición del reino longobardo el obispo romano quedó inerme por completo frente a Carlos, se convirtió en su subdito y Roma en una ciudad franca, por cuyo soberano Carlos se rezaba en el servicio divino, como probablemente ya se hiciera por Pipino (¡y se hizo más tarde por muchas autoridades prepotentes y queridas por Dios... hasta Hitler!).

Incluso un anciano eclesiástico, rival de Roma, como fue León de Ravenna, estuvo respaldado por Carlos, cuando al igual que el papa no pudo resarcirse convenientemente. En efecto, cuando tras su conquista de Pavía el rey regresó de inmediato para poder combatir sobre todo a los sajones, el arzobispo arrebató al santo padre una tras otra las ciudades de Romagna y de Emilia: Faenza, Forli, Cesena, Comac-chio. Ferrara, Imola, Bolonia... Expulsó a los funcionarios de Adriano por la fuerza de las armas o los hizo prisioneros, con el propósito evidente de crear un Estado eclesiástico ravennatense a costa del romano. Y como el propio papa, también se reclamó a una «donación» de Carlos, a quien tan útil acabó siendo en la guerra

[26] Ann. reg. Franc. 781. Cod. Caro1. 64. Mühibacher I 145 s., 150 s. Seppeit 11 171 s. Caspar, Das Papsttum unter fránkischer Herrschaft 45 ss. Prinz, Grundiagen und Anfánge 94. Fleckenstein, Kari (1990) 29 s. Braunfeis, Kari (1991) 39, 42, 80 s.

contra los longobardos. Rechazó todas las protestas, ataques e inculpaciones de Hadria-no, defendió su causa personalmente ante el rey, que evidentemente le apoyó, y con gran disgusto del papa conservó hasta su muerte los territorios anexionados.

133 Y si un obispo de Ravenna podía comportarse así con el papa, quiere decirse que el casi omnipotente soberano franco podía hacerlo mucho más. Se permitió de hecho intervenir no sólo en cuestiones territoriales sino incluso en las que atañían a la vida interna de la Iglesia, en la administración y la jurisprudencia. Y el papa Adriano hubo de aceptarlo y replicar después en voz baja: «En todo ello hemos actuado de acuerdo con nuestra exigencia real». O repetir: «A ese respecto hemos cumplido vuestras recomendaciones con buena voluntad, según estamos habituados a hacerlo».[27]

Pero la ambición impertérrita del papa por incrementar el Estado de la Iglesia se mantuvo siempre; cosa que él, naturalmente, veía de modo bien distinto. Sólo unos años antes de morir escribía al rey Carlos: «mas no debéis creer que os comunico estas cosas porque estoy codicioso de las ciudades otorgadas por Vos a san Pedro, sino que se debe simplemente a la solicitud por la seguridad de la santa Iglesia romana».[28]

«... ENVIAD EN SEGUIDA UN CUERPO DE EJÉRCITO», SOLICITA EL PAPA ADRIANO CONTRA BENEVENTO

En el caso de Benevento, que para él era desde siempre como una espina en el ojo, para Adriano sólo se trataba de una cuestión de seguridad. Una y otra vez incita contra su príncipe. «En su odio contra los longobardos el papa no dejó de atizar los ánimos por todos los medios» (Hartmann). Con lo cual no sólo intentaba empujar a Carlos con maquinaciones y mentiras a una guerra contra Benevento, cuyo duque Arichis proclamó abiertamente su voluntad de paz, sino que reclamaba incluso una guerra ofensiva contra el imperio griego, afirmando que disponía de informaciones seguras sobre un complot de Anchis con Bizancio.

Carlos, que en el invierno del 786 cruzó con un ejército los Alpes, siendo su tercera visita a Roma, en enero se encontraba ya en la «ciudad eterna», donde el papa lo recibió con toda la pompa. Allí también Romualdo, hijo de Arichis le presentó entre espléndidos regalos el ofrecimiento de su padre de «cumplir en todo la voluntad del rey», si éste no marchaba «contra Benevento» *(Annales regni Francorum).* Pero el papa quería la guerra. Quería la ocupación y sometimiento de Benevento para eliminar un peligroso enemigo y poder satisfacer las propias ambiciones de dominio. Más tarde el papa diría que era «una obra para exaltación de la santa Iglesia romana».

134 Carlos apresó a Romualdo y avanzó sobre Capua, mientras Arichis cambiaba su residencia por la poderosa fortaleza marítima de Salerno, donde en el peor de los casos aún le quedaba la posibilidad de huir por mar. A través de otra embajada ofreció

---

[27] Cod. Caro1. 86; 94. Annal. Lauriss. a. 786 s. Annal. Maxim. a. 787. Hauck II 84 ss., 89 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 278 ss., 285 ss., 301 ss. Mühibacher I 150. Dresdner 132. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 348 s. Seppeit II 168 s., 174. Seppelt/Schwaiger 91 ss. Riché, Die Karolinger 128. Haendier, Die lateinische Kirche 71. Enfáticamente en p. 73: «el papa Adriano... siempre estuvo en dependencia de Carlos...».

[28] Cod. Caro1. 90.

al monarca franco enviarle rehenes, entre los cuales figuraba, además de Romualdo, también su hijo menor Grimoaldo, que se encontraba con él en Salemo. Einhard habla también de «una gran suma de dinero».

Carlos cedió esta vez. Prestó oídos a sus súplicas y «se abstuvo de la guerra también por motivos de temor de Dios...». ¿De temor de Dios?

¡Como si alguna vez tal temor le hubiera apartado de algo! Con la ayuda de Dios arremetía más bien de continuo. ¡Casi cada año! Pero —de nuevo según una fuente franca— supuestamente tuvo «más en cuenta procurar el bienestar del pueblo que doblegar la obstinación del duque». En realidad Salemo era una ciudad difícil de conquistar, y más si no se contaba con una flota. Y una sublevación en Italia meridional, una guerra con Bizancio, podían resultar tanto más fatales para Carlos cuanto que en el norte se perfilaba una guerra contra los avaros. **Y,** finalmente, tampoco «los obispados y monasterios tenían que ser devastados».

Motivo suficiente para no «guerrear» por una vez. Así pues, Carlos tomó como rehenes a Grimoaldo con doce nobles longobardos y devolvió a Romualdo a su padre, quien a una con sus subditos hubo de emitir el juramento de fidelidad, reconocer la soberanía franca y pagar un tributo anual de 7.000 sólidos de oro.[29]

Condiciones duras. Carlos podía estar contento. Volvió a Roma «para cumplir con su devoción en los lugares santos» (Einhard). Con gran regocijo debió de celebrar allí la santa festividad de Pascua. Por el contrario, el santo padre estaba menos satisfecho, aunque el rey franco cumplió en buena medida sus pretensiones. Le «donó» un gran número de ciudades, entre ellas las meridionales de Arpiño, Aquino y Capua. También se incrementó el patrimonio papal en la región en tomo a Salemo. Y en el norte otorgó Carlos al papa «una ampliación notable del Estado de la Iglesia» entregándole muchas ciudades de la Tuscia longobarda, como Soana, Viterbo y Orvieto. «Un éxito considerable», lo considera Seppeit, historiador católico de los papas.

135

Pero Adriano no quedó contento. Ni siquiera se tranquilizó, cuando en julio y agosto del 787 murieron el duque Arichis y su hijo mayor Romualdo. Los beneventinos suplicaron la liberación de Grimoaldo, que era el heredero del trono más directo y que continuaba como rehén en el reino franco, a la vez que la devolución de las ciudades otorgadas al.papa, amenazando en caso contrario con denegar su obediencia. Pero el santo padre volvió a presionar a Carlos: «Haced lo que vuestra sabiduría considere bueno; pero en el caso de que los beneventinos no cumplan vuestras órdenes, como han prometido, enviad en seguida un cuerpo de ejército contra ellos. También hemos convenido ya con vuestros enviados que, si para el día primero de mayo los beneventinos no cumplen vuestra voluntad, avance de inmediato sobre ello vuestro ejército preparado en la frontera; más tarde no sería conveniente por el calor del verano».

El papa solicitaba la marcha de un ejército franco sobre Benevento a más tardar el 1 de mayo del 788. Carlos no accedió a ello, aunque tal vez sólo como consecuencia de la situación al norte de los Alpes. Sólo excepcionalmente envió legados especiales

---

[29] Ann. reg. Franc. ad a. 786 s. Einhard, Vita Karoli 10. Mühibacher I 151 ss. Seppeit U 172 s. De Bayac 187 ss. Fleckenstein, Kari (1990) 31. Atinadamente escribe H. Enzensberger, Unteritalien p. 788: «El verdadero enemigo de Arichis fue el papa Adriano I».

a Benevento, y más tarde, cuando Adalgis temiendo una invasión del ducado se encontraba ya en Calabria, permitió a Grimoaldo que asumiese el poder en Benevento a cambio del reconocimiento de su suprema soberanía y de otras obligaciones. A este respecto el papa ya había advertido al rey: «Por lo que se refiere a Grimoaldo, hijo de Anchis, os rogamos muy encarecidamente que no creáis a nadie más que a Nos; podéis estar seguros de que Italia no estará tranquila, si permitís que Grimoaldo vaya a Benevento». Entretanto un ejército bizantino había desembarcado en Calabria. Mas, por orden de Carlos, Grimoaldo en unión con el duque Hildebrando de Spo-leto atacó a los bizantinos y los derrotó por completo.

A la larga tuvo razón Adriano al pensar que Grimoaldo no soportaría los duros dictados de Carlos. Desposó a una sobrina del emperador bizantino y rompió con los francos. Obedeciendo órdenes Pipino devastó el 791 el territorio italiano del «rebelde». Y dos años después emprendió Pipino, apoyado esta vez por tropas aquitanias a las órdenes de su hermano Luis, una segunda incursión de castigo contra Benevento, aunque sin lograr nada decisivo. Una epidemia de hambre le obligó y un edicto suyo hasta impuso ¡comer carne en tiempo de ayuno!, como recuerda aterrado el analista de Lorsch. Y en el 801 fracasó un nuevo ataque por una peste que diezmó el ejército de Pipino.[30]

La política del papa no sólo apuntaba naturalmente contra Benevento sino también contra Bizancio, cuyos soberanos habían mandado en Roma siglo tras siglo antes de que los papas los despidiesen con ayuda de longobardos y francos y pudieran burlarse de la autoridad que Dios les había conferido.

136

Tal vez ya desde el 774, pero con seguridad desde la segunda visita de Carlos a Roma en el 781, Adriano dejó de contar los años del gobierno papal por los años del emperador, como había dispuesto el emperador Justiniano I, sino por los años de pontificado. El papa denegó al soberano bizantino la prerrogativa de fechar los documentos papales según los años de gobierno de aquél, reclamándola para sí. Evidentemente no pensaba otorgar de ninguna manera ese privilegio al rey de los francos y los longobardos, al patricio de los romanos, y ni siquiera compartirlo con él. Demostraba así más bien que «ya no estaba dispuesto a reconocer ninguna autoridad superior fuera de Dios» (Menzer). Y Adriano sustituyó también en sus denarios de plata el nombre e imagen del emperador por su nombre e imagen propios. Con lo cual pasaba al papa «tal vez el más esencial de todos los derechos imperiales», presentándose ahora el papa *«quasi imperator»,* como un emperador (Deér).[31]

Adriano I murió en la Navidad del 795. Su sucesor fue elegido ya al día siguiente, y a lo que parece por unanimidad.

Un martirio (falso) y una coronación imperial (casi auténtica)

---

[30] Einhard, Vita Karoli 10. Cod. Carol. 79 ss. Annal. Guelferb ad a. 790 s. An-nal. Lauresham. ad a. 793. Mühibacher I 153 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 306 ss., 315 s. Seppeit II 173. Gaspar, Das Papsttum unter fránkischer Herrschaft 69 ss. De Bayac 190 ss. Deér, Zum Patrizius-Romanonim-Titel 241 nota 8; 272.
[31] JE 2395 (22.4.772). JE 2435 (1.12.781). JE 2437 (1.11.782). Just. Nov. 47 c. 1. LMA IV 1821. Deér, Die Vorrechte 34 ss., 38, 108 s. Id., Zum Patrizius-Romano-rum-Titel 288 ss., 306 s. Ullmann, Die Machtstellung 144.

León III (795-816), nativo de Roma, de naturaleza débil y, según se decía, de origen más bien humilde, se apresuró a garantizar su lealtad a Carlos. Con el anuncio de su elección le envió la llave de la supuesta tumba de san Pedro; lo que no tenía ningún significado político, mientras que el envío del estandarte de la ciudad, junto con el juramento de lealtad de los romanos, constituía un claro signo de sumisión del Estado de la Iglesia al soberano franco. Éste, por su parte, envió a Roma a su capellán palatino Angilberto, abad de Saint-Riquier (que en concubinato con Berma, hija de Carlos, había tenido dos hijos), con esta instrucción: «Exhorto apremiantemente al papa a un comportamiento honorable y sobre todo a la observancia de las sagradas ordenanzas eclesiásticas... Y con todo empeño le encargó la supresión de la herejía simoníaca, que en muchos lugares mancha el cuerpo de la santa Iglesia, y que a menudo hemos lamentado los dos, como te recordarás».

Carlos tenía motivos, evidentemente, para exhortar al papa «a un comportamiento honorable». Pero más duro aún debió de resultarle al papa tener que leer en una misiva, enviada por las mismas fechas, cómo el rey franco compartía la autoridad en el mundo occidental y cómo se consideraba el señor y soberano y que a él sólo le confiaba los rezos.

«Nuestra causa es con la ayuda de Dios defender por doquier con las armas la santa Iglesia de Dios contra el ataque de los paganos y la devastación de los infieles, y afianzar dentro y fuera la fe católica. Vuestra causa. Santo Padre, es la de sostener nuestra fuerza armada con las manos alzadas a Dios como Moisés, a fin de que por vuestras oraciones y con la gracia de Dios el pueblo cristiano obtenga en todas partes y siempre la victoria sobre los enemigos de su nombre y que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en todo el mundo.»[32]

137

León III reconoció desde el comienzo la soberanía suprema de Carlos sobre el Estado de la Iglesia. Ya antes Carlos había intervenido en cuestiones internas de la Iglesia, prohibiendo a los clérigos minucias más o menos insignificantes, como la visita a las tabernas, la cría de perros y azores, los juegos de prestidigitación, y a las monjas que escribieran

«poemas amorosos». Hasta se había ocupado del uso de zapatos en el servicio divino y del empleo de sabanillas para cubrir los altares. Y, naturalmente, reglamentó sobre todo los asuntos más importantes de la Iglesia en su reino, mientras que el papa obedecía como siempre. En el sínodo de Frankfurt (794) Carlos decidió, asesorado por su teólogo palatino, hasta en cuestiones de fe en contra del papa. A instancias del rey elevó León la sede de Salzburgo a la categoría de arzobispado (798), convocó un sínodo en Roma y organizó la Iglesia en los territorios arrebatados a los avaros. Y, como subdito del emperador, fechó también sus monedas según los años de su reinado.

De por vida permaneció el papa sometido. Tanto más cuanto que el «representante» desconsiderado y ambicioso se enfrentaba en Roma a una fuerte oposición clerical, en la que figuraban altos dignatarios de la corte y parientes de su difunto predecesor. Dado que con las posesiones temporales de los papas aumentó también su nepotismo, casi todos los cambios ministeriales condujeron a la

[32] MG Epp IV 135 s. Nr. 92. 136 ss. Nr. 93. LMA 1634 s. V 1877. Gregorovius I 2 444 s. Mühibacher I 263 s. De Bayac 244, 253 ss. Braunfeis, Kari (1991) 71, 81.

formación de nuevos partidos y al deseo exarcebado de la nobleza por hacerse con las riquezas y el poder de la Iglesia.

Y así ocurrió también entonces. Bajo el caudillaje de dos parientes de Adriano I, el preboste Pascual y el capellán Campulus, las tensiones que se agitaban desde comienzos del pontificado de León estallaron en un motín. Y en la denominada procesión de las Cruces Negras el día de san Marcos, 25 de abril del 799, los secuaces del papa desaparecido parece que intentaron cegar y matar al sucesor. Al menos según los *Anales* reales, mientras cabalgaba desde Letrán a la iglesia de San Lorenzo, «le pincharon los ojos y le mutilaron la lengua» *(ac lingua de-truncaverunt).* También Einhard lo refiere de modo muy parecido. Pero no debió de ser tan grave, pues poco después hablaba Carlos de «la admirable salud del papa». Aunque circuló también la versión de su curación milagrosa, de la recuperación de la vista y del habla. Y evidentemente el santo padre se había cuidado de difundir personalmente la fábula por la corte de Carlos. Por otra parte, mientras sus enemigos negaban haberle cegado y mutilado en modo alguno, los enemigos de los enemigos pretendían verlo como un milagro no pequeño: ¡san Pedro había hecho fracasar por completo el atentado![33]

138

Según parece, mientras su séquito huía León III fue tirado del caballo, golpeado en el rostro y arrastrado hasta una iglesia, ante cuyo altar volvieron a maltratarle dejándole en el suelo. Más tarde «el instigador de aquel acto», un verdadero samaritano, lo encerró en el monasterio del santo mártir Erasmo (cuyo abad estaba en connivencia con los conjurados) «para que allí le curasen» *(Anmales regni Francorum).* Como los dos partidos, formados ambos por buenos católicos, continuasen combatiéndose, el camarero Albino trasladó al santo padre durante la noche saltando los muros del monasterio, conduciéndolo hasta Spoleto el duque de Winigis, que había acudido presuroso. León alcanzó la corte de Carlos, siendo éste el primer viaje de un papa a través de los Alpes al reino franco desde los días de Esteban II.

Debió de ser una verdadera marcha triunfal acudiendo todo el pueblo a ver a quien apenas podían creer curado y a besar sus pies. En Paderborn la multitud se postró en tierra delante de él. El papa entonó un *«Gloria in excelsis»,* y Carlos y el papa, el *«rex pater Europae»* y el *«Summus Leo pastor in orbe»* —según cantaba un poema panegirístico surgido entonces—, «Karolus Magnus et Leo papa» se abrazaron entre lágrimas. (Solemne servicio litúrgico y banquete con abundancia de patos salvajes en platos de plata y Falerno en copas de oro. En 1963 se excavaron restos del trono, en el que Carlos se había sentado.) Con asombro mira el rey —según la descripción poética— los ojos pinchados, que brillan de nuevo y escucha hablar de nuevo la lengua mutilada, y a las puertas de la iglesia los clérigos cantan las maravillas de Dios en coros alternos.

Pronto, sin embargo, comparecieron también los representantes del partido hostil del papa, los «hijos perversos del diablo», como los califica el historiador papal. Y con toda precisión acusaron a León de cohecho, perjurio y adulterio. En modo alguno se trataba de acusaciones infundadas, como creyeron no sólo algunos círculos francos

---

[33] Ann. reg. Franc. ad a. 797. MG Epp. 4 Nr. 178. Einhard, Vita Karoli 28. Küh-ner, Lexikon 54. Kelly 113. LMA 1877. Mühibacher I 265 ss., 271 s. Cartellieri I 215. Neumann, Das Pademorner Epos 310 ss., 348. Wein 94. Braunfeis, Kart (1991) 81. Prinz, Grundiagen und Anfánge 94. De Bayac 263 s.

(el arzobispo de Saizburgo lamentaba en cartas privadas los crímenes papales) y como confirmaron las investigaciones llevadas a cabo en Roma. A prio-ri Carlos había tenido sus dudas acerca de la aptitud de León para papa. Pero se quiso mantener a toda costa la autoridad del santo padre. El teólogo anglosajón Alcuino, director de la escuela palatina carolingia y abad de media docena de monasterios, se preguntaba qué pastor de la Iglesia quedaría incólume «si se deponía a quien era la cabeza de las Iglesias de Cristo». Un relato del arzobispo Amo, hombre ciertamente de fe firme y muy devoto del papado, que llegó de Roma con pruebas de la vida desenfrenada del papa, lo quemó Alcuino «por miedo al escándalo que podía suscitar».

139

Pero «siguiendo el ejemplo de sus predecesores» León se purificó, el 23 de diciembre del 800, en Roma y en presencia de Carlos, a cuyo tribunal se sometió, «de los crímenes que se le imputaban, invocando con juramento a la santa Trinidad» *(Annales regni Francorum).* Sostuvo el evangelio sobre su cabeza e invocó a Dios, «delante de cuyo tribunal todos hemos de comparecer», como testigo de su inocencia. También insistió repetidas veces en la voluntariedad de su juramento —«pero esto lo hago por mi propia y libre voluntad, para alejar cualquier sospecha»—, aunque de hecho se vio forzado a tomar tal decisión. Tras de lo cual sus enemigos fueron condenados a muerte cual reos de lesa majestad, pero después fueron indultados y desterrados al reino franco, pudiendo regresar a Roma con el papa siguiente. (Al poco de morir Carlos este mismo papa llevó a cabo, luego de descubrir otro complot contra él, un proceso de alta traición en su propio palacio y «condenó a muerte sin piedad a centenares de personas» [Kelly]; fue declarado santo, como conviene también a un asesino papal de escritorio; de todos modos su fiesta, que se celebraba el 12 de junio, con el tiempo fue suprimida.)[34]

Dos días después de su juramento de purificación, en las navidades del 800, León III coronó a Carlos durante la misa, formando parte la ceremonia de coronación del servicio divino (Benz). Evidentemente quería el papa apartar la atención de su justificación penosa y asegurarse a sí mismo una posición especial frente a los demás metropolitanos con una mayor autonomía. En cualquier caso representó la fundación del imperio medieval en Occidente. Mientras los congregados proclamaban Augusto a Carlos, León le rindió homenaje con una genuflexión; aunque hemos de decir que fue la primera y la última genuflexión de un papa ante un emperador occidental.

Según parece Carlos se sintió desagradablemente sorprendido, ya que a todas luces aquello apareció en Constantinopla como un golpe de Estado. Según Einhard, aseguró que jamás habría entrado en la iglesia aquel día, de haber sabido las intenciones del papa. En el mejor de los casos esto constituye un claro intento por pintar las cosas de color de rosa, y es más bien una falsedad, como si a Carlos le hubiera podido molestar deber algo a un papa, y más a un papa como aquél. Como

---

[34] Ann. reg. Franc. 799 ss. Lib. Pont. Vita León. ffl c. 11 ss., 21 ss. MG Epp. V 63 s. MG Poetae I, 366 ss. Annal. Lauresham ad a. 800. Annal. s. Amandi (MG SS I 14). LThK VI² 947. Kelly 114. Simson, Jahrbücher II 224 ss. HEG I 580 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 337 ss. Cartellien I 215 ss. Mühibacher I 271 ss. Hauck II 95. Stem/Bartmuss 110. Gontard 170 ss. Seppelt/Schwaiger 93 ss. Ferrari 119 ss., 305 ss. Zimmermann, Papstabsetzungen 27 ss. Beumann, Die Kaiserfrage 299 ss. Haller II 218 ss. Epperlein, Kari 67 ss. Beumann, Das Paderbomer-Epos 309 ss. Id., Der Kaiserfrage 299 ss. Classen, Kari 59. De Bayac 263 ss. Braunfeis, Kari (1991) 81. Hartmann, Die Synoden 122 s. Haendier, Die lateinische Kirche 74 s. Hemnann, Kirchenfürsten 53.

quiera que sea, poco después hizo regalos a León con un peso aproximado de setenta y cinco kilos de oro. De todos modos ya nunca volvió a Roma y —una vez más según Einhard— soportó «la celotipia de los emperadores orientales con admirable serenidad».

140

Desde hace tiempo, sin embargo, se pone justamente en duda, y hasta se rechaza abiertamente, la interpretación del acto de coronación como una maniobra de sorpresa por parte del papa. Sin duda que hubo negociaciones previas a la coronación, como testifican los *Anales* de Lorsch. Y sin duda también que León tuvo buenos (o mejor diríamos malos) motivos para actuar como lo hizo. «Con la exaltación de su protector el papa puede haber perseguido su rehabilitación personal; con la creación de un emperador puede haber visto una mayor seguridad para sí mismo, y con la coronación por su propia mano puede haber querido borrar la humillación de su juramento purificatorio. Y sin duda tras su gesto se escondía la falsificación aneja al nombre de Constantino, que entregó al papa el dominio de Roma y de Occidente, dominio que ahora León transfería al rey franco» (Aubin). El papa se había arrogado un derecho, que habría de tener una influencia nefasta, aunque como dice Ranke, fuese «en principio una extraña pretensión de distribuir coronas».

En la Navidad del 804 León visitó a Carlos durante algunas semanas en Quierzy y Aquisgrán y se jugó «la falseada Donación constantinia— na... como la última carta política con Carlomagno» (Ohnsorge). Y al año siguiente estalló la guerra con Bizancio, en la cual se combatió por Dalmacia y Venecia, que se conquistaron, se perdieron y volvieron a reconquistarse. En la paz de Aquisgrán del 812 Carlos devolvió, sin embargo, sus conquistas a cambio de su reconocimiento como emperador y la concesión del tratamiento de hermano. Renunció a Venecia, la costa dálmata e Italia meridional, sólo cuando Miguel I (811-813) le reconoció como emperador.[35]

Toda su vida la pasó Carlos guerreando. Y nada hizo con mayor gusto.

---

[35] Vita León. ni c. 23. Einhard, Vita Karoli 28. Ann. reg. Franc. ad a. 801; 804 ss. Annal. Lauresham ad a. 801. Hartmann, Geschichte Italiens U 348 ss. Kelly 113 s. Ploetz 71 s. Kornemann II 498. Eichmann, Die Kaiserkronung 123 ss. Haller ü 20 ss. Gontard 172 s. Seppelt/Schwaiger 95 s. Hay 338 s. Tellenbach, Europa 431 ss. Benz, «Cun ab oratione surgeret» 341 s., 347 ss. Steinbach, Das Frankenreich 65 s. Classen, Romanum gubemans Imperium 20 s. Epperlein, Kari 69. Brackmann 41 ss. Müller-Mer-tens 56 s. Schramm, Kaiser, Konige I 255 ss. Beumann, Nomen imperatoris 182 ss. Braunfeis, Kari (1991) 86 s. Aubin, Die Umwandiung 142 s. Haendier, Die lateinische Kirche 75 s. Fleckenstein, Karolingerzeit 709. Ranke según: Borst, Ranke und Kari der Grosse 461. Erdmann, Forschungen zur politischen Ideenweit 16 ss., espec. 79 ss., 87 ss. Prinz, Grundiagen und Anfánge 99 ss. Fines 53 s. Ohnsorge, Ost-Rom und der Westen 5 ss., no duda «del descontento de Carlos por la investidura imperial». Ver 10 ss.

141

CAPITULO 7. CARLOMAGNO Y SUS GUERRAS

«Tengo al franco por amigo, mas no por vecino.»

PROVERBIO GRIEGO[1]

«De todas las guerras que Carlos hizo la primera fue la aquitánica... Después de acabada aquella guerra... Carlos se dejó inducir por los ruegos y súplicas de Adriano, obispo de Roma, y declaró la guerra a los longobardos... Después reemprendió la guerra contra los sajones... ininterrumpida durante treinta y tres años... y con todo el poderío bélico de que disponía irrumpió en España... Carlos venció también a los bretones... y amenazó a los beneventinos con un ataque, si no querían sometérsele... Entonces estalló de repente la guerra bávara... Tan pronto como fueron aplastadas aquellas sublevaciones, se declaró la guerra a los eslavos..., la guerra más grande sin duda de cuantas hizo Carlos..., y tan valioso fue el botín que se hizo en las batallas, que bien puede decirse, que los francos arrebataron legítimamente a los hunos lo que éstos habían arrebatado antes ilegítimamente a otros pueblos... Su última campaña la emprendió Carlos contra los germánicos del norte; se les llama también daneses... piratas del mar en sus orígenes. Estas fueron, pues, las guerras, que hizo el poderoso rey Carlos..., planificó con gran prudencia y llevó a cabo con gran éxito. Agrandó el reino franco, que ya había recibido grande y fuerte de su padre Pipino, ampliándolo casi el doble... Carlos... se demostró con ello... como un gran gobernante, habiéndose ocupado largamente en tales planes.»

EiNHARD[2]

«.Su objetivo fue el de ganar el mundo para Dios y para Cristo en la medida en que le fue posible, aprovechando el ímpetu germánico.»

SCHOFFEL , JESUÍTA[3]

142

1. LA «MISIÓN» SANGRIENTA DE LOS SAJONES (772-804)

Los sajones, cuyo nombre (sin duda una forma abreviada de *Sahsnótas)* significa compañeros o gentes de la espada, aparecen mencionados por vez primera en los escritos del matemático, astrónomo y geógrafo Claudio Ptolomeo, que vivió en el siglo n. Su valentía la temieron ya los romanos, y Tácito exaltó su sentido de la justicia. «Sin avaricia y sin desmesura, tranquilos y aislados, no provocan ninguna guerra, ni causan devastaciones con campañas de saqueo y botín.» Sus incursiones armadas las realizaban por mar y por tierra: las primeras en troncos de árboles ahuecados, en los que cabían alrededor de tres docenas de hombres.

Llegando tal vez de Escandinavia, prefirieron asentarse en zonas costeras. Durante largo tiempo se quedaron en la zona septentrional francesa, que se llamó *sinus saxonicus* (golfo sajón), y en Flandes, ocupando también los territorios de Lüneburg tras la retirada de los longobardos. A mediados del siglo V una buena parte pasó a

[1] Einhard, Vita Karoli 16.
[2] Ibíd. 5 ss.
[3] Schóffel, Kirchengeschichte Hamburgs 14.

Inglaterra, pero la mayoría continuó asentada en el continente, donde su reino se extendió por todo lo que hoy es la Alemania noroccidental, exceptuados los territorios frisones.[4]

De todas las comarcas alemanas únicamente las sajonas, de las que conocemos más de un centenar por sus nombres, continuaron siempre en las mismas manos. Menos expuestas a las influencias romanas, también conservaron su identidad nacional mejor que los pueblos que vivían más al sur. Y aquellos sajones paganos tuvieron «las mejores leyes», según reconoce hasta el abad de Fulda, Rodolfo. «Y se esfuerzan por muchas cosas de provecho y de conformidad con la ley natural persiguen cosas honrosas con honestidad de costumbres.»[5]

Su nombre no comprende una tribu única, sino más bien una asociación de tribus (sobre lo que discuten los investigadores), a cuya formación contribuyeron, además de los sajones, los chaucos, los angrivarios, los cheruscos, los longobardos, los turingios y los semnones. Más tarde se incorporaron también los engerios, los westfalios y ostrofalios así como los sajones del Elba. Los francos, empero, los consideraron como miembros de un solo pueblo y por lo general les llamaron *«saxones»* sin más distinción. Tras su conquista de Turingia, emprendida al alimón con los francos, el 531, se quedaron con la parte oriental, que aún lleva su nombre.

143

Es probable que en sus orígenes también los sajones tuviesen reyezuelos; pero entre ellos no se desarrolló un reino o un ducado propiamente dicho. Su sociedad la formaban cuatro clases: nobles *(nobiles),* libres (li*berí),* latos *(liti)* y esclavos *(servi),* siendo ya los «latos» los ligados al suelo, los siervos de la gleba. Las clases inferiores se defendieron contra la cristianización y dominio de los francos, en tanto que la nobleza procuró salvaguardar sus intereses apoyándose en el enemigo del Estado.[6]

También en otros lugares fue la clase acaudalada la que primero se pasó al cristianismo. Mientras que, por ejemplo, la nobleza de Civitas Treverorum, del obispado de Tréveris, se convirtió a finales del siglo IV, los arrendatarios, los siervos y los braceros se mantuvieron por más tiempo y con mayor obstinación en las viejas creencias «convirtiéndose» sólo mediado el siglo V. Algo parecido ocurrió en la región de Trento, donde los *coloni* vivían como gentiles, cuando ya los señores terratenientes se habían hecho cristianos. Y también entre los eslavos sus príncipes precedieron probablemente a sus tribus en el bautismo. «Así discurrieron las cosas en todas partes con la labor misional dirigida oficialmente, no constituyendo nada especial el que la misión franca se desarrollase "de arriba abajo". Una construcción "democrática", que hubiese empezado desde abajo, por los estratos populares socialmente insignificantes, habría sido imposible, pues hubiera aparecido sin más como una demagogia y la nobleza la habría rechazado» (Flaskamp). Difícilmente

---

[4] Problem. geogr. 2,11,7. Plin. hist. nat. 16,76. Tacit. Germ. 35. Schmidt, Die Westgermanen 37 ss., 60s. Behn 74 s. I 30 s. Stern/Bartmuss 94 s. Züllner, Die poli-tische Stellung 170. Njeussychin, Die Entstehung 231.

[5] Greg. Tur. 4,10. Fredeg. 4,74. Marius Avent. Chron. a. 555 s. HEG 197,283 s. Hauck II 328. Petri, Der Rhein 594. Demm 64. Wemeburg 15 s. Aubin, Die Umwandiung 123. Hauck, Ein Utrechter 735. Zóllner, Die politische Stellung 170. Cram 158.

[6] Taddey 1050. HEG I 147 ss. «sobre el ordenamiento en general de las clases germanas» y 552 s. Schmidt, Die Westgermanen 62 s., 69. Behn 73 s. Jordán 530. Zóllner, Die politische Stellung 171. Haendier, Die lateinische Kirche im Zeilalter der Karolinger 102. Novy, Die Anfánge 41 ss.

puede considerarse casual el que en el cambio completo de la situación durante los primeros siglo s cristianos por doquier fuese la clase dominante la que se prometió las mayores ventajas de la religión del amor.[7]

SAQUEAR Y CRISTIANIZAR, «UNA BAZA DE LA POLÍTICA GUBERNAMENTAL FRANCA»

Si en la aniquilación del reino de Turingia, en el 531, los francos habían combatido aún en unión con los sajones, ya en el 555-556 Clotario I llevó a cabo dos campañas contra ellos. En la primera sucumbió sensiblemente, pero en la siguiente les impuso un tributo. Hacia el 629, durante una campaña devastadora, Clotario II hizo matar a todos los sajones que levantaban más que su espada. Pero cuando en el 632-633 a las órdenes de Samo ayudaron a Dagoberto I contra un ejército vendo, y aunque contribuyeron poco a la campaña, el rey renunció al tributo de 500 vacas que venían pagando durante más de cien años. Con ello fueron totalmente independientes. Pero cuando en el 715 irrumpieron en el territorio del Ruhr inferior, Carlos Martell emprendió una serie de guerras devastadoras sobre ellos, obligándoles a pagar tributo y tomándoles rehenes.

144

Como entre los frisones, tampoco entre los sajones, considerados como «los más paganos» *(paganissimí),* consiguieron ningún éxito los ataques por sí solos. Todos aquellos avances más allá del reino franco «comportaban algo de irremediablemente temerario» (Schieffer). Y, como entre los frisones, también en el sometimiento de los sajones pronto colaboró el clero en estrecha unión con los conquistadores. Ambos se ayudaron mutuamente. Primero se saqueaba a espada el país, después se afianzaba el dominio común mediante la ideología cristiana y la organización eclesiástica, los conquistados y «convertidos» se adaptaban y eran explotados económicamente.

Los reyes y los nobles francos no tuvieron colaboradores más devotos que los clérigos, y éstos no encontraron promotor más solícito que el feudalismo franco. La victoria militar llevó consigo la inmediata cristianización. A donde la espada franca no llegó, como a los daneses por ejemplo, tampoco se dio misión alguna. De ahí que, al igual que entre los frisones, también entre los sajones su lucha por la libertad se trocó de inmediato en una lucha contra el cristianismo, que aparecía a sus ojos como símbolo de la esclavitud y del dominio extranjero. De ahí también que tanto frisones como sajones odiasen particularmente al clero, destruyesen las iglesias en cualquier sublevación, expulsasen a los misioneros y no pocas veces matasen a obispos y sacerdotes, resultándoles sospechoso a priori cualquier predicador cristiano que se presentase. Casi siempre estaba, en efecto, al servicio de un poder hostil que imponía el yugo, que actuaba como su introductor y estabilizador... El contraste no podía ser mayor respecto de la labor misionera de la Iglesia antigua, cuando se intentaba ganar a los individuos y lentamente a una comunidad tras otra.

Ahora se quería «convertir» de una vez al mayor número posible de gente, a toda una tribu, al pueblo entero. De antemano se buscaba un éxito masivo, como después ocurriría siempre durante la Edad Media. Así, en el curso del siglo VIII se intentó

[7] Flaskamp, Die frühe Friessen-und Sachsenmission 194. Fleckenstein, Grund-langen 162.

cada vez más abrir camino al cristianismo a cualquier precio y bautizar por la fuerza a los vencidos. «Esta conexión de guerra y cristianismo anuncia la nueva forma de colaboración entre Iglesia y Estado» (Steinbach), que por lo demás también suele llamarse «protección de fronteras» y «contramedidas» (Schlesinger).

Ahora la cristianización pisaba los talones a la campaña de sometimiento, sólo con el innegable objetivo de vincular más fuertemente a los sometidos al reino... «Una baza de *la política gubernamental franca,* la cual respondía al convencimiento de que la doctrina evangélica de la obediencia obligatoria era capaz de doblegar la rebeldía obstinada más aún que el poder de la espada» (Naegle).[8]

145

Entre los sajones, entre quienes los campesinos esclavos eran extraordinariamente numerosos, las clases populares inferiores opusieron en parte una resistencia violenta a la expansión franca y a la conversión forzosa. Para ellos conducía a una especie de esclavitud. La nobleza sajona, por el contrario, cuyo dominio se veía amenazado por libres y latos en una lucha de clases que se agudizaba cada vez más, se mostró mucho más accesible a la nueva religión, que de hecho era precisamente feudal, y más dispuesta a los acuerdos. En parte era ya cristiana y había entroncado con los francos. (La situación era al menos muy similar en Turingia.) La nobleza sajona favoreció muy pronto la acción misionera para asegurarse el dominio sobre las clases inferiores y afianzar la propia posición; una conducta característica a lo largo de la guerra. En el 782 y en el 898 esa misma nobleza entregó abiertamente a los francos a sus campesinos menos de fiar. Y también hizo de inmediato numerosas donaciones a la Iglesia. En cambio las clases inferiores *(plebeium vulgus)* rechazaban el cristianismo todavía en la segunda mitad del siglo IX.[9]

El pueblo mantenía los sacrificios y usos paganos y odiaba a los párrocos cristianos. Únicamente la espada de Carlos consiguió el objetivo. Aplastamientos y sublevaciones se sucedían sin interrupción, provocando campaña tras campaña. Fue necesaria una guerra de más de treinta años, que devastó el país de continuo, diezmó la población y pronto asumió el carácter de una guerra de religión, para difundir un poco más por el mundo la buena nueva y el reino de Dios; para conducir a los sajones «al único Dios verdadero, para convencerles de que había algo superior a la lucha y la victoria, a la muerte en el campo de batalla y a los placeres en el Valhala» (Bertram).

Habría sido la guerra más sangrienta y larga de cuantas llevaron a cabo los francos, según escribe Einhard, el confidente de Carlos, en su *Vita Caroli Magni,* primera hagiografía de un gobernante de la Edad Media. Y esa «predicación con lengua de hierro» —según una expresión del siglo IX— con la que se convirtió el país de Sajonia pasó a ser una especie de modelo de toda la práctica misionera cristiana en la Edad Media. Y hemos de pensar que sólo existen relatos francos sobre las guerras sajonas.

---

[8] Cont. Fredeg. 13; 27, 35. Ann. reg. Franc. a. 744; 747; 753; 758. Ann. Metí. a. 748; 753; 758. Naegle I 36. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 338. Schmidt, Die Westgermanen 53 ss. Holl 125. Bucher, Germanentum 162. Sante 204 ss. Lówe, Deutschiand 143. Schieffer, Winfried-Bonifatius 273.

[9] Epperlein, Herrschaft und Volk 53. Bleider, Fránkisc-Karolingische Klóster 128 ss. Ann. reg. Franc. a. 743 s., 747. Transí, s. Liborii c. 7. Vita Lebuini antiqua c. 6. Hauck II 332 s. Bertram 17. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 335. Ahiheim 162. Dannenbauer, Grunlagen 147 ss. Stem/Bartmuss 96 ss. Drógereit, Die schriftiichen Quellen 466 s. Zóllner, Die politische Stellung 172 s. Steinbach, Das Frankenreich 49 s. Patze/SchIesinger I 341. Schiesinger, Zur politischen Geschichte 47 s. Id., Die Franken im Gebiet 1 ss. Kominski/Skaskin 90. Schulze, Die Entwickiung 32. Epperlein, Herrschaft und Volk 54 s. Id., Kari 32. Graus, Volk 159. Los dos últimos autores ofrecen amplias referencias a las fuentes y a la bibliografía en general.

Y pronto los cronistas clericales falsearon la misión a sangre y fuego hasta hacerla pasar por una obra de conversión serena y pacífica por completo.[10]

146

El comienzo de la cultura carolingia entre «los más paganos», o «las banderas cristianas entran en Sajonia»

Los ejércitos de Carlos —que en las campañas de mayor envergadura estaban formados por apenas 3.000 jinetes y entre 6.000 y 10.000 soldados de a pie— raras veces sobrepasaban los 5.000 o 6.000 guerreros. A diferencia de lo que ocurría todavía en tiempos de su abuelo Carlos Martell, el núcleo del ejército lo constituía la caballería pesada. Los jinetes iban armados con cota de malla, yelmo, escudo y espinilleras, con lanza y hacha de guerra (con un valor aproximado de 18 o 20 bueyes). Y todo ello por Jesucristo. Las compañías de a pie, todavía numerosas, combatían con maza y arco. (Sólo desde el 866, bajo Carlos el Calvo, estuvo obligado al servicio militar cada franco que poseyera un caballo, por lo que la infantería dejó de jugar un papel importante en el ejército.) Por lo demás, en las guerras carolingias no se pagaban soldadas: se repartía el botín del saqueo.[11]

La carnicería cristiana («misión a espada»), con la que Carlos continuó las guerras sajonas de su padre, empezó el 772. El «rey apacible», como repetidas veces le llaman los anales reales coetáneos, conquistó entonces la fortaleza fronteriza de Eresburg (la actual Obermarsberg, junto al Diemel), un punto de partida importante de sus operaciones militares durante la primera mitad de las guerras sajonas. Y destruyó (probablemente allí) la Irminsul, el santuario nacional sajón, consistente en un tronco de árbol, extraordinariamente grande, que los sajones veneraban como «la columna que sostiene el Universo» en un bosquecillo sagrado al aire libre. Más tarde Carlos confió al abad Sturmi de Fulda el mando de la fortaleza de Eresburg, reconquistada una y otra vez, perdida, destruida y de nuevo reconstruida.

Mas también otros obispos y abades le prestaron a Carlos servicios militares. Estaban obligados además, como los condes, a mantener un campamento; obligación que incumbía incluso a las abadesas. También acompañaban ya entonces cuadrillas de clérigos al ejército franco, con el fin de que, según refiere el biógrafo de Sturmi, «mediante la sagrada instrucción en la fe sometiesen el pueblo, atado desde el comienzo del mundo con las cadenas de los demonios, al yugo suave y ligero de Cristo». Exactamente desde aquel año utilizó Carlos un sello con la inscripción: «Cristo protege a Carlos, el rey de los francos».

Después de que los cristianos saqueasen por completo el lugar de culto, incendiasen el bosquecillo sagrado y destruyesen la columna, se retiraron con las ofrendas sagradas allí amontonadas y con abundantes tesoros de oro y plata, «el

---

[10] Einhard, Vita Karoli c. 7. Transí, s. Liborii c. 5. Mulbacher I 159 s. Bertram 17. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 334. Hauck II 351. Wiede-mann 11. Brandi 6 s. Epperlein, Herrschaft und Volk 55. Zóllner, Die politische Stellung 172 s. Fleckenstein, Karolingerzeit 707.

[11] HEG I 155 (bibliografía en nota 18) y 560. Montgomery 1 163, 168. Braun-feís, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen 34 ss. Ampliamente: Riché, Die Karolinger 117 ss. Muchos investigadores «calcularon» hasta cien mil guerreros, ibíd. Ange-nendt. Frühmittelalter 326 habla de unos 2.000 vasallos directos y de cerca de 30.000 indirectos, «éstos últimos de la Iglesia en su mayor parte».

apacible rey Carlos se llevó el oro y la plata, que allí encontró», relatan escuetamente los *Anales* reales. Y al poco tiempo sobre el santuario gentil saqueado y destruido se construyó una iglesia «bajo el patrocinio de Pedro» (Karpf), el portero del cielo, desplazando al dios sajón Irmin (idéntico probablemente al dios germánico Saxnoth/Tiwas). ¡Qué progreso![12]

147

En los años siguientes «el rey apacible» combatió sobre todo en Italia; a través del emisario Pedro (así se llamaba realmente el enviado) el papa Adriano le había invitado a que «por amor a Dios y en favor del derecho de san Pedro y de la Iglesia le ayudase contra el rey Desiderio...» *(Annales regni Francorum).* Pero ya en el 774, apenas de vuelta del expolio del reino longobardo, el buen rey Carlos envió cuatro cuerpos de ejército contra los malvados sajones: tres de ellos «salieron vencedores con la ayuda de Dios», como informa una vez más el analista real, mientras que el cuerpo contingente volvió sin ni siquiera haber combatido, pero «con un gran botín y sin pérdidas» al dulce hogar.

Y después el propio Carlos introdujo de algún modo «las banderas cristianas en Sajonia» (Groszmann), con lo que ante sus «ojos la guerra se configuraba cada vez más claramente como la guerra de la fe», según reconocía en 1899 el canónigo AdolfBertram.[13]

Preocupado por el curso ulterior de la guerra el propio Carlos había consultado mediante correos a un experto si había algún signo de que Marte hubiese acelerado su carrera y hubiese alcanzado ya la constelación de Cáncer. Conquistó Sigibur en el Ruhr y cruzó el Weser, «siendo muchos los sajones que allí fueron degollados», avanzando hacia Ostfalia, con ánimo de «no abandonar hasta que los sajones vencidos se hubiesen sometido a la religión cristiana o hubieran sido exterminados por completo». Era el programa de una guerra de 33 años «con una motivación cada vez más religiosa» (Haendier). Efectivamente, en su planificación representaba algo totalmente nuevo en la historia de la Iglesia: «una guerra misionera directa, que no es preparación de una obra misional, sino que es por sí misma un instrumento misionero» (H.-D. Kahl).

Corría precisamente la década, en que la oración de un sacramentarlo (un misal) llamaba abiertamente a los francos el pueblo elegido. Ya en su tiempo las guerras de Carlos contra los sajones se consideraron como guerras contra los paganos, y por lo mismo fueron también tenidas como justas. «Levántate tú, varón escogido por Dios, y defiende a la Esposa de Dios, de tu Señor», le incitaba el anglosajón Alcuino, uno de sus asesores más íntimos. Y el monje Widukind de Corbey escribía más tarde: «Y cuando vio cómo su noble pueblo vecino, los sajones, estaba preso en la vana herejía, se esforzó por todos los medios para conducirlo al verdadero camino de la salvación».

148

Por todos los medios. Por lo que se refiere al año 765 los *Anales* reales lo aclaran

---

[12] Ann. reg. Franc. a. 772. LMA ni 2129 d. V 663 (Karpf). Mühibacher 1163 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 136. Kaminsky, Studien zur Reichabtei Corvey 19 ss. Beumann, Die Hagiographie «bewaitigt» 151. Dóbler 104. Prinz, Herrschafts-formen der Kirche 19. Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen Riché, Die Karolinger 134. Bemmann 84 s., 88, 120. Kahí escribe a propósito del «botín extraordinariamente rico... que el sentimiento piadoso había depositado allí: ¿Quién puede escapar al mismo cuando de algún modo se da a lo ancho del imperio?» Kari der Grosse und die Sachsen 57.

[13] Ann. reg. Franc. a. 773 s. Groszmann, Klóster Fulda 344. Bertram 18. Las demás citas de Bertram en: Deschner, Die Politik der Pápste II 202.

en forma lapidaria: «Después de haber hecho rehenes, haberse adueñado de abundante botín y haber provocado tres veces un baño de sangre entre los sajones, regresó a Francia el mentado rey Carlos con la ayuda de Dios *(auxiliante Domino)».*

El botín, los baños de sangre y la ayuda de Dios son cosas que vuelven de continuo, y de continuo el buen Dios está del lado del más fuerte. En el 776: «Pero la fuerza de Dios superó justamente la de ellos... y toda la multitud de ellos, que presas del pánico se habían dado a la fuga uno tras otro matándose mutuamente... sucumbieron a los golpes recíprocos, y así fueron sorprendidos por el castigo de Dios. Y cuan grande fue el poder de Dios para salvación de los cristianos nadie puede decirlo». En el 778: «Allí se inició una batalla, que tuvo muy buen fin: con la ayuda de Dios quedaron vencedores los francos y allí fue degollada una gran multitud de sajones...». En el 779: «... con la ayuda de Dios...», etc. Y entre los regulares asesinatos en masa de los veranos unas veces en esta hacienda palatina y otras en aquella ciudad donde celebraba «el denominado rey apacible» las Navidades...

Se combatía contra los paganos, y eso lo justificaba todo. Cuadrillas de clérigos acompañaban al degollador. Ocurrían milagros de toda índole. Y tras cada campaña se regresaba con abundante botín. En el principado de Lippe hubo bautizos en masa, sobre todo de nobles: llegaron los sajones con mujeres y niños en una multitud incontable *(Inumerabilis multitudo)* y se hicieron bautizar y dejaron tantos rehenes cuantos el mentado rey les exigió».

Y en la brillante asamblea nacional, celebrada en Paderbom en el 777 se agolparon de nuevo y abjuraron solemnemente «de Donar, de Wotan y de Saxnot y de todos los espíritus malignos, compañeros suyos» y prometieron fe y lealtad «a Dios Padre omnipotente, a Cristo Hijo de Dios y al Espíritu Santo». En efecto, éste pasó a ser un principio firme: primero el campo de batalla, y después el campo de misión. Así, en el método misionero del rey franco, practicado siempre desde entonces, entraba primero el bautismo y después la instrucción. Una secuencia a la que todavía hoy se atiene por el peor de los motivos la Iglesia (que en su época primera difundió la práctica contraria del bautismo de adultos, confiriendo el bautismo sólo *después* de haber impartido la instrucción pertinente).

149

UNA MISIÓN SEGÚN «LAS LÍNEAS DE CHOQUE MILITARES...»

Así que ahora los sajones no sólo tenían que responder de su subordinación «con toda su libertad y sus propiedades», sino que el territorio del que fueron despojados se dividió en seguida, y en presencia de numerosos obispos, entre los obispados de Colonia, Maguncia, Würzburg, Lüttich y Utrecht, así como entre los monasterios de Fulda y Amorbach y en diócesis de misión, según la respectiva situación geográfica, quedando firmemente incorporado al reino franco. Todavía en vida de Carlos se constituyeron los obispados de Münster, Osnabrüch y Bremen, verdadero «centro neurálgico» de la propaganda cristiana entre los sajones. Con ello la división de los obispados misionales correspondió desde el 777 «a las líneas de choque militares de los francos del Rin inferior y del Main» (Lowe).

Pronto llevó Carlos misioneros de todas partes al territorio conquistado: misioneros de Frisia y anglosajones, misioneros de Maguncia, Reims, Châlons-sur-

Mame. De todas partes afluían los propagandistas clericales de ciudades episcopales y de monasterios —que ya en la antigüedad eran «castillos feudales»— (Schuitze), pero que a comienzos de la Edad Media ya tenían funciones que más tarde, cuando la política medieval fue en buena parte una política de burgos, correspondieron a los burgos propiamente dichos. Desde Colonia, Lüttich, Utrecht, Würzburg, desde Echtemach, Corbie, Visbeck, Amorbach, Fulda, Hersfeid acudieron los portadores de la buena nueva hacia el país pagano contiguo. Y es que en todas partes a la espada le seguía «la misión en conexión inseparable» (Petri), entrelazándose el acontecimiento salvífico «ahora indisolublemente con la conquista militar del territorio extranjero como una obra común de la Iglesia y del Estado feudal» (Donnert). Guerra anexionista y política misionera y la espada y la cruz, los militares y el clero, todo ello formaba ahora de hecho una unidad inseparable, trabajando codo con codo por decirlo de alguna manera. Lo que arrebataba la espada tenía que preservarlo la predicación. «La misión había tenido unos comienzos prometedores» (Beumann).[14]

El espinazo militar de las guerras de Carlos, «verdaderos baños de sangre» (Grierson) fueron (según el modelo romano) las fortalezas fronterizas difícilmente expugnables, construidas sobre montes y a la orilla de los ríos. Por ello nada tiene de sorprendente que las primeras fundaciones episcopales fijas estuviesen en las puertas de entrada y salida de la fortaleza del Weser: Paderbom, donde Carlos más tarde, a su regreso de Sajonia oriental, se detuvo una y otra vez con sus tropas, donde construyó un palacio real y, ya en el 777, una «iglesia de admirable grandeza» *(Annales Laureshamenses),* la iglesia de San Salvador; y Osnabrück y Minden, así como los dos monasterios más antiguos del primer período franco en Sajonia: Corvey y Herfbrd. «Bajo Carlomag-no se fundaron nuevos monasterios casi exclusivamente como puntos de apoyo en el país pagano recién sometido» (Fichtenau).

150

También se habían erigido ya los obispados de Würzburg, Erfurt y Büraburg (en Fritziar), precisamente allí donde pocos años después Carlomán y Pipino llevaron a cabo sus campañas contra los sajones (743, 744 y 748). Junto a los centros misioneros de Sajonia, también jugó un papel especial el monasterio de Fulda. Ni fue tampoco pequeño el de Maguncia, que pronto se convirtió en arzobispado (hacia 780), al que pronto se le subordinaron los obispados de Paderbom, Halberstadt, Hildesheim y

---

[14] Ann. reg. Franc. a. 775 s. Vita Wigberti c. 13. Widukind 1,15. Schuitze 1298 s. Mühibacher I 163 ss. Hauck II 328 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 335. Lówe, Deutschiand 143. Jordán 533. Büttner, Mission und Kirchenorganisation 468. Con tal misión se asociaron también «muchas veces los bautizos masivos»: Bemmann 75. Id., Die politische und kirchiiche Erfassung 29, 43. Petri, Der Rhein 604 s. Ahiheim 161 ss. Stem/Bartmuss 98 s. Dollinger, Schwarzbuch 118 s. Brandi 8, 14 s. Steinbach, Das Frankenreich 61. Tellen- bach, Europa 429. Donnert 309. Novy, Die Anfánge 21 s. Kahí, Kari der Grosse und die Sachsen 65. Steinbach, Das Frankenreich 62. Ebner 56 , 70. Comp. también Backes 15 ss. Haendier, Die lateinische Kirche 99 s. Beumann, Das Paderbomer Epos 314. Epperlein, Kari 33 ss., 46, 92, 95. Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen 43 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 45. Muchos historiadores, probablemente en su gran mayoría, están plenamente de acuerdo sobre la matanza sajona de Carlos. Para H.-D. Kahl «no son muchas las guerras del pasado de los alemanes, que por sus efectos, su irradiación y, consecuentemente, por su importancia histórica» se acercan a tales guerras sajonas. Kari der Grosse und die Sachsen 51 ss. E insistentemente lamenta también una tan «radical imposición de la fe» como la que «tal vez no se había dado en ninguna otra circunstancia de la historia universal». Y agrega: «La semilla de un Ambrosio y de un Agustín dio frutos en la política sajona de Carlos, por los que sin embargo bien podría saberse cómo la habrían juzgado personalmente esos padres de la Iglesia». ¡Pero eso realmente no constituye ningún problema! Por otra parte, Kahí se distancia claramente de Carlas, comp. p. 99.

Verden, de modo que la provincia eclesiástica de Maguncia fue hasta su desmembramiento en 1802 la de mayor extensión de toda la cristiandad de Occidente, mientras que las nuevas fundaciones westfalianas de Münster, Osnabrück y Ninden fueron anexionadas al obispado de Colonia.

Se comprende sin dificultad que se confiscasen allí propiedades raíces cada vez más extensas en favor de la Iglesia y que las protegieran los burgos. Carlos dotó generosamente a muchos monasterios y los sostuvo en su lucha contra sus siervos. Por ello los sajones no sólo debieron de ver en cada misionero franco un espía o un valedor de la soberanía extranjera, sino que «en cada asentamiento cristiano [vieron] un punto de apoyo para los agresores ejércitos francos» (Hauk). Cada guerra contra los cristianos fue también para los sajones una especie de guerra religiosa: una lucha en pro del paganismo y de la libertad política a la vez. Eso fue precisamente lo que intensificó de continuo la resistencia sajona; por eso precisamente se destruían una y otra vez las iglesias y se expulsaba o se mataba a los eclesiásticos.[15]

Y así como el rey Carlos ya en los primeros años del conflicto sajón había enviado repetidas expediciones militares contra los longobardos, así el año 788 hizo también una famosa «excursión» contra los moros del norte de España, una expedición armada, que por lo demás discurrió de modo un poco diferente de como la había planeado.

Descalabro en España, o «aquí empiezan las cruzadas»

En España rivalizaban distintos grupos árabes de poder. El hombre fuerte era el último omeya Abd al-Rahman ben Muaya. El 750 al hacerse con el poder en Damasco los abasidas —los descendientes del tío del profeta Mahoma, que asesinaron sistemáticamente a los omeyas-huyó a España, donde el 756 se hizo con el poder convirtiéndose en emir de Córdoba. No dejó de combatirle, sin embargo una oposición simpatizante de los abasidas, y entre sus adversarios más peligrosos figuraba Suleimán Ibn al-Arabi, gobernador de Barcelona y de Gerona. Sublevado desde hacía ya tiempo y bajo la grave amenaza de su enemigo, Suleimán había acudido en compañía de otros opositores destacados el 777 a la dieta de Paderbom para pedir ayuda al rey franco. Siempre dispuesto y ganoso de intervenir, Carlos no vaciló y emprendió una abierta guerra de conquista contra el emir omeya, con la que pretendía dilatar la frontera de su reino hasta el Ebro, objetivo que mantuvo aun después de la derrota.

151

Únicamente le impulsaban motivos políticos. Poseía sin duda un ejército curtido en las batallas, pero que sólo podía mantener su alto nivel operativo con la lucha constante. Las campañas aportaban además botín, y casi nada era más necesario. «De cuando en cuando los grandes tenían que recibir su premio para mantenerlos bien dispuestos, y sólo mediante la generosidad podían ganarse nuevos vasallos» (De Bayac). Desde su comienzo el Estado carolingio fue un Estado depredador, y continuó siéndolo incluso con una tendencia creciente. Precisamente bajo Carlos «el Grande»

[15] Annal. Lauresham a. 799. Montgomery I 164. Grierson, Der grosse Konig 290. Brandi 22. Stern/Bartmuss 99 s. Jordán 533. Löwe, Dutschiand 143. Bleiber, Fránkisch-karolingische Kioster 129, con la cita de Hauck. Comp. asimismo Hauck, Die fránkisch-deutsche Monarchie 423. Patze/Scnlessinger I 341 s. Falck, Mainz 28 s., 35. Epperlein, Kari 92 s. Fichtenau, Der karolingische Imperium 197.

no se vivió más que de rapiña... y de la ayuda de Dios.

Ahora bien, al otro lado de los Pirineos, en el noroeste montañoso de la península ibérica, en Asturias y Galicia, quedaba todavía un pequeño territorio en manos cristianas. Pero los cristianos disfrutaban entonces la libertad religiosa y de un trato amable por parte de «los infieles». Y hay que decir en general que «en España los árabes siempre practicaron una tolerancia mayor de la que ellos recibieron más tarde por parte de los cristianos» (Mühibacher). Sólo cronistas cristianos posteriores presentaron a sus compañeros de fe gimiendo «en España bajo el yugo de los sarracenos» y a Carlos «acudiendo en ayuda de la Iglesia perseguida». En realidad el piadoso soberano nunca llevó ayuda al reino cristiano de Asturias, fundado en tiempos por los visigodos. Más bien empezó atacando a una ciudad cristiana, y su última experiencia hispana, ya de regreso, fue el escarmiento sangriento que le infligieron los vascos cristianos.[16]

Con un ejército extraordinariamente fuerte —según los informadores, el mayor de cuantos jamás había reunido— marchó a comienzos del invierno del 777 y cruzó los Pirineos «con la asistencia de Dios», según escribía el 840 un biógrafo de Luis el Piadoso. «Pues el sentimiento del rey... no quería ser ni menor que Pompeyo ni más indolente que Aníbal, quienes con gran esfuerzo y daño para sí mismos y para los suyos supieron superar en tiempos las dificultades de aquella región.» Cierto que, según Einhard, Carlos conquistó todas las ciudades y burgos a los que puso cerco; mas no pudo avanzar más allá de Zaragoza. El valí o gobernador al-Husaín le cerró allí las puertas, y a lo que parece Carlos emprendió la retirada a los pocos días, sin que se sepa hasta hoy qué le decidió a interrumpir dolorosamente «la expedición militar sin duda más grande de su vida» (Braunfeis).

152

De retirada destruyó la ciudad vasca de Pamplona. Y, cuando en agosto del 778, su ejército armado hasta los dientes y formando una fila casi interminable volvía a pasar por los estrechos desfiladeros de los densos bosques pirenaicos, los vascos guiados por los hijos de Suleiman —que liberaron allí a su padre— cayeron sobre la retaguardia de Carlos, empujaron a los soldados cogidos totalmente por sorpresa y presas del pánico hasta el valle, «abatiéndolos hasta el último hombre en la carnicería que siguió» (Einhard). Era el 15 de agosto, y tal vez en Roncesvalles, lugar en que la leyenda sitúa la batalla.

Allí perecieron muchos de los francos más ilustres, y entre ellos el trinchante del rey Ekkehard —cuya inscripción funeraria es la única que da la fecha del 15 de agosto—, el comandante de la guardia palatina, el conde Anselmo, y el gobernador de Bretaña, margrave Hruotland (Roldan), al que en el siglo XII cantaron y exaltaron la antigua epopeya nacional francesa, conocida como *Chanson de Roland,* y la alemana *Ruo-lantesliet* (Canción de Roland) del clérigo ratisbonense Konrad, cuyo héroe se alza todavía hoy en piedra delante del suntuoso ayuntamiento de Bremen. Einhard se lamenta: «Hasta hoy no ha podido vengarse el desgraciado suceso, pues el enemigo después de cometer el hecho se dispersó de tal modo, que no hay indicio alguno de dónde pueda encontrarse». Y los *Anales* del reino consignan: «Esta pérdida se extendió como una nube sobre el corazón de rey ocultando una gran parte de los éxitos en España». Ranke, en cambio, hace esta observación: «Puede decirse que aquí

[16] Ann. reg. Franc. a. 777 s. Einhard, Vita Karoli 9. Mühibacher 1205 ss. Kalck-hoff45 ss. de Bayac 129 ss.

empezaron las cruzadas».[17]

El *intermezzo* hispánico de Carlos había fracasado. Incluso lo que había ganado pronto volvió a perderlo y todos cuantos habían colaborado con el enemigo, fuesen cristianos o sarracenos, se pasaron al omeya. De ahí que el rey intentase con mayor ahínco desquitarse con los sajones.

EL CARNICERO DE LOS SAJONES, «UN PAR DE CEROS DE MÁS» Y «LA TRANQUILIDAD SERENA DE UN ALMA GRANDE...»

Mientras Carlos realizaba sus conquistas en el norte de España y volvía a perderlas —la única derrota sufrida por un ejército franco bajo su mando personal—, Widukind, un noble westfaliano que había regresado de la emigración danesa (y al que se nombra por primera vez en el 777, cuando no asistió a la dieta de Paderborn), avanzó con sus sajones por el sur hasta Fulda y por el oeste hasta Coblenza y Deutz. Castillos feudales e iglesias fueron destruidos y las aldeas incendiadas y aniquiladas, en una algarada que evidentemente no perseguía tanto el botín como la venganza.

153

En el 779 Carlos avanzó hasta el Weser, y en el 780 hasta el Elba. De nuevo se bautizó no sólo a los sajones orientales, sino incluso a los wendos de la otra orilla del Elba y a «gentes del norte». De nuevo hubo promesas de lealtad y se tomaron nuevos rehenes. En una asamblea nacional de Lippspringe el soberano intentó «de manera explícita promover [la difusión del cristianismo en Sajonia] y acelerar así el desarrollo de unas relaciones feudales» (Epperlein). Los sacerdotes cristianos difundieron entre los burgos ocupados la nueva «ilustración»: «portaban cruces y cantaban canciones piadosas; soldados fuertemente armados con todo tipo de armas eran sus acompañantes, que con sus gestos decididos aceleraban la cristianización» (De Bayac).

El territorio expoliado continuó distribuyéndose a obispos y abades, se crearon diócesis misioneras, se construyeron iglesias y hasta los monasterios menores, como los de Hersfeit, Amorbach, Neustadt del Main..., fueron incorporados por Carlos a la conversión de los paganos. Y sobre todos, naturalmente, el de Fulda, cuyo abad Sturmi mantuvo hasta poco antes de morir el mando eclesiástico y militar sobre la fortaleza sajona de Erasburg. En el noroeste realizaba la propaganda el obispo Alberico de Utrecht, que en Frisia occidental acabó con los restos del paganismo. Por encargo suyo y respaldados por el poder militar de Carlos, los monjes de Alberico destrozaron las estatuas de los dioses y saquearon los santuarios paganos y cuanto hallaron de valioso. El monarca entregó una parte de los tesoros de los templos al obispo para fines eclesiásticos. También el anglosajón san Wilehad, que ya antes había adoctrinado a los frisones, aunque sin demasiado éxito, organizó a partir de 780 por encargo de Carlos la parte septentrional de la Sajonia sometida. De modo similar, y llamado asimismo por Carlos, trabajó en la Frisia central san Liudger.

---

[17] Ann. reg. Franc. a. 778. Einhard, Vita Karoli 9. dtv-Lexikon 15, 218 s. Mühl-bacher I 207 ss. Epperlein, Kari 28 ss. Ranke según Borst: Ranke 460. Bullough, Kari 57 s. Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen 40 ss. Bjorkam 674 s. Kalckhoff46 s. De Bayac 131 ss.

Pero cuando los frisones orientales y evidentemente también grandes grupos de población de Frisia central se sublevaron a una con los sajones, destruyeron las iglesias y se volvieron a sus antiguas creencias, los predicadores cristianos abandonaron el país a toda prisa. El inglés Wilehad, que poco después fue consagrado obispo para la misión sajona y primer prelado de Bremen, huyó a Roma, dedicándose después —según Echternach— «durante dos años al estudio y a la oración» *(Lexikon für Theologie und Kirche).* San Liudger, más tarde obispo de Münster, se refugió en Roma y en Monte Cassino. Sin la protección de las armas francas no pudieron mantenerse los pregoneros de la buena nueva. Pero apenas los ocupantes volvieron a adueñarse del campo, también los señores eclesiásticos regresaron con sus espadas al frente propagandístico. Wilehad ocupó su sede en Bremen y san Liudger se estableció, por orden de Carlos, al este del Lauwers. Allí, con el respaldo del poder real, destruyó los santuarios paganos *(fana),* avanzó hasta las islas y con el apoyo de los soldados francos devastó los lugares de sacrificio del dios frisen Fósete en Helgoland.

154

Por lo demás, muchos eclesiásticos debieron de volver sólo a regañadientes entre los sajones rebeldes. Y cuando éstos, junto con los vendos, se alzaron de nuevo al mando de Widukind, su furia se cebó sobre todo en el clero y el cristianismo, pegando fuego a buena parte de las iglesias, mientras los sacerdotes huían. Un ejército franco fue eliminado en Süntel, «muriendo a espada casi hasta el último hombre», según relatan los *Anales,* que agregan: «La pérdida de los francos fue mayor aún de lo que podrían indicar las cifras». En la matanza perecieron también dos docenas de nobles y proceres. Pero antes de que Carlos hiciese acto de presencia ya la nobleza sajona y algunas tropas francas habían aplastado la rebelión. Los «nobles» sajones entregaron a los levantiscos. Y entonces Carlos intensificó la guerra expansionista y misionera hasta la famosa degollación de Verden, junto al Aller... celebrando después, como de costumbre, la Navidad y la Pascua, el nacimiento y la resurrección del Señor.[18]

Todavía en el siglo xx se ha intentado en ocasiones por «profesionales» del campo católico y del protestante negar en redondo la orgía de crueldad y barbarie. Devocionarios episcopales y algunos «teólogos especializados» trabajaron al respecto hombro con hombro, especialmente durante el período nazi.

El portavoz eclesiástico del obispado de Osnabrück hablaba en 1935 de «la fábula del "juicio de sangre de Verden"». De manera parecida también el profesor de Historia de la Iglesia de la Universidad de Munich, el protestante Kari Bauer, aseguraba en 1936 que el verbo *decollare* (cortar el cuello), que figura en las fuentes, era un error ortográfico en vez del originario *delocare o desolare* (desterrar); consecuentemente 4.500 sajones sólo habrían sido expulsados del lugar. Hay que decir, sin embargo, primero, que dicho verbo u otro parecido no lo usan las diversas fuentes; y, segundo, que cuatro anuarios de la época hablan de la «matanza» *(decollare/decollatio)* de los sajones. Tales son los *Anales* reales, los *annales Amandi,* los *Annales Fuldenses* y

[18] Ann. reg. Franc. a. 778 ss. LThK VI' 681 s. X' 917 s. LMA V 2038. HKG IIÜ1 73, Hauck II 324, 338 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 334 ss. Caitellieri I 194 s. Mühibacher I 170 ss. Lowe, Deutschiand 142. Brandi 14 s. Coler 28 s. Bleiber, Fránkisch-karolingische Kioster 133 s. Zollner, Die politische Stellung 188 s. Schuitze, Die Besiediung der Aitmark 146 s. Epperlein, Kari 135 ss. Stein-bach, Das Frankenreich 60 s. Fines 52. De Bayac 143 ss. Riché, Die Karolinger 134 s. Kahí, Kari der Grosse und die Sachsen 54 s.

finalmente, en la primera mitad del siglo IX, también *los Annales Sithienses.* Y los cronistas todos de los lugares más diversos habrían cometido de una forma altamente misteriosa la misma «errata».[19]

155

Y de una «errata» bien distinta se trataba si, como ya antes sospechó un investigador, el autor de la fuentes «como consecuencia de una falsa lectura del original hubiese quitado un par de ceros» (H. Ullmann). Por el contrario, Donaid Bullough observa atinadamente: «Pero no creer al rey capaz de semejante acción equivalía a hacerle más virtuoso que casi todos los reyes cristianos de la Edad Media. Y es que el acuchillamiento de un enemigo vencido en el campo de batalla era entonces algo habitual, a no ser que se esperase un mayor provecho con los esclavos y el dinero del rescate. Y se olvida también fácilmente una cosa: que la mayor parte de los rehenes, que el rey se llevaba año tras año, regularmente eran matados, tan pronto como volvían a levantarse contra el rey aquellos cuya obediencia garantizaban los rehenes.[20]

De hecho, un día de finales de otoño del 782, allí estaban 4.500 sajones, apretados como animales en el matadero y rodeados por sus propios «nobles», que los habían entregado, y por los paladines del gran Carlos, «el faro piloto de Europa», como le llama un manuscrito de St. Gallen de los siglo s ix-x. Por sentencia suya fueron degollados y arrojados al Aller, que los arrastró hasta el Weser y luego al mar... «Eran 4.500 y eso es lo que ocurrió» *(quod ita et factum est),* según consigna lacónicamente el analista real (para decir casi al tiempo: «Y celebró la Navidad...»). Justo allí donde el futuro «santo» pronto hizo levantar una iglesia (no una capilla expiatoria, sino más bien una capilla triunfal) y donde hoy se alza la catedral de Verden. Literalmente sobre ríos de sangre como, en sentido figurado, muchos de los templos cristianos.

Hay que imaginárselo: 4.500 personas decapitadas... y después la canonización del asesino. Tampoco Frantisek Graus, a menudo un «rayo de lucidez» en medio de su corporación generalmente tan tenebrosa, encuentra «disculpa alguna» para el asesino, «ni siquiera "histórica" a la distancia de siglo s, y los asesinatos en masa son un fenómeno, que nunca puede estigmatizarse suficientemente...».

El pretendido privilegio fundacional de Carlos del 786 en favor del obispado de Verden es sin duda una falsificación, llevada a cabo entre 1155 y 1157 por encargo

---

[19] Ann. reg. Franc. 782. Bauer, K., Die Quellcn für das sogen. Blutbad von Ver-den 109 ss. Ullmann, Zur Hinrichtung der Sachsen 1889 (según Ahiheim 164). Comp. por ejemplo la penosa apología de Dórries, Germanische Religión 293, 298, etc. De modo parecido ya en el siglo xix Donin I 261. Y recientemente de nuevo el JEG I, donde Schieffer rebaja de continuo las guerras sajonas y cuenta entre los «datos fantásticos» también la «cifra absurda de 4.500», como los que se encuentran «ya desde el Antiguo Testamento»; p. 553 ss., y nota 21. Ver asimismo las exculpaciones en HKG III/1 74. También Büttner, Frümittelalterliches Christentum, afirma que «el número de 4.500 asesinados es muy exagerado», aunque desde luego sin aportar pruebas. Y en su aportación a la obra grande y fundamental, por supuesto, de nuestro tiempo sobre Carlos, sólo indica a este propósito que «fue una intervención dura del rey franco, quien en el tribunal de castigo de Verden aplicó todo el peso del derecho de guerra». Büttner, Mission und Kirchenorganisation des Frankenreiches 469. Nada más. De la referencia al *derecho* de guerra hasta podría deducirse algo justo en la carnicería. Por el contrario, ampliamente y con un sentido crítico: Kiocke, Um das Blutbad von Verden 151 ss., espec. 189 ss. Rundnagel, DerTag von Verden 205 ss., espec. también 238 s. Schmitt, W., Das Gericht zu Verden 243 ss., para quien de todos modos el número de víctimas puede haber sido «notablemente menor». Bibliografía amplia y moderna en H.-D. Kahí, Kari der Grosse 104, nota 2. Ver asimismo K. F. Werner, Das NS-Ges-chichtsbiid 74 ss.

[20] Bullough, Kari 80. Para el concepto de «rehén» comp. por ejemplo Dobler 121 s.

del obispo de Verden Hermann y en su cancillería. Ciertamente que también tiene mucho que ver con la santidad de Carlos el gran número de documentos falsificados con su nombre y por los que las iglesias se atribuían determinados privilegios. Pero auténticos o no, «es cierto que eliminó 4.500 sajones», escribe Ranke para agregar después: «pero más tarde destaca en él la tranquilidad serena de un alma grande».[21]

156

«COMO ENTONCES HUBIESE PAZ POR DOQUIER...»

Por lo demás, el gran crimen del soberano cristiano, celebrado por la Iglesia como «apóstol del pueblo sajón», marró por completo su objetivo, al menos por el momento. No desapareció, en efecto, la resistencia de «los más paganos» contra el cristianismo y la soberanía franca, sino que más bien se enardeció. De nuevo estalló la rebelión en todo el país. De nuevo compareció Widukind al frente arrastrando también a los fri-sones en su levantamiento. Y de nuevo todos ofrecieron sacrificios a los dioses entre el Lawers y el Fli. Se persiguió, rechazó y eliminó todo lo que era franco y cristiano.

Carlos corrió hacia Sajonia, abandonando la tumba todavía reciente de su joven y segunda esposa, la bienaventurada Hildegard, muerta el 30 de abril del 783 en Diedenhofen. Su desaparición debió de afectarle sin duda, a diferencia de la muerte de los 4.500 sajones. (Aun así aquel mismo año le dio una sucesora, que una vez más era casi una niña.) Y por Sajonia avanzó de nuevo con mucho derramamiento de sangre y «con la ayuda de Dios». «Con la ayuda de Dios quedaron vencedores los francos, cayendo allí un número muy grande de sajones, de modo que sólo unos pocos se salvaron con la huida. Y desde allí llegó victorioso a Paderborn el gloriosísimo rey. Y allí reunió su ejército. Y continuó su marcha hasta el Haase, cuando los sajones volvieron a unirse. Allí se dio otra batalla cayendo no pocos sajones y quedando vencedores los francos con la ayuda de Dios.»

Esos *Anales* reales, que acabamos de citar, correspondientes al año 783, se refieren a las dos únicas grandes batallas campales de toda la guerra, cerca de la actual Detmold y sobre el Haase, en el mismo corazón de la fortaleza del Weser. Sólo «unos pocos de la enorme multitud pudieron escapar», comentan los cronistas acerca de la derrota sajona en Detmold, siendo «muchos miles» los caídos. Y según otra fuente antigua, también en el Haase una «innumerable multitud de sajones» cubrió el campo de batalla, «de nuevo muchos millares más que antes». De nuevo venció Carlos «con el auxilio divino», regresó entre los francos y «celebró la Navidad...». Y entretanto también muchos millares fueron reducidos a esclavitud.

---

[21] Ann. reg. Franc. a. 782. Hauck II 348. Cartellieri, Weltgeschichte 1 198 s. Bertram 19. Rundnagel, Der Tag von Verden 237. Zender, Die Verehrung des heiligen Kari 102 s. Steinbach, Das Frankenreich 61. Rpperlein, Kari 40. Braunfels. Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 45 s. De Bayac 147. Ranke según Borst, Ranke und Kari der Grosse 462. Graus, Die Einheit der Geschichte 639. G. Wolf no pretende justificar «moralmente» al «carnicero de Sajonia», pero explica su «dureza» desde la «razón de Estado» y desde su «conciencia misionera». Kari 112. Ver asimismo Ange-nendt, Frühmittelalter 29 s. K. Bemman escribe que hoy la cuestión está «resuelta para el mundo de especialistas», sin que haya «ningún motivo razonable y objetivo que hable en contra de la veracidad de las fuentes» (86 s.). Deschner, Die Politik der Paps-te II 236 ss.

Al año siguiente (784) el monarca asoló Sajonia, y especialmente Ostrofalia, mientras que su hijo siguiendo ya escrupulosamente sus huellas devastó Westfalia, y también él con la ayuda de Dios, ya se entiende. «Con la ayuda de Dios quedó vencedor Carlos, el hijo del gran rey Carlos, con los francos, después de que hubieran muerto muchos sajones. Por designio divino regresó incólume hasta su padre en la ciudad de Worms.»

157

El invierno del 784-785 lo pasó Carlos con la jovencísima Fastrada, que había desposado el año anterior, con sus hijos e hijas en el Eresburg. Y sólo entonces se derrumbó la resistencia de los sajones poco a poco. Y mientras celebraba la resurrección del Señor, de nuevo envió a una soldadesca y él personalmente emprendió «una campaña» de devastación, saqueo y limpieza de caminos, incendiando bosques enteros, destruyendo cosechas, cegando fuentes, asesinando campesinos, tomando fortalezas y pueblos fortificados... «pues para su obra el orden es condición esencial» (Daniel-Rops).[22]

En el 785 pareció casi extinguida la capacidad de resistencia del pueblo sajón tan duramente castigado, pareció someterse por fin «al yugo suave y ligero de Cristo», como desde hacía largo tiempo había deseado el biógrafo del abad Sturmi, aquel fanático misionero de los sajones, que predicaba la lucha contra los paganos y reclamaba la destrucción de los templos de sus dioses y la tala de sus antiguos bosques sagrados para levantar sobre los mismos iglesias.

Widukind, que todavía invicto se había retirado al norte de Albingia, tras unas negociaciones con plenipotenciarios de Carlos hacia las Navidades del 785 acudió al palacio de Attigny en el Aisne, se hizo bautizar, fue obsequiado espléndidamente por el rey que actuó de padrino y desapareció para el resto de sus días en sus posesiones, quedando fuera de la historia. En cambio sus reliquias se conservaron en iglesias levantadas por él según las leyendas y su bisnieto Wichert fue ya promovido a obispo de Verden (murió el 908). Carlos había comunicado su victoria al papa, quien le había enviado sus felicitaciones y a finales de junio del 786 ordenó un triduo de acción de gracias a toda la cristiandad de Occidente, hasta más allá de los mares, doquiera hubiese cristianos.[23]

Por lo demás, la guerra continuó.

Aquel mismo año envió Carlos un ejército a Bretaña con el fin de someter a los bretones convertidos en pecheros y que, comprensiblemente, no se resignaron a ser explotados. Y así, ya desde Pipino III y durante los reinados de Carlos y de Luis el Piadoso, fueron necesarias repetidas incursiones militares, a las que renovadamente seguían nuevas sublevaciones. Y todavía en el 786 hubo que aplastar en Turingia «una gran conjura» (Einhard), cuyo cabecilla fue un cierto conde Har-drard, y en la que el noble Carlos actuó con energía, a instancias según parece de su tercera esposa Fastrada, una mujer brutal, haciendo matar, desterrar y —un castigo raro en el reino

---

[22] Ann. reg. Franc. a. 783 ss. LThK V 32 s. Sales Doye. Heilige 517. Hauck 322, 349. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 336. Kiocke 188 s. Ahiheim 164. Hampe 70. Brandi 17. Dollinger, Schwarzbuch 120 s. Epperlein, Kari 40. Kaickhoff 81. Steinbach, Das Frankenreich 61. De Bayac 148 s.

[23] Cod. Caro). 76. Hauck II 349, 365. Cartellieri I 199. Neuss/Oediger 147, 152. Alheim 162, 164. Hampe 71. Epperlein, Kari 41 s. Riché, Die Karolinger 135 s. Hauck, k., Die Aushreitung des Glaubens 158 ss. Althoff, Der Sachsenherzog 251 ss. Angenendt, Taufe und Politik 159.

franco— cegar.[24]

«Como entonces hubiese paz por doquier —informan los *Anales* reales sobre dicho año—, Carlos decidió marchar a Roma para adueñarse de aquella parte de Italia, que ahora se llama Benevento, pues consideró conveniente someterse el resto del remo..., cuya mayor parte de la Lombardía tenía ya en su poder». Y es que «el Grande» no soportaba vivir sin guerra. ¿Y es que acaso habría sido «el Grande» sin sus guerras?

158

ÚLTIMAS SUBLEVACIONES, GUERRA DE ANIQUILACIÓN Y «LA SERENA ALTURA DEL BÁCULO»

Mientras el rey actuaba en el sur, los rumores continuaban en el norte. Cierto que en conexión con el anuncio del bautismo de Widukind se proclamó *«Tota Saxonia subiugata est»,* ha quedado sometida toda Sajonia; pero, a pesar de toda la sangre, o quizá precisamente por ello, «no había paz». Como no había paz en Frisia, donde en el este estallaron nuevos tumultos durante los años noventa, con nuevas destrucciones de iglesias y nuevas expulsiones de misioneros. También Liudger intentó escapar una vez más. Tan pronto como avanzaron los paganos huyó, y después de la persecución volvió —según una vieja práctica que se remontaba a los comienzos del cristianismo— y prosiguió con celo apostólico la «obra de conversión»: borró con furor fanático los últimos restos paganos, derribó los templos de los ídolos, devolvió la vista a los ciegos y, en una palabra, «enjugó las lágrimas por doquier», «estableció una paz reparadora», y hasta fue declarado santo.[25]

Alentada por la guerra de los avaros, también en Sajonia-estalló una sublevación. Esta se limitó, por lo demás, al territorio del nordeste hasta entonces menos afectado, a los albingios septentrionales, sajones originarios, que habitaban en el Elba inferior y en el Holstein, así como a la ancha masa del pueblo con un fuerte retraimiento de la nobleza.

«Como el perro que vuelve a su vómito» (II Carta de Pedro 2, 22) —comentan los *Anales* de Lorsch—, «así volvieron al paganismo del que antes habían abjurado, abandonaron de nuevo el cristianismo y se aliaron con los pueblos paganos del entorno. Pero también enviaron emisarios a los avaros, y osaron rebelarse primero contra Dios y después contra el rey y contra los cristianos...». También Pipino, el hijo mayor de Carlos aunque habido fuera de matrimonio, un joven hermoso aunque jorobado, se rebeló entonces. Mientras sus compañeros fueron ejecutados unos y azotados y desterrados otros, Pipino tonsurado como un monje fue encerrado en el monasterio de Prüm, en el que murió tras un encarcelamiento de casi veinte años (811).

Sin embargo, la guerra contra los sajones, que duró más de diez años, no afectó propiamente a la soberanía extranjera de los francos, y ni siquiera al cristianismo como tal. Más bien apuntó sobre todo contra sus representantes e instituciones, contra la Iglesia, sus rigurosos ataques a la propiedad privada, su brutal recaudación de los diezmos; de lo cual ya se quejaba Alcuino, el consejero anglosajón de Carlos,

---

[24] Ann. reg. Franc. a. 786. Einhard, Vita Karoli 20. LMA II 616 s. Cartellieri I 200. Dhondt 73. Kaickhoff 99.
[25] Keller, Reclams Lexicón 338 s. Donin II 294 ss. Bleiber, Fránkish-Karolin-gische Kioster 133 s.

que veían en los misioneros a depredadores *(praedones)* más que predicadores *(praedicatores).* «Que los diezmos habían destruido la lealtad y la fe» parece haber sido un dicho proverbial entre los francos. Los albingios del norte combatieron entonces a la Iglesia con la misma dureza que ésta había mostrado. En todas partes fueron destruidos los nuevos templos, fueron expulsados los eclesiásticos y no pocas veces fueron asesinados los sajones cristianos siendo saqueadas sus posesiones. En resumen, toda la organización eclesiástica al norte del Elba fue erradicada por completo.

159

La sublevación creció hasta convertirse en una guerra de aniquilación de más de diez años, alcanzando una crueldad extrema por ambos bandos. La contraofensiva, que sólo se reanudó en el otoño del 794 y en la que Carlos llevó consigo una serie de reliquias, consistió en simples incursiones de destrucción. Varias veces llegó incluso a utilizar eslavos paganos, como los wilzos y los obroditas, cuyo rey Witzin fue atacado y muerto por los sajones en la travesía del Elba. Carlos saqueó, destruyó y asoló cuanto encontraba, recurriendo principalmente a los incendios y asesinando a miles de personas. Tras una victoria en Kiel parece que 4.000 cadáveres sajones cubrieron el campo de batalla. Y año tras año hizo grandes cantidades de rehenes, tomando uno de cada tres varones —«tantos como quiso», según dice el cronista—, a la mayor parte de los cuales «regularmente mató» (Bullough). Hasta el 799 el «apóstol de los sajones», «el que predicó el evangelio con lengua de bronce» (Ber-tram), marchó anualmente contra ellos. En el 802 volvió a enviar otro ejército, mientras él pasaba todo el verano en las Ardenas dedicado a los placeres de la caza. En el 804 volvió todavía personalmente al campo de batalla, donde los sajones sucumbieron definitivamente a su poderío.[26]

Para hacer imposible cualquier levantamiento acabó ordenando deportaciones masivas con espantosos trasplantes de población en gran escala, como los que ya habían practicado los cristianos bizantinos. «Sacó de allí a tal cantidad de rehenes, como jamás se había visto ni en sus días ni en los días de su padre ni jamás en los días de los reyes francos», comenta un cronista. El hombre que, ya en el 794, en el sínodo de Frankfurt, se presentó abiertamente como «cabeza de la Iglesia occidental», a lo largo de los años 795-799 y 804 hizo que su soldadesca asentase a millares de sajones con sus mujeres y niños, con un total de unas diez mil familias, sobre el antiguo suelo franco, a ambas orillas del Rin, en Galia y en Gemianía, como pecheros de nobles eclesiásticos y civiles. (Todavía hoy recuerdan el suceso algunos topónimos en suelo franco como Sachsenfahrt, Sachsenmühie...) A muchos de los deportados, sin embargo, se les recluyó en campamentos estrechamente vigilados debiendo pasar allí el resto de su vida. Una fuente habla incluso de un «exterminio total». Y no pocas sajonas, que ciertamente todavía no habían sido purificadas de toda la inmundicia pagana por el sagrado baño del bautismo, fueron enviadas en el curso de la guerra a Verdun, el gran emporio de esclavos.

160

---

[26] Einhard, Vita Karoli 20. Alkuin ep. 174; 184. Ann. *reg.* Franc. a. 794 ss.; 802, 804. Annal. Lauresham a. 792; 795. Annal. Guelferbytani a. 792. Annal. Mosellani a. 791. Müibacher I 189 ss.; 248 s. Hauch II 364 s. Bertram 18. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 337 s. Cartellieri 1206. Schoffel, Hamburg 137. Meyer, Kir-chengeschichte 18. Winter-Günther 12 ss; 19, 23 s. Hampe 71. Lowe, Deutschiand 141. Dawson 218. Stern/Bartmuss 103, 261, nota 62. Epperlein, Kari 42 s. Kaickhoff 99, 101 s. Bullough, Kari 60. Hellmann, Die politish-KirchIiche Grundiegung 861 s.

Con todo lo cual en el norte llegaron a cambiar por completo las relaciones de propiedad y posesión. Pues también el territorio robado en el Elba volvió a repartirlo Carlos entre obispos, sacerdotes y sus vasallos laicos. Y a lo largo del siglo IX se fundaron en Sajonia numerosos monasterios a expensas de nobles particulares.[27]

De ese modo, mediante una guerra de treinta y tres años, Carlos había convencido a «los más paganos» de la idea «de que todavía hay algo superior a la lucha y a la victoria, superior a la muerte en el campo de batalla», como nos asegura el cardenal Bertram, el alentador de dos guerras mundiales y asistente de Hitler; Carlos había «plantado la cruz victoriosa y benéfica en el suelo virgen del país sajón». Y, finalmente, lo más importante: «la serena altura del báculo actuó benéfica y mediadora junto al poder del cetro y de la espada reales».[28]

Las leyes sangrientas de Carlos

Durante su lucha el rey dictó leyes draconianas; evidentemente siempre que pudo creer que había sometido definitivamente a los sajones y que podía conducirlos al «orden». Destacan a este respecto la *Capitulatio departibus Saxoniae* (782) y el *Capitulare Saxonicum* (797). Y como se forzaron las conversiones al cristianismo con los bautizos masivos, mientras que el pueblo sajón persistía secretamente en su paganismo y abominaba del clero, Carlos impuso un cambio completo de educación ideológica sobre la base de la erradicación total de las creencias antiguas y de sus ritos y mediante el bautismo forzoso de todos lo sajones. De las catorce disposiciones de la *Capitulatio,* que llevan aneja la pena de muerte, diez se refieren exclusivamente a crímenes contra el cristianismo. Previamente había requerido el consejo del papa orientándose además a todas luces por el método misional de los monjes de Fulda para la extirpación del paganismo, que empezó con los bautizos masivos y sin contemplaciones y con la destrucción total de sus santuarios.

Con un estereotipado *«morte moriatur»* (muera sin remisión) se amenaza a cuanto los heraldos de la buena nueva querían borrar: el saqueo y destrucción de iglesias, la incineración de los difuntos, el rechazo del bautismo,'la evitación secreta del mismo, la burla del cristianismo, el menoscabo de las propiedades eclesiásticas, la ofrenda de sacrificios paganos, la práctica de usos gentiles, etc.

161

Y éste era su tenor:

«3. Si alguien irrumpe violentamente en una iglesia y roba o hurta algo en ella, o pega fuego a la iglesia, muera sin remisión.

4. Si alguien por desprecio al cristianismo no guarda el ayuno sagrado de cuarenta días y come carne, muera sin remisión...

7. Si alguien, según costumbre pagana, hace destruir el cuerpo de una persona

---

[27] Einhard, Vita Karoli 7. Ann. reg. Franc. a. 797; 804. Annal. Lauresham a. 794; 796; 799. Annal. Mosellani a. 794. Annal. Mettens. prior, a 804. Chron. Moissiacen-se 804. HEG 1554 «Schieffer». Hauck II 366 s. Schubert. Geschichte der christiichen Kirche 1 338. Cartellieri I 226 s. Beissel II 1. Grupp 11 5 s. Alheim 164 s. Hampe 71. Lówe, Deutschiand 142. Brandi 6 s. Schoffel I 8. Stern/Bartmuss 103. Kóhier, Die Ottonische Reichskirche 154. Epperlein, Kari 43. Braunfels, Kari der Grosse in Selb- stzeugnissen 47. Extensamente: Winter-Günther 24 ss., 32 ss., 59 ss.. 78, 85 ss.

[28] Bertram 17,21.

difunta mediante el fuego y reduce sus miembros a ceniza, muera sin remisión.

8. Si alguien en el futuro dentro del pueblo sajón pretende ocultarse sin haberse bautizado y deja de acercarse al bautismo, porque quiere seguir siendo pagano, muera sin remisión...

10. Si alguien de acuerdo con los paganos maquina algo contra los cristianos y busca mantener la hostilidad contra los cristianos, muera sin remisión. Y si alguien asiente a ese mismo crimen contra el rey y contra el pueblo cristiano, muera sin remisión.»

¡Hasta la transgresión del precepto del ayuno conllevaba la pena de muerte! (personalmente Carlos era reacio al ayuno y alegaba que su cuerpo no podía soportarlo).

Se ordenaba el bautismo durante el primer año de vida, la asistencia a la iglesia todos los domingos y días festivos, la emisión del juramento en las iglesias y hasta la observancia de las leyes canónicas sobre el matrimonio. Como criticaba ya Alcuino, se imponían «severas penitencias por las faltas más leves». (Pero en la corte de Carlos se practicaba la promiscuidad durante los banquetes, a los que también asistían las hijas del rey, y en los que en ocasiones también algunos eclesiásticos «caían en la tentación».)

Dado que al pueblo sajón, convertido a la fuerza, poco o nada le importaba el cristianismo, hubo que continuar obligándole por la fuerza al sostenimiento de la Iglesia. Todo el mundo, nobles, libres y latos, tenía que dar a la Iglesia el diezmo de las cosechas de sus campos y de todas sus ganacias. Además cada iglesia debía obtener dos yugadas, es decir, dos fincas rurales, así como un criado y una criada por cada 125 habitantes, con lo que la masa de los sajones fue explotada como jamás antes lo había sido.[29]

Ante las crueles leyes sajonas el cristiano Johannes von Walter se pregunta, ingenuamente al parecer: «¿Actuó Carlos aquí en el sentido de los defensores de la Iglesia? Difícilmente cabe suponer que su actuación encontrase amplio asentimiento». ¡Cuánta falsedad y mentira en dos líneas! Aun así se cuestiona en el volumen *Die Nation vor Gott. Zur Botschaft der Kirche im Dritten Reich.* Y se cuestiona en 1934. Y, sin embargo, Carlos había llevado a cabo esas matanzas (y otras) de los sajones durante décadas con el estrecho apoyo de la Iglesia, y naturalmente también por entero en favor de los intereses de ésta. «Lo decisivo para la Iglesia fue la lucha, que Carlos emprendió abiertamente en favor del cristianismo en Sajonia y en España. Mediante la guerra contra los paganos su actividad respondía a la concepción eclesiástica del *imperium* cristiano...» (Zóllner).[30]

162

Nada resulta más evidente. Y Einhard, cuyas informaciones sobre Carlos adquieren especial relevancia, observa en cierta ocasión que la lucha, que se prolongó

---

[29] Capit. de part. Sax. MG Font. rea. Germ. 37 ss. Capt. Sax. Ibíd. 45 ss. LMAII 1481, 1483. Hauck II 350 ss, Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 336 ss. Schnürer, Kirche und Kultur I 395 s. Meyer, Kirchengeschichte 18 s. Voigt, Staat 332. Drógereit, Die Schriftiichen Quellen 457 s. Stem/Bartmuss 100 ss. Epperlein, Kari 37 s., 134. Id., Herrschaft und Volk 54. Braunfels, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 45. Riché, Die Karolinger 135. Hartmann, Die Synoden 101 s.

[30] Einhard, Vita Karoli c. 7. J. von Walter 301 s. Zollner, Die politische Stellung 229 se remite en este punto a H. Hirsch, Der mittelalteriiche Kaisergedanke in den li-turgischen Gebeten, y L. Biehi. Das Liturgische Gebet für Kaiser und Reich (1937). I-os investigadores modernos, como por ejemplo Braunfels, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 43, a menudo lo exaltan: «Con sus guerras sajonas Carlos creó Alemania».

tantos años, sólo terminó con la condición de que los sajones abjurasen de su «culto demoníaco» *{daemonum cuitu),* que aceptasen la fe cristiana y los santos sacramentos y formasen un solo pueblo con los francos. El objetivo de la guerra de Carlos difícilmente puede enunciarse de forma más clara y convincente: destrucción del paganismo, expansión del cristianismo y anexión.

En el *Handbuch der Kirchengeschichte* (católico) las guerras sajonas figuran bajo el epígrafe «El redondeamiento del gran reino franco».[31] Ciertamente que así es posible titularlo sin rastro alguno de barbarie y de sangre. ¡Sencillo y limpio! «El redondeamiento» *(Abrundung)* suena suave, casi elegante. Tiene algo de caprichoso y hasta de artístico. Cual si se tratase de una obra de arte, de una obra de arte estatal. Y con vistas a un gran reino ¿no se permite todo sin más? ¿Al menos mientras «sale bien»?

2. EL EXPOLIO Y EXTINCIÓN DE LOS AVAROS (791-803)

Al tiempo que Carlos sometía por la fuerza a sajones y frisones destruyó también el reino de los avaros, fundado hacia el 570 en Hungría al haberse convertido en su vecino contiguo con la eliminación del duque bávaro.

163

EL BREVE PROCESO DE CARLOS CON TASSILO

Baviera se había formado y desarrollado política, jurídica y socialmente bajo la dirección de los agilolfingios, que allí todo lo dominaban. Sólo con las dos campañas de Carlos Martell entró el país, aunque tal vez todavía no bajo la soberanía de los francos, sí en cierta dependencia de los mismos; dependencia que se agravó notablemente tras la grave derrota del ejército bávaro el año 743. El papado, que entonces había traicionado vergonzosamente al duque Odilo, dejó en la estacada a su hijo Tassilo apenas Carlos lo derrotó.

Y, sin embargo, Tassilo III (748-788), el último agilolfingio, cuyo gobierno estuvo desde el comienzo a la sombra de la soberanía de su tío, el mayordomo Pipino, era devoto del clero como muy pocos príncipes, sobre todo «a causa del amor eterno y del horror espantoso, para salir de la charca del diablo y merecer el salón del cielo». Favoreció al clero por todos los medios. Protegió a los sacerdotes mediante un elevado rescate de sangre, que era exorbitante para los obispos. Fomentó la misión de los anglosajones y de Bonifacio. Trasladó cuerpos de mártires: el de Valentín a Passau (746) y el de Corbiniano a Freising (765). Cubrió Baviera de iglesias y de residencias monásticas, dotándolas con mayor prodigalidad que cualquier otro de sus predecesores. Fundó probablemente los monasterios de Mattsee, Münchsmünster, Pfaffenmüns-ter y Wessobrunn; y con seguridad en el 769 el monasterio de Inichen en el valle del Puster, «para conducir al linaje incrédulo de los eslavos por el sendero de la verdad», y en el 777 el monasterio de Kremsmünster en el cantón de Traun, con

[31] HKGIII/1 71.

unos planos grandiosos, como avanzadilla a la vez que punto de apoyo de la misión eslava y como garantía de su gobierno sobre los paganos. Como tantas otras veces, también aquí se entrelazan indisolublemente motivos misionales, políticos y económicos.

En general Tassilo extendió el dominio bávaro siempre hacia el sur y el este, donde las fundaciones monásticas representaron ciertamente una labor preparatoria importante, aunque el papel decisivo lo jugó una guerra. En efecto, el año 772 el duque, los obispos y la nobleza de Baviera fueron convocados por una tal *«Clemens peregrinas»* a una «cruzada contra los paganos de Garántanla, un país que comprendía principalmente la actual Carintia así como algunas regiones de la Estiria alta y central. Allí gobernaban príncipes eslavos, hasta que en el 828 los condes alemanes ocuparon sus puestos. «Dios concede a los bávaros la victoria sobre sus enemigos, como antiguamente lo hiciste con Gedeón;

Dios, da valor a Tassilo, como se lo diste a Sansón; Dios, asísteles, como asististe a David, que venció a Goliat. Dios...» Tassilo capitaneó la cruzada, invadió Carintia, privó a los carantanios de su independencia política y así abrió en la región *«el comienzo de la soberanía alemana hasta la época contemporánea»* (Waldmüller). *«Esta victoria de Tassilo III sobre los eslavos determinó durante más de un milenio la soberanía de los alemanes sobre los eslavos y situó a la vez. Alemania y la misión cristiana en el mismo frente»* (Klebel).[32]

164

Todavía a comienzos de los años setenta Tassilo hizo que el papa Adriano I bautizase y ungiese a su hijo Theodo. Y su ducado poseyó incluso «una autoridad cuasi regia, a la que sólo le faltaba el *nomen regium»* (Schiesinger). Pero en el 781, y con ocasión de su visita a Roma, Carlos convino con Adriano para actuar en común contra Tassilo. Ese mismo año se presentaron al duque dos emisarios del rey así como dos obispos comisionados por el papa y le obligaron a renovar el juramento de vasallaje, que en tiempos había hecho Pipino. Tassilo transigió de primeras, se resistió después, pero acabó renovándolo y en el 787 solicitó la mediación del papa. Pero éste no sólo lo rechazó de manera tajante, sino que además amenazó a Tassilo y sus «cómplices» con el anatema, en el caso de que no obedeciese en todo a Carlos. Más aún, declaró que una eventual guerra ofensiva de los francos contra él sería una «guerra justa». «Si el duque no se mueve por mis palabras a cumplir con su deber, Carlos el Grande y su ejército quedarán exentos de todo pecado y de la responsabilidad de los incendios, muertes y cualquier acción nociva, que se dé en perjuicio de Tassilo y de sus cómplices.» A Carlos, por contra, le prometió la absolución de cualquier mal posible que ocasionase a los bávaros. Y cuando en el 787 éste avanzó con tres ejércitos en una acción concéntrica sobre Baviera, no encontró

---

[32] Arnal. luvav. Maximi a: 772. Vita Corb. c. 39; 41. HEG 1 556. Hauck II 376 ss., 418 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 339. Waldmüller 122 s. Holter 43 ss. Zimmermann, Der Gunzwitigau 39 ss. Sparber, Zur áltesten Geschichte 54 ss. Bosi, Geschichte Bayerns I 45 s. Id., Die Gründung Innichens 451 ss., 467 ss. Lówe, Deutschiand 145. Huter 450 ss. Id., Die karoling. Reichsgründung 27 ss. comentando a Lowe. Klebel, Siediungsgeschichte 42 ss. (cerrada por Klebel). Kanzen-bach, Geschichte der Christiichen Kirche im Mittelalter 80. Reindal, Grundiegung 142, 155 ss., 207 ss., 223. Id., Die Bistumsorganisation 277 ss. Id., Herzog Amulf 220. Stórmer, Früher Adel I 214. Oettinger 90. Stern/Bartmuss 104 s. Maier, Kirchengeschichte von Kárnten II 6. Lechner, Studien zur Besitz- und Kirchengeschich-te 195 ss. Wolfram, Das Fürstentum 165 ss. Zollner, Derbayerische Adel 362 ss. Prinz, Entwickiung 355 ss. Lechner, Der «pagus Grunzwiti» 302 ss. Korosek, Die slawis-che Ansiediung 103 ss., espec. 105.

ninguna resistencia seria. Los nobles bávaros, «y en particular los obispos» (Heuwieser), estuvieron como es de suponer con el más fuerte. Tassilo hubo de rendirse sin lucha, renovar su juramento de fidelidad, y recibió su ducado en feudo.[33]

Pero ya al año siguiente Tassilo fue citado a la dieta de Ingelheim, donde Carlos lo hizo detener y desarmar de inmediato. Después mandó detener en Baviera a la mujer y los hijos de Tassilo con la servidumbre haciéndolos conducir a su presencia. Sólo después le inculparon en la asamblea nacional «miembros de un partido antitassilista, capitaneado por el episcopado bávaro» (Sprigade), gentes que habían llegado a Ingelheim formando parte de su séquito: el crimen era una supuesta alianza con los avaros. Y se le abrió formalmente un proceso. En cualquier caso, no por delito de alta traición, que evidentemente no se podía probar, sino por su «deserción» *(haris liz)* el 763 a Aquitania, ¡cometida 25 años atrás!

Muchos son los puntos oscuros acerca de dicha asamblea, «como sobre la desaparición de los duques hedenos en la Franconia del Main y de los duques alamanes después del 740» (Bosi). Carlos, supuestamente «llevado de la compasión, por el amor de Dios y porque era su consanguíneo» —según el analista oficial—, cambió la sentencia de muerte en la de prisión monástica, que equivalía a la de cadena perpetua, apareciendo así a los ojos de sus coetáneos como un padre de la patria bondadoso y temeroso de Dios. De hecho sólo actuó obsesionado por el poder y con evidente dureza; todo da la sensación de «una escena hábilmente preparada, de una representación tramada desde el comienzo» (Epperlein).

165

El 6 de julio Tassilo fue tonsurado en Sankt Goar como monje, siendo enviado después al monasterio de Jumiéges en Rouen. Pero tras seis años de prisión, probablemente en Lorsch, en el 794 Carlos lo hizo conducir a Frankfurt, a una asamblea nacional y eclesiástica, y en una farsa repugnante le hizo pedir perdón por todo el mal que le había hecho a él, Carlos, y a los francos y le hizo renunciar por escrito al ducado de Baviera y a sus posesiones personales en favor de sus hijos e hijas. (El tesoro ducal naturalmente ya lo había él confiscado en el 788 en su propio beneficio.) El *rex piissimus,* cuya misericordia exaltan explícitamente en esta ocasión los *Annales Lauresharnenses,* quiso pues aniquilar no tan sólo a Tassilo sino la dinastía entera. Pero Carlos le perdonó también entonces, le aseguró su clemencia y —según rezan las crónicas— lo acogió «de nuevo en su amor, pues estaba seguro del futuro por la misericordia de Dios».

A la misericordia de Carlos hubo de renunciar el duque. Para acabar apoderándose de su tierra el rey no sólo había hecho encerrar tras los muros monásticos a Tassilo sino también a su esposa Liutperga, hija del rey longobardo Desiderio, y a sus hijos e hijas; a Rotrud en Soissons y a Gotani en Chelles, aquí bajo la custodia de la propia hermana de Carlos. Al lujo mayor de Tassilo, llamado Theodo, lo condujeron a St. Maximin de Tréveris, sin que sepamos la cárcel monacal de su segundo hijo Theopert.

Tassilo murió en el monasterio de Laurisham (Lorsch) sobre el Rin, ignorándose cuándo. También el rey Desiderio acabó en la cárcel de un monasterio recluido por Carlos. Y allí terminó probablemente asimismo Hunaid, padre del duque Waifar de Aqukania, quien después de 25 años de enclausTramiento, todavía en el 768 se había

---

[33] Ann. reg. Franc. 781. Heuwieser, Geschichte I 127. Wolfram, Das Fürstentum 169 ss. Schiesinger 130 s. Haendier, Die lateinische Kirche 70 s. Ver asimismo la nota siguiente.

dejado arrastrar a una sublevación. Baviera pasó a ser una provincia franca, regida primero por un «gobernador» y después por virreyes. Y la Iglesia bávara, lo más importante de Tassilo, su instrumento de gobierno por él perfectamente equipado, se pasó a Carlos.[34]

Con la deposición de Tassilo II y su encarcelamiento en Ingelheim el 788 Baviera fue, como decimos, una provincia del reino franco y el reino de los avaros se convirtió en vecino directo de los francos.

166

Evidentemente una guerra santa

Bajo la presión de los pueblos turcos los avaros habían emigrado hacia el oeste. Era un pueblo perteneciente a la etnia de los hunos, probablemente protomongólico, un pueblo de jinetes que vivía en las estepas del Asia central. En la segunda mitad del siglo VI ocuparon la llanura del Tisza y todo el territorio del Danubio medio durante más de doscientos años. Hacia el 550 aparecieron también en la franja oriental de Germania y en la década siguiente, cuando empezaron a crear un gran reino entre los Alpes orientales y el mar Negro, gobernado enérgicamente por Khagán Baián, fueron combatidos por el merovingio Si-giberto I. Cierto que en el 561 los venció en el Elba medio, pero cinco años después hubo de obtener la paz mediante el pago de un tributo.

Con amplios contingentes de tropas auxiliares eslavas continuaron atacando los Balcanes. Los germanos y sármatas que habitaban la región del Danubio se mezclaron en parte con ellos. En el 506, aliándose con los longobardos, aniquilaron a la tribu germánica oriental de los gépidos. Y, cuando en el 568 los longobardos avanzaron hacia Italia, avaros y eslavos invadieron las regiones abandonadas de Panonia-No-ria, pasando así a ser los vecinos orientales de Baviera. Pero su avance apuntaba preferentemente hacia el sur, y sobre todo a Constantinopla, cuyos aliados habían sido en tiempos. En el 626 la cercaron del lado europeo junto con eslavos, gépidos, búlgaros y otras tropas auxiliares, mientras que los persas la cerraban por la parte asiática. La pequeña flota eslava fue aniquilada y el ejército de tierra fracasó frente a las murallas inexpugnables. Cuando el hambre y las epidemias forzaron a los avaros a la retirada, al tiempo que también los persas cesaban en su empeño, el prestigio de Khagán se resintió entre sus subditos y sus aliados siendo suplantada su soberanía

---

[34] Einhard, Vita Karoli c. 11. Conc. Francof. (794) c. 3. Ann. reg. Franc. 763,781, 787 s. Annal. Lauresham a: 787 s.; 794. Annal. Mosell. a. 787 (con falsa toponimia). Annal. Nazar. a. 788. Annal. Petav. a. 788. Annal. Admunt. 772. HEG I 563. Mühl-bacher I 240 ss., 251. Cartellieri I 202 ss. Grupp II 6. Hartmann, Geschichte Italiens II 305 s. Lowe, Deutschiand 145 s. Faussner 362 ss. Sprigate, Die Einweising 60 ss. Stern/Bartmuss 105 s. Zollner, Die politische Stellung 154 ss. Aubin, Die Verwand-lung 127. Tomek, Kirchengeschichte Óstereichs 77. Uffelmann, Das Regnum 32 ss. Barraclough, Die mittelalterliche Grundiagen 6. Mitteis, Lehrecht 68 s. Krawinkel 57. Reindel, Bayern und Karolingerreich 224 s. Id., Grundiegung 131 ss. Id., Herzog Amulf 215 ss., 246. Bund 388 ss. Graus, Herrschaft und Treue 17. Steinbach, Das Frankenreich 63. Fleckenstein, Grundiagen 117 s. Bosi, Bayerische Geschichte 59, Epperlein, Kari 47 s. Reindel, Die politische Entwickiung 250 s. Braunfeis, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 37, 49, 52 ss. Althoff, Der Sachsenherzog 271. Sin embargo apenas 20 páginas antes A., y refiriéndose a Desiderio, Tassilo y el carolingio Pipino, había hablado de «las condiciones denigrantes de la prisión claustral», ibíd. 255. Sobre el «abuso» de los monasterios como prisiones ver asimismo Goetz, Leben im Mittelalter 87.

por los pueblos eslavos auxiliares en los Súdeles eslavos, en Bulgaria y Dalmacia. Cierto que los avaros se rehicieron de nuevo hacia el 750 y que dominaron a los eslavos de su órbita de poder mediante nueve campamentos rodeados por una muralla en forma de anillo, los llamados «anillos avaros». Eran puntos de apoyo, en los que se almacenaban alimentos, botines de guerra y tesoros incalculables, y donde se supone el centro del poder avaro al este de la selva vienesa. Pero entonces avanzó Carlos sobre ellos dándoles el golpe mortal.[35]

167

Después de haberse apoderado de Baviera, a partir del 788 —en los documentos bávaros se contaron los años «desde que el rey Carlos conquistó Baviera»— se comprometió aún más al servicio de la conversión de avaros y eslavos, la guerra y la predicación continuaron sobre todo en el sureste. Los *Annales regni Francorum* aducen cual motivo principal de la apertura de hostilidades la aversión al cristianismo de los avaros, el crimen supuestamente enorme e intolerable «que los avaros habían cometido contra la santa Iglesia y contra el pueblo cristiano, porque a través de los emisarios no se había podido obtener ninguna satisfacción...». En realidad lo que quena el rey, un conquistador notorio, era la expansión, quería evidentemente las tierras entre el Enns y el Danubio como una «Marca panonia».

En el 788 los avaros avanzaron con dos ejércitos hacia Baviera e Italia para salvar a Tassilo; pero llegaron demasiado tarde y en todas partes fueron rechazados. Cayeron a millares en los campos de batalla o en su huida perecieron en el Danubio. Y en el 791, al tiempo que tropas italianas al mando del duque de Istria irrumpían por el suroeste sobre el reino avaro, Carlos avanzó hacia Hungría con otros dos grandes cuerpos de ejército. Devastó el país a lo largo y ancho hasta el Raab, no sin haberlo preparado todo convenientemente con la Iglesia.

La aventura había empezado «con la ayuda de Dios», como siempre. Y, cuando el 5 de septiembre las tropas alcanzaron el Enns, que era la frontera con los avaros, se hizo un alto con tres días de rogativas, en las que «todos caminaron descalzos», como escribía Carlos a su esposa Fastrada. A ello se sumaron numerosos servicios religiosos. Cada obispo y cada sacerdote hubo de contribuir con tres misas y cada canónigo y cada monje con tres recitaciones del Salterio para «conjurar el azote de la guerra» (Ahlheim), que de hecho empezaba a extenderse por amplios territorios. La situación alentó además a un ayuno general; pero cualquiera pudo ya eximirse del mismo adquiriendo con dinero la «licencia» para beber vino o comer carne. Con todo ello se solicitaba fervorosamente —como escribe el analista oficial— el «auxilio de Dios para la salvación del ejército y la ayuda de nuestro Señor Jesucristo para la victoria y la venganza contra los avaros». Sobre ellos descargó en seguida «un terror enviado por el Señor», pues «Cristo conducía a su pueblo»; y también el cristianísimo rey, habría que añadir: acompañado por su preboste, Angilram, obispo de Metz, que allí murió; el obispo Sindpert de Ratisbona, que corrió igual suerte, los obispos Arno de Saizburgo y Arno de Freising con muchos otros clérigos. En resumen, todos se

[35] Greg. Tur. 4, 23; 4, 29. Meyers Taschen-Lexikon 1193; VI 130. LMA 11283 ss. II 915. Erben Stadtmüller 93 s., 100, 130 s. Klebel Langobarden, Bajuwaren, Slawen 101 ss. Id., Siediungsgeschichte 29, 46. Dannenbauer II 9 s. Vemadsky 262 ss., 303 s. Herrmann, Slawisch-germanische Beziehungen 21 ss. Numerosos textos ibíd. 33 ss. Donnert 295. Reindel, Grundiegung 101, 121, 147, 152, 171. Zollner, Die politische Stellung 193. Ewig, Die Merowinger 55. Schiesinger, Zur politische Geschichte 22 pone la guerra contra los avaros en el 562 o en el 563. Hellmann, Neue Kráfte in Osteuropa 357 ss.

aplicaron a la obra piadosa: «se llevó a cabo una labor increíble, que hizo germinar la semilla del cristianismo en los surcos que la espada de Carlomagno había abierto» (Daniel-Rops).[36]

168

Mas como los avaros no presentaban ninguna batalla campal y como el terreno cubierto de bosque y pantanos impedía cualquier ofensiva, habiéndose desatado además una epidemia en el ejército, que se llevó a algunos hombres pero sobre todo a nueve décimas partes de los caballos y miles de animales, resultó imposible cualquier persecución ulterior; por lo cual hubo que interrumpir el primer ataque sin haber logrado nada. Así y todo, se obtuvo un primer éxito parcial y Carlos —que evidentemente llevaba a cabo «una guerra santa, al final de la cual sólo podía estar el triunfo completo y la conversión del enemigo» (Kalckhoff)— consiguió sacar de su empresa sacra un inmenso botín así como una gran multitud de prisioneros.

Mas no cedió. Al año siguiente (792) mandó construir con barcas un pontón flotante para hacer más fácil la travesía del Danubio. Y en el 793 ordenó unir el Main con el Danubio mediante una «gran zanja», la «zanja de Carlos»; que era como enlazar el centro del reino franco con el sureste. Es la única tentativa conocida en Occidente a comienzos de la Edad Media (por motivos evidentemente estratégicos) de construcción de un canal; tentativa que por lo demás fracasó a causa de la continuas lluvias y por dificultades técnicas.[37]

En el 795 tropas francas a las órdenes de Pipino, hijo de Carlos y virrey de Italia, y del margrave Erich de Friul, atacaron de nuevo a los avaros en Hungría meridional. Ello provocó entre éstos una sublevación y el asesinato de sus príncipes. Se conquistó el «anillo» o campamento *(kürijän)* principal del interior del país; la fortaleza real avara fue saqueada, obteniéndose con una cantidad ingente de oro y plata, amontonada allí durante siglo s; joyas y armas fueron robadas y enviadas a Carlos en Aquisgrán. Con «mano dadivosa» distribuyó él parte de aquellos tesoros a los obispos, hasta la misma Inglaterra, aunque al señor papa le envió «una gran parte». Toda la cristiandad occidental se regocijó «con el tesoro obtenido por la gracia de Cristo».

Y pronto volvió a regocijarse. Pues ya al año siguiente, cuando Tudun, un príncipe avaro, se hizo bautizar en Aquisgrán, Pipino, hijo de Carlos, acompañado de nuevo por obispos y prelados de Saizburgo, Passau, Aquileya y otros lugares de Italia, penetró en el «anillo» y lo destruyó. Pero ya antes continuó haciendo enormes botines de piedras y metales preciosos, cuyo destino fue asimismo Aquisgrán, donde probablemente se montó entonces un tesoro especial. (Durante los siglo s vi y vil los

---

[36] Ann. reg. Franc. a. 788; 791. Annal. Laresham a. 791. Annal. qu. dic. Einh. 791. El relato de la guerra de Carlos en Kastrada: MG Epist. IV 528. HEG I 557. Hauck II 419 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 314 ss. Simson, Jahrbücher des Fránkischen Reiches II 20 ss. Mühibacher I 246 s. Cartellieri I 205. Naegle I 39 s. LMA I 635. Tomek, Kirchengeschichte Ósterreichs 77. Heuwieser, Geschichte I 128 s. Lowe, Deutschiand 146. Stern/Bartmuss 106 s. Ahiheim 165 ss. Stadtmüller 135 califica la eliminación del peligro avaro como «el impedimento principal para la misión y dominio del territorio del Danubio». Winter-Günther 20. Daniel-Rops 515 ss. Kaickhoff 52 s. Klebel, Siediungsgeschichte 49 s. Reindel, Bayern im Karolingerreich 230. Epperlein, Kari 53. De Bayac 198 s., 206 ss. Riché, Die Karolinger 116, 139. Steinbach, Das Frankenreich 63 s. McKitterick, The Frankish kingdoms 62. Er-délyi, Slawen, Awaren, Ungams 154 s. Hellmann, Neue Kráfte in Osteuropa 360. Desde finales del período merovingio se recurrió cada vez más a los obispos para cometidos militares y campañas bélicas y hasta consiguieron montarse «un poder militar propio»: Kaiser, Bischofsherrschaft 73 ss., espec. 76. Para la «redemptio» ver también

[37] Angenendt, Das Mittelalter 211.

khaganes avaros habían arrancado de Bizancio pagos anuales de hasta 120.000 sólidos; con la repentina afluencia de tesoros el valor de los metales preciosos debió de bajar en el reino franco aproximadamente un tercio de su cotización.) Quince carretas tirada cada una por cuatro bueyes, fueron necesarias para transportar la increíble rapiña de «la guerra santa» hasta las manos de Carlos en Aquisgrán. No se recuerda, comenta Einhard con entusiasmo, ninguna otra guerra en la cual los francos se enriqueciesen con un botín tan grande. Y aunque laico (que sin duda figuró al frente de muchas iglesias), agrega en tono mojigato que «con razón puede decirse que los francos habían despojado legítimamente a los hunos de lo que éstos antes habían arrebatado a otros pueblos de forma ilegítima».

169

Pero las campañas se prolongaron todavía mucho tiempo hasta el sometimiento de los avaros; incursiones armadas hubo todavía los años 797, 799, 802 y 803. «Los margraves friulanos y de la marca oriental estuvieron de continuo en pie de guerra» (Zöllner); con «casi cada año una nueva acción» (Brackmann).

Se discute ciertamente la dureza de la guerra. Los *Anales* reales ocultan ciertamente las atrocidades cometidas; otras fuentes informan de las grandes crueldades cometidas por los francos. También Einhard escribe que Carlos llevó a cabo la empresa con mayor pasión y esfuerzo que todas las otras, «con la máxima obstinación». «La Panonia despoblada por completo y la destrucción de la residencia del khan, donde hoy no es posible encontrar rastro alguno de vida humana, son testigos de las muchas batallas sangrientas, que se combatieron esos años. En ellas sucumbió toda la nobleza huna, y con ella su fama.»

Los avaros se levantaron repetidas veces contra sus opresores; en el 799 derrotaron al margrave Erich de Friul en Fiume, en una batalla por la elevada fortaleza de Tersatto (Tarsatica), y poco después al prefecto real (gobernador) de Baviera Geroíd I, cuñado de Carlos, un paladín de dotes y dinamismo singulares, cuyo recuerdo se mantuvo vivo especialmente en el monasterio de Reichenau, «ensalzado como un mártir» (Stormer). También cayeron en la guerra los margraves Erich Kadaloh y Gotchram. Y así en el 803 toda Hungría occidental, hasta cerca de la actual Belgrado, quedó incorporada de alguna manera al reino franco como «Marca panonia».

En el 826 se menciona por última vez a los avaros. De hecho desaparecieron de la historia. Y durante el reinado de Carlos nada impresionó tanto a los historiadores y poetas coetáneos y posteriores —que en numerosos poemas exaltaron a Pipino, hijo de Carlos como caudillo de las campañas— como el expolio del inmenso tesoro de los avaros y la total destrucción de su reino. Un siglo después todavía se alude al «desierto» al este de Baviera. Y todavía en el siglo XX se entusiasmaron los historiadores por semejante hazaña del «gran» franco, pasmándose de las consecuencias, la secuela de la miseria, de la nueva miseria, el continuado derramamiento de sangre y el expolio permanente. Más aún, se trataba naturalmente una vez más de una «proeza», de un «mérito icomparable de Carlomagno a la historia alemana» (Heuwieser). Pues, *«sin la guerra de Carlos contra los avaros no hubieran sido posibles las campañas de Enrique el León contra los vendos ni las batallas prusianas de los caballeros alemanes»* (Klebel). Y naturalmente esa acción del rey constituye precisamente «una época decisiva... para la historia de la Iglesia austríaca» (Tomek).

170

Pero mientras rey e Iglesia nadaban en las riquezas robadas sangrientamente, la miseria y el hambre cundían entre el pueblo. Como a lo largo de todo el reinado de Carlos apareció una vez más la hambruna y la desnutrición crónica, multiplicándose los pordioseros. Y esto no sólo a consecuencia de las catástrofes naturales, las inundaciones, las epidemias, sino también y sobre todo a causa de las espantosas condiciones sociales, de la explotación continuada por parte de los *potentes,* de la clase superior: con el aumento de gabelas, el agravamiento de los impuestos por encima de lo permitido, con el alza de los precios, el fraude en pesos y medidas, el endeudamiento, la pignoración, el robo de las propiedades... Desde el período de los merovingios cristianos los pobres no sólo estaban oprimidos sino que eran despreciados; las gentes pudientes los sentían como una carga, en tiempos de carestía azuzaban a los perros contra los indigentes y hasta los obispos hubieron de prohibir la presencia de los pordioseros con jaurías de perros. Regularmente apoyaron a iglesias y monasterios «sólo algunos hombres, elegidos por el clero» (Mollat), en el período carolingio habitualmente 12 según parece. Y por tal preeminencia hubieron de realizar todas las contraprestaciones posibles.

En tiempos de penuria los pobres comían pan de granos de uva, raíces de helécho y hierba. No son pocos los anales carolingios que consignan al menos las catástrofes por hambre. En el 784 «en Galia y en Germania sucumbió un tercio de la población...». «Muchos recogían a los hambrientos en su casa, los mataban y los ponían en salmuera», «la gente se comía a la gente, los hermanos a sus hermanos, las madres a sus hijos». ¿Qué podía hacerse para remediarlo? Responde Pierre Riché: «Sólo se podía rezar más para acelerar el final de la época mala».

Mas a quienes enseñaban al pueblo, que pasaba hambre y que a veces de hambre moría, les iba bien, y a muchos cada vez mejor. Pues, como se habían aprovechado del asesinato de los sajones, también ahora se beneficiaron de la guerra contra los avaros. Resultó altamente valiosa, sobre todo para la Iglesia austríaca, que a lo largo de un milenio, hasta la secularización de 1803, se hizo inmensamente rica.[38]

171

Una vez más la Iglesia beneficiaria de la guerra

Así como las guerras sajonas de Carlos abrieron Sajonia a la misión cristiana, así también —piensa Ranke— sus guerras casi eclesiásticas contra los avaros abrieron el espacio hasta el Raab, la nueva «Marca panonia» (Hungría occidental), un territorio

---

[38] Ann. reg. Franc. a. 792 s. Mühibacher I 249 s. Hofmann, Fossa Carolina 437 ss. Resumen 451 ss. Epperlein, Kari 53 s. De Bayac 218. Einhard, Vita Karoli 13. Ann. reg. Franc. a. 796; 805; 826. Annal. Lauresham a. 796. LThK III^2 748. LMA III 2144 s., 2163 (Dirimeier) IV 1350 s. (Stórmer). Mühibacher 1251 ss. Hauck II 420. Cartellieri 1209. Naegle 174. Maier, Kirchengeschichte von Kámten II 6 ss. Tomek, Kirchengeschichte Ósterreichs 77 s. Herrmann, Slawish-germanische Beziehungen 68 ss., 76 ss. (con numerosos textos de las fuentes). Stadtmüller 136. Lowe, Deutschiand 146. Stern/Bartmuss 107 s. Ahiheim 166 s. Zollner, Die politische Stellung 224 s. Kosminski I 195. Epperlein, Kari 54 s. Heuwieser, Geschichte I 130, 298. Bullough, Kari 166s. Klebel, Die Ostgrenze 2 ss. Id., Siediungsgeschichte 49 (cerrada por C.). Preidel, Slawische, Altertumskunde I 120 ss. Váczy, Die Anfánge 19. Brackmann 60 s., 65 s., 90 ss. Riché, Die Weit der Karolinger 67 ss. Kaickhoff, Kari 23 ss., 53 s. Steinbach, das Frankenreich 64. Sobre los tesoros legendarios a todas luces de los avaros ver también Kollautz, Die Awaren 143 ss. y 164 ss. Sobre la pobreza de las masas, ver Riché y sobre todo Mollat, espec. 31 ss.,38s.,41 ss.

más eslavo que avaro según parece. Cierto que ya otros habían predicado allí, y a través de los monasterios fundados ya por Tassilo III, como los de Innichen o Kremsmünster, habían impulsado una conversión sistemática de los eslavos, contribuyendo a ello la correspondiente labor de los obispos. Pero, sobre todo en la Panonia avara, la población eslava se convirtió al cristianismo gracias al monje irlandés Virgilio, que fue obispo de Saizburgo y que se vio hostilizado por Roma y por Bonifacio.

Por lo demás es difícil de decir quién contribuyó más a esta «colonización del sureste», a esta «germanización» de la región oriental de los Alpes, qué monasterios, qué iglesias episcopales o qué otros nobles, aunque sin duda diferentes en cada caso. Lo que sí sabemos con certeza es que por doquier combatientes y misioneros, poder civil y eclesiástico, germanización y cristianización fueron de la mano. Y es que la Iglesia, que recibió grandes propiedades rurales, tenía que cristianizar los territorios expoliados y vincular al reino franco la población sometida.

Ya antes de la expedición armada del 796 Pipino había discutido en su campamento militar, a orillas del Danubio, con los obispos Arn de Saizburgo, Paulino de Aquileya y otros prelados la cristianización de los avaros, y ciertamente que también había aireado ya la división del país conquistado en diócesis misioneras. Los arzobispos y obispos de los territorios limítrofes acompañaron además a los invasores: Am de Saizburgo, un favorito de Carlos (y desde el 798 arzobispo, como consecuencia de las guerras avaras), acudió con tropas bávaras, mientras el patriarca Paulino de Aquileya lo hacía con tropas italianas. (Su sucesor, el patriarca Ursus, pronto discutió con el arzobispo Arn, pues sus respectivos misioneros chocaron entre sí ¡y ninguno de ellos quedó satisfecho!)

Después de la guerra Aquileya había adquirido extensos territorios, aumentando también por doquier sus posesiones los grandes obispados bávaros de Saizburgo, Freising, Ratisbona y Passau. Y en el siglo IX se extendieron aún más: Ratisbona en Burgenland y en Eslovaquia meridional; Freising en Carintia y los Alpes dolomíticos; Passau hasta la Selva vienesa y el Raab; Saizburgo adentrándose en Panonia, hasta el lago Balatón y la desembocadura del Drau. Pingües frutos de la victoriosa campaña depredadora. Aquellos «campesinos» de los monasterios se asentaron hasta el lago Balatón y Cinco Iglesias. Los alemanes se establecieron preferentemente a orillas del Danubio, mientras que los eslavos se desviaron hacia los ríos menores. Los *sclavi* se identificaron entonces con los *servi,* los siervos de la gleba. Esclavización y difusión de la buena nueva fueron indisolublemente unidas; Estado e Iglesia trabajaron también aquí hombro con hombro. Y como al conquistador le seguía el misionero, a ambos les siguió la servidumbre.[39]

172

La Marca panonia, expoliada así por Carlos y después cristianizada, volvió a

---

[39] Alcuino ep. 107. Comp. ep. 110 s. Hauck II 420 ss. Stadtmüller 132 ss. Váczy 1 3 ss. Maier, Kirchengeschichte von Kámten II 6 ss., 12 ss. Tomek, Kirchengeschichte Ósterreichs 78 s. Zagiba 280 ss. Preidel I 124 s. Kawerau, Geschichte der mittelal-terlichen Kirche 130. Reindel, Bayem im Karolingerreich 242 ss. Bosi, Geschichte Bayerns I 46 s., 67. Id., Europa im Mittelalter 175. Id., Bayerische Geschichte 60 ss. Brackmann 61 ss., 82 ss., 94 ss. Epperlein, Kari 55. Stórmer I 215. Huter 453. Heuwieser, Geschichte I 130 ss., 148 s., 206 s. Novy, Die Anfánge 18 s. Fleckenstein, Grundiagen und Beginn 96. Borst, Ranke 477. Para el ulterior aumento de posesiones de los obispados y monasterios bávaros en el curso de los siglo s siguientes ver Prinz, Entwickiung 355 ss., 373 ss.

perderse en el 895 con la conquista de la tierra por los magiares, desapareciendo en parte el cristianismo. Pero los obispados y los monasterios bávaros conservaron también entonces «sus posesiones territoriales, por bien o mal que fuesen las cosas» (Dannenbauer). Y tras la expulsión de los húngaros volvieron a establecer conexiones allí los obispados de Passau, Salzburgo, Brixen, Ratisbona, Eichstátt, Freising y muchos monasterios, especialmente los de Niederalteich y Tegemsee. Contaron para ello con las condiciones indispensables para toda gran «colonización»: hombres y medios, los clientes y el dinero necesarios. El cristianismo pudo expandirse allí de nuevo en los siglo s X yXI y establecerse definitivamente en tiempos de Esteban el Santo. Se ponía así una base para ulteriores «excursiones» piadosas hacia el este mediante las cruzadas. Las tres primeras (1096-1099, 1147-1149, 1189-1192) marcharon a Oriente a través de la Hungría cristianizada.[40]

Pero ya antes habían entrado en la lista los eslavos.

3. EMPIZA LA OFENSIVA SISTEMÁTICA CONTRA LOS ESLAVOS

Aunque mucho antes de Carlos I hubo conflictos ocasionales entre francos y eslavos, se dio sin embargo una infiltración progresiva hacia Turingia y Baviera, hasta los ríos Raab y Regen, Main y Regnitz («esquinas del reino»), y no se detuvo la penetración de gentes de origen serbio y bohemio durante los siglo s vil y viu por la autoridad estatal franca, porque no se pudo o no se quiso. La conquista eslava del país en el siglo VIII en la zona de Main superior pudo incluso haberse realizado de acuerdo con el reino. Pero fue Carlos el primer soberano franco, que inició una política sistemática antieslava, se metió en los asuntos internos de los eslavos y sometió a tributo a diversas tribus vecinas hasta la frontera del Oder.

Fue la destrucción del reino avaro la que señaló el comienzo de la cristianización de los eslavos de Moravia. Poco después de la primera campaña contra los avaros (791) entraron bajo soberanía franca.[41]

173

Pero este nuevo éxito no calmó el espíritu agresivo del rey. Y siguió en la lista Bohemia, rodeada ya por el reino franco en tres de sus lados. Apenas hubo Carlos vencido definitivamente a sajones y avaros, emprendió otra acción bélica a gran escala. El 805, año en que su capitular de Diedenhof limitaba el comercio de armas con los eslavos, lanzó tres ejércitos contra los bohemios, que las fuentes francas llaman *beheimi (boemani)* y *Cichu-Windones* (vendos checos). A las órdenes de su hijo mayor hizo atacar Bohemia por tres lados devastándolo todo hasta más allá del Elba, por el que avanzó con barcos un cuarto ejército hasta Magdeburgo. Y mientras sus tropas operaban literalmente de forma devastadora matando incluso a Lecho, el duque bohemio, su majestad se divertía cazando durante meses en los Vosgos.

Aunque «la verdadera caza era la caza del hombre, la guerra» (Riché). Ya en el 806

---

[40] Stadtmüller 129. Kawerau, Geschichte der mittelalterlichen Kirche 130. Dannenbauer, Grundiagen 438 ss.
[41] Ann. reg. Franc. 789. LMA III 1779 ss. Stadtmüller 137. Heuwieser I 148 s. Preidel I 89. Reindel, Grundiegung 151.

siguió una nueva expedición bélica contra Bohemia, que en realidad no fue más que una repetición de la última. De nuevo avanzaron tres columnas de ejército desde Baviera a través de Fichtelgebirge y desde el norte contra los bohemios, que buscaron refugio en los bosques infranqueables. También fueron sometidas las tribus eslavas asentadas al este del *limes sorabicus* obligándolas a un tributo de oro, plata y ganado, que los bohemios pagaron al menos hasta mediados del siglo XI. Siguieron otros ataques victoriosos contra los paganos del este y del norte. Todavía en el 806 ordenó Carlos la guerra contra los eslavos del Elba, vecinos de Bohemia. Después de morir en la lucha uno de sus príncipes se sometieron. Y finalmente también se doblegó a los wilzos.[42]

Como canta Notker el Tartamudo, monje de St. Gallen, de su héroe Eishere de Thurgau, que figuraba en el séquito imperial, bohemios, wilzos y avaros «fueron segados como la hierba del prado». Hasta siete, ocho o nueve de aquellos «sapos» *(ranunculi)* solía pasear «ensartados en su lanza». Y nuestro *monachus sangallensís* hace decir a su campeón de Thurgau con un lenguaje realmente cristiano: «En vano mi señor rey y yo nos hemos esforzado con esta clase de gusanos *(vermículos)».*[43]

Lo que eran los eslavos para el monje del siglo IX, que llegó a ser un beato de la Iglesia católica, «sapos» y «gusanos», lo continuaron siendo durante muchos siglo s para muchísimos cristianos.

Desde finales del siglo VII la «misión eslava» fue el primer objetivo del emperador Carlomagno. Dejemos de lado si perseguía preferentemente la cristianización o la imposición de tributos. Cualquier rechazo de los impuestos se interpretó como una rebelión y como motivo para una nueva guerra. Pero las campañas continuadas —también a lo largo del siglo IX— y la aplicación consciente del «principio *"divide et impera"»* (Novy) debían de impedir cualquier asociación estable de las tribus serbias.
174

Especial atención merece el hecho de que la guerra contra los bohemios empezase poco después de la visita de León III el año 804 a Carlos y el que desde entonces las ofensivas contra los eslavos se llevasen a cabo de una manera sistemática, a diferencia de todos los choques anteriores que se organizaban a toda prisa. «Sólo con el envío del botín avaro al papa y con la fundación del arzobispado de Saizburgo se llegó a un proceso planificado, y tales sucesos están a su vez... íntimamente asociados al acuerdo de alianza entre Carlos y León III el año 796». «Al comienzo de la misión carolingia entre los eslavos se encuentra el pacto de Carlomagno con Roma» (Brackmann).

Al finalizar todas aquellas campañas de rapiña una cuarta parte de lo que hoy es el sureste europeo se hallaba bajo soberanía franca: Bohemia, Moravia, Hungría occidental y el noroeste de los Balcanes.[44]

Los años 808 y 810 aún emprendió Carlos algunas campañas contra los daneses,

---

[42] Ann. reg. Franc. a. 805 ss. Chron. Moiss. a. 805. Ann. Mettens. a. 805. Ann. Quedlinb. a. 805. Ann Lobiens. a. 805. LMA II 335 s. Cartellieri 1227. Aufhauer, Ba-yer. Missionsgeschichte I. Stadtmüller 137. Naegle I 39 ss. Hellmann, Kari und die slawische Weit 717 s, Herrmann, Slawisch-germanische Beziehungen 84. Branck-mann 67 s., 97. Reindel, Die politische Entwickiung 188 s. Id., Grundiegung 256 s. Jenkins 39. De Bayac 294 s. Riché, Die Weit der Karolinger 95. Ver asimismo Fried-mann, Untersuchungen zur Geschichte 25 ss. Chropovsky, Das Grossmáhrische Reich 162. Henn, Deutschiand Herz 17 s.

[43] Notker, Gesta Karoli 2, 12. Daddey, Lexikon 869. dtv-Lexikon XIII 170. Zollner, Die politische Stellung 150.

[44] Ann. reg. Franc. 805 s. Stadtmüller 137. Brachmann 67 s. Novy, Die Anfánge des bóhmischen Staates I. Teil 158. Herrmann, Die Slawen in Deutschiand 260.

que excepcionalmente fueron guerras defensivas. En el 808 el rey Góttrik había irrumpido en Albingia septentrional, había destruido el puerto báltico de los abodritas, que rivalizaba con los puertos daneses, y dos años después había invadido Frisia con una flota de 200 barcos y derrotado a los frisones en tres batallas. La defensa de Carlos no había tenido mucho éxito y Góttrik amenazaba con avanzar de inmediato sobre Aquisgrán. Carlos, que debió de temerse una derrota peligrosa y quizá hasta de proporciones catastróficas, inspeccionó su flota y a tambor batiente reclutó tropas en todo el imperio. Pero el rey danés no llegó: uno de sus guardaespaldas le había asesinado.

La «fuerza expansiva» de los francos se había agotado para entonces, al igual que el gusto por la guerra de muchos, especialmente de los campesinos libres; y el hambre de tierras de la nobleza se había saciado en buena parte. Al año siguiente Carlos firmó la paz con los daneses (cuyo país habían desgarrado las luchas partidistas y por el trono), y en seguida envió tres ejércitos en las direcciones más diversas: «uno a través del Elba contra los linones, el cual devastó su territorio y reconstruyó la fortaleza de Hohbeck sobre el Elba, destruida el año anterior por los wilzos; el otro marchó a tierras de Panonia para poner fin a las luchas con hunos y eslavos; y, finalmente, el tercero, contra los bretones para castigar su deslealtad. Todos cumplieron felizmente con sus objetivos y regresaron sin pérdidas» *(Annales regni Francorum)*.[45]

Las pérdidas eran casi siempre por la otra parte. En su gran mayoría. Y la desgracia también. Pero de eso, significativamente, las fuentes francas apenas hablan; por lo demás, como hacen todavía hoy los historiadores (y yo hablo aquí; como en general sólo del *caso normal* y corriente). Ellos se atienen justamente a lo que leen. ¿A qué, si no? ¿No es eso lo correcto? Pues ciertamente que no. Porque, cuando se proclaman tantos triunfos, tanta victoria y prosperidad, tanta prosperidad y victoria, siempre hay también mucho de lo contrario. Y no sólo entre los vencidos. Pero de eso callan casi siempre los cantores, desde los analistas antiguos hasta los eruditos de hoy. Generalmente ante Carlos «el Grande» todos caen boca abajo.

175

¿Por qué? ¿No será a causa del renacimiento carolingio, por llamarlo de alguna manera? El cual, tanto por motivo como por contexto, se asoció sobre todo con la «reforma» de la Iglesia franca; y que, como ésta, tuvo en lo esencial el mismo objetivo, para nadie más favorable que para la Iglesia, para-los clérigos y monjas y su mínimo —¡en general!— de conocimientos, formación y «enmienda» precisamente de las obras cristianas, el Antiguo Testamento y el Nuevo, los padres de la Iglesia... Mientras que, por ejemplo, ya bajo el hijo y sucesor de Carlos, Luis el Piadoso, volvió a interrumpirse la creación de una gramática alemana y la recopilación de literatura germánica.[46]

Naturalmente nadie niega otros logros ciertos, como la transmisión de textos clásicos antiguos. Pero esto no ocupó el primer puesto. Y sobre todo: hasta el «renacimiento carolingio» fue un fruto de las guerras carolingias. Y cualquier cosa que se diga en favor de ese rey franco no puede entenderse sin tales guerras. Única y exclusivamente las guerras, única y exclusivamente esa agresión brutal con sus mil injusticias y sufrimientos, única y exclusivamente ese terror de miles de formas en

---

[45] Ann. reg. Franc. a. 808; 810 s. HEG I 555. Epperlein, Kari 57 ss. De Bayac, Kari 298 s.
[46] LMA II 187 ss. (Fleckenstein).

provecho del imperio y de la Iglesia contribuyeron a otorgar a Carlos I el atributo de «el Grande». ¿Y quién lo fue? ¿El imperio?, ¿la Iglesia? Nobleza y clero. Y en especial la nobleza alta y el alto clero. Sólo ellos fueron los grandes beneficiarios. Pues incluso la masa del propio pueblo en un noventa a noventa y cinco por ciento, o quizá más, no obtuvo nada. Ni siquiera la paz en el propio suelo, pues las guerras en Baviera y en Sajonia, al menos por algún tiempo, fueron ya guerras civiles.

De acuerdo con el crimen, de acuerdo con la santidad

«Karolus serenissimus augustus a Deo coronatus magnus pacificas» (Carlos, emperador serenísimo, grande y pacífico, coronado por Dios), como rezaba ya desde el 801 el comienzo de su título prolijo, aquel César pacificador, coronado por Dios y reinante también *«per misericordiam Dei»* (por la misericordia de Dios), el que desde el 802 se llamó también *«imperator christianissimus»* y que (supuestamente) murió con las palabras del Salmo 31: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», aquel hombre había preparado una matanza tras otra, y en sus 46 años de gobierno —del 768 al 814— había guerreado casi de continuo con cerca de 50 campañas militares, pues sólo dos años (790 y 807) no combatió... «Un período feliz para la Iglesia» (Daniel-Rops). Nada tiene de extraño que en las *Chansons de geste* —los poemas épicos franceses de la alta Edad Media— cabalgue en la batalla ya «con más de doscientos años», acompañado de sus paladines más valientes. Combatió contra los longobardos, los frisones, los bávaros, los avaros, los eslavos, los vascos y los árabes en España, los bizantinos en Italia meridional, con guerras ofensivas planificadas casi con frialdad y con las que infligió la muerte, una muerte a menudo cruel y terrible, a innumerables personas.

176

Y no sólo mató en las guerras, sino que también hizo asesinar a 4.500 prisioneros y desterró a miles de familias. O, como se dice en una de las poesías litúrgicas más antiguas en honor de Carlos: «Abatió a millares, limpió la tierra de la cizaña [!] pagana..., convirtió a los infieles, quebrantó las estatuas de los dioses, expulsó a los dioses extranjeros». Para él personalmente, según su biógrafo Einhard, las guerras contra los sajones y los avaros fueron más importantes que todos los otros cometidos políticos. Más aún, para ciertos círculos eclesiásticos del siglo X las guerras sajonas figuraban en primer plano como su obra más importante en favor de la misión cristiana.[47]

No se trata sólo, aunque ya es bastante, de que Carlos «el Grande» de hecho matase, subyugase y esclavizase sin pausa (exceptuados en general los inviernos), que no fuese más que guerrero, conquistador, asesino y depredador a escala máxima —lo cual, según nos enseñan desde hace mucho los más eruditos de los eruditos, era entonces tan habitual, tan del «buen» estilo de la época, que el criticarlo sería un craso anacronismo, desde nuestro tiempo «ilustrado» (en realidad no menos conquistador, asesino y depredador), además de que resultaría arbitrario, rigorista, moralista y

[47] Mühibacher I 289. Classen, Romanum gubernans imperium 4 ss. Daniel-Rops 524. De Bayac 277 s. Sobre la importancia del título ver asimismo Ullmann, Die Machtstellung 172.

cuadriculado en extremo—. No, se trata además de que Carlos «el Grande» llevó a cabo todo ese increíble derramamiento de sangre con la participación más intensa del cristianismo y de la Iglesia de su tiempo. (¡Que, naturalmente, también eran «hijos de su tiempo»!) Y que esa Iglesia jamás protestó, aprovechándose más bien a fondo de todo ello. Se trata de que el Estado feudal cristiano y la Iglesia feudal cristiana formaron una sola cosa, y una sola cosa en el crimen precisamente.

Carlos, en efecto, cuyo verdadero «libro de Estado» fue la Biblia, y entre cuyas obras preferidas se encontraba la *Ciudad de Dios* de Agustín, no sólo gobernó y actuó como rey de los francos sino también cual protector ilustrado de la Iglesia, como interlocutor y aliado del papa, según lo prueban su legislación, su correspondencia epistolar redactada por eclesiásticos y sus colaboradores más cercanos. Aquel monarca fue una especie de rey-sacerdote, fue *«rector et devotus sanctae ecclesiae defensor et adiutor im ómnibus»* (guía y devoto defensor y ayudante de la santa Iglesia en todas las cosas).

177

Imperio e Iglesia se entrelazaron indisolublemente en el *imperíum christianum,* sin que apenas se diferenciasen las dietas políticas y los concilios eclesiásticos. Carlos convocó sínodos, cuya presidencia ostentó; eligió obispos y abades a su arbitrio y en Sajonia instituyó los obispados que necesitaba. Cuando necesitó un arzobispado para sus ataques contra los avaros, hizo que el papa erigiese el de Saizburgo. Dispuso también de los bienes eclesiásticos, enriqueciendo a los papas y a los obispos con territorios. Les otorgó numerosos privilegios de inmunidad y sancionó la violación de la inmunidad eclesiástica con la pena real duplicada de 600 sólidos. Libró de impuestos a los obispos y les concedió el derecho de acuñar moneda. Castigó con pena capital el saqueo e incendio de las iglesias. Pero sobre todo impuso la obligación universal del diezmo en favor del clero y exigió a escala estatal los diezmos para las iglesias episcopales. También legó a la Iglesia, de la que se preocupó especialmente en sus últimos años, tres cuartas partes de su dinero efectivo (mientras que a sus hijos y nietos en su conjunto sólo les dejó la dozava parte, y otro tanto a la servidumbre palaciega). Y también los prelados dependieron por entero de él, aunque la influencia de los mismos durante su reinado —considerándole al menos todos los obispos francos como cabeza universal de la Iglesia— creció notablemente: con Carlos marchaban a la guerra, actuaban como jueces al lado de los condes y estaban a la cabeza de la corte real.[48]

Al círculo más estrecho de colaboradores y amigos del soberano pertenecieron el arzobispo Beornrad de Sens, Paulino el patriarca de Aquileya, Teodulfo obispo de Orléans, y el anglosajón Alcuino, primer director de la escuela monástica de York y más tarde abad de Saint-Martin de Tours, quien tuvo una influencia casi decisiva en la política imperial. Entre sus confidentes más cercanos, que controlaban especialmente la vida palatina, figuraron asimismo algunos otros abades, como su primo Adalhard, abad de Corbie, y su sucesor el abad Wala, también primo de Carlos. Mayor aún fue la influencia que tuvo sobre el monarca Angilberto, abad de Saint-Riquier, quien además hizo dos hijos a Berma, la hija menor de Carlos, a los quince y

[48] HEG I 565. HKG III/l 22. Mühibacher 1 287 ss. Sommerlad II 57, 70 s., 78 ss. Wissig 159. Müller-Mertens 54 ss. Steinbach, Das Frankenreich 70. Fleckenstein, Das grossfránkische Reich 280 s. Riché, Die Karolinger 117 escribe: «Carlos fue un guerrero de cuerpo y alma, gustó del estruendo de la lucha y no conoció reposo alguno». Ver asimismo 160 ss.

a los veinte años (que luego serian los historiadores Harnit y Nithard), y que, debido a los «milagros» acaecidos en su tumba, fue venerado como santo, y como santo aparece en una *Vita* del siglo XII.

178

Fuirad, abad de Saint-Denis, dirigió al principio la capilla palatina como capellán primero y fue «la figura descollante entre los colaboradores de Carlos de la primera época». Su sucesor fue Angilram, que fue obispo de Metz y que en el 791 murió en la campaña contra los avaros, y el sucesor de éste el arzobispo Hildibaid de Colonia, que «en tiempos de Carlos ocupó el primer puesto en el palacio de Aquisgrán» (Fleckenstein). La capilla palatina, que en sí era una institución puramente espiritual fue adquiriendo consecuentemente cada vez más peso político. Su director, el archicapellán (con rango de arzobispo sin cargo arzobispal) era el primer consejero del monarca y uno de los dignatarios más elevados del imperio. Durante el reinado de Carlos fueron exclusivamente eclesiásticos los que desarrollaron la actividad administrativa escrita, los llamados *referendarii,* que con los merovingios habían sido laicos por lo general. La capilla palatina estuvo asociada con el epicentro del gobierno, la cancillería palatina, la cual se clericalizó por completo bajo los carolingios y a cuyo frente estaba el canciller o archicanciller, que habitualmente era un clérigo. (Desde mediados del siglo IX en Alemania el cargo de archicapellán y archicanciller lo ejerció la misma persona. Y finalmente el primado del imperio, el arzobispo de Maguncia se convirtió también en el funcionario supremo del rey).[49]

Pero también fuera del gobierno central, de la *capilla* y de la cancillería reales en gran parte clericalizadas, el clero franco tuvo una influencia grande y múltiple sobre la vida pública. Dignatarios eclesiásticos ejercieron cargos puramente civiles. En el imperio, dividido en 300 condados, tenían que mirar por sus intereses al lado de los condes. Viajaban también como emisarios reales *(missi dominici),* siendo un instrumento eficaz de centralización, aunque nada agradable, entre otras cosas por sus gastos elevados. (Un obispo en tales funciones podía recabar al día para sí y sus acompañantes cuarenta libretas de pan, tres jabalíes, un cochinillo, tres gallinas, tres modios de bebida y cuatro modios de pienso para los caballos.)

A finales del siglo IX y comienzos del X el cargo de emisario real para Italia estuvo asociado en principio al cargo episcopal. El discurso de uno de tales emisarios, que se nos ha conservado, empieza así: «Nosotros hemos sido enviados por nuestro señor, el emperador Carlos, para vuestra salvación eterna, y os recomendamos que viváis virtuosamente según la ley de Dios y justamente según la ley del mundo. Queremos haceros saber ante todo que debéis creer en el *único* Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo...». Tales *missi dominici,* cuya actividad en los respectivos lugares empezaba de ordinario con un servicio litúrgico, controlaban varias veces al año la actividad judicial, militar y administrativa, para lo que celebraban juicios inquisitoriales. A una con los condes también los obispos y abades participaban cada primavera en la dieta o asamblea imperial, que iba asociada a un reclutamiento de tropas, bien en la

---

[49] HEG I 561 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 361 ss., 561 s. Grupp II 16. Grierson, Der grosse Konig 291. Fleckenstein, Kart der Grosse und sein Hof 32 ss. Id., Die Hofkapelle 47 ss. Id., Grundiagen und Beginn 83 s. Konecny 76. Hpperlein, KarI 87 s., 193. Kóhier, Die Ottonische Reichskirche 153. Tellenbach, Europa 408 s., 415 ss. Dawson 216 ss. Aubin, Die Umwandiung 138. Kasten 56 s. Haend-ler, Die lateinische Kirche 78. Hiawitschka, Franken, Alemannen 29 s. Angenendt, Das Frühmittelalter 261. Ver también 288, 305, 320.

residencia real o en el respectivo territorio del avance militar. Obispos y abades tenían que ocuparse también de asuntos militares y naturalmente afrontar asimismo contingentes armados, conducirlos a la batalla, en contra del derecho canónico, y no pocas veces hasta tomar el mando de grandes ejércitos.

179

Y así como el clero intervenía en el Estado, así también el rey intervenía en la Iglesia. Con sus capitulares regulaba la santificación del domingo, el canto eclesiástico o la recepción de los novicios en los monasterios. Se ocupaba del mobiliario de los oratorios, de la ordenación de la liturgia así como de la formación y conducta de los eclesiásticos. En el 790 introdujo el *Sacramentarium Hadrianum,* es decir el ordenamiento básico de la misa romana. A menudo convirtió las leyes canónicas en leyes del imperio, y los crímenes contra las leyes imperiales se castigaron con penas eclesiásticas.

Carlos hasta se inmiscuyó en cuestiones dogmáticas, por ejemplo en la disputa adopcionista, y quiso «desarraigar por todos los medios la perniciosa peste» y hasta entregar a los «herejes» hispanos a los sarracenos. Actuó celosamente en la controversia de las imágenes, en la que se enfrentó al papa, por lo que también un gran concilio de los obispos occidentales convocado por el rey en Frankfurt (794) condenó las doctrinas de los iconodulos. Como escribió el papa León III en su primera carta, Carlos se sentía «representante de Dios, señor y padre, rey y sacerdote, guía y protector de todos los cristianos». Por la otra parte, el papa Adriano I ya en el 785 celebraba que Carlos, rey de francos y longobardos y patricio de los romanos, «llevando a cabo nuestras exhortaciones hubiese incorporado a su soberanía a los bárbaros de todo el Oriente y el Occidente».

Más aún, «el Grande» fue también personalmente un fiel católico, que gustó de imponer a sus subditos la moral cristiana, inculcándola vivamente a las pobres almas. Mas no sólo titubeó en arrebatar a los hijos de su hermano Carlomán la mitad del reino franco, sino que despidió también a cuantas mujeres acabaron siéndole desagradables: a la franca Himiltrud, que ya antes de su primer matrimonio le había dado un hijo: el jorobadito Pipino; igual que a su primera mujer legítima, la hija del rey longobardo. Después tuvo otras tres esposas muriendo todas tres jóvenes de una enfermedad; y la cuarta, Líutgard, compartió su lecho cuando aún vivía la tercera, Fastrada. Y a ellas se sumaron —sin que el alto clero le hiciese el menor reproche— una serie de concubinas, a las que ya anciano mantuvo en su palacio (conocemos los nombres de cuatro, pero hubo otras). Con ellas tuvo ocho retoños extramatrimoniales, cuatro hijos y cuatro hijas; los cuales vinieron al mundo antes, durante y sobre todo después de que naciesen los once hijos de matrimonios canónicos, cuatro varones y siete mujeres.

180

En la muerte de su adorada Hildegard (783), beata de la Iglesia, hasta «los corazones de bronce de los guerreros se conmovieron hasta el llanto y se vieron caer sus lágrimas entre los escudos y espadas». ¡Y cuál no fue la conmoción de Carlos! Casi año tras año, o al menos cada dos años, ella le había dado un hijo. (En tres historiadores he leído tres cifras diferentes: seis, ocho y diez hijos.) Pero a los pocos meses ya desposó a la número tres.

El más cristiano de todos los gobernantes, que tan a pecho se tomaba la(s) y virtud(es) de sus francos, en su propio hogar llevaba una vida relajada y hedonística.

Mientras la Iglesia sólo permitía el comercio sexual dentro del matrimonio y exclusivamente para traer al mundo nuevos cristianos, sin interrumpir el coito y en una única posición, las hijas de Carlos fornicaban con sus amantes, y Alcuino advertía contra «las palomas coronadas que revoloteaban por las estancias de palacio». Incluso había prostitutas en los palacios reales. ¿Y por qué no, si satisfacían también al ejército franco y hasta a los peregrinos en los lugares de peregrinación, como en Saint Martin de Tours? ¿Por qué no, cuando hasta en los monasterios había por entonces muchos «casos vergonzosos de lascivia», sin que faltasen los sodomitas entre los monjes? Qué distinto a este respecto el panorama entre los germanos gentiles.

Y, sin embargo, Carlos, «el padre de la Iglesia», como le llama ya en el año 800 Teodulfo de Orléans, era personalmente un cristiano fervoroso, un católico practicante, que observaba con supuesto rigor los ayunos eclesiásticos, que en sus viajes iniciaba regularmente su jornada acudiendo a la iglesia en cualquier lugar que se encontrase y asistiendo a misa cada día. Varias veces al día e incluso de noche visitaba la Marienkirche de Aquisgrán. Gustaba de hacerse leer *De civitate Dei* de Agustín. Poseían un amplio arsenal de reliquias. En un medallón llevaba como talismán «en vida e incluso en muerte» algunos cabellos de la Madre de Dios (naturalmente falsos). Llenó la basílica de Aquisgrán con (pretendidas) reliquias de apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, para protección del imperio y remisión de sus pecados. Incluso bajo su trono de piedra pudieron deslizarse algunas reliquias y en su tumba se depositó un relicario.

La propia ciudad de Aquisgrán fue designada en el siglo XII *«sacra civitas»* (ciudad sagrada) y en toda Alemania —las más de las veces enmarcada en leyendas— llegó a ser una «ciudad mística», una «especie de santuario nacional» (Meuthen), un lugar de peregrinación importantísimo, y en buena medida gracias a Carlos. La Iglesia lo exaltó por encima de las masas, presentándolo como *«rex et sacerdos»,* como rey y sacerdote, cual «señalado con el nombre de Cristo» y su imperio como *«corpus christianum», «imperium christianum».* Más aún, para los *Librí Carolini,* «nuestro rey» *(noster rex),* «nuestro emperador» *(noster imperator)* es el propio Cristo. «Cristo es vencedor, Cristo es rey, Cristo es emperador» decía el estribillo de los laudes, de las letanías, que a finales del siglo VIII se cantaban en el reino franco en las grandes festividades de la Iglesia y en la presencia del rey. Y en Roma se hacía memoria de él en las oraciones de la misa, y en la liturgia del sábado en tiempo de ayuno a la mención de su nombre se doblaba la rodilla por mandato del papa Adriano I. El sínodo de Maguncia (813) le exalta como «el guía piadoso de la Iglesia», y el monje Notker de Sankt Gallen (muerto en 912) cual «obispo de los obispos»; más aún «cual imagen de Dios, no de palabra sino de hecho» (Lówe). Y el arzobispo de Milán Odilberto habla de él como «iluminado por el Espíritu Santo».[50]

---

[50] Libri Carol. 2, 28. Einhard, Vita Karoli c. 24. Theod. von Orle Carm. 32 v. 4 (MG Poetae latini I 523). Cartellieri, Weltgeschichte 1225. Aerssen, Kirchengeschich-te 114 s. Wein 94. Gontard, Die Pápste 176. Voigt, Staat 356 ss. Holtzmann, Geschichte der sáchsischen Kaiserzeit I 11 ss. Bosi, Geschichte Bayerns I 50. Lowe, Von Theoderich 49 s. Maier, Mittelmeerweit 357. Tellenbach, Europa 417 ss., 428. Kauf-mann, Vom Talismán 29 ss. Steinbach, Das Frankenreich 60 s. Ewig, Zurn christiichen Konigsgedankek 64 ss. Hirsch, Der mittelalterliche Kaisergedanke 27. Braun-íeis, KarI der Grosse in Selbstzeugnissen 32, 70 s. Grierson, Der grosse Konig 270. Hay 338. Zóllner, Die politische Siellung 187 ss. Konecny 65 ss. Meuthen, Aachen in der Geschichte 376 ss. Schramm, Kaiser, Konige I 307 ss., 389 ss. Id., Kart 312 ss. Antón, Fürstenspiegel 109

181

Ni fue eso todo. Tras haber sabido que incluso se hablaba de curaciones de enfermos y de milagros en la tumba de Carlos, en 1165 el papa Pascual III, antipapa de Alejandro III, lo canonizó a instancias del emperador Federico I y de su canciller Reinaldo de Dassel. En favor de su canonización adujo Barbarroja los servicios de Carlos en favor de la Iglesia y de la fe: por su conversión de los bárbaros llegó a ser un «verdadero apóstol» *(verus apostolus)* y su esfuerzo hizo de él un «mártir» *(eum martyrem fecit),* y un hueso del brazo de san Carlos se conservó como reliquia en un relicario precioso. El papa Gregorio IX refrendó la canonización y los papas posteriores no la declararon nula asintiendo más bien las distintas iglesias a la veneración del emperador Carlos como santo. En los devocionarios de la Edad Media aparece con su oración propia. En Aquisgrán se le nombró patrón de la ciudad y como tal se le veneraba todavía en el siglo XVII. Incluso en 1899 el entonces canónigo Adolf Bertram escribía en su *Historia del obispado de Hildesheím* que allí se «veneraba a Carlomagno grandemente como su primer fundador y como santo».[51]

Un estudio del año 1967 enumera no menos de 109 «lugares de culto de san Carlos». Entre ellos figuran Aquisgrán (donde todavía hoy se celebra en la catedral el día de la muerte de Carlos, el 28 de enero, y en el que yo de niño celebraba mi onomástica), Bremen, Bruselas, Dortmund, Frankfurt («uno de los lugares principales del culto de Carlos»: Kótz-sche), Fulda, Halle, Ingelheim, Colonia, Constanza, Lüttich, Maguncia, Minden, Münster, Nuremberg, Ratisbona, Estrasburgo, Tréveris, Viena, Würzburg y Zurich. También es digno de atención que Carlos recibiese veneración cúltica en todo el territorio sajón.[52]

182

A lo largo de siglo s Carlos «el Grande», Carlomagno, ha sido considerado como el modelo ideal de gobernante, y para muchos, para muchísimos, lo sigue siendo todavía hoy.

Voltaire y Gibbon estigmatizaron su barbarie y le negaron grandeza personal. Ranke, por el contrario, hasta lo encontró «demasiado grande para una biografía» calificando su actividad «tal vez como el gobierno más grandioso de cuantos se han dado»; y en su *Weltgeschichte,* en la que ni Alejandro ni César ni los héroes cristianos Constantino y Otón I adquieren tanta importancia ni merecen tanta atención como Carlos, hasta ve vinculada al nombre de éste «irrevocablemente la idea de grandeza moral [!] e histórica».

A comienzos del siglo XIX se exaltó a Napoleón en todo su alcance como «un Carlomagno redivivo». Tras la fundación del Reich alemán en el siglo XIX los alemanes redescubrieron la «germanidad» de Carlos y su espíritu belicoso y hasta los eruditos británicos reflexionaron si no había que llamarle «Karl» mejor que «Charles».

En la era fascista, cuando mediaba la segunda guerra mundial, se celebró el 2 de abril de 1942 el 1.200 aniversario del nacimiento de Carlo-magno, se le presentó

---

ss. Epperlein, KarI 95, 136 ss., 146 ss. Borst, Kaisertum und N. 43, 235 ss. Deér, Die Vorrechte 89 s. Wemple, Wornen 78 s. Southern 30. Fink 64 s. De Bayac 228. Fleckenstein, Das grossfránkische Reich 280 ss. Riché, Die Weit der Karolinger 80. Id., Die Karolinger 114, 149, 162 s., 170. Boussard 98 ss. Para la tradición secular *hostil* a Carlos, ver Rundnagel, Der Usprung der gegenwárti-gen Beurteilung 91 ss. Para la valoración (enaltecedora) de Carlos entre los investigadores actuales ver la amplia síntesis de Bullough, Europae Pater 59 ss.

[51] Bertram 17. Zender, Die Verehrung 104. Beissel, Die Verehrung der Heiligen I 117.

[52] Zender, Die Verehrung 102, 106 ss.

como «Carlos el Unificador», «el europeo», en un sentido anticomunista y sobre todo antisoviético; tendencia ésta que retomó en los años de Adenauer, cuando se movilizó cada vez más el «Occidente cristiano» contra el «comunismo ateo». Curiosamente fue el cardenal Frings de Colonia, quien no sólo fue el primero que defendió abiertamente en Alemania el rearme de los alemanes sino que en septiembre del 1952 afirmaba: «La realización del ideal de alcanzar el imperio de Carlomagno nunca ha estado tan cerca como ahora».[53]

El imperio carolingio, el *«imperiun christianum»,* como lo llamó Alcuino desde el 798, el *«regnum sanctae ecclesiae» (Libri Carolini),* se extendía desde el mar del Norte hasta los Pirineos y hasta el Adriático. Abarcaba lo que hoy es Francia, Bélgica, Holanda, Alemania occidental, Suiza, la mayor parte de Italia, la Marca Hispánica y Córcega. Su extensión aproximada fue de 1.200.000 kilómetros cuadrados, casi tanta como la del imperio romano occidental y la casi totalidad de cuanto quedaba al noreste y al sur de ese «reino de la Iglesia» fue presa de un expolio general.[54]

---

[53] Ranke, Weltgeschichte V Teil 2 1884, 106. Ver al respecto Borst, KarI der Grosse 448 ss. Epperlein, KarI 155 s. Kalckhoff242 s. Bullough, Kari 11.

[54] Hay 338. Braunfeis, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 148. Ullmann, Die Machtsteliung 162. Novy, Die Anfánge 2 ss. Steinbach, Das Frankenreich 65. Mont-gomery I 162. Riché, Die Karolinger 117. McKitterick, The Frankish kingdoms 78.